

Percy Jackson y los Dioses del Olimpo

El Último Olímpico

Rick Riordan

Traducción: Stark

Uno

Me voy de crucero con explosivos.

El fin del mundo comenzó cuando un Pegaso aterrizó en el capó de mi coche.

Hasta entonces, estaba teniendo una gran tarde. Técnicamente no se supone que yo conduzca porque aún no tengo 16 años hasta dentro de una semana, pero mi mamá y mi padrastro, Paul, nos llevaron a mi amiga Rachel y a mí a esta playa privada en la costa sur, y Paul nos dejó tomar su Prius para dar una pequeña vuelta.

Ahora, sé lo que están pensando: wow, eso fue en verdad irresponsable de su parte, bla, bla, bla, pero Paul me conoce muy bien. Me ha visto rebanar demonios y saltar de un edificio escolar en explosión, así que él probablemente pensó que llevar un auto unos cuantos metros no era exactamente lo más peligroso que he hecho. Como sea, Rachel y yo conducíamos. Era un caluroso día de Agosto. El cabello rojo de Rachel estaba recogido en una cola de caballo y usaba una blusa blanca sobre su traje de baño. Nunca antes la había visto con nada que no fueran playeras raídas y vaqueros manchados de pintura, y se veía como un millón de dracmas de oro.

-! Oh, detente justo ahí!- me dijo.

Nos estacionamos en un mirador hacia el Atlántico. El mar es siempre uno de mis lugares favoritos, pero hoy era especialmente agradable-destellos verdes y apacible como cristal - como si mi papá estuviera calmándolo solo para nosotros.

Mi papá, por cierto, es Poseidón. Puede hacer cosas como esas.

-Entonces- Rachel me sonrió - Acerca de aquella invitación-

-Oh... cierto- Trate de sonar emocionado. Es decir, ella me pidió ir a la casa de vacaciones de su familia por tres días. No tenía montones de invitaciones como aquella. La idea de mi familia de unas vacaciones de fantasía era un fin de semana en una cabaña alquilada en Long Island, con algunas películas rentadas y un par de pizzas congeladas, y aquí estaba la gente de Rachel dispuesta a etiquetarme rumbo al Caribe.

Por un lado, necesitaba seriamente unas vacaciones. Este verano había sido el más duro de mi vida. La idea de tomar un descanso al menos por unos días era en verdad tentadora. Sin embargo, algo grande se suponía que pasaría cualquiera de estos días. Estaba "en espera" de una misión.

Peor aún, la próxima semana era mi cumpleaños. Había cierta profecía que decía que cuando cumpliera 16, malas cosas sucederían.

- Percy- dijo - Sé que es mal momento. Pero siempre es mal momento para ti, verdad?

Buen punto

- En verdad quisiera ir- le aseguré -Es solo...-

-La guerra.-

Asentí. No me gustaba hablar de eso, pero Rachel lo sabía. A diferencia de la mayoría de los mortales, ella podía ver a través de la Niebla - el velo mágico que distorsiona la visión humana. -Ella veía monstruos. Conoció a otros semidioses que luchaban contra los Titanes y sus aliados. Incluso estaba ahí el verano pasado cuando el despedazado Señor Cronos se levanto de su ataúd en una terrible y nueva forma, y se gano mi respeto permanente al picarle el ojo con un cepillo azul de plástico.

Puso su mano sobre mi brazo. - Solo piénsalo ¿de acuerdo? No nos iremos hasta dentro de un par de días. Mi papá... - su voz desfalleció.

- ¿Te está dando un mal rato?- pregunté

Rachel sacudió la cabeza disgustada - Está tratando de ser amable conmigo, lo que es aun peor. Quiere que vaya a la academia para señoritas Clarión en el otoño.-

-¿La escuela a la que fue tu madre?-

-Es estúpido cursar una escuela para chicas de sociedad en New Hampshire. ¿Me ves graduándome?-

Admití que la idea sonaba bastante tonta. Rachel estaba metida en proyectos de arte urbano, alimentando a los menesterosos y yendo a protestas tipo "Salven a las ballenas panza-amarilla en peligro" y cosas como esas. Nunca la había visto usando un vestido. Era difícil imaginarla aprendiendo a ser de la alta sociedad.

Ella suspiro - Él cree que si hace un montón de cosas agradables por mí, me sentiré culpable y me rendiré-

- ¿Y es por eso que accedió a dejarme ir con ustedes de vacaciones?-

- Si...pero Percy, me estarías haciendo un gran favor. Sería mucho mejor si estuvieras con nosotros. Además, hay algo de lo que quiero hablar- Se detuvo abruptamente.

-¿Algo de lo que quieres hablar?- Pregunte - Es decir...¿tan serio que tenemos que ir a St. Thomas para hablar de ello?-

Ella apretó los labios - Mira, olvídale por ahora. Pretendamos que somos una pareja de gente normal, salimos a pasear, miramos el océano, y es bueno estar juntos-

Podría decir que algo le molestaba, pero puso una valiente sonrisa. La luz del sol hacia que su cabello pareciera fuego.

Habíamos pasado mucho tiempo juntos este verano. No lo tenía exactamente planeado, pero entre más serias se ponían las cosas en el campamento, más me encontraba necesitando hablar con Rachel y salir por un respiro. Necesitaba recordarme a mí mismo que el mundo mortal aun estaba ahí afuera, lejos de todos los monstruos que me usaban como su saco de entrenamiento personal.

-Está bien- dije - Solo una tarde normal y dos personas normales-

Ella asintió -Y entonces...hipotéticamente hablando, si esas dos personas se gustaran una a la otra, que habría que hacer para que el chico estúpido besara a la chica, eh? -

- Oh...- Me sentí como una de las vacas sagradas de Apolo - lento, tonto y brillantemente rojo

- Um...-

No puedo pretender que no había pensado en Rachel. Era mucho más sencillo estar con ella que con...bueno, con otras chicas que conocía. No tenía que trabajar duro, o cuidar lo que decía, o atormentar mi cerebro tratando de entender qué estaba pensando. Rachel no escondía mucho. Te dejaba saber cómo se sentía.

No sé lo que hubiera hecho enseguida- pero estaba muy distraído. No noté cuando la gran forma negra descendió del cielo hasta que cuatro patas aterrizaron sobre el toldo del Prius con un ¡WUMP- WUMP-CRUCH!

“¡Hey jefe!” Dijo una voz en mi cabeza. “¡Lindo auto!”

Blackjack, el Pegaso, era un viejo amigo mío, así que traté de no verme disgustado por los cráteres que dejó en el toldo, pero no creí que mi padrastro lo viera muy bien.

- Blackjack - suspire - ¿Que estas...?-

Entonces vi quién montaba en su lomo, y supe que mi día estaba a punto de volverse más complicado.

-Hey, Percy -

Charles Beckendorf, líder de la cabaña de Hefesto, es quien haría que más monstruos lloraran pidiendo a sus mamis.

Era enorme, con músculos marcados por trabajar en las fraguas cada verano, dos años mayor que yo, y uno de los mejores armeros del campamento. Él hizo varios aparatos mecánicos verdaderamente ingeniosos. Un mes antes, montó una bomba de Fuego Griego en el baño de un autobús turístico atestado de monstruos que cruzaba el país. La explosión se cargo a toda una legión de malignos seguidores de Cronos tan pronto como la primera arpa jaló la cadena.

Beckendorf estaba vestido para el combate. Usaba una coraza de bronce y un yelmo de batalla con unos pantalones negro de camuflaje y una espada ceñida a su costado. Su bolsa de explosivos colgaba de su hombro.

- ¿Es hora? – pregunté

Asintió solemnemente

Un nudo se formó en mi garganta. Sabía que esto venía. Lo habíamos planeado por semanas, pero en parte deseaba que nunca pasara.

Rachel miró a Beckendorf - Hola-

- Oh, hey. Soy Beckendorf. Tú debes ser Rachel. Percy me contó...quiero decir, te mencionó. -

Rachel elevó una ceja -¿En serio? Bien -Ella miró a Blackjack, que estaba golpeando sus pezuñas contra el toldo del Prius - Así que supongo que tienen que salvar el mundo, chicos. -

-Así es- confirmó Beckendorf

Miré a Rachel suplicante - ¿Podrías decirle a mi mamá...?-

- Se lo diré. Estoy segura que está acostumbrada. Y le explicaré a Paul lo del toldo.-

Le di las gracias. Me imaginaba que sería la última vez que Paul me prestara su auto.

-Buena suerte- Rachel me besó antes de que pudiera reaccionar. -Ahora vete, mestizo. Mata algunos monstruos por mí.-

Mi último vistazo fue ella sentada en el asiento del copiloto del Prius, sus brazos cruzados, mirando a Blackjack ascender más y más en círculos, llevándonos a Beckendorf y a mi hacia el cielo. Me preguntaba qué quería decirme Rachel, y si viviría lo suficiente para saberlo.

-Y - dijo Beckendorf -supongo que no quieres que le mencione esta pequeña escena a Annabeth.-

- Oh, dioses- murmuré -ni siquiera lo pienses-

Beckendorf se rio entre dientes, y juntos volamos sobre el Atlántico.

Casi había oscurecido para cuando alcanzamos nuestro objetivo. El Princesa Andrómeda se veía en el horizonte -un enorme crucero blanco y amarillo - Desde la distancia, hubieras pensado que era sólo un barco de fiesta, no los cuarteles generales del Señor de los Titanes. Mientras te acercabas podías distinguir la figura gigante de una doncella de cabello oscuro en túnica griega, atrapada con cadenas y con una mirada de horror en su rostro, como si pudiera oler la pestilencia de los monstruos que iba ser forzada a cargar.

Ver de nuevo aquél barco hizo un nudo en mis tripas. Casi había muerto dos veces en el Princesa Andrómeda. Ahora se dirigía a New York.

-¿Sabes qué hacer? - Gritó Beckendorf sobre el viento

Yo asentí. Habíamos hecho unos simulacros en los muelles de New Jersey, usando barcos abandonados como objetivos. Sabía el poco tiempo que teníamos, pero también sabía que ésta era nuestra mejor oportunidad de detener la invasión de Cronos antes de que comenzara.

-Blackjack- dije -déjanos en la más baja cubierta de popa-

“Entendido, jefe” contestó *“Hombre, odio ver ese barco”*

Tres años atrás, Blackjack había sido esclavizado en el Princesa Andrómeda hasta que pudo escapar con un poco de ayuda mía y de mis amigos. Supuse que se dejaría trenzar la crin como "Mi pequeño Poni" antes que volver aquí.

- No nos esperes- le dije.

“Pero jefe...”

-Confía en mí- le atajé - Saldremos nosotros solos.-

Blackjack plegó sus alas y descendió hacia el bote como un cometa negro. EL viento silbaba en mis oídos. Vi monstruos patrullando las cubiertas superiores del barco - mujeres-serpiente dracaenae, perros del infierno, gigantes y los demonios humanoides conocidos como Telkhines- pero pasamos silbando tan rápido que nadie dio voz de alarma. Alcanzamos la popa del barco, y Blackjack desplegó sus alas, suavemente comenzó a aterrizar en la cubierta más baja. Desmonté, sintiendo náuseas.

“¡Buena suerte jefe! “ Gritó Blackjack “ ¡No deje que lo conviertan en comida para caballo!”

Con eso, mi viejo amigo se elevó hacia la noche. Saqué mi bolígrafo del bolsillo y lo destapé, y Riptide se desplegó a su tamaño completo - un metro de mortífero bronce celestial brillando en el crepúsculo. Beckendorf sacó un trozo de papel de su bolsillo. Pensé que sería un mapa o algo. Entonces me dí cuenta que era un fotografía. La contempló en la tenue luz - el sonriente rostro de Silena Beauregard, hija de Afrodita. Ellos comenzaron a salir el verano pasado, después de años de que el resto de nosotros les dijera "¡chicos, ustedes se gustan!". Incluso con todas las misiones peligrosas, Beckendorf había sido más feliz éste verano de lo que nunca lo había visto.

- Volveremos al campamento. Lo prometo.- por un segundo vi preocupación en sus ojos. Luego puso su vieja sonrisa confiada. -Puedes apostar lo- dijo - Volemos a Cronos en un millón de pedacitos otra vez.-

Beckendorf dirigió el camino. Seguimos un estrecho corredor hacia la escalera de servicio, justo como habíamos practicado, pero nos congelábamos cuando oíamos ruido sobre nosotros.

- ¡No me importa lo que diga tu nariz! - ladró una voz medio humana, medio canina, un telkhine. -¡La última vez que olfateaste un mestizo, resulto ser un sándwich de carne!-

-¡Los sándwiches de carne son buenos! - gruñó una segunda voz - Pero éste es aroma de mestizo, lo juro. ¡Están a bordo!-

- ¡Bah, tu cerebro no está a bordo!-

Continuaron discutiendo, y Beckendorf señaló a las escaleras. Descendimos tan silenciosamente como pudimos. Dos pisos abajo, las voces de los telkhines empezaron a desvanecerse. Finalmente llegamos a una escotilla metálica. Beckendorf articuló las palabras "cuarto de máquinas". Estaba cerrada, pero Beckendorf sacó unas pinzas cortadoras de su mochila y quebró el cerrojo como si fuera de mantequilla. Dentro, una línea de turbinas amarillas del tamaño de silos crujía y humeaban. Medidores de presión y terminales computarizadas alineadas en el muro opuesto. Un telkhine estaba encorvado sobre una consola, pero estaba tan metido en su trabajo que no se enteró de nuestra

presencia. Medía alrededor de un metro y medio, con pelo negro áspero y pequeñas patas rechonchas. Tenía la cabeza de un Doberman, pero sus manos con garras eran casi humanas, Gruñía y mascullaba mientras escribía en un teclado. Tal vez mensajeaba a sus amigos en carashorrendas.com.

Avancé al interior, y él se tensó, probablemente oliendo que algo iba mal. Se abalanzó de lado hacia un gran botón rojo de alarma, pero le bloqueé el paso. Siseó y resopló, pero un tajo de Riptide y explotó convertido en polvo.

- Uno menos- Dijo Beckendorf - Faltan como cinco mil-

Me pasó un recipiente con un líquido verde espeso -Fuego Griego, una de las más peligrosas sustancias mágicas del mundo. Después me lanzó otra esencial herramienta de los héroes semidioses, cinta adhesiva.

- Pega ésa en la consola- dijo - Yo iré por las turbinas-

Empezamos a trabajar. La habitación estaba caliente y húmeda, y en poco tiempo estábamos bañados en sudor. El bote comenzó a resoplar. Siendo hijo de Poseidón, tengo una perfecta orientación en el mar. No me pregunten cómo, pero podía decir que estábamos a 40 grados 19 minutos Norte, y 71 grados 90 minutos Oeste, viajando a 18 nudos, lo que significaba que el barco arribaría a la bahía de New York para el amanecer. Ésta era nuestra única oportunidad de detenerlo.

Acababa de colocar una segunda vasija de Fuego Griego en el panel de control cuando escuché el sonido de pasos sobre un piso metálico- varias criaturas vendrían camino a la escalera si podía oírlas sobre el ruido de los motores. No era buena señal.

Crucé miradas con Beckendorf - ¿Cuanto falta?-

-Demasiado- él golpeó su reloj, que era nuestro detonador a control remoto. -Todavía tengo que cablear el receptor e iniciar las cargas. Diez minutos al menos.-

A juzgar por el sonido de las pisadas, teníamos diez segundos.

-Los distraeré- dije- Alcánzame en el punto de reunión.-

-Percy...-

-Deséame suerte-

Parecía que quería discutir. La idea era entrar y salir sin ser vistos, pero íbamos a tener que improvisar.

- Buena suerte- me dijo.

Cargué contra la puerta. Media docena de Telkhines venía a trompicones por las escaleras. Los atravesé con Riptide mas rápido de lo que ellos pudieron gritar. Seguí subiendo y pasé sobre otro telkhin que estaba tan asustado que dejó caer su pequeña lonchera-demonio. Lo dejé vivir, parte porque su lonchera era genial, parte para que diera la alarma y con suerte sus amigos me siguieran en vez de ir al cuarto de máquinas.

Me abalancé a través de una puerta hacia la cubierta seis y seguí corriendo. Estaba seguro que el salón alfombrado alguna vez fue muy confortable, pero desde la ocupación

de los monstruos los últimos tres años el tapiz, la alfombra y el acabado de las puertas había sido desgarrado y babeado, y parecía el interior de la garganta de un dragón (y sí, desafortunadamente, hablo por experiencia). En mi primera visita al Princesa Andrómeda mi viejo enemigo Luke había retenido algunos turistas aturdidos abordo ocultándose en la Niebla, así que ellos no se daban cuenta de que estaban en un barco infestado de monstruos. Ahora no veía señal alguna de turistas. Odiaba pensar qué podía haberles pasado, dudaba que les hubieran permitido ir a casa con sus ganancias del Bingo.

Llegué al Paseo, un gran centro comercial que ocupaba toda la parte media del barco, y me detuve en seco. En el medio había una fuente, y en la fuente un cangrejo gigante. No estoy hablando de gigante como "Todo el cangrejo de Alaska que pueda comer por \$7.99". Estoy hablando de gigante como más grande que la fuente. El monstruo se elevaba unos tres metros fuera del agua. Su caparazón estaba moteado de azul y verde, y sus tenazas eran mas grandes que mi cuerpo. Si alguna vez han visto la boca de un cangrejo, todo espumoso y asqueroso con pelos y trozos que muerden, se imaginarán que éste no lucía como para la lista de los "10 mejores". Sus ojos negros de bola me observaban y yo podía ver inteligencia en ellos- y odio. El hecho de que yo fuera hijo de dios del mar no iba a ganarme puntos con el Sr. Cangrejo.

-Fffffff- Siseó, espuma de mar escurriendo de su boca. El olor que me llegó fue como de un depósito de basura lleno de barritas de pescado puestas al sol por una semana. Sonaron las alarmas. Pronto tendría montones de compañía y debía moverme.

-Hey, cangrejo- Me moví alrededor del borde del patio -Solo voy a rodearte así que...-

El cangrejo se movió con sorprendente velocidad. Salió de la fuente y vino justo hacia mí, chasqueando sus tenazas.]Me deslicé a una tienda de regalos, saltando sobre un montón de playeras, una tenaza rompió el muro de cristal y rascó por la habitación. Corrí de vuelta hacia afuera, pero el Sr. cangrejo se volvió y me siguió.

-¡Ahí!- dijo una voz desde el balcón - ¡Intruso!-

Si quería crear una distracción, lo conseguí, pero esta no era una donde quisiera pelear. Si me quedaba plantado en el centro del barco, sería botana para cangrejo. El demoníaco crustáceo se deslizó hacia mí. Yo desenfundé a Riptide, cortando la punta de sus pinzas. Siseó y babeó, pero no pareció muy herido que digamos. Traté de recordar algo de las viejas historias que me pudiera ayudar con esto. Annabeth me contó algo sobre un monstruo cangrejo... ¿algo sobre Hércules aplastándolo bajo su pie? Eso no iba a funcionar aquí, éste cangrejo era ligeramente más grande que mis Rebook.

Entonces se me ocurrió algo raro. La Navidad pasada mi mamá y yo llevamos a Paul Blofis a nuestra vieja cabaña en Montauk, donde íbamos siempre. Paul me llevó a pescar cangrejos, y cuando sacamos una red llena de esas cosas me mostró que los cangrejos tienen una abertura en su coraza, justo en medio de sus horribles panzas.

El único problema era llegar a la horrible panza.

Observé la fuente, y luego al piso de mármol, liso entre las patas del cangrejo, Levanté la mano, me concentré en el agua, y la fuente explotó. El agua salpicó por doquier, tres niveles arriba, empapando los balcones, elevadores y ventanas de las tiendas. Al cangrejo no le importó, amaba el agua. Vino hacia mí caminando de lado, chasqueando y siseando, yo corrí hacia el gritando -¡¡¡AAAAHHHH!!!- Justo antes de chocar, me lancé al suelo en una barrida estilo beisbol y me deslicé por el suelo mojado justo debajo de la

criatura. Fue como deslizarse bajo un vehículo blindado de 7 toneladas. Todo lo que el cangrejo tenía que hacer era sentarse y aplastarme, pero antes de que se diera cuenta de que pasaba lo enterré a Riptide justo en la grieta de su armadura, solté la empuñadura y salí de ahí abajo.

El monstruo rugió y silbó. Sus ojos se disolvieron. Su coraza se tornó rojo brillante, como si el interior se evaporara. La carcasa vacía golpeó contra el suelo en un estrépito.

No tenía tiempo de admirar mi labor. Corrí hacia las escaleras mas cercanas mientras que monstruos y semidioses alrededor gritaban ordenes y tomaban sus armas. Tenía las manos vacías. Riptide, siendo mágica, aparecería en mi bolsillo tarde o temprano, pero por ahora estaba atascada en algún sitio bajo los restos del cangrejo, y no tenía tiempo de volver por ella.

En el vestíbulo del elevador de la cubierta ocho, una pareja de dracaenae se arrastraron en mi camino. De la cintura para arriba, eran mujeres con una piel verde y escamosa, ojos amarillos y lenguas bífidas. De la cintura abajo, tenían dos colas de serpiente en vez de piernas. Portaban lanzas y redes, y yo sabía por experiencia que las utilizaban.

-¿Que essssss essssstto?- dijo una - ¡Un regalo para Cronossss!-

No estaba de humor para jugar "caza a la serpiente", pero enfrente de mi había un modelo del barco, estilo USTED ESTÁ AQUÍ. Arranqué el modelo de su pedestal y lo lancé a la primera dracaenae. El bote la golpeó en la cara y se vino abajo con todo y barco. Salté sobre ella, tomé la lanza de su amiga y la hice bambolearse, lanzándola al elevador, y seguí corriendo hacia el frente del barco.

-¡Atrápenlo! -gritó

Aullaron unos perros del infierno. Una flecha pasó zumbando por mi cara y se incrustó en el panel de caoba de las escaleras. No me importó, mientras que mantuviera a los monstruos lejos de la sala de máquinas y le diera a Beckendorf mas tiempo.

Mientras subía corriendo las escaleras, un chico bajando me embistió. Se veía como si se acabara de levantar de una siesta. Su armadura estaba a medias, Desenfundó su espada y gritó ¡Cronos! pero sonaba mas asustado que enfadado. No podía tener más de 12, más o menos la misma edad que tenía yo cuando llegué la primera vez al campamento mestizo.

Ese pensamiento me deprimió. Al chico le habían lavado el cerebro- entrenado para odiar a los dioses y combatirlos porque había nacido mitad Olímpico. Cronos lo estaba usando y el chico pensaba que yo era su enemigo. De ningún modo lo iba a lastimar. No necesitaba un arma para esto. Me acerque a su estocada y sujeté su muñeca, azotándolo contra la pared. La espada cayó de su mano.

Entonces hice algo que no tenía planeado. Probablemente fue estúpido. Definitivamente puso en peligro nuestra misión, pero no pude evitarlo.

- Si quieres vivir, - le dije -sal de este barco AHORA. Diles a los otros semidioses.-

Entonces lo empujé por las escaleras y lo envié dando tumbos al piso siguiente.

Seguí subiendo.

Malos recuerdos: un corredor pasando la cafetería. Annabeth, mi medio hermano Tyson y yo habíamos husmeado desde aquí tres años atrás en mi primera visita.

Salí de pronto a la cubierta principal. Más allá del puerto, el cielo se oscurecía de púrpura a negro. Una piscina lanzaba destellos entre dos torres de cristal con más balcones y cubiertas con restaurantes. Toda la parte alta del barco parecía desierta. Todo lo que debía hacer era cruzar al otro lado, ahí bajaría por la escalera- nuestro punto de reunión. Con algo de suerte, Beckendorf me encontraría ahí. Saltaríamos al mar, mis poderes acuáticos nos protegerían a los dos y detonaríamos las cargas desde un kilómetro a lo lejos. Estaba a medio camino sobre la cubierta cuando el sonido de una voz me hizo congelarme.

-Llegas tarde, Percy-

Luke se encontraba en el balcón sobre mí, con una sonrisa en su rostro cicatrizado. Usaba unos vaqueros, una playera blanca y mocasines, como si fuera un chico normal de edad escolar, pero sus ojos decían la verdad. Eran de un dorado intenso.

-Te hemos esperado por días- al principio sonaba normal, como Luke. Pero luego su rostro se contrajo, un estremecimiento pasó por su cuerpo como si hubiera bebido algo realmente asqueroso. Su voz se volvió pesada, antigua y poderosa, la voz del Señor de los Titanes Cronos. Las palabras descendieron por mi espalda como una hoja afilada.

-Ven, inclínate ante mí-

-Si, como no- murmuré

Gigantes lestrigón cubrieron cada lado de la piscina como si esperaran una indicación. Cada uno medía como tres metros de alto, brazos tatuados, armaduras de cuero y cachiporras con picos. Semidioses arqueros aparecieron en el techo por encima de Luke. Dos perros del infierno descendieron del balcón opuesto y me gruñeron. En segundos estaba rodeado. Una trampa. No era posible que se colocaran en posición tan rápido a menos que supieran que yo vendría.

Miré a Luke, y la ira comenzó a burbujear en mí. No sabía si la conciencia de Luke aún estaría viva dentro de ése cuerpo. Tal vez la manera en que su voz cambió...o tal vez solo era Cronos adaptándose a su nuevo cuerpo. Me dije a mí mismo que no importaba, Luke ya era retorcido y maligno antes de que Cronos lo poseyera.

Una voz en mi cabeza dijo: "Tengo que pelear con él en algún momento. ¿Por qué no ahora?"

De acuerdo a aquella gran profecía, se suponía que yo tomaría una decisión que salvaría o destruiría el mundo cuando cumpliera 16. Eso era dentro de 7 días solamente. ¿Por qué no ahora? Si en verdad tenía el poder, ¿qué diferencia haría una semana? Podría terminar con la amenaza justo ahora derrotando a Cronos. Hey, ya había combatido monstruos y dioses antes.

Como si leyera mis pensamientos, Luke sonrió. No, él era Cronos, tenía que recordar eso.

-Acércate- dijo - si te atreves.-

La multitud de monstruos se apartó. Subí las escaleras con el corazón desbocado. Estaba seguro de que alguien me apuñalaría por la espalda, pero me dejaron pasar. Toqué mi

bolsillo y encontré mi bolígrafo esperando. Lo destapé y Riptide se extendió como espada. El arma de Cronos apareció en sus manos- una guadaña de dos metros, mitad bronce celestial y mitad acero mortal. Solo mirarla hizo que mis piernas se volvieran gelatina. Pero antes de que cambiara de opinión, atacué.

El tiempo se ralentizó. Quiero decir, literalmente, porque Cronos tenía ése poder. Sentía como si me moviera entre almíbar. Mis brazos estaban muy pesados, apenas podía levantar mi espada. Cronos sonrió, balanceando su guadaña a velocidad normal y esperando que me arrastrara hacia mi muerte.

Traté de combatir su magia. Me concentré en el océano a mi alrededor- la fuente de mi poder. Había mejorado canalizándolo a través de los años, pero ahora no parecía que sucediera nada. Di otro lento paso al frente. Los gigantes se mofaron, las dracaenae sisearon entre carcajadas.

Hey, océano, recé, éste sería un buen día.

Repentinamente sentí un agudo dolor en las tripas. EL barco entero comenzó a sacudirse, arrojando a los monstruos al piso. Cuatro mil litros de agua salada surgieron de la piscina, remojándonos a mí, a Cronos y a todos en la cubierta. El agua me revitalizó, rompiendo el hechizo del tiempo, y me lancé adelante.

Ataqué a Cronos, pero aún era demasiado lento, Cometí el error de mirar su rostro- el rostro de Luke, el tipo que alguna vez fue mi amigo. Por mucho que lo odiara, era difícil matarlo.

Cronos no tuvo esa indecisión. Atacó con su guadaña. Yo salté hacia atrás, y la hoja maligna falló por centímetros, haciendo una hendidura en la cubierta justo entre mis pies. Pateé a Cronos en el pecho. Él trastabilló, pero era mucho más pesado de lo que Luke fue. Como patear un refrigerador. Cronos balanceó su guadaña de nuevo. La intercepté con Riptide, pero su golpe fue muy poderoso, mi hoja solo pudo desviarlo. El filo de la guadaña cortó la manga de mi camisa y rozó mi brazo. No debería haber sido un corte serio pero todo el lateral de mi cuerpo explotó en dolor. Recordé lo que un demonio marino dijo una vez de la guadaña de Cronos: Cuidado, idiota. Un solo toque y la hoja absorberá el alma de tu cuerpo. Ahora entendía a lo que se refería. No solo estaba perdiendo sangre, podía sentir mi fuerza, mi voluntad, mi identidad vaciándose.

Retrocedí tropezando, cambiándome la espada a la mano izquierda y embistiendo desesperado. Mi espada debió atravesarlo pero se desvió en su estómago como su golpeará mármol sólido. No había manera de que hubiera sobrevivido a eso.

Cronos se rió - Un pobre desempeño, Percy Jackson. Luke me dijo que nunca fuiste rival con la espada.-

Mi vista comenzó a nublarse. Sabía que no tenía mucho tiempo.

- Luke era un cabeza dura- dije - pero al menos era su cabeza.-

- Es una pena matarte, -musitó Cronos - antes de que el plan final se despliegue. Me encantaría ver el terror en tus ojos cuando te des cuenta de cómo destruiré al Olimpo.-

-Nunca llevarás éste barco a Manhattan- mi brazo palpitaba. Puntos negros bailaban frente a mis ojos.

- ¿Y qué harás? - los ojos dorados de Cronos brillaron - ¿Tal vez cuentas con tu amigo de los explosivos?-

Miró hacia la piscina y llamó - ¡Nakamura! -

Un adolescente en armadura completa se abrió paso entre la multitud. Su ojo izquierdo estaba cubierto con un parche negro. Yo lo conocía, por supuesto: Ethan Nakamura, el hijo de Némesis. Salvé su vida en el laberinto el verano pasado, y en agradecimiento el muy miserable había ayudado a Cronos a volver a la vida.

- Misión cumplida, mi Señor, - dijo Ethan - lo hallamos justo donde se nos indicó.-

Sonó las palmas, y un par de gigantes se adelantaron, arrastrando a Charles Beckendorf entre ellos. Mi corazón casi se detuvo. Beckendorf tenía un ojo hinchado y cortes por toda la cara y los brazos. Su armadura ya no estaba y su playera estaba casi desgarrada.

- ¡No! – grité.

Beckendorf miró mis ojos. Observaba su mano como si tratara de decirme algo. Su reloj. No se lo habían quitado aún, y ése era el detonador. ¿Sería posible que los explosivos estuvieran listos? Seguramente los monstruos no los habrían desmantelado todavía.

-Lo encontramos en medio del barco - dijo uno de los gigantes -tratando de husmear en el cuarto de máquinas. ¿Nos lo podemos comer ya?-

-Pronto.- Cronos pregunto: -¿Están seguros de que no montó los explosivos?-

-Se dirigía a la sala de máquinas, mi Señor-

-¿Como lo sabes?

-Ee...- Ethan se veía incomodo. -Iba en ésa dirección. Y nos lo dijo. Su bolsa todavía está llena con los explosivos.-

Lentamente empecé a entender. Beckendorf los había engañado. Cuando de dio cuenta de que iba a ser capturado, hizo que pareciera que iba en la otra dirección. Él los convenció de que todavía no llegaba a la sala de máquinas. ¡El Fuego Griego debía seguir activado! Pero eso no nos serviría de nada a menos que pudiéramos escapar del barco y detonarlo.

Cronos dudó. Créetelo, recé. El dolor en mi brazo empeoraba y ahora apenas podía mantenerme en pie.

-Abran la bolsa.- Ordenó Cronos

Uno de los gigantes arrancó la bolsa de los hombros de Beckendorf. Se asomó dentro, gruñó y la volvió boca abajo. Los monstruos retrocedieron aterrorizados. Si la bolsa realmente estaba llena de vasijas de Fuego Griego todos volaríamos. Pero lo que cayó fue una docena de latas de duraznos. Podía oír la respiración de Cronos, tratando de controlar su ira.

-¿Ustedes, quizás -dijo- capturaron a este semidiós cerca de la galería?

Ethan palideció. - Um...-

- Y ustedes, quizás... ¿Enviaron a alguien a REVISAR EL CUARTO DE MÁQUINAS?-

Ethan retrocedió aterrado, giró sobre sus talones y echó a correr. Maldije en silencio. Ahora solo teníamos minutos antes de que las bombas fueran desmanteladas. Capté la mirada de Beckendorf de nuevo e hice una silenciosa pregunta, esperando que comprendiera: ¿Cuánto? Él juntó sus dedos y pulgar, haciendo un círculo. Cero. No había ningún retraso en el detonador. Si presionaba el botón, el barco explotaría al instante. Nunca seríamos capaces de estar lo suficientemente lejos antes de usarlo. Los monstruos nos matarían antes, o desarmarían los explosivos, o ambas.

Cronos se volvió hacia mí con una sonrisa retorcida.

- Tendrás que disculpar a mis incompetentes ayudantes, Percy Jackson. Pero no importa, ahora te tenemos. Sabíamos que vendrías desde hace semanas.-

Levantó su mano y mostró un pequeño brazalete de plata con un colgante en forma de guadaña-el símbolo del Señor de los Titanes. La herida en mi brazo estaba mermando mi capacidad de pensar, pero murmuré: -dispositivo de comunicación...espía en el campamento.-

Cronos rió entre dientes. -No puedes contar con tus amigos. Ellos siempre te decepcionarán. Luke aprendió esa lección del modo difícil. Ahora suelta tu espada y ríndete ante mí, o tu amigo morirá.-

Tragué saliva. Uno de los gigantes tenía su mano alrededor del cuello de Beckendorf. Yo no estaba en forma para rescatarlo, y aún si lo intentara, moriría antes de que llegara junto a él. Los dos lo haríamos.

Beckendorf musitó una palabra: Vete

Sacudí la cabeza. No podía dejarlo.

El segundo gigante aún estaba rebuscando entre las latas de duraznos, lo que significaba que Beckendorf tenía el brazo izquierdo libre. Lo levantó lentamente, dirigiéndolo a su muñeca derecha.

Yo quería gritar ¡NO!

Entonces desde la piscina una de las dracaenae silbo: -¿Que esssstá hacssssciendo? ¿Qué essss essso en ssssu muñeca?-

Beckendorf cerró fuertemente los ojos y puso la mano sobre su reloj.No tuve elección. Lancé mi espada como si fuera jabalina hacia Cronos. Rebotó inofensivamente en su pecho, pero lo sorprendió. Empuje a través de la multitud de monstruos y salté por un lado del barco hacia el agua 30 metros abajo. Escuché un profundo estruendo en el barco. Los monstruos me gritaban desde arriba. Una lanza pasó junto a mi oreja. Una lanza atravesó mi muslo, pero apenas tuve tiempo de sentir dolor. Entré al agua y pedí a las corrientes que me llevaran muy, muy lejos, cien metros, doscientos metros. Aún desde ésa distancia, la explosión sacudió al mundo. El calor me chamuscó la nuca. El princesa Andrómeda explotó por ambos lados, una bola de fuego masiva de llamas verdes elevándose hacia el oscuro cielo, consumiéndolo todo.

Beckendorf, pensé. Entonces me desmayé y me hundí como un ancla hacia el fondo del mar.

Dos

Conozco algunos parientes acuáticos.

Los sueños de los semidioses apestan.

La cosa es, nunca son sólo sueños. Tienen que ser visiones, presagios o cualquier otra cosa mística que fastidie mi cerebro.

Soñé que estaba en un oscuro palacio en la cima de una montaña. Desafortunadamente, lo reconocía: El palacio de los Titanes en la cima del monte Othrys, también conocido como monte Tamalpais, en California. El pabellón principal estaba abierto a la noche, cercado con columnas griegas negras y estatuas de los Titanes. Antorchas brillaban contra el piso de mármol negro. En el centro del salón un gigante en armadura forcejeaba bajo el peso de una columna espiral de nubes - Atlas, sosteniendo el cielo. Otros dos gigantes estaban de pie cerca de un brasero de bronce, estudiando las imágenes en las llamas.

-Vaya explosión- dijo uno. Usaba una armadura negra con puntos plateados como una noche estrellada. Su cara estaba cubierta con un yelmo de guerra con cuernos de carnero retorcidos a cada lado.

-No importa- dijo el otro. Éste Titán está vestido con túnica dorada, ojos dorados igual que Cronos. Su cuerpo entero brillaba. Me recordaba a Apolo, dios del sol, excepto que la luz del Titán era más intensa, y su expresión más cruel. -Los dioses han respondido al desafío. Pronto serán destruidos.-

Las imágenes en el fuego eran difíciles de comprender: tormentas, edificios derrumbándose, mortales gritando aterrados.

-Iré al oeste a dirigir nuestras fuerzas- dijo el Titán dorado -Krios, te quedarás y custodiarás el monte Othrys.-

El tipo de los cuernos gruñó - Siempre hago los trabajos estúpidos. Señor del sur. Señor de las constelaciones. Ahora tengo que ser niñera de Atlas mientras ustedes tienen toda la diversión.-

Bajo el remolino de nubes, Atlas bramaba en agonía.

-¡Libérenme, maldita sea! ¡Soy el más grande guerrero. Tomen mi carga para que pueda luchar!-

-¡Silencio! - rugió el Titán dorado -Tuviste tu oportunidad, Atlas. Fallaste. Cronos te quiere justo donde estás. En cuanto a ti, Krios, cumple con tu deber.-

-¿Y si necesitas guerreros? -preguntó Krios -Nuestro traicionero sobrino del esmoquin no te será de gran utilidad en una pelea.-

El Titán dorado se carcajeó. -No te preocupes por él. Además, los dioses apenas pueden lidiar con nuestro primer desafío. No tienen idea de cuantos más tenemos de reserva. ¡Recuerda mis palabras, en cosa de pocos días el Olimpo estará en ruinas, y nos reuniremos aquí de nuevo para celebrar el amanecer de la sexta era!

El Titán dorado se encendió en llamas y desapareció.

- Oh, claro - Gruñó Krios - Él explota en llamas. Yo tengo que usar estos estúpidos cuernos de chivo.-

La escena cambió. Ahora estaba afuera del pabellón, escondido en las sombra de una columna griega. Un chico estaba parado junto a mí, evadiendo a los Titanes. Tenía cabello oscuro y sedoso, piel pálida y ropas oscuras- mi amigo Nico di Angelo, el hijo de Hades. Me miró directamente, con una expresión siniestra.

- ¿Lo ves, Percy? -murmuró- Se te acaba el tiempo. ¿De verdad crees que puedes vencerlos sin mi plan?-

Sus palabras cayeron sobre mi, frías como el fondo del océano, y mi sueño se volvió negro.

-¿Percy? - dijo una voz grave

Mi cabeza se sentía como si la hubieran metido al microondas envuelta en papel aluminio. Abrí los ojos y vi una larga sombra encima de mí.

-¿Beckendorf?- pregunté esperanzado.

-No, hermano-

Mis ojos enfocaron. Estaba mirando a un cíclope - una cara inconfundible, cabello áspero color marrón, un gran ojo lleno de preocupación.

-¿Tyson?

Mi hermano esbozó una sonrisa - ¡Sí! ¡Tu cerebro funciona!

No estaba tan seguro. Mi cuerpo se sentía pesado y frío. Mi voz no sonaba bien. Podía escuchar a Tyson, pero era más como vibraciones dentro de mi cabeza, no como sonidos regulares. Me senté, y una sábana de gasa se elevó flotando. Estaba en una cama hecha de algas, en una habitación hecha de coral. Brillantes perlas del tamaño de pelotas de baloncesto flotaban alrededor del techo, brindando luz. Estaba bajo el agua. Ahora que, siendo hijo de Poseidón, estaba a gusto con eso.

Podía respirar muy bien bajo el agua, y mi ropa no se mojaba a menos que yo lo quisiera. Pero aún así fue algo impresionante cuando un tiburón cabeza de martillo entró por la ventana de la habitación, me saludó con deferencia y nadó tranquilamente hacia el lado opuesto del cuarto.

- ¿Dónde...?-

-El palacio de Papi- dijo Tyson.

En distintas circunstancias, hubiera estado emocionado. Nunca había visitado el Reino de Poseidón, y había soñado con ello por años. Pero la cabeza me dolía. Mi camisa todavía estaba marcada con quemaduras de la explosión. Las heridas de mis brazos y piernas habían sanado- el solo estar en el océano podía hacer eso por mi, dándole tiempo suficiente- pero todavía me sentía como si hubiera sido pateado por un equipo de soccer de Lestrígonos.

-Cuanto tiempo...-

-Te encontramos anoche- dijo Tyson, -hundiéndote en el agua-

-¿El Princesa Andrómeda?

- Hizo ka-boom- confirmó Tyson

-Beckendorf estaba a bordo. ¿Encontraron...?-

El rostro de Tyson se ensombreció. - No hay rastro de él. Lo siento, hermano.-

Miré afuera de la ventana, hacia el agua profundamente azul. Se suponía que Beckendorf iría al colegio en otoño. Tenía una novia, muchos amigos, toda la vida por delante. No podía haberse ido. Tal vez logró salir del barco como yo, tal vez saltó para el otro lado... ¿Y luego? Él no podía haber sobrevivido a una caída desde tan alto hacia el agua como yo lo hice. No podía haber puesto tanta distancia de por medio entre él y la explosión.

En el fondo sabía que estaba muerto. Se había sacrificado para acabar con el Princesa Andrómeda, y yo lo había abandonado. Pensé en mi sueño: los Titanes discutían que la explosión no importaba, Nico di Angelo me advertía que no podría derrotar a Cronos sin seguir su plan - una peligrosa idea que había evitado por más de un año.

Un estallido distante sacudió la habitación. Una luz verde resplandeció afuera, haciendo que el mar entero se iluminara como al mediodía.

-¿Que fue eso?- pregunté

Tyson lucía preocupado. -Papi te lo explicará. Ven, Él está explotando monstruos.-

El palacio bien podía ser el lugar más impresionante que haya visto si no estuviera en proceso de ser destruido. Nadamos hasta el final de un largo corredor y subimos con la corriente de un géiser. Mientras no elevábamos sobre los techos contuve el aliento - bueno, si es que hay aliento que contener bajo el agua.

El palacio era tan grande como la ciudad en el Monte Olimpo, con grandes jardines, patios y pabellones con columnas. Los jardines estaban esculpidos con coral y plantas marinas. Veinte o treinta edificios estaban hechos de nácar, blanco pero con destellos multicolores. Peces y pulpos iban y venían por las ventanas. Los caminos estaban bordeados con brillantes perlas, como luces de Navidad.

El patio principal estaba lleno de guerreros. Tritones con cola de pez de la cintura abajo y torsos humanos, excepto que su piel era azul, lo que nunca había visto antes. Algunos atendían a los heridos, otros afilaban lanzas espadas. Uno pasó nadando a toda prisa, sus ojos eran verde brillante, como esas cosas que ponen en calcomanías, y sus dientes eran de tiburón. No te ponen cosas como ésa en "La Sirenita."

Afuera del patio principal había largas fortificaciones- torres, murallas, y armas anti asalto- pero varias de ellas estaban reducidas a escombros. Otras resplandecían con una extraña luz verde que conocía muy bien- Fuego Griego, que podía arder incluso bajo el agua-

Más allá, el fondo marino se perdía en las tinieblas. Podía ver batallas entabladas, destellos de energía, explosiones, el brillo de los ejércitos chocando. Un humano normal

hubiera encontrado que estaba muy oscuro para ver. Caramba, un humano normal hubiera sido aplastado por la presión y congelado por el frío. Aún mis ojos sensibles al calor no podían ver exactamente qué estaba pasando.

En el borde del complejo del Palacio, un templo con techo de coral rojo explotó, enviando fuego y escombros en cámara lenta hacia los jardines más lejanos. Por encima de toda la penumbra una enorme forma apareció- un calamar más grande que un bombardero. Estaba rodeado por una brillante nube de polvo- al menos pensé que era polvo, hasta que noté que era un enjambre de tritones tratando de atacar al monstruo. El calamar descendió sobre el palacio y desplegó sus tentáculos, aplastando una columna completa de guerreros.

Entonces un brillante arco de luz azul salió disparado desde el techo de uno de los edificios más altos. La luz golpeó al calamar gigante y el monstruo se disolvió como colorante para comida en el agua.

-Papi- dijo Tyson, apuntando a donde la luz provino.

-¿Él hizo eso?-

De pronto me sentí más esperanzado. Mi papá tenía increíbles poderes. Él era el dios del mar. Podía lidiar con este ataque, ¿no? Tal vez me dejaría ayudar.

-¿Has estado en combate? - le pregunté temeroso a Tyson.- ¿Aplastando cabezas con tu sorprendente fuerza de Cíclope y eso?

Tyson titubeó, y de inmediato supe que había hecho una mala pregunta.

- He estado...arreglando armas.- murmuró -Ven, busquemos a papi.-

Sé que esto sonará raro para personas con padres normales, pero solo he visto a mi padre cuatro o cinco veces en mi vida, y nunca más de unos pocos minutos. Los dioses griegos no son exactamente de los que van a los partidos de baloncesto de sus hijos. Aún así, pensé que reconocería a Poseidón al verlo.

Estaba equivocado.

El techo del templo era una terraza abierta que había sido acondicionada como centro de mando. Un mosaico en el piso mostraba un mapa exacto de los terrenos de palacio y el océano alrededor, pero el mosaico se movía. Piezas de roca coloreada representaban los diferentes ejércitos y monstruos marinos apostados alrededor y las fuerzas cambiando de posición. Los edificios que colapsaban en la realidad también colapsaban en la imagen.

Parados alrededor del mosaico, estudiando detenidamente la batalla, había una extraña disposición de guerreros, pero ninguno de ellos se veía como mi papá. Yo buscaba a un tipo grande con un buen bronceado y una barba negra, usando una bermuda y camisa hawaiana. No había nadie así. Un tipo era un tritón con dos colas de pez en vez de una. Su piel era verde y decorada con perlas. Tenía el cabello negro atado en una coleta, y se veía joven- pero es difícil saberlo con los no-humanos. Podían tener miles de años o tres. Junto a él había un hombre viejo, con una barba blanca y revuelta y el cabello gris. La armadura de batalla parecía pesarle. Tenía ojos verdes y arrugas de expresión alrededor de ellos, pero no estaba sonriendo ahora. Estudiaba el mapa y se apoyaba en un largo bastón de metal. A su derecha estaba una bella mujer con armadura verde, su cabello

negro flotando y con unos pequeños y extraños cuernos que parecían pinzas de cangrejo. Y había un delfín- un delfín normal, pero estaba observando el mapa detenidamente.

-Delfín- Dijo el viejo -Envía a Palaemon y su legión de tiburones al frente occidental. Tenemos que neutralizar a esos leviatanes.-

El Delfín respondió con una voz repicante, pero pude entenderle en mi cabeza.

-¡sí, Señor!- y se alejó.

Miré consternado a Tyson, y luego de nuevo al anciano. No parecía posible, pero...

-¿Papá?- pregunté

El anciano levantó la vista. Reconocí el brillo de sus ojos, pero su rostro...parecía que hubiera envejecido cuarenta años.

- Hola, Percy-

- ¿Que...que te pasó?

Tyson me dio un empujón. Sacudía tanto su cabeza que temí que se le cayera, pero Poseidón no pareció ofenderse.

-Está bien, Tyson- dijo, - Percy, disculpa mi apariencia. La guerra ha sido dura para mí.-

-Pero eres inmortal- dije muy quedo - puedes...verte como quieras.-

-Reflejo el estado de mi Reino- dijo -Justo ahora ése estado es bastante desolador. Percy, déjame presentarte, me temo que te perdiste a mi Teniente Delfín, dios de los delfines. Ésta es mi, er... esposa, Amphitrite. Querida...-

La dama de la armadura verde me miró con frialdad, cruzó los brazos y dijo:

- Disculpe, mi Señor, me necesitan en la batalla.-

Se alejó nadando.

Fue bastante embarazoso, pero no podía culparla. Nunca lo había pensado mucho, pero mi padre tenía una esposa inmortal. Todos sus romances con mortales, incluida mi mamá...bueno, a Amphitrite probablemente no le agradaban mucho.

Poseidón se aclaró la garganta.

- Si, bien...éste es mi hijo Tritón. Er...mi otro hijo.-

-Su hijo y heredero- corrigió el chico verde. Su doble cola de pez oscilaba atrás y adelante. Me sonrió, pero no había amistad en sus ojos- Hola, Perseus Jackson. ¿Vienes a ayudar al fin?-

Actuaba como si yo fuera holgazán o llegara tarde. Si puedes ruborizarte bajo el agua, yo probablemente lo hice.

-Dime qué hacer- le dije

Tritón sonrió como si ésa fuera una tierna sugerencia- como si yo fuera un pequeño y divertido perro que ladrara para él o algo así.

Se volvió hacia Poseidón.

-Iré a la vanguardia, Padre. No te preocupes, no fallaré.-

Hizo una cabezada cordial a Tyson. ¿Como es que yo no tenía ese respeto? Luego se alejó entre el agua. Poseidón suspiró. Levantó su bastón y se transformó en arma convencional, un enorme tridente. La punta brillaba con luz azul, y el agua alrededor bullía cargada de energía.

-Siento mucho eso- me dijo

Una enorme serpiente marina apareció sobre nosotros haciendo espirales sobre la terraza. Era color naranja brillante con una boca llena colmillos tan grande como para tragarse un gimnasio. Mirándola duramente, Poseidón apuntó su tridente a la bestia y le disparó energía azul. ¡ka-boom! El monstruo reventó como un millón de peces dorados, y todos huyeron aterrorizados.

-Mi familia está nerviosa - Poseidón continuó como si nada hubiera pasado - la batalla contra Océano está yendo mal.-

Apuntaba al borde del mosaico. Con el cabo de su tridente golpeó la figura de un tritón más grande que el resto, con los cuernos de un toro. Parecía estar montando un carro tirado por langostas, y en vez de espada portaba una serpiente viva.

-Océano- dije, tratando de recordar. -¿El Titán del mar?-

Poseidón asintió.

- Él era neutral en la primera guerra de dioses y titanes. Pero Cronos lo convenció de pelear. Esto es...bueno, no es una buena señal. Océano no interferiría a menos que estuviera seguro de elegir al bando ganador.-

-Se ve estúpido- dije, tratando de sonar alegre. -Quiero decir, ¿Quién pelea con una serpiente?-

-Papi puede hacerla nudos- dijo Tyson firmemente.

Poseidón sonrió, pero se veía preocupado.

-Aprecio su fe. Hemos estado en guerra casi un año. Mis poderes están fatigados, y él sigue encontrando nuevas fuerzas que lanzar contra mí- monstruos marinos tan antiguos que me había olvidado de ellos.-

Escuché una explosión en la distancia. Alrededor de un kilómetro a lo lejos, una montaña de coral se desintegró bajo el peso de dos criaturas gigantes. Vagamente distinguí sus figuras. Era una langosta, y el otro un gigante humanoide como un cíclope, pero estaba cubierto de miembros. Al principio creí que usaba un manojito de pulpos, luego me dí cuenta que eran sus propios brazos- cien brazos luchando.

-¡Briares! - dije

Estaba feliz de verlo, pero él parecía luchar por su vida. Era el último de su clase- un centimano, primo de los cíclopes. Lo habíamos salvado de la prisión de Cronos, y yo sabía que había venido a ayudar a Poseidón, pero no había oído de él desde entonces.

-Pelea bien- dijo Poseidón -Me gustaría tener un ejército completo como él, pero es el único.-

Miré a Briares rugiendo rabioso y pinchando a la langosta, que cerraba y chasqueaba sus pinzas. La lanzó fuera de la montaña de coral y la langosta desapareció en la oscuridad. Briares nadó tras ella, sus cien brazos girando como las aspas de un bote de motor.

-Percy, no tenemos mucho tiempo. - dijo mi padre- Cuéntame de tu misión. ¿Viste a Cronos?-

Le conté todo, con la voz consternada cuando le dije de Beckendorf. Miré abajo a los patios y vi a cientos de tritones heridos yaciendo en camillas provisionales. Ví hileras de montículos de coral que debían ser tumbas. Me dí cuenta de que Beckendorf no era el primer muerto. Solo era uno de cientos, tal vez miles. Nunca me sentí tan furioso ni tan indefenso.

Poseidón acarició su barba.

-Percy, Beckendorf eligió una muerte heroica. No debes culparte por eso. El ejército de Cronos estará desorganizado, quizás destruido.-

-Pero no lo hemos matado, ¿Verdad?-

Cuando lo dije, supe que era una ingenua esperanza. Podíamos haber explotado su barco y desintegrado a sus monstruos, pero un Titán no sería tan fácil de matar.

-No- Admitió Poseidón- pero han comprado algo de tiempo para nuestro bando.-

-Había semidioses en ése barco- dije, pensando en el chico que había visto en las escaleras. De alguna manera, me había permitido a mí mismo concentrarme en los monstruos y Cronos. Estaba convencido de que destruir el barco estaba bien porque ellos eran malignos, navegaban para atacar mi ciudad, además, ellos no estaban permanentemente muertos. Los monstruos solo se evaporaban y eventualmente regresaban. Pero los semidioses... Poseidón puso su mano en mi hombro.

-Percy, solo había unos cuantos semidioses en ése barco, y todos eligieron pelear por Cronos. Tal vez algunos escucharon tu advertencia y escaparon. Si no...Ellos eligieron su camino.-

-¡Les lavaron el cerebro!- dije -Ahora están muertos y Cronos sigue con vida. ¿Se supone que eso debería hacerme sentir mejor?-

Miré el mosaico -pequeñas explosiones destruyendo pequeños monstruos. Parecía tan fácil cuando solo eran figuras. Tyson puso su brazo a mi alrededor. Si alguien más lo hubiera intentado, lo habría empujado, pero Tyson era muy grande y obstinado. Me abrazó, lo quisiera o no.

- No es tu culpa, hermano. Cronos no explota bien. La próxima vez usaremos cargas más grandes.-

-Percy- dijo mi padre- El sacrificio de Beckendorf no fue en vano. Han menoscabado la fuerza de invasión. New York estará a salvo por un tiempo, lo que deja libres a los Olímpicos para lidiar con la amenaza más grande.-

¿La amenaza más grande? Pensé en lo que había dicho el titán dorado en mi sueño: "Los dioses han respondido al desafío. Pronto serán destruidos". Una sombra pasó por el rostro de mi padre.

-Has tenido bastante pesar para un día. Pídele a Quirón cuando vuelvas al campamento...-

-¿Regresar al campamento? ¡Pero tú estás en problemas aquí! ¡Quiero ayudar!-

-No puedes Percy, tu trabajo está en otro sitio.-

No podía creer lo que estaba oyendo. Miré a Tyson buscando apoyo. Mi hermano se mordió los labios.

-Papi...Percy puede pelear con la espada. Es bueno.-

-Lo sé- dijo Poseidón con gentileza

-Papá, puedo ayudar- dije -Sabes que puedo. No vas a soportar mucho mas tú solo.-

Una bola de fuego apareció en el cielo desde detrás de las líneas enemigas. Pensé que Poseidón la desviaría o algo, pero aterrizó en la esquina exterior del patio y explotó, lanzando tritones dando tumbos por el agua. Poseidón se estremeció como si acabara de ser acuchillado.

-Regresa al campamento- insistió -Y dile a Quirón que es el momento.-

-¿Para qué?-

- Debes oír la profecía. La profecía completa.-

No necesité preguntar cuál profecía. Había escuchado acerca de la "Gran Profecía" por años, pero nadie me la había dicho completa. Todo lo que sabía es que se suponía que yo tomaría una decisión que decidiría el destino del mundo- pero sin presiones.

-¿Que tal si ésta es la decisión? - dije - ¿Quedarme aquí a pelear, o irme? ¿Que tal si te dejo y tú...?-

No podía decir "mueres". No se supone que los dioses murieran, pero ya había visto que sucede. Incluso si no morían, podían ser reducidos a casi nada, exiliados, apresados en las profundidades del Tártaro como Cronos había estado.

-Percy, debes irte- insistió Poseidón - No sé cuál sea tu decisión final, pero tu lucha yace en el mundo de arriba. Al menos debes advertir a tus amigos del campamento. Cronos conoce sus planes. Tienen un espía. Nosotros resistiremos aquí, no tenemos opción.-

Tyson tomó mi mano desesperado -¡Te extrañaré, hermano!-

Mirándonos, nuestro padre pareció envejecer otros diez años. - Tyson, tienes trabajo que hacer, hijo mío. Te necesitan en la armería.-

-Iré- sollozó -Me abrazó tan fuerte que casi me quiebra las costillas. -¡Percy, ten cuidado! ¡No dejes que los monstruos te maten!-

Traté de verme confiado, pero era demasiado para el grandote. Se volvió y nadó hacia la armería, donde sus primos arreglaban lanzas y espadas.

-Deberías dejarlo pelear- le dije a mi padre -odia estar estancado en la armería, ¿no lo ves?-

Poseidón sacudió la cabeza.

- Ya es bastante malo que deba enviarte a tí al peligro. Tyson es muy joven. Debo protegerlo-

-Deberías confiar en él,- dije- no tratar de protegerlo.-

Los ojos de Poseidón centellearon. Pensé que había ido demasiado lejos, pero él miró al mosaico y sus hombros se hundieron. El tipo tritón en el carro de las langostas se estaba acercando al palacio.

-Océano se acerca- dijo mi padre - Debo enfrentarlo en batalla.

Nunca antes había estado preocupado por un dios, pero no veía cómo mi padre iba a encarar a éste Titán y vencer.

-Resistiré- prometió Poseidón- no rendiré mis dominios. Solo dime, Percy, ¿Todavía tienes el regalo de cumpleaños que te dí el verano pasado?-

Asentí y saque mi collar del campamento. Tenía una cuenta por cada verano que había estado en el campamento mestizo, pero desde el verano pasado también tenía un dólar de arena en el cordón. Mi padre me lo había dado por mi cumpleaños 15. Me dijo que yo sabría cuando "gastarlo", pero hasta ahora no entendía qué quiso decir. Todo lo que sabía es que no servía para las máquinas expendedoras de la cafetería de la escuela.

- El momento se acerca- prometió -con suerte, te veré por tu cumpleaños la próxima semana, y tendremos una celebración apropiada.-

Sonrió, y por un momento vi la vieja luz en sus ojos.

Entonces el mar entero se volvió oscuro enfrente de nosotros, como si una tormenta de tinta se aproximara. Truenos retumbando, lo que debería ser imposible bajo el agua. Una enorme y gélida presencia se acercaba. Sentí una ola de miedo atravesando los ejércitos debajo de nosotros.

-Debo asumir mi verdadera forma divina- dijo Poseidón -Ve, y buena suerte, hijo mío.-

Quería alentarlo, abrazarlo o algo, pero sabía que era mejor volverme. Cuando un dios asume su verdadera forma, el poder es tan grande que cualquier mortal que lo vea sería desintegrado.

-Adiós, padre- logré decir.

Entonces me di vuelta. Ordené a las corrientes del océano que me ayudaran. El agua se arremolinó a mi alrededor y me lanzó a la superficie a velocidades que hubieran hecho

explotar como globo a un humano normal. Cuando miré atrás pude ver destellos verdes y azules, mi padre combatiendo al titán, y el mar mismo dividido por los dos ejércitos.

Tres

Tengo un avance de mi muerte.

Si quieres ser popular en el campamento mestizo, no regreses de una misión con malas noticias.

El rumor de mi llegada se esparció tan pronto como salí del océano. Nuestra playa está en la costa norte de Long Island, y está encantada de modo que la mayoría de la gente no puede verla. Las personas no aparecen así nada mas en la playa a menos que sean semidioses, dioses o repartidores de pizza de veras, de veras, perdidos. (Ha pasado - pero ésa es otra historia).

Como sea, ésa tarde el vigía en turno era Connor Stoll de la cabaña de Hermes. Cuando me vió se emocionó tanto que se cayó de su árbol. Luego sonó el cuerno para avisar al campamento y corrió a saludarme. Connor tenía una sonrisa retorcida que encajaba con su sentido del humor retorcido. Es un buen chico, pero siempre querrás tener una mano en tu billetera cuando él esté cerca, y nunca, bajo ninguna circunstancia, le des acceso a la crema de afeitar a menos que quieras encontrar tu bolsa de dormir llena de ella. Tenía cabello castaño rizado y es un poco más bajo que su hermano, Travis, que es la única manera en que puedo distinguirlos. Son tan diferentes de mi viejo enemigo Luke que es difícil creer que todos son hijos de Hermes.

-¡Percy!- gritó -¿Que pasó? ¿Dónde está Beckendorf? -

Entonces vio mi expresión, y su sonrisa se derritió

-Oh, no. Pobre Silena. Sagrado Zeus, cuando se entere...-

Juntos subimos las colinas de arena. Unos cientos de metros más adelante, la gente ya se arremolinaba frente a nosotros, sonrientes y emocionados. "Percy volvió" probablemente pensaban "¡Ha salvado el día! ¡Probablemente compró recuerdos!"

Me detuve en el pabellón del comedor y los esperé. No sentía ninguna prisa por contarles lo perdedor que era. Miré a través del valle y traté de recordar como lucía el campamento mestizo la primera vez que lo vi. Parecía haber sido hace un billón de años. Desde el comedor podías verlo casi todo. Colinas rodeando el valle. En la más alta, la colina mestiza, el pino de Thalía se elevaba con el Vellochino de Oro colgando de sus ramas, protegiendo mágicamente al campamento de sus enemigos. El dragón guardián Peleo estaba ya muy grande y podía verlo desde aquí- enroscado alrededor del tronco del árbol, echando bocanadas de humo mientras roncaba.

A mi derecha se extendía el bosque, A la izquierda, el resplandeciente lago de canoas y el muro de escalada brillando por la lava que escurría en un lado. Doce cabañas -una por cada dios olímpico -formaban una herradura alrededor del área común. Lejos hacía el sur

estaban los campos de fresas, la armería y la Gran Casa, con su pintura azul cielo y su veleta con forma de águila de bronce.

En cierta forma, el campamento no había cambiado. Pero no veías la guerra mirando a los edificios o los campos, la veías en las caras de los semidioses, sátiros y náyades que ascendían la colina. Ya no eran tantos en el campamento como hacía cuatro veranos. Algunos habían partido y nunca volvieron. Algunos perecieron luchando. Otros -tratábamos de no pensar en ellos- se habían ido con el enemigo. Los que aún estaban aquí estaban endurecidos por la batalla y fatigados. Había pocas risas en el campamento esos días. Incluso la cabaña de Hermes no jugaba muchas bromas. Es difícil disfrutar las bromas pesadas cuando tu vida entera se siente como una.

Quirón galopó hacia el pabellón primero, lo que era fácil para él siendo un caballo blanco de la cintura hacia abajo. Su barba había crecido revuelta a lo largo del verano. Usaba una camiseta verde que decía "MI OTRO AUTO ES UN CENTAURO" y un arco colgaba en su espalda.

-¡Percy!- dijo -Gracias a los dioses. Pero donde...-

Annabeth corría justo detrás de él, y tengo que admitir que mi corazón hizo una pequeña carrera de relevos en mi pecho cuando la vi. No es que ella tratara de verse bien. Habíamos pasado por tantas misiones de combate últimamente, que ya difícilmente cepillaba su cabello rubio ondulado, y no le preocupaba que ropas utilizaba -usualmente la misma playera naranja del campamento y unos vaqueros, y de vez en cuando su armadura de bronce. Sus ojos eran de un gris tempestuoso. La mayor parte del tiempo no podíamos tener una conversación sin tratar de estrangular al otro. Aún así, el solo verla me hizo sentir la cabeza confundida. El verano pasado, antes de que Luke se volviera Cronos y todo se tornara desagradable, hubo unos pocos momentos en que pensé que tal vez...bueno, que tal vez habíamos pasado la etapa de estrangular al otro.

-¿Qué pasó? -ella sujetó mi brazo -¿Luke está...?-

-El barco explotó- dije -Él no fue destruido. No sé donde...-

Silena Beauregard se abrió paso entre la multitud. Su cabello no estaba peinado y no usaba maquillaje, lo que no era propio de ella.

-¿Dónde está Charlie? -exigió, mirando alrededor como si él se escondiera.

Miré a Quirón suplicante. El viejo centauro se aclaró la garganta. -Silena, querida, hablemos de esto en la Casa Grande.-

-No- murmuró -No, no-

Comenzó a llorar, y el resto de nosotros nos pasmamos ahí, muy consternados como para hablar. Ya habíamos perdido mucha gente a lo largo del verano, pero esto fue lo peor. Con Beckendorf caído, se sentía como se hubiesen robado el ancla del campamento entero.

Finalmente Clarisse de la cabaña de Ares se acercó. Puso su brazo alrededor de Silena. Ellas tenían una de las más extrañas amistades -una hija del dios de la guerra y una hija de la diosa del amor- pero desde que Silena había aconsejado a Clarisse el verano

pasado acerca de su primer novio, Clarisse había decidido ser guardaespaldas personal de Silena.

Clarisse portaba su armadura de combate color rojo sangre, con su cabello castaño metido en una pañoleta. Era tan grande y corpulenta como un jugador de Rugby, con una mueca permanente en su cara, pero habló a Silena con amabilidad.

- Vamos, chica - le dijo -Vamos a la Casa Grande. Te prepararé chocolate caliente.-

Todos se volvieron y empezaron a dispersarse en grupos de 2 y de 3, de vuelta a las cabañas, Ya nadie estaba emocionado de verme. Nadie quería oír acerca del barco que explotó. Solo Annabeth y Quirón se quedaron cerca. Annabeth se limpió una lágrima de la mejilla.

- Me alegra que no estés muerto, sesos de alga.-

- Gracias, -dije -a mí también.-

Quirón puso una mano en mi hombro. -Estoy seguro que hiciste todo lo que pudiste, Percy. ¿Nos dirás que pasó?-

No quería pasar por eso de nuevo, pero les conté la historia, incluyendo mi sueño acerca de los Titanes. Dejé fuera los detalles acerca de Nico. Me había hecho prometer que no le diría a nadie acerca de su plan hasta que me decidiera, y el plan era tan espantoso que no me importaba guardarlo en secreto.

Quirón miró hacia el valle. -Debemos convocar a un consejo de guerra inmediatamente, para discutir lo de este espía y otras cuestiones.-

-Poseidón mencionó otra amenaza- dije -Algo incluso mayor que el princesa Andrómeda. Pienso que debe ser el desafío que el titán mencionó en mi sueño.-

Quirón y Annabeth intercambiaron miradas, como si supieran algo que yo no. Odiaba cuando hacían eso.

-Discutiremos eso también- prometió Quirón.

-Una cosa más- dije, inhalando profundamente -Cuando hablé con mi padre, me dijo que te dijera que es el momento. Necesito conocer la profecía completa.-

Los hombros de Quirón cayeron, pero no pareció sorprendido. -Temía por éste día. Annabeth, le mostraremos a Percy la verdad- toda la verdad. Vamos al ático.-

Ya había ido al ático de la Casa Grande 3 veces antes, lo que era 3 veces más de las que hubiera querido. Una escalera de mano conducía al ático. Me pregunté cómo iba a hacer Quirón para subir, siendo mitad caballo y eso, pero no lo intentó.

-Sabes dónde está- le dijo a Annabeth -Tráelo abajo, por favor.-

Annabeth asintió.- Vamos, Percy.-

El sol se ponía en el exterior, así que el ático estaba más oscuro y escalofriante que de costumbre. Trofeos de viejos héroes yacía amontonados por doquier, escudos dentados, cabezas cortadas de varios monstruos dentro de vasijas, un par de dados afelpados en una placa de bronce que decía: ROBADOS DEL HONDA CIVIC DE CHRYSAOR, POR GUS, HIJO DE HERMES, 1988. Levanté una espada curvada de bronce tan grotescamente doblada que parecía una letra M. La etiqueta decía: "Cimitarra de Campe, destruida en la Batalla del Laberinto"

-¿Recuerdas a Briares lanzando esos peñascos?- pregunté

Annabeth puso una sonrisa forzada. -¿Y Grover causando Pánico?

Cruzamos miradas. Pensé en un momento distinto del verano pasado, bajo el monte St. Helens, cuando Annabeth pensó que yo iba a morir y me besó. Se aclaró la garganta y desvió la vista.

-Profecía-

-Cierto- bajé la cimitarra -profecía.-

Caminamos junto a la ventana. En un banquillo de tres patas estaba el oráculo- una arrugada mujer momificada en un vestido desteñido. Mechones de pelo negro colgaban de su cráneo, ojos vidriosos en su rostro reseco. Solo verla me erizó la piel. Si querías dejar el campamento durante el verano, tenías que venir aquí y obtener una misión. Éste verano ésa regla se había alterado. Los campistas salían todo el tiempo en misiones de combate. No teníamos elección si queríamos detener a Cronos.

Todavía recordaba muy bien la extraña niebla verde - el espíritu del oráculo -que vivía dentro de la momia. Se veía muerta ahora, pero cuando pronunciaba una profecía, se movía. Algunas veces la niebla salía de su boca y adquiría extrañas formas. Una vez había dejado el ático y dado un paseo zombi por los bosques para entregar un mensaje.

No estaba seguro qué iba a hacer para la "Gran Profecía". En parte esperaba que bailara tap o algo así. Pero solo yacía ahí, como si estuviera muerta - lo estaba.

-Nunca he entendido esto -murmuré

-¿Qué?- preguntó Annabeth

-Por qué es una momia.-

-Percy, ella no solía ser una momia. Por miles de años el espíritu del Oráculo vivió dentro de una hermosa doncella. El espíritu debía pasar de generación en generación. Quirón me contó que ella era así hace 50 años.- Annabeth señaló a la momia. -Era la última.-

-¿Qué pasó?-

Annabeth iba a decir algo, pero pareció cambiar de opinión. -Hagamos nuestro trabajo y larguémonos de aquí.-

Miré nervioso el rostro marchito de la Oráculo. -¿Y ahora qué?-

Annabeth se acercó a la momia y juntó las manos. -Oh, Oráculo, el momento se aproxima. Pido la Gran profecía.-

Me abracé a mí mismo, pero la momia no se movió. En vez de eso, Annabeth fue junto a ella y desabrochó uno de sus collares. Nunca puse mucha atención a su joyería antes, Pensaba que solo eran cuentas de amor y esas cosas hippies, pero cuando Annabeth se volvió hacia mí sostenía una bolsita de piel- como las bolsitas medicinales de los nativos americanos con un cordón trenzado con plumas. Abrió la bolsa y sacó un rollo de pergamino no más grande que su meñique.

-No puede ser.- dije - ¿Quieres decirme que todos estos años que estuve preguntando por esa estúpida profecía estuvo justo aquí alrededor de su cuello?

- No era el momento, Percy.- dijo Annabeth -Créeme, yo leí esto cuando tenía 10, y todavía tengo pesadillas al respecto.-

-Grandioso.- dije -¿Puedo leerla ahora?-

-Abajo en el consejo de guerra.- dijo Annabeth -No enfrente de...tú sabes.-

Miré los ojos vidriosos de la oráculo y decidí no discutir. Nos dirigimos abajo para reunirnos con los demás. No lo supe entonces, pero ésa sería la última vez que visitara el ático.

Los señores del consejo se habían reunido alrededor de la mesa de ping-pong. No me pregunten por qué, pero la sala de recreación se había convertido en los cuarteles informales del consejo de guerra en el campamento. Cuando Annabeth, Quirón y yo llegamos, bueno, parecía un concurso de gritos.

Clarisse todavía estaba con su armadura completa. Su lanza eléctrica ajustada a su espalda. (En realidad su segunda lanza eléctrica, porque yo rompí la primera. Había llamado a su lanza "mutiladora". A su espalda todos la llamaban "ahuyentadora"). Tenía su yelmo con forma de jabalí bajo el brazo y un cuchillo en su cinturón.

Estaba en medio de una discusión con Michael Yew, el nuevo líder de Apolo, que se veía muy cómico porque Clarisse era 30 centímetros más alta. Michael había encabezado a la cabaña de Apolo después de que Lee Fletcher muriera en batalla el verano pasado. Michael medía 1.55 metros, con otros 50 cm. de actitud. Me recordaba a un hurón, con su nariz puntiaguda.

-¡Es nuestro botín!- gritaba, parándose de puntillas para alcanzar la cara de Clarisse. -¡Si no te gusta puedes besarme el carcaj!-

Alrededor de la mesa la gente trataba de no reírse- los hermanos Stoll, Pólux de la cabaña de Dioniso, Katie Gardner de Deméter. Incluso Jake Mason, apresuradamente nombrado nuevo líder de Hefesto, contenía una ligera sonrisa. Solo Silena Beauregard no prestaba atención. Estaba sentada junto a Clarisse y miraba sin ver la red de ping-pong. Sus ojos estaban rojos e hinchados. Una taza de chocolate estaba intacta enfrente de ella. Parecía injusto que tuviera que estar aquí. No podía creer que Clarisse y Michael estuvieran ahí, junto a ella, discutiendo por algo tan estúpido como un botín cuando Silena acababa de perder a Beckendorf.

-¡Basta! - grité -¿Que están haciendo?

Clarisse se enfureció.- Dile a Michael que no sea un imbécil egoísta.-

-Oh, eso es perfecto, viniendo de ti.- dijo Michael.

-¡La única razón para que esté aquí es apoyar a Silena! -vociferó Clarisse -De otro modo me iría de vuelta a mi cabaña.-

-¿De qué están hablando? -exigí saber.

Pólux se aclaró la garganta -Clarisse se ha rehusado a hablar con ninguno de nosotros hasta que su...um, asunto, sea arreglado. No ha hablado en tres días.-

-Ha sido maravilloso.- Travis Stoll dijo pensativo

-¿Qué asunto? -pregunté

Clarisse se volvió hacia Quirón. -Tú estás a cargo, ¿No? ¿Mi cabaña tiene lo que queremos o no?-

Quirón revolvió sus pezuñas. -Querida, ya te lo expliqué. La cabaña de Apolo tiene el mayor derecho. Además, tenemos asuntos más importantes...-

-Claro, - interrumpió Clarisse -Siempre hay asuntos más importantes que lo que Ares necesita. ¡Solo se supone que nos presentemos y encendamos cuando nos necesiten, y nada de quejas!

-Eso estaría bien- murmuró Connor Stoll.

Clarisse aferró su cuchillo- Quizás debería preguntar al Sr. D...-

-Cómo ya sabes, -le interrumpió Quirón, su tono ligeramente molesto ahora, -nuestro director, Dioniso, está ocupado con la guerra. Él no puede ser molestado con esto.-

-Ya veo.-dijo Clarisse -¿Y los señores del consejo? ¿Alguno de ustedes está de mi lado?-

Nadie sonrió ahora. Ninguno miró a Clarisse a los ojos.

-Bien.- Clarisse se volvió hacia Silena -Lo siento. No pretendía meterme en esto ahora que tú perdiste a...como sea, me disculpo. Contigo. Con nadie más.-

Silena no pareció escuchar sus palabras. Clarisse tiró su cuchillo sobre la mesa de ping-pong.

-Todos ustedes pueden pelear ésta guerra sin Ares. Hasta que obtenga una satisfacción, nadie de mi cabaña levantará un dedo para ayudarlos. Diviértanse muriendo.-

Los miembros del consejo estaban todos muy atolondrados como para decir algo mientras Clarisse salía como una tromba de la habitación. Finalmente Michael Yew dijo:

-Fin del asunto-

-¿Estas bromeando? -Katie Gardner protestó -¡Esto es un desastre!

- No puede hablar en serio. -Dijo Travis -¿O sí?-

Quirón suspiró -Su orgullo ha sido herido. Se calmará eventualmente.- Pero no sonaba muy convencido.

Yo quería preguntar por qué demonios Clarisse estaba tan enloquecida, pero miré a Annabeth y musitó las palabras "Te lo contaré luego".

-Ahora- Quirón continuó - si son tan amables, consejeros. Percy ha traído algo que pienso que deben oír. Percy...La Gran Profecía.-

Annabeth me dio el pergamino. Se sentía reseco y viejo. Lo desenrollé tratando de no romperlo, y comencé a leer:

-Un mestizo de las viejas poses...-

-¿Eh, Percy? interrumpió Annabeth -Dice dioses, no poses. -

-Oh, cierto - dije. Ser disléxico es distintivo de los semidioses, pero a veces en verdad lo odio. Entre más nervioso estoy, peor se pone mi lectura.

-Un mestizo de los viejos dioses...contra todo augurio a 16 llegará...-

Dudé, mirando las siguientes líneas. Una fría sensación empezó en mis dedos, como si el papel estuviera congelado.

-Y verá el mundo en sueño sin fin-

-El alma del héroe, la hoja maldita desgarrará-

De pronto Riptide pareció pesar más en mi bolsillo. ¿Una hoja maldita? Quirón me contó alguna vez que Riptide había causado pesar a muchas personas. ¿Sería posible que mi propia espada me mataría? ¿Y cómo podría el mundo caer en un sueño sin fin, a menos que significara muerte?

-Percy, - me apresuró Quirón -lee el resto.-

Mi boca se sentía como si estuviera llena de arena, pero pronuncié las últimas dos líneas.

-Una simple elección sus...sus días terminará-

-El Olimpo per...pres...-

-Preservar, -dijo Annabeth amablemente -significa salvar.-

-Sé lo que significa. -gruñí -El Olimpo preservar o arrasar.-

La habitación quedó en silencio. Finalmente Connor Stoll dijo: -Abrazar es bueno, ¿No?-

-No abrazar, -dijo Silena. Su voz sonaba hueca, pero me sobresalté al oírla hablar. -A- rra- sar significa destruir.-

-Extinguir, -dijo Annabeth -aniquilar. Volver escombros.-

-Entendemos- mi corazón se sentía como de plomo. -Gracias.-

Todos me miraban -desconcertados, con pena o tal vez un poco de miedo. Quirón cerró los ojos como si dijera una plegaria. Como caballo, su cabeza casi rozaba las luces en la habitación recreativa.

-Ahora lo ves, Percy, por qué pensamos que era mejor no decirte la profecía completa. Ya tenías bastante sobre tus hombros...-

-¿Sin saber que iba a morir al final de todas formas?- dije- Si, lo captó.-

Quirón me miró con tristeza. El tipo tenía 3 mil años de edad. Había visto a cientos de héroes morir. Tal vez no le gustara, pero estaba acostumbrado a ello. Probablemente sabía mejor como ponerme a prueba que tranquilizarme.

-Percy- dijo Annabeth -Sabes que las profecías siempre tienen doble significado. Tal vez no quiere decir literalmente que tú mueras.-

-Seguro- dije -"Una simple elección, sus días terminará". Eso tiene toneladas de significados ¿No?-

-Quizás podamos detenerlo- ofreció Jake Mason -"El alma del héroe la hoja maldita desgarrará". Tal vez podamos hallar esa hoja maldita y destruirla. Suena como la guadaña de Cronos, ¿verdad?-

No había pensado en eso, pero no importaba si la hoja maldita era Riptide o la guadaña de Cronos. De cualquier modo, dudaba que pudiéramos detener la profecía. Una hoja se suponía que desgarraría mi alma. Como regla general, prefería que mi alma no fuera desgarrada.

-Tal vez deberíamos dejar a Percy pensar acerca de esas líneas.- dijo Quirón -Necesita tiempo...-

-No - doblé la profecía y la guardé en mi bolsillo. Me sentía desafiante y molesto, aunque no estaba muy seguro de con quién estaba molesto.

-No necesito tiempo. Si muero, muero. No puedo preocuparme por eso, ¿cierto?-

Las manos de Annabeth temblaron un poco. No me miró a los ojos.

-Hay que movernos- dije -Hay otros problemas. Tenemos un espía.-

Michael Yew gesticuló -¿Un espía?

Les conté lo que pasó en el Princesa Andrómeda- cómo Cronos sabía que iríamos, cómo me mostró el colgante plateado de guadaña que usaba para comunicarse con alguien en el campamento. Silena empezó a llorar de nuevo, y Annabeth le puso un brazo alrededor de los hombros.

-Bueno -dijo Connor Stoll, incómodo -hemos sospechado que había un espía desde hace años, ¿cierto? Alguien que pasaba información a Luke. Como la localización del Vellochino de Oro hace un par de años. Debe ser alguien que lo conoció bien.- Tal vez inconscientemente, miró a Annabeth. Ella conocía a Luke mejor que nadie, pero Connor desvió la mirada rápidamente. -Um, quiero decir, podría ser cualquiera.-

-Si- Katie Gardner frunció el ceño hacia los hermanos Stoll. Estaba molesta con ellos desde decoraron el techo de césped de la cabaña de Deméter con conejos de Pascua de chocolate.- Como algunos hermanos de Luke.-

Travis y Connor empezaron a discutir con ella.

-¡Alto! - Silena golpeó la mesa tan fuerte que el chocolate se derramó -Charlie está muerto y...¡y todos ustedes están discutiendo como niñitos!

Bajó la cabeza y empezó a sollozar. El Chocolate caliente escurría por la mesa de ping-pong. Todos se veían avergonzados.

-Ella tiene razón.- dijo Pólux al fin -Acusarnos unos a otros no ayuda. Tenemos que mantener los ojos abiertos buscando ese collar plateado con un colgante de guadaña. Si Cronos tenía uno, probablemente también el espía.-

Michael Yew gruñó -Tenemos que encontrar a ése espía antes de planear nuestra siguiente operación. Volar el Princesa Andrómeda no detendrá a Cronos para siempre.-

-No, en efecto-dijo Quirón -De hecho su siguiente ataque ya está en camino.-

Yo gesticulé -¿Quieres decir "la Gran Amenaza" que Poseidón mencionó?-

Él y Annabeth se miraron uno al otro estilo "es hora". ¿Mencioné que odio cuando hacen eso?

-Percy -dijo Quirón -no queríamos mencionártelo hasta que volvieras al campamento. Necesitabas un respiro con tus...amigos mortales.-

Annabeth se ruborizó. Eso me hizo notar que ella sabía que estaba interesado en Rachel, y me sentí culpable. Luego me sentí molesto por sentirme culpable. Podía tener amigos fuera del campamento, ¿o no? No era como si...

-Dime qué pasó- dije

Quirón tomó un cáliz de bronce de la mesa. Vacío agua en la charola caliente donde solíamos fundir queso para nachos. Comenzó a ascender vapor, formando un arcoíris con la luz fluorescente. Quirón sacó un dracma de oro de su bolsita, lo arrojó entre el vapor, y murmuró:

-Oh Iris, diosa del arcoíris, muéstranos la amenaza.-

La niebla brilló. Vi la familiar imagen de un volcán en erupción- el monte St. Helens. Mientras veíamos, el lado de la montaña explotó. Fuego, ceniza y lava brotaron. La voz de un reportero decía: "...incluso mayor que la erupción del año pasado, y los geólogos advierten que la montaña no ha terminado." Sabía todo acerca de la erupción del año pasado. Yo la causé. Pero ésta explosión era mucho peor. La montaña entera se desgajó, colapsando hacia el interior, y una enorme forma surgió del humo y la lava como si emergiera de una boca. Esperaba que la Niebla evitara que los humanos la vieran con claridad, porque lo que vi hubiera causado pánico y alborotos en todo el país.

El gigante era más grande que cualquier cosa que hubiera visto. Incluso mis ojos de semidiós no pudieron captar su forma exacta entre las cenizas y el fuego, pero era vagamente humanoide y tan grande que hubiera podido usar el edificio Chrysler como bate de beisbol.

-Es él, dije -Tifón.-

Esperaba seriamente que Quirón dijera algo bueno, como "¡No, es nuestro enorme amigo Leroy! ¡Viene a ayudarnos!" Pero no hubo tal suerte. Simplemente asintió.

-El monstruo más horrible de todos, la amenaza más grande que los dioses hubieran enfrentado. Ha sido liberado de la montaña al fin. Pero esta escena es de hace dos días, esto es lo que pasa hoy.-

Quirón sacudió su mano y la imagen cambió. Vi un banco de nubes de tormenta cruzando las planicies del medio oeste. Relámpagos que destellaban, líneas de tornados destruyendo todo a su paso- arrancando casas y tráileres, volteando coches como si fueran de juguete. "Inundaciones monumentales" decía el anunciador "Cinco estados declarados zona de desastre mientras el desolador sistema de tormenta se desplaza hacia el este, continuando su camino de destrucción"

Las cámaras hicieron acercamiento a una columna de tormenta abatiendo alguna ciudad del medio oeste. No sabría decir cuál. Dentro de la tormenta podía ver al gigante - solo pequeños vistazos de su verdadera forma: un brazo humeante, una oscura mano con garras del tamaño de una cuadra. Su furioso rugido de desplazaba por las planicies como una explosión nuclear. Otras formas pequeñas volaban a través de las nubes, rodeando al monstruo. Vi destellos de luz y noté que el gigante trataba de derribarlos. Forcé la vista y me pareció ver un carro dorado volando en la oscuridad. Luego algún tipo de ave enorme-un búho monstruoso planeaba para atacar al gigante.

-¿Esos son...los dioses?- dije

-Si Percy- dijo Quirón- Han estado luchando por días, tratando de detenerlo. Pero Tifón sigue marchan-hacia New York. Directo al Olimpo.-

-¿Cuanto falta para que llegue aquí?

-¿A menos que los dioses lo detengan? quizás 5 días. La mayoría de los olímpicos están ahí... excepto tu padre, que tiene su propia guerra que pelear.-

-¿Entonces quien custodia el Olimpo?-

Connor Stoll sacudió la cabeza. -Si Tifón llega a New York no importará quien custodie el Olimpo.-

Pensé en las palabras de Cronos en el barco: "Me encantaría ver el terror en tus ojos cuando te des cuenta de cómo destruiré el Olimpo". ¿Sería esto de lo que estaba hablando, un ataque de Tifón? Seguro que era suficientemente aterrador. Pero Cronos siempre nos había engañado, desviando nuestra atención. Esto parecía demasiado obvio para él, y el Titán dorado de mi sueño habló de muchos otros desafíos por venir, como si Tifón solo fuera el primero.

-Es una trampa- dije- Tenemos que advertir a los dioses. Algo más va a pasar.-

Quirón me miró con severidad -¿Algo peor que Tifón? Espero que no.-

-Tenemos que defender el Olimpo- insistí -Cronos tiene otro ataque planeado.-

-Lo tenía -me recordó Travis Stoll -pero hundiste su barco.-

Todos estaban mirándome. Querían alguna buena noticia. Querían creer que al menos les daría una poca de esperanza. Miré a Annabeth. Podía asegurar que estábamos pensando lo mismo: ¿Y si el Princesa Andrómeda era un señuelo? ¿Que tal si Cronos nos dejó volarlo para que bajáramos la guardia?

Pero no iba a decir eso enfrente de Silena. Su novio se había sacrificado por ésa misión.

-Tal vez tengas razón.- dije, aunque yo no lo creía.

Trataba de imaginarme cómo es que las cosas podrían ponerse peores. Los dioses estaban en el medio oeste peleando con un monstruo inmenso que una vez casi los derrotó. Poseidón estaba sitiado y perdiendo su guerra contra el titán del mar Océano. Cronos aún estaba en algún lugar ahí afuera. El Olimpo estaba virtualmente indefenso. Los semidioses del campamento mestizo estábamos solos con un espía en nuestras filas. Oh, y de acuerdo con la antigua profecía, yo iba a morir al cumplir 16- lo que iba a suceder en 5 días, el tiempo exacto que tomaría a Tifón llegar a New York. Casi olvido eso.

-Bueno- dijo Quirón - creo que es suficiente por una noche-

Movió la mano y el vapor se disipó. La estrepitosa batalla de Tifón y los dioses desapareció.

-Eso es subestimarlos- murmuré

Y el consejo de guerra se suspendió.

Cuatro

Quemamos un sudario de metal.

Soñé que Rachel Elizabeth Dare lanzaba dardos a mi imagen. Ella estaba en su cuarto...ok, volvamos. Tengo que explicar que Rachel no tiene un cuarto. Tiene el piso superior de la mansión de su familia, una construcción renovada en Brooklyn. Su "cuarto" es un enorme desván con iluminación industrial y ventanas de piso a techo. Es casi el doble de grande que el apartamento de mi mamá.

Algo de rock alternativo resonaba desde su equipo de sonido salpicado de pintura. Por lo que yo podía decir, la única regla de Rachel en cuanto a la música era no tener dos canciones en su Ipod que sonaran parecidas, y todo tenía que ser extraño.

Vestía un kimono y su cabello estaba revuelto, como si hubiera estado durmiendo. Su cama estaba desarreglada. Hojas colgando en manojos sobre bases artísticas. Ropa sucia y envolturas viejas de barras energéticas estaban tiradas por el piso, pero cuando tienes un cuarto así de grande el desorden no luce tan mal. Por las ventanas podías ver el horizonte nocturno de Manhattan.

La pintura que estaba atacando era de mí sobre el gigante Anteo. Rachel la había pintado un par de meses atrás. Mi expresión en ella era feroz- inquietante, incluso- así que era difícil decidir si yo era el bueno o el malo, aunque Rachel decía que así me veía después de ésa batalla.

-Semidioses- murmuró Rachel mientras lanzaba otro dardo al lienzo. -Y sus estúpidas misiones.-

Muchos de los dardos rebotaban, pero unos pocos se clavaron. Uno se quedó en mi mentón como una perilla. Uno golpeó la puerta de su dormitorio.

-¡Rachel! - gritó un hombre -¿Que crees que estás haciendo? ¡Apaga esa...!-

Rachel tomó su control remoto y apagó la música -Adelante-

Su padre entró, haciendo muecas y pestañeando por la luz. Tenía cabello color marrón un poco más oscuro que el de Rachel. Estaba apelmazado de un lado como si hubiera perdido una pelea con su almohada. Su pijama de seda azul tenía bordado "WD" en el bolsillo. En serio, ¿Quién borda iniciales en su pijama?

-¿Qué está pasando? -preguntó -¡Son las 3 de la mañana!-

-No podía dormir- respondió Rachel. En la pintura, un dardo cayó de mi rostro. Rachel escondió el resto detrás de su espalda, pero el Sr. Dare lo notó.

-Así que... ¿Entiendo que tu amigo no va a venir a St. Thomas?- Así era como el Sr. Dare me llamaba. Nunca Percy, solo "tu amigo" o "jovencito" si estaba hablando conmigo, lo que raramente sucedía.

Rachel arqueó las cejas -No lo sé-

- Nos vamos en la mañana- dijo su padre- Si no se ha decidido todavía...-

-Probablemente no venga- dijo Rachel lastimeramente -¿Feliz?-

El Sr. Dare puso las manos tras su espalda. Se paseó por la habitación con el rostro inexpresivo. Me imaginé que hacía eso en la sala de juntas de su compañía de desarrollo territorial y ponía a sus empleados nerviosos.

-¿Todavía tienes malos sueños? ¿Jaquecas?-

Rachel tiró sus dardos al piso - Nunca debí contarte eso.-

-Soy tu padre, -dijo -me preocupo por ti.-

- Te preocupas por la reputación de la familia.- murmuró Rachel

Su padre no reaccionó- tal vez porque ya había oído ese comentario antes, o tal vez porque era verdad.

-Podríamos llamar al Dr. Akwright -sugirió -Él te ayudó a sobrellevar la muerte de tu hámster.-

-Tenía 6 entonces - respondió ella -Y no, papá, no necesito un terapeuta. Solo...- Sacudió la cabeza desesperada.

Su padre se detuvo frente a las ventanas. Observó el horizonte neoyorkino como si le perteneciera- lo que no era cierto. Solo era dueño de una parte.

- Sería bueno para ti irte.- Decidió -Tienes algunas influencias poco saludables.-

-No voy a ir a la Academia de Chicas Clarión.- dijo Rachel -Y mis amigos no son asunto tuyo.-

El Sr. Dare sonrió, pero no era una sonrisa cálida. Era más como "algún día te darás cuenta de lo tonta que sueñas".

-Trata de dormir- le indicó -Estandremos en la playa mañana en la noche. Será divertido.-

-Divertido- repitió Rachel -Montones de diversión.-

Su padre salió de la habitación. Dejó la puerta abierta tras él.

Rachel contempló mi retrato. Luego caminó hacia el caballete junto a él, que estaba cubierta con una hoja.

- Espero que sean sueños.- dijo

Descubrió el caballete. En él había un apresurado bosquejo al carbón, pero Rachel era una buena artista. La imagen definitivamente era Luke de niño. Tendría alrededor de 9 años, con una amplia sonrisa y ninguna cicatriz en su rostro. No tenía idea de cómo Rachel podría saber cómo lucía entonces, pero el retrato era tan bueno que no creí que estuviera adivinando. Por lo que sabía de la vida de Luke (que no era mucho), la imagen lo mostraba justo antes de que se enterara que era un mestizo y huyera de casa.

Rachel contempló el retrato. Luego descubrió el siguiente caballete. La pintura era aún mas perturbadora. Mostraba el edificio Empire State con relámpagos alrededor. En la distancia una oscura tormenta crecía, con una enorme mano saliendo de las nubes. En la base del edificio una muchedumbre se congregaba...pero no era una masa normal de turistas y peatones. Vi lanzas, jabalinas y estandartes...los atavíos de un ejército.

-Percy- murmuró Rachel -¿Qué está pasando?-

El sueño se desvaneció, y lo último que recuerdo es que deseaba poder responderle.

A la mañana siguiente hubiera querido llamarla pero no había teléfonos en el campamento. Dioniso y Quirón no necesitaban una línea terrestre. Solo llamaban al Olimpo con un mensaje Iris cuando necesitaban algo. Y cuando un semidiós usaba un celular agitaba a los monstruos que hubiera en millas a la redonda. Era como disparar una bengala: ¡Estoy aquí! ¡Por favor reorganicen mi cara! Aun dentro de los seguros limites del campamento no era la clase de aviso que querías enviar.

La mayoría de los semidioses (excepto Annabeth y unos pocos mas) no tenían teléfonos celulares. Y definitivamente no podía decir a Annabeth: "¡Hey, préstame tu celular para llamarle a Rachel!". Para hacer la llamada tendría que dejar el campamento y caminar varios kilómetros hasta la tienda de conveniencia más cercana. Aún si Quirón me dejara ir, para cuando llegara ahí Rachel podría estar ya en el avión hacia St. Thomas.

Tomé un deprimente desayuno solo en la mesa de Poseidón. Miré la grieta en el piso de mármol donde dos años antes Nico había conjurado un puñado de esqueletos sedientos de sangre desde el Inframundo. El recuerdo no sirvió exactamente para estimularme el apetito.

Después de desayunar Annabeth y yo nos encaminamos a inspeccionar las cabañas. En realidad era el turno de Annabeth para la inspección. Mi tarea matinal era checar los reportes para Quirón. Pero como ambos odiábamos nuestras labores, decidimos hacerlas juntos para que no fueran tan fastidiosas.

Empezamos en la cabaña de Poseidón, que básicamente era solo yo. Hice mi cama esa mañana (bueno, algo así) y colgué el cuerno de Minotauro en la pared, así que me di a mí mismo un 4 de 5.

Annabeth puso una cara -Estás siendo generoso.- Usó la punta del lápiz para recoger unos viejos shorts para ejercicio. Se los arrebaté.

-Hey, dame un respiro. No tengo a Tyson limpiando tras de mí este verano.-

- 3 de 5 -dijo Annabeth. Sabía que era mejor no discutir, así que continuamos.

Trataba de revisar los reportes de Quirón mientras caminábamos. Había mensajes de semidioses, espíritus de la naturaleza y sátiros de todo el país, escribiendo acerca de la reciente actividad monstruo. Eran muy deprimentes, y a mi cerebro deficiencia-de-atención-por-hiperactividad no le gustaba concentrarse en cosas deprimentes.

Pequeñas batallas surgían por doquier. El reclutamiento del campamento había bajado a cero. Los sátiros tenían problemas para encontrar nuevos semidioses y traerlos a la colina mestiza porque muchos monstruos vagaban por el país. Nuestra amiga Thalía, que lideraba a las cazadoras de Artemisa no había sido vista en meses, y si Artemisa sabía que había sido de ellas no estaba compartiendo la información.

Visitamos la cabaña de Afrodita, que por supuesto obtuvo 5 de 5. Las camas estaban perfectamente arregladas. La ropa en los armarios de cada uno estaba coordinada por colores. Flores frescas adornaban los alféizares de las ventanas. Yo quería reducir un punto porque todo el lugar apestaba a perfume de diseñador, pero Annabeth me ignoró.

-Gran trabajo como siempre, Silena.- dijo Annabeth

Silena asintió decaída. El muro detrás de ella estaba decorado con fotos de Beckendorf. Se sentó con una caja de chocolates en su regazo, y recordé que su padre tenía una tienda de chocolates en la Villa, que fue como captó la atención de Afrodita.

-¿Quieren un bombón? Mi padre me los envió. Pensó que...que podrían animarme.-

-¿Han hecho algún bien?- pregunté

Ella sacudió la cabeza -Sabes a cartón.-

Yo no tenía nada en contra del cartón, así que probé uno. Annabeth no quiso. Prometimos a Silena verla más tarde y seguimos adelante. Mientras cruzábamos el área común, una pelea empezó entre las cabañas de Ares y Apolo. Unos campistas de Apolo armados con bombas de fuego volaban sobre la cabaña de Ares en un carro tirado por 2 pegajos. Nunca había visto ése carro antes, pero se veía como un muy buen transporte.

Pronto, la cabaña de Ares ardía en llamas y náyades del lago de canoas corrían para traer agua. Entonces los campistas de Ares invocaron una maldición, y las flechas de los chicos de Apolo se volvieron de goma. Los hijos de Apolo continuaron disparándolas a los hijos de Ares, pero las flechas simplemente rebotaban. Dos arqueros corrían perseguidos por un furioso hijo de Ares que gritaba en verso: -"Maldiciéndome, ¿Eh?, ¡les haré pagar! / ¡Yo no quiero todo el día rimar! -

Annabeth suspiró -No otra vez. La última vez que Apolo maldijo una cabaña, tomo una semana para que dejaran las cuartetos en verso.-

Yo me estremecí. Apolo era el dios de la poesía así como de la arquería. y lo había escuchado recitar en persona. Prefería que me dispararan una flecha.

-¿Por qué pelean, de todos modos?- pregunté

Annabeth me ignoró mientras garabateaba en su rol de inspección, dando a ambas cabañas 1 de 5.

Me encontré a mí mismo contemplándola, lo que era estúpido ya que la había visto un millón de veces. Ella y yo éramos de la misma estatura este verano, lo que era un alivio. Pero ella aún se veía mucho más madura, Era un poco intimidante. Es decir, claro, ella siempre había sido linda, pero empezaba a ser seriamente hermosa.

Finalmente dijo: -Ése carro volador.-

-¿Qué?-

-Preguntaste por qué pelean.-

-Oh, oh, cierto.-

-Lo capturaron en un asalto a Filadelfia la semana pasada. Algunos de los semidioses de Luke estaban ahí con ése carro volador. La cabaña de Apolo lo obtuvo durante la batalla, pero la cabaña de Ares dirigía el ataque. Así que han estado peleando acerca de quién se lo quedará.-

Me agaché mientras Michael Yew bombardeaba a un campista de Ares. Éste trató de acuchillarlo y lo insultó en verso. Era bastante creativo rimando ésas palabrotas.

-Pelemos por nuestras vidas, -dije -y ellos se muerden por un estúpido carro.-

-Lo superarán, -dijo Annabeth -Clarisse entrará en razón.-

No estaba tan seguro. Eso no sonaba como la Clarisse que yo conocía.

Revisé mas reportes e inspeccionamos unas cuantas cabañas mas. Deméter obtuvo un 4. Hefesto recibió un 3, y probablemente hubiera sido más bajo, pero con Beckendorf caído y eso, nos hicimos de la vista gorda. Hermes obtuvo un 2, lo que no era sorpresa. Todos los campistas de los que no sabíamos quién era su progenitor divino eran enviados a la cabaña de Hermes, y siendo que los dioses eran un tanto olvidadizos, esa cabaña siempre estaba abarrotada.

Finalmente llegamos a la cabaña de Atenea, que estaba ordenada y limpia como de costumbre. Los libros estaban ordenados en los estantes. Las armaduras, pulidas. Mapas de batalla y modelos decoraban las paredes. Solo la cama de Annabeth estaba desordenada. Estaba cubierta de papeles y su laptop plateada estaba trabajando.

-*Vlacas* -murmuró Annabeth. que básicamente era llamarse idiota en griego.-

Su segundo al mando, Malcolm, reprimió una sonrisa.

-Si, umh...limpiamos todo lo demás. No sabía si era seguro mover tus notas.-

Eso probablemente fue inteligente. Annabeth tenía un cuchillo de bronce que reservaba solo para los monstruos y la gente que se metía con sus cosas. Malcolm me hizo muecas.

-Esperaremos afuera mientras terminan la inspección.- Los campistas de Atenea salieron por la puerta mientras Annabeth limpiaba su cama.

Me sentí incomodo y pretendí enfrascarme en los reportes. Técnicamente, aun en inspección, era contra las reglas que dos campistas estuvieran... pues, solos en una cabaña.

Esa regla salió mucho cuando Silena y Beckendorf empezaron a tener citas. Y sé lo que algunos de ustedes pensarán: ¿Que no los semidioses están todos emparentados por el lado divino, y eso hace complicado el hacer citas? Pero la cosa es que el lado divino de tu familia no cuenta, genéticamente hablando, porque los dioses no tienen ADN. Un semidiós nunca pensaría en salir con alguien que tuviera el mismo progenitor divino. ¿Como dos chicos de la cabaña de Atenea? De ningún modo. ¿Pero la hija de Afrodita y el hijo de Hefesto? No están emparentados, así que no hay problema.

De cualquier modo, por alguna extraña razón, estaba pensando acerca de esto mientras miraba a Annabeth. Ella cerró su laptop, que había sido un regalo del inventor Dédalo el verano pasado.

Me aclaré la garganta. -Así que, ¿Alguna buena información de esa cosa?-

-Demasiada, -dijo ella -Dédalo tenía muchas ideas, podría pasarme cincuenta años tan solo tratando de imaginarlas.-

-Si, -murmuré -eso sería divertido.-

Revolvió sus papeles- la mayoría diseños de edificios y un montón de notas escritas a mano. Yo sabía que ella quería ser Arquitecto algún día, pero aprendí del modo difícil a no preguntarle en qué estaba trabajando. Empezaría a hablar de ángulos y juntas de soporte de carga hasta que los ojos se me nublaran.

-Sabes...se acomodó el cabello detrás de la oreja, como hacía cuando estaba nerviosa - todo esto de Beckendorf y Silena. Te hace pensar. Acerca...de lo que importa.-dijo

Asentí. Mi cerebro empezó a notar ciertos pequeños detalles, como que seguía usando esos pequeños aretes de búhos plateados regalo de su papá, que era un apasionado profesor de Historia Militar en San Francisco.

-Oh, si...-balbuceé -...como... ¿Está todo bien con tu familia?-

De acuerdo. Pregunta realmente estúpida. Pero hey, estaba nervioso.

Annabeth se vio decepcionada, pero asintió.

-Mi papá quiere llevarme a Grecia este verano. -dijo anhelante -Siempre he querido ver...-

-El Partenón -recordé

Ella esbozó una sonrisa -Si-

-Está bien. Ya habrá otros veranos ¿cierto?-

Tan pronto como lo dije me di cuenta que era un estúpido comentario. Yo enfrentaba el fin de mis días. En menos de una semana, el Olimpo podría caer. Si la era de los dioses

realmente moría, el mundo como lo conocemos se disolvería en el caos. Los semidioses serían cazados hasta la extinción. No habría más veranos para nosotros.

Annabeth miró su rol de inspección. -Tres de cinco- murmuró- por una consejera descuidada. Vamos. Terminemos tus reportes y volvamos con Quirón.-

De camino a la Gran Casa leímos el último reporte, que estaba escrito a mano en una hoja de maple, de un sátiro en Canadá. De ser posible, la nota me hizo sentir aún peor.

-Querido Grover, - leí en voz alta -los bosques a las afueras de Toronto han sido atacados por un malvado tejón gigante. Traté de hacer lo que me sugeriste e invocar el poder de Pan. Nada pasó. Muchos árboles de náyades fueron destruidos. Nos retiramos a Ottawa. Por favor aconséjanos. ¿Dónde estás? Gleeson Hedge, protector.-

Annabeth Hizo una mueca - ¿No has escuchado nada de él? ¿Ni siquiera con su lazo de empatía?-

Sacudí el cabeza decepcionado.

Desde el verano pasado que el dios Pan había muerto, nuestro amigo Grover había vagado mas y mas lejos. El consejo de Sabios Ungulados lo trataba como a un exiliado, pero Grover aún viajaba por toda la costa este, tratando de difundir el mensaje acerca de Pan y convenciendo a los espíritus de la naturaleza de proteger su propia pequeña porción de vida salvaje. Solo había regresado al campamento unas pocas veces para ver a su novia, Enebro. Lo último que escuche era que estaba en Central Park organizando a las driadas, pero nadie lo había visto u oído de él en 2 meses. Tratamos de enviarle mensajes Iris. Nunca llegaban. Yo tenía un lazo de empatía con Grover, así que esperaba poder saber si algo malo le había pasado. Grover me había dicho una vez que si él moría, el lazo de empatía podría matarme a mí también. Pero yo aún no sabía si eso era cierto o no. Me preguntaba si él seguiría en Manhattan. Entonces pensé en mi sueño del dibujo de Rachel - nubes oscuras acercándose a la ciudad, un ejército reunido alrededor del edificio Empire State.

- Annabeth- la detuve. Sabía que estaba buscándome problemas, pero no sabía en quien más confiar. Más aún, siempre había dependido del consejo de Annabeth.

- Escucha, tuve éste sueño acerca de...um, Rachel...-

Se lo conté todo, incluyendo la extraña pintura de Luke cuando niño. Por un momento no dijo nada. Después enrolló su hoja de inspección tan apretada que la rompió.

- ¿Qué quieres que te diga?-

-No estoy seguro, eres la mejor estrategia que conozco. Si tú fueras Cronos planeando ésta guerra, ¿Que harías a continuación?-

-Usaría a Tifón como distracción. Después atacaría el Olimpo directamente, mientras los dioses se encuentran en el oeste.-

-Justo como en la pintura de Rachel-

-Percy, - dijo ella, con la voz tensa -Rachel es solo una mortal.-

-¿Pero qué tal si su sueño es verdad? Esos otros titanes...ellos dijeron que el Olimpo sería destruido en cuestión de días. Dijeron que tenían muchos otros desafíos. ¿Y qué hay de ésa pintura de Luke de niño?"-

-Solo tenemos que estar listos.-

-¿Cómo? -dije- Mira nuestro campamento. No podemos dejar de pelear unos con otros. Y se supone que mi estúpida alma va a ser desgarrada.-

Ella tiró su rol. -Sabía que no debíamos mostrarte la profecía.- su voz sonaba enojada y dolida.- Todo lo que hizo fue asustarte. Tú huyes de las cosas cuando estás asustado.-

La miré, completamente atontado -¿Yo? ¿Huir?-

Ella estaba justo frente a mi cara. -Sí, tú- ¡Eres un cobarde, Percy Jackson!-

Estábamos nariz con nariz. Sus ojos estaban enrojecidos, y de pronto me di cuenta que cuando me llamaba cobarde, tal vez no se refería a la profecía.

-Si no te gustan nuestras probabilidades, -dijo- quizás deberías irte a ésas vacaciones con Rachel.-

-Annabeth...-

-Si no te gusta nuestra compañía.-

-¡Eso no es justo!-

Ella me dio un empujón y se fue como una tromba hacia los campos de fresas.

Me gustaría decir que mi día mejoró a partir de aquí. Por supuesto que no.

Esa tarde tuvimos una asamblea en la hoguera del campamento para quemar el sudario de Beckendorf y decir nuestro último adiós. Incluso las cabañas de Apolo y Ares hicieron una tregua temporal para asistir.

El sudario de Beckendorf estaba hecho de láminas de metal, como una malla. No veía como iba a arder, pero las Moiras deben haber ayudado. El metal se derritió en el fuego y se volvió un humo dorado, que ascendió al cielo. Las llamas del campamento siempre mostraban el estado de ánimo de los campistas, y hoy eran negras.

Esperaba que el espíritu de Beckendorf pudiera terminar en los Elíseos. Tal vez él elegiría renacer e intentar por los Elíseos en 3 diferentes ocasiones para poder alcanzar las Islas de los Bienaventurados, que eran como el último salón de fiesta del inframundo. Si alguien lo merecía, ése era Beckendorf.

Annabeth se fue sin dirigirme la palabra. Muchos de los campistas regresaron a sus actividades de la tarde. Yo me quedé mirando a las moribundas flamas. Silena estaba sentada casi llorando, mientras Clarisse y su novio, Chris Rodríguez, trataban de reconfortarla. Finalmente tuve el temple para hablar.

-Hey, Silena, realmente lo siento.-

Ella aspiró. Clarisse me fulminó con la mirada, pero siempre lo hacía. Chris apenas me veía. Había sido uno de los hombres de Luke hasta que Clarisse lo rescató del laberinto el verano pasado, y supongo que aún se sentía culpable por eso. Me aclaré la garganta.

-Silena, tu sabes que Beckendorf llevaba tu fotografía. Él la miró justo antes de entrar en batalla. Significabas mucho para él. Hiciste su último año el mejor de su vida.-

Silena sollozó.

-Buen trabajo, Percy- masculló Clarisse.

-No, está bien -dijo Silena -Gracias...gracias, Percy. Debo irme.-

-¿Quieres compañía? -preguntó Clarisse.

Silena sacudió la cabeza y echó a correr.

-Es más fuerte de lo que parece,- murmuró Clarisse, casi para ella misma -Sobrevivirá.-

-Puedes ayudar con eso- sugerí -Puedes honrar la memoria de Beckendorf luchando con nosotros.-

Clarisse buscó su cuchillo, pero ya no estaba ahí. Lo había dejado en la mesa de ping-pong en la Casa Grande.

-No es mi problema -gruñó -Si mi cabaña no recibe honores, no pelearé.-

Noté que ella no hablaba en rimas. Tal vez no estaba cerca cuando sus compañeros de cabaña fueron maldecidos, o tal vez encontró una manera de romper el hechizo. Con un escalofrío, me pregunté si Clarisse podría ser el espía de Cronos en el campamento. ¿Sería por eso que ella estaba dejando a su cabaña fuera de la pelea? Pero por mucho que me desagradara Clarisse, espiar para el Titán no parecía su estilo.

-Está bien -le dije- No quería sacar esto, pero me debes una. Te estarías pudriendo en la cueva de un cíclope en el Mar de los Monstruos si no fuera por mi.-

Apretó la quijada. -Cualquier otro favor, Percy. No éste. La cabaña de Ares ha sido relegada muchas veces. Y no creas que no sé lo que dicen a mis espaldas.-

Quería decir: "Bueno, es verdad", pero me mordí la lengua.

- Entonces, ¿Qué? ¿Simplemente vas a dejar que Cronos nos aplaste?- pregunté

-Si tanto quieres mi ayuda, dile a Apolo que nos den el carro.-

-Eres como un bebé.-

Ella se lanzó contra mí, pero Chris se interpuso.

- ¡Eh, chicos!- dijo -Clarisse, sabes, quizás él tenga razón.-

Clarisse le dijo con desprecio -¡No tú también! y se alejó penosamente con Chris pegado a sus talones.

-¡Hey, espera! Solo quise decir... ¡Clarisse, espera!-

Miré las últimas brasas del fuego de Beckendorf revolotear en el cielo vespertino. Entonces me dirigí a la arena de combate. Necesitaba un receso, y quería ver a una vieja amiga.

Cinco

Conduzco a mi perro a un árbol.

La señorita O'Leary me vio antes que yo la viera a ella, lo que era un muy buen truco considerando que ella era del tamaño de un camión de basura. Caminé en la arena, y un muro de oscuridad cayó sobre mí.

¡WOOF!

Lo siguiente que supe fue que estaba tirado en el suelo con una pata enorme sobre mi pecho y una gran lengua brillante lamía mi cara.

-¡Ow! -dije -¡Hey chica! También me da gusto verte. ¡Ow! -

Le tomó unos minutos a la señorita O'Leary calmarse y liberarme. Para entonces estaba bien empapado en baba de perro. Ella quería jugar atrapadas, así que tomó un escudo de bronce y lo lancé a través de la arena.

Por cierto, la señorita O'Leary es el único perro del infierno amistoso. Digamos que la heredé de su anterior propietario. Ella vivía en el campamento pero Beckendorf...bueno, Beckendorf solía cuidarla siempre que yo no estaba. Él había fundido el hueso de mascar de bronce favorito de la señorita O'Leary. Él forjó su collar con la pequeña carita sonriente y un par de huesos cruzados donde ponía el nombre. Después de mí, Beckendorf había sido su mejor amigo.

Pensar en eso me hizo sentirme triste de nuevo, pero lancé el escudo algunas veces más porque la señorita O'Leary insistió. Pronto comenzó a ladrar- un sonido ligeramente ruidoso, como un arma de artillería- como si necesitara dar un paseo. A los otros campistas no les parecía divertido cuando ella iba al baño en la arena. Eso había causado más de un desafortunado accidente de resbalón y caída, así que abrí las puertas de la arena y ella se encaminó al bosque.

Corrí tras ella, sin cuestionarme demasiado a donde iría. Nada en el bosque podía amenazar a la señorita O'Leary. Aún los dragones y escorpiones gigantes huían cuando ella se acercaba. Cuando finalmente la alcancé, no estaba haciendo sus necesidades. Estaba en un claro del bosque muy familiar, donde el Consejo de Sabios Ungulados una vez había sometido a Grover a juicio. El lugar no lucía muy bien. El césped se había vuelto amarillo. Los tres tronos habían perdido todas sus hojas. Pero eso no fue lo que me sorprendió.

En medio del claro se encontraba el más extraño trío que hubiera visto: Enebro, la ninfa de los árboles, Nico di Angelo y un sátiro muy viejo y muy gordo.

Nico fue el único que no se alteró con la aparición de la señorita O'Leary. Se veía justo como lo vi en mi sueño - una chaqueta de aviador, vaqueros negros y una camiseta con

esqueletos bailando, como esas imágenes del Día de Muertos. Su espada de hierro estigio colgaba de su costado. Solo tenía 12, pero se veía mucho más grande y triste.

Cabeceó al verme, y fue a rascarle las orejas a la señorita O'Leary. Ella olfateó sus piernas como si fuera la cosa más interesante desde los filetes rib-eye. Siendo hijo de Hades probablemente había viajado a muchos lugares agradables a los perros del infierno.

El viejo sátiro no se veía para nada contento. -¿Puede alguien...? ¿Que está haciendo esa criatura del inframundo en mi bosque?-

Sacudía los brazos y saltaba sobre sus pezuñas como si el pasto estuviera caliente. -¡Tú, Percy Jackson! ¿Es esta tu bestia?-

-Lo siento, Leneus.- dije -Ese es su nombre, ¿cierto?-

El sátiro puso los ojos en blanco. Su pelo era de un polvoso color gris-conejo, y traía una telaraña entre sus cuernos. Su panza podía haberlo hecho un invencible parachoques.

-Sí, por supuesto que soy Leneus. No me digas que olvidaste a un miembro del Consejo tan pronto. Ahora llama a tu bestia.-

¡WOOF! dijo la señorita O'Leary, feliz.

El viejo sátiro tragó saliva -¡Que se aleje! ¡Enebro, no puedo ayudarte en estas circunstancias!-

Enebro volteó hacia mí. Era bonita en el estilo de las driadas, con su vestido púrpura de hilo de telaraña y su rostro élfico, pero sus ojos estaban teñidos de verde por la clorofila que lloraba.

-Percy, -sollozó -Solo preguntaba por Grover. Sé que algo ha pasado. No se habría ausentado tanto si no estuviera en problemas. Esperaba que Leneus...-

-¡Ya te lo dije!- protestó el sátiro -Estás mejor sin ésa traidor.-

Enebro pateó el suelo -¡Él no es un traidor! ¡Es el más valiente sátiro de todos, y quiero saber donde está!-

¡WOOOFF!

Las rodillas de Leneus empezaron a temblar -Yo...yo... ¡No contestaré preguntas con este perro del infierno olfateando mi cola!-

Nico parecía tratar de no doblarse de la risa. -Me llevaré al perro.- se ofreció voluntario. Silbó, y la señorita O'Leary lo siguió hasta el final de la arboleda. Leneus bufó indignado y sacudió las ramitas de su camisa.

- Ahora, como estaba tratando de explicarte, jovencita, tu novio no ha enviado ningún mensaje desde que votamos por exiliarlo.-

-Trataron de votar para exiliarlo,- corregí -Dioniso y Quirón no los dejaron.-

-¡Bah, ellos son miembros honorarios del Consejo, no fue un voto real!-

-Le diré a Dioniso que dijiste eso.-

Leneus palideció. -Solo quiero decir...ahora mira, Jackson. Esto no es asunto tuyo.-

-Grover es mi amigo, -dije- no les mentía acerca de la muerte de Pan. Yo mismo lo vi. Ustedes solo están muy asustados para aceptar la verdad.-

Leneus apretó los labios.- ¡No! ¡Grover es un mentiroso y fin del asunto! Estamos mejor sin él.-

Apunté a los tronos resecos. -Si las cosas están tan bien, ¿Donde están tus amigos? Parece como si el Consejo no se hubiera reunido últimamente.-

-Maron y Silenus...yo...estoy seguro que volverán.- dijo, pero podía escuchar el pánico en su voz.- Solo se están tomando un tiempo libre para pensar. Ha sido un año muy ajetreado.-

-Se va a poner mucho mas ajetreado.- le aseguré. -Leneus, necesitamos a Grover. Debe haber una manera de que lo localices con tu magia.- Los ojos del viejo sátiro bizquearon.

-Ya se los dije. No he escuchado nada. Quizás esté muerto.-

Enebro emitió un sollozo.

-No está muerto, -dije- lo puedo sentir.-

-Lazos de empatía, -dije Leneus desdeñosamente.- muy poco confiables.-

-Entonces pregunte. -insistí- Encuéntrelo. Una guerra se aproxima. Grover estaba preparando a los espíritus de la naturaleza.-

-¡Sin mi permiso! Y no es nuestra guerra.-

Lo tomé de la camisa, lo que no era para nada mi estilo, pero la vieja cabra estúpida me sacaba de mis casillas.

-Escucha Leneus. Cuando Cronos ataque, va a traer manadas de perros del infierno. Va a destruir todo a su paso-mortales, dioses, semidioses- ¿Crees que va a dejar a los sátiros en paz? Se supone que eres un líder. Pues DIRIGE. Lárgate de aquí y ve que puedes averiguar. Encuentra a Grover y tráele a Enebro buenas noticias. ¡Ahora, vete!-

No lo empujé muy fuerte, pero él era bastante pesado. Cayó sobre su peludo trasero, luego se incorporó sobre sus pezuñas y echó a correr con su panza bamboleándose.

-¡Grover nunca será aceptado! ¡Morirá como exiliado!-

Cuando él desapareció entre los arbustos, Enebro se secó los ojos. - Lo siento, Percy, no quería que te vieras involucrado. Leneus es aún un Señor de lo salvaje. No querrás hacerte de enemigos como él.-

-No hay problema.- dije -Tengo peores enemigos que sátiros pasados de peso.-

Nico regresó con nosotros. -Buen trabajo, Percy. A juzgar por el rastro de excremento de cabra, diría que le diste una buena sacudida.-

Temo que sabía por qué Nico estaba ahí, pero traté de sonreír. -Bienvenido. ¿Viniste a ver a Enebro?-

-Uh, no. Eso fue un accidente. Yo...digamos que caí en medio de esa conversación.-

-¡Nos dio un susto de muerte!- dije Enebro -Justo de entre las sombras. Pero Nico, tú eres el hijo de Hades y todo. ¿Estás seguro que no has oído nada acerca de Grover?

Nico cambió su peso de un pie a otro. -Enebro, como ya traté de decirte...aún si Grover muriera, podría reencarnar en algo más de la naturaleza. No puedo sentir esas cosas, solo almas mortales.-

-¿Pero y si escuchas a Grover? - ella imploró, poniendo su mano en el brazo de Nico. - ¿Nada en absoluto?-

-Lo encontraremos, Enebro. -prometí-Grover está vivo, estoy seguro. Debe haber alguna sencilla razón por la que no nos ha contactado.-

Ella asintió sombríamente.- Odio no poder dejar el bosque. Él podría estar en cualquier parte, y yo estoy atascada aquí esperando. ¡Oh, si ésa tonta cabra se ha lastimado!-

La señorita O'Leary dio la vuelta y tomó interés por el vestido de Enebro.

Enebro dio un grito. -¡Oh, no, no lo harás! Ya sé acerca de los perros y los árboles. ¡Me voy!-

Se desvaneció en una niebla verde. La señorita O'Leary se veía decepcionada, pero se puso a olfatear por otro objetivo, dejándonos a Nico y a mí solos.

Nico golpeó su espada en el suelo. Un pequeño montón de huesos de animales brotó del polvo. Se unieron por sí mismos en el esqueleto de una rata de campo y se desarmaron de nuevo.

-Siento lo de Beckendorf.-

Un nudo se formó en mi garganta. -¿Como...?-

-Hablé con su fantasma.-

-Oh...cierto.- Nunca me acostumbraría al hecho de que ése chico de 12 años pasaba más tiempo hablando con muertos que con vivos. -¿Dijo algo?-

-No te culpa. Supuso que estaría martirizándote, y dice que no deberías.-

-¿Está tratando de renacer?-

Nico sacudió la cabeza. - Está en los Elíseos. Dice que espera a alguien. No estoy seguro a que se refiere, pero parece a gusto con la muerte.-

Eso no era muy reconfortante, pero era algo.

-Tuve una visión tuya de que estabas en el monte Tamalpais.-le dije a Nico.- ¿Era...?-

-Real- dijo él- No pretendía espiar a los Titanes, pero estaba en el vecindario.-

-¿Haciendo qué?-

Nico tiró del cinturón de su espada. -Siguiendo una pista...ya sabes, de mi familia.-

Asentí. Sabía que su pasado era un tema doloroso. Hasta hacía dos años, él y su hermana Bianca habían sido congelados en el tiempo en un lugar llamado Hotel y Casino Lotus. Estuvieron ahí como por setenta años. Eventualmente un misterioso abogado los rescató e inscribió en una escuela internado, pero Nico no tenía recuerdos de su vida antes del casino. No sabía nada de su madre. No sabía quién era el abogado, por qué los habían congelado en el tiempo o permitido que se marcharan. Después que Bianca muriera y dejara a Nico solo él estaba obsesionado con encontrar respuestas.

- ¿Y qué tal fue?- pregunté- ¿Hubo suerte?-

-No- murmuró -Pero tendré una nueva pista pronto.-

-¿Cual es la pista?-

Nico se mordió el labio. -Eso no importa ahora. Sabes por qué estoy aquí.-

Una sensación de pavor comenzó a crecer en mi pecho. Desde que Nico propuso su plan para derrotar a Cronos por primera vez el verano pasado, había tenido pesadillas acerca de ello. Él se aparecía ocasionalmente y me presionaba por una respuesta, pero yo seguía evadiéndolo.

-Nico, no lo sé...-dije- Parece demasiado extremo.-

Tienes a Tifón llegando en, que... ¿Una semana? La mayoría de los demás Titanes están libres ahora y del lado de Cronos. Tal vez es tiempo de pensar extremo.-

Miré de vuelta al campamento. Aún con la distancia podía escuchar a los campistas de Ares y Apolo peleando de nuevo, gritando maldiciones y escupiendo mala poesía.

-Ellos no son rivales para el ejercito Titán.-dijo Nico- Lo sabes. Esto se reduce a ti y a Luke. Y solo hay una manera de que puedas vencer a Luke.-

Recordé la pelea en el Princesa Andrómeda. Yo había sido desesperanzadoramente derrotado. Cronos casi me mató con un simple corte en el brazo, y yo ni siquiera pude herirlo. Riptide había sido desviada de su piel.

-Podemos darte el mismo poder.- presionó Nico- Ya escuchaste la Gran Profecía. A menos que quieras que tu alma sea desgarrada por una hoja maldita...-

Me pregunté cómo es que Nico escuchó la Gran Profecía- probablemente de algún fantasma.

-No puedes evitar una profecía.- dije.

-Pero puedes combatirla.- dijo Nico, con una extraña y voraz luz en los ojos. -Puedes volverte invencible.-

-Tal vez deberíamos esperar. Tratar de pelear sin...-

-¡No! - rugió Nico- ¡Debe ser ahora!-

Lo observé. No había visto a su temperamento estallar de ésa forma en mucho tiempo. -
¿Eh, seguro que estás bien?-

Él inspiró profundo. -"Percy, lo que quiero decir...cuando la pelea comience ya no podremos hacer el viaje. Ésta es nuestra última oportunidad. Siento presionarte tanto, pero dos años atrás mi hermana dio su vida para protegerte. Quiero que honres eso. Que hagas lo que se deba hacer para mantenerte con vida y derrotar a Cronos.-

No me gustaba la idea. Pero entonces pensé en Annabeth llamándome cobarde y me puse furioso. Nico tenía razón. Si Cronos atacaba New York, los campistas no serían rival para sus fuerzas. Tenía que hacer algo. El plan de Nico era peligroso-quizás incluso mortal. Pero podía darme un margen de pelea.

-Está bien.- decidí -¿Que hacemos primero?-

Su fría y tétrica sonrisa me hizo arrepentirme de acceder. -Primero tenemos que seguir los pasos de Luke- Tenemos que saber más de su pasado, su niñez.-

Me estremecí, pensando en la pintura de Rachel de mi sueño- un Luke sonriente de 9 años. -¿Por qué necesitamos saber eso?-

-Te explicaré cuando lleguemos.- dijo Nico -Ya he rastreado a su madre. Vive en Connecticut.-

Lo miré. Nunca había pensado mucho en los parientes mortales de Luke. Conocí a su padre, Hermes, pero su mamá...

-Luke huyó de casa cuando era realmente joven- dije - No creo que su madre esté viva.-

-Oh, está viva. -El modo en que lo dijo me hizo preguntarme que estaría mal con ella. ¿Que clase de horrible persona podía ser?

-Está bien. -dije -¿Y cómo llegamos a Connecticut? Puedo llamar a Blackjack...-

-No- Nico masculló- Los pegasos no me gustan, y el sentimiento es mutuo. Pero no hay necesidad de volar.- él silbó, y la señorita O'Leary vino corriendo desde el bosque. Tu amiga aquí presente puede ayudar. -Nico palmeó su cabeza -¿Nunca has intentado el viaje sombra antes?-

-¿Viaje sombra?-

Nico murmuró en la oreja de la señorita O'Leary. Ella inclinó la cabeza, súbitamente alerta.

-Monta en ella.- me dijo Nico.

Nunca antes consideré montar a un perro, pero la señorita O'Leary ciertamente tenía el tamaño adecuado. Subí a su lomo y me sujeté del collar.

-Esto la hará cansarse demasiado,- me advirtió Nico -así que no puedes hacerlo muy seguido. Y funciona mejor de noche. Pero todas las sombras son parte de la misma sustancia. Solo hay una oscuridad, y las criaturas del inframundo pueden usarla como un camino, o una puerta.-

-No comprendo.- dije.

-No, dijo Nico -me tomó un largo tiempo aprender. Pero la señorita O'Leary sabe. Dile a donde ir. Dile "Westport, el hogar de May Castellan".-

-¿Tú no vienes?-

-No te preocupes, -me dijo- te veré ahí.-

Estaba un poco nervioso, pero me incliné hacia la oreja de la señorita O'Leary. -Bien, chica. Uh... ¿Puedes llevarme a Westport, Connecticut? ¿A casa de May Castellan?-

La señorita O'Leary olisqueó el aire. Miró hacia lo profundo del bosque. Entonces avanzó, directo hacia un roble. Justo antes de golpearlo, pasamos entre unas sombras frías como el lado oscuro de la luna.

Seis

Mis galletas se queman.

No recomiendo el viaje sombra si te asusta:

- a) La oscuridad
- b) Escalofríos en la espalda
- c) Ruidos extraños
- d) Ir tan rápido que sientes que la cara se te está despellejando

En otras palabras, creo que fue impresionante. Un minuto no podía ver nada, solo sentía el pelo de la señorita O'Leary y mis dedos aferrados a los eslabones de bronce de su collar para perro. Al siguiente minuto las sombras se fundieron en una nueva escena. Estábamos en una colina en los bosques de Connecticut. Al menos, parecía Connecticut de las pocas veces que había estado ahí: muchos árboles, muros de piedra bajos, casa grandes. Bajando por un lado de la colina una autopista cortaba a través de un barranco. Bajando del otro lado era el patio de alguien. La propiedad era enorme - mas maleza que césped. Era una casa blanca de dos plantas estilo colonial. Dejando de lado el hecho de que del otro lado de la colina pasaba una autopista parecía estar en medio de la nada.

Veía una luz encendida en la ventana de la cocina. Un columpio viejo y oxidado estaba debajo de un manzano. No podía imaginarme viviendo en una casa así, con un patio real y todo. Yo había vivido en un pequeño departamento o en un dormitorio de escuela toda mi vida. Si esta era la casa de Luke, me preguntaba por qué habría querido irse.

La señorita O'Leary cesaba. Recordé lo que Nico dijo de que el viaje sombra la agotaría, así que me bajé de su lomo. Soltó un bostezo gigante que hubiera asustado a un T-Rex, dio unas vueltas en círculo y se dejó caer tan fuertemente que el piso tembló.

Nico apareció junto a mí como si las sombras lo hubieran oscurecido y creado. El trastabilló, y sostuve su brazo.

-Estoy bien.- dijo, frotándose los ojos.

-¿Cómo hiciste eso?-

-Practica. Unas pocas veces, apareciendo entre paredes. Unos pequeños viajes accidentales a China.-

La señorita O'Leary comenzó a roncar. Si no hubiera sido por el rugido del tráfico detrás de nosotros, estoy seguro que habría despertado a todo el vecindario.

-¿Vas a tomar una siesta también?- le pregunté a Nico.

Él sacudió la cabeza. -La primera vez que hice un viaje sombra, me desmayé por una semana. Ahora solo me hace sentirme un poco somnoliento, pero no puedo hacerlo más de un par de veces por noche. La señorita O'Leary no irá a ningún lado por un rato.-

-Así que tenemos tiempo de calidad en Connecticut.- Miré hacia la casa colonial. -¿Ahora qué?-

-Tocamos el timbre.- dijo Nico.

Si yo fuera la mamá de Luke no le habría abierto mi puerta en la noche a 2 niños extraños. Pero yo no era para nada como la mamá de Luke. Lo supe incluso antes de que alcanzáramos la puerta principal. Había miniaturas de leones, cerdos, dragones, hidras, incluso un pequeñito Minotauro con su pañal para Minotauro. A juzgar por su triste apariencia, las figuritas habían estado aquí largo tiempo, la menos desde que la nieve se fundió la primavera pasada. Una de las hidras tenía un retoño de árbol creciéndole entre los cuellos.

El porche del frente estaba infestado con carrillones de viento. Brillantes trozos de vidrio y metal tintineaban con la brisa. Tiras de latón repicaban como el agua y me hacían darme cuenta que necesitaba usar el baño. No sabía como la Sra. Castellán soportaba todo el ruido. La puerta frontal estaba pintada de color turquesa. El nombre CASTELLAN estaba escrito en Inglés, y debajo en griego.

Nico me miró. -¿Listo?-

Apenas tocó la puerta cuando esta se abrió.

-¡Luke!- gritó la vieja señora alegremente.

Se veía como alguien que disfrutara meter los dedos en los contactos eléctricos. Su cabello blanco estaba apelmazado por toda su cabeza. Su delantal rosa estaba cubierto de marcas de quemaduras y manchones de ceniza. Cuando sonreía su cara se veía antinaturalmente alargada, y la luz como de alto voltaje en sus ojos me hizo preguntarme si estaba ciega.

-¡Oh mi querido niño!- Abrazó a Nico. Estaba tratando de entender por qué creía que Nico era Luke, (no se parecían absolutamente en nada) cuando me sonrió y dijo -¡Luke!-

Se olvidó por completo de Nico y me dio un abrazo. Oía como a galletas quemadas. Estaba tan delgada como un espantapájaros, pero eso no le impidió casi quebrarme.

-¡Ven adentro!- insistió- ¡Tengo tu almuerzo listo!-

Nos llevó adentro. El recibidor era aun más raro que el jardín delantero. Espejos y velas llenaban todo espacio posible. No podía ver a ningún lado sin encontrarme con mi reflejo. Sobre el mantel, un pequeño Hermes de bronce volaba con la segunda manecilla de un reloj de pulso. Trataba de imaginarme al dios de los mensajeros enamorándose de esta mujer, pero la idea era demasiado bizarra.

Entonces noté la imagen enmarcada sobre el mantel, y me congelé. Era exactamente como el boceto de Rachel- Luke con alrededor de 9 años, con cabello rubio, una gran sonrisa y dos dientes faltantes. La carencia de una cicatriz en su cara lo hacía ver como una persona diferente- despreocupado y feliz. ¿Como podía Rachel saber de ésa fotografía?

-¡Por aquí, cariño!- La Sra. Castellán me dirigió desde atrás de la casa. -¡Oh, les dije que regresaría, lo sabía!-

Nos sentó a la mesa de la cocina. Apilados en la despensa había cientos -quiero decir cientos- de loncheras con sándwiches de mantequilla de cacahuete y jalea dentro. Las de más abajo estaban verdes y mohosas, como si hubieran estado ahí por mucho tiempo. El olor me recordaba mi casillero de sexto grado - y eso no era bueno.

Sobre el horno había una pila de charolas con galletas. Cada una tenía una docena de galletas quemadas. En el fregadero había una montaña de jarras vacías de Kool-aid. Una medusa en miniatura estaba sobre el grifo, como si custodiara aquel desorden. La Sra. Castellán comenzó a tararear mientras sacaba mantequilla de cacahuete y jalea y empezaba a hacer un nuevo sándwich. Algo se quemaba en el horno. Tenía la sensación de que mas galletas venían en camino.

Sobre el fregadero, pegadas a la ventana, había docenas de pequeñas imágenes recortadas de revistas y periódicos. Imágenes de Hermes del logo de las florerías FTD y Quickie Cleaners, imágenes de Caduceos de artículos médicos. Mi corazón dio un vuelco. Quería salir de la habitación, pero la Sra. Castellán seguía sonriéndome y haciendo sándwiches, como si estuviera asegurándose de que no me iba.

Nico tosió. -Um, ¿Sra. Castellán?-

-¿Mmh?-

-Necesitamos preguntarle acerca de su hijo.-

-¡Oh, sí! ¡Ellos me dijeron que nunca volvería, pero yo lo sabía bien!-Me dio unas palmaditas afectuosas en la mejilla, dejándome unas rayas de mantequilla de cacahuete.

-¿Cuando lo vio por última vez?- preguntó Nico.

Los ojos de la Sra. Castellán se desenfocaron.

-Él era muy joven cuando se fue.- dijo con pesadumbre- Tercer grado. ¡Era muy joven para huir! Dijo que volvería por su almuerzo. Y yo esperé. Le gustan los sándwiches de mantequilla de cacahuete y las galletas y el Kool-aid. Volverá por su almuerzo muy

pronto...- Luego me miró y sonrió. -¡Vaya, Luke, ahí estás! Te ves tan guapo. Tienes los ojos de tu padre...-

Se volvió hacia las imágenes de Hermes sobre el fregadero. -Ahora es un buen hombre. Si, lo es. Viene a visitarme, ya sabes.-

El reloj seguía haciendo tic-tac en la otra habitación. Limpié la mantequilla de mi cara y miré a Nico suplicante, tipo "¿Podemos largarnos ya?"

-Señora- dijo Nico -¿Que... uh...que le paso a sus ojos?-

Su mirada pareció quebrarse - como si tratara de enfocarlo a través de un caleidoscopio - ¡Vaya, Luke, tú conoces la historia! Fue justo antes de que nacieras, ¿no es así? Siempre he sido especial, capaz de ver a través de como-sea-que-le-llamen-

-¿La Niebla?- dije

-Si, querido - ella asintió valerosamente - y ellos me ofrecieron un trabajo importante. ¡Así de especial era!-

Miré a Nico, pero él se veía tan confundido como yo.

-¿Que clase de trabajo? -pregunté- ¿Que pasó?-

La Sra. Castellán frunció el ceño. Su cuchillo asomando sobre el pan.- ¡Cielo santo, no funciona! ¿Verdad? Tu padre me advirtió que no lo intentara. Dijo que era muy peligroso. Pero tenía que hacerlo. ¡Era mi destino! Y ahora...aún no puedo sacar las imágenes de mi cabeza. Hacen que todo se vea muy confuso. ¿Quieres algunas galletas?-

Sacó una charola del horno y vació una docena de galletas de chispas de chocolate en la mesa.

-Luke era muy amable, -murmuró la Sra. Castellán, -se fue para protegerme, saben. Dijo que si se iba, los monstruos no me amenazarían. ¡Pero yo le dije que los monstruos no son una amenaza. Se sientan afuera en la acera todo el día. y nunca entran.- Tomó a la pequeña Medusa del alféizar de la ventana.- ¿Verdad, señora Medusa? No, ninguna amenaza.- Volteó hacia mí. -Me alegra que hayas vuelto a casa. ¡Sabía que no te avergonzabas de mí!-

Me moví en el asiento. Me imaginaba siendo Luke, sentado a ésta mesa con 8 o 9 años, y empezando a entender que mi madre no estaba del todo ahí.

-Sra. Castellán.- dije

-Mamá.- me corrigió

- Ummh, si. ¿Ha visto a Luke desde que se fue de casa?-

-¡Bueno, por supuesto!-

No sabía si se estaba imaginando eso o no. Por lo que sabía, cada vez que el cartero se acercaba a la puerta era Luke. Pero Nico se corrió al borde de su asiento, expectante.

-¿Cuando? -preguntó -¿Cuando la visitó Luke por última vez?-

-Bueno, eso fue...oh, dios...- Una sombra cruzó su rostro. -La última vez, se veía tan diferente. Una cicatriz. Una terrible cicatriz, y su voz tan llena de dolor...-

-Sus ojos, -dije -¿Eran dorados?-

-¿Dorados? -parpadeó -No, que tonto. Luke tiene ojos azules. ¡Hermosos ojos azules!-

Así que Luke en verdad había estado aquí, y eso fue antes del verano pasado- antes de que se volviera Cronos.

-¿Sra. Castellán? -Nico puso su mano en el brazo de la mujer- Esto es muy importante. ¿Le pidió algo?-

Ella gesticuló como si tratara de recordar.

-Mi...Mi bendición. ¿No es dulce?- Nos miró desconcertada. -Iba a ir a un río, y dijo que necesitaba mi bendición. Se la di. Por supuesto que se la di.-

Nico me miró triunfante. -Gracias, señora. Esa es toda la información que...-

La Sra. Castellán jadeó. Se dobló, y la charola de galletas rebotó por el piso. Nico y yo saltamos d pie.

-¿Sra. Castellán? - dije

-¡AAAAAAAAAAHHHH!- ella se incorporó. Yo me eché hacia atrás, y casi me caigo sobre la mesa de la cocina, porque sus ojos...sus ojos brillaban de color verde.

-¡Mi hijo! - rugió en una voz mucho más profunda- ¡Debes protegerlo! ¡Hermes, ayuda! ¡No mi niño! ¡No su destino!...¡No!- Aferro a Nico por los hombros y comenzó a sacudirlo como para hacerlo entender.- ¡No su destino!-

Nico dio un grito estrangulado y la empujó. Tomó la empuñadura de su espada.- Percy, tenemos que salir...-

De pronto la Sra. Castellán colapsó. Me lancé hacia adelante y la sostuve antes de que se golpeará con el filo de la mesa. Logré sentarla en una silla.

- ¿Sra. C?- pregunté

Ella murmuró algo incomprensible y sacudió la cabeza. -Dios. Yo...tiré las galletas, que tonta.-

Parpadeó, y sus ojos había vuelto a la normalidad- o al menos, a como eran antes. El brillo verde se había ido.

-¿Está bien?- pregunté.

-Por supuesto, querido, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?-

Miré a Nico, que musitó la palabra "vámonos".

-Sra. C, nos estaba diciendo algo.- dije -Algo acerca de su hijo.-

-¿Ah sí? - dijo con aire soñador -Si, sus ojos azules. Estábamos hablando de sus ojos azules. ¡Que chico tan guapo!-

-Tenemos que irnos. -dijo Nico con urgencia. -Le diremos a Luke...uh, le diremos que Ud. le envía saludos.-

-¡Pero no pueden irse! -La Sra. Castellán se puso de pie temblando, y yo me volví. Me sentía tonto asustándome de una frágil anciana, pero la forma en que su voz cambió, como sacudió a Nico...

-Hermes estará aquí pronto -nos prometió -¡Quiere ver a su niño!-

-Tal vez la próxima- dije -Gracias por...-Miré abajo las galletas quemadas esparcidas por el piso. -Gracias por todo.-

Trató de detenernos, de ofrecernos Kool-aid. Pero yo tenía que salir de esa casa. En el porche, me tomó de la muñeca y casi me da un ataque.

-Luke, al menos cuídate. Prométeme que te cuidarás.-

-Lo haré...mamá.-

Esto la hizo sonreír. Soltó mi muñeca, y mientras cerraba la puerta del frente pude oírla hablando con las velas.

-¿Oyeron eso? Se cuidará. ¡Les dije que lo haría!-

Cuando la puerta se cerró, Nico y yo corrimos. Los pequeños animales en la acera parecían reírse de nosotros mientras pasábamos.

De vuelta en la colina, la señorita O'Leary había encontrado a una amiga.

Un acogedor fuego ardía en un anillo de piedras. Una niña de unos 8 años estaba sentada con las piernas cruzadas junto a la señorita O'Leary, rascándole las orejas.

La niña tenía cabello castaño esponjoso y un simple vestido café. Traía una pañoleta sobre la cabeza, así que se veía como una niña pionera - como salida de "La casa en la Pradera" o algo así. Removía el fuego con una rama, y éste parecía más rojo que un fuego normal.

-Hola.-dijo

Mi primero pensamiento fue: monstruo. Cuando eres un semidiós y te encuentras una pequeña niña en el bosque-es un típico momento para sacar tu espada y atacar. Además, el encuentro con la Sra. Castellán me había dejado bastante confundido.

Pero Nico se inclinó ante la niñita.- Hola de nuevo, Señora.-

Ella me estudió con ojos tan rojos como el fuego. Decidí que era más seguro reverenciar.

-Siéntate, Percy Jackson. - dijo -¿Quieren algo de cenar?-

Después de contemplar la mantequilla de cacahuete mohosa y las galletas quemadas no tenía mucho apetito, pero la niña agitó su mano y un picnic apareció junto al fuego. Había platos de carne asada, papas al horno, zanahorias a la mantequilla, pan fresco y un gran

montón de otros platillos que hacía mucho no probaba. Mi estomago comenzó a rugir. Era el tipo de comida casera que la gente se supone debería comer pero nunca lo hace. La niña hizo aparecer una croqueta para perro de metro y medio para la señorita O'Leary, que felizmente comenzó a deshacerla en pedazos.

Me senté junto a Nico. Tomamos nuestra comida, y estaba a punto de empezar a hincarle el diente cuando lo pensé mejor. Arrojé parte de mi carne a las flamas, a la manera en que se hacía en el campamento.

-Para los dioses- dije.

La pequeña niña sonrió -Gracias. Como cuidadora del fuego, recibo una parte de cada sacrificio, sabes.-

-Ahora la reconozco- dije -La primera vez que vine al campamento estaba sentada junto al fuego, en medio del área común.-

-No te detuviste a hablar- recordó la niña tristemente -La mayoría nunca lo hace. Nico habló conmigo. Fue el primero en muchos años. Todos huyen. No tienen tiempo para visitar a la familia.-

-Usted es Hestia- dije -diosa de la tierra.-

Asintió.

De acuerdo...así que se veía de 8 años. No pregunté. Había aprendido que los dioses pueden verse del modo que quieren.

-Mi señora- preguntó Nico -¿Por qué no está con los demás Olímpicos, peleando con Tifón?-

-No soy mucho de peleas.- Sus ojos rojos destellaron. Me di cuenta que no solo reflejaban las llamas. Estaban llenos de flamas- pero no como los ojos de Ares. Los de Hestia eran cálidos y acogedores.

-Además- dijo, -alguien tiene que mantener el fuego del hogar ardiendo mientras los otros dioses están afuera.-

-¿Así que Ud. está custodiando el Monte Olimpo?- pregunté

-"Custodiando" puede ser una palabra muy fuerte. Pero si alguna vez necesitan un sitio para sentarse y una comida casera, son bienvenidos de visita. Ahora coman.-

Mi plato quedó vacío antes de que lo notara. Nico devoró el suyo igual de rápido.

-Eso estuvo grandioso- dije- Gracias, Hestia-

Ella asintió. -¿Tuvieron una buena visita a May Castellán?-

Por un momento casi me olvidé de la anciana con sus ojos brillantes y su sonrisa maníaca, la forma en que repentinamente pareció poseída.

-¿Que pasa con ella, exactamente?- pregunté

-Ella nació con un don,- dijo Hestia. -Puede ver a través de la Niebla.-

-Como mi madre- dije- Y también estaba pensando "Como Rachel" -Pero esa cosa de los ojos brillantes...-

-Algunos soportan la maldición de la visión mejor que otros. -dijo la diosa con tristeza. - Por un tiempo, May Castellán tuvo muchos talentos. Atrajo la atención del mismo Hermes. Tuvieron un hermoso niño. Por un corto tiempo, ella fue feliz. Y entonces fue demasiado lejos.-

Recordé lo que la Sra. Castellán había dicho: "Ellos me ofrecieron un trabajo importante...no funcionó." Me preguntaba que clase de trabajo te deja así.

-Un minuto ella estaba toda feliz, -dije- y luego estaba en shock con algo del destino de su hijo, como si supiera que se había convertido en Cronos. ¿Que le pasó como para...dividirla así?-

El rostro de la diosa se oscureció- Esa es una historia que no me gusta contar. Pero May Castellán vio muchas cosas. Si quieren entender a su enemigo Luke, deben entender a su familia-

Pensé en las pequeñas y tristes imágenes de Hermes pegadas sobre el fregadero de May Castellán. Me pregunté si May Castellán ya estaría tan loca cuando Luke era pequeño. Esos ojos verdes pudieron asustar seriamente a un niño de nueve años. Y si Hermes nunca venía de visita, si había dejado a Luke solo con su mamá todos esos años...

-No me sorprende que Luke huyera. -dije- Es decir, no estuvo bien que dejara a su mamá así, pero él era solo un niño. Hermes no debió abandonarlos.-

Hestia le rascó detrás de las orejas a la señorita O'Leary. EL perro del infierno sacudió la cola y accidentalmente derribó un árbol.

-Es fácil juzgar a otros.- advirtió Hestia -¿Pero tú seguirás el camino de Luke? ¿Buscarás los mismos poderes?-

Nico bajó su plato. -No tenemos opción, mi Señora. Es la única manera de que Percy tenga una oportunidad.-

-Mmmm- Hestia abrió su mano y el fuego rugió. Las flamas se elevaron diez metros en el aire. El calor me abofeteó el rostro. Luego el fuego regresó a la normalidad.

-No todos los poderes son espectaculares.- Hestia me miró -A veces el poder más difícil de dominar es el poder de ceder. ¿Me crees?-

-Uh-huh- dije. Lo que sea para evitar que hiciera lo de sus poderes de fuego otra vez.

La diosa sonrió. -Eres un buen héroe, Percy Jackson. No muy orgulloso. Eso me gusta. Pero tienes mucho que aprender. Cuando Dioniso fue hecho un dios, yo dejé mi trono para Él. Era la única forma de evitar una guerra civil entre los dioses.-

-Eso desbalanceó el consejo.- recordé- De pronto eran 7 varones y 5 damas.-

Hestia encogió los hombros. -Fue la mejor solución, no una perfecta. Ahora atiando el fuego. Me desvanezco lentamente en el fondo. Nadie escribirá poemas épicos acerca de los logros de Hestia. Muchos semidioses ni siquiera se detienen a hablar conmigo. Pero no importa. Mantuve la paz. Cedí cuando fue necesario. ¿Tú puedes hacer eso?-

-No sé a qué se refiere.-

Ella me estudió. -Tal vez no todavía. Pero pronto. ¿Continuarán su búsqueda?

-¿Para eso es que está aquí? ¿Para advertirme no hacerlo?-

Hestia sacudió la cabeza. -Estoy aquí porque cuando todo lo demás falle, cuando todos los otros poderosos dioses se hayan ido a la guerra, yo seré la única que quede. Casa. Hogar. Soy el último olímpico. Debes recordarme cuando enfrentes tu decisión final.-

No me gustó la forma en que dijo "final". Miré a Nico, después a los cálidos ojos brillantes de Hestia.

-Tengo que continuar, mi Señora. Tengo que detener a Luke...quiero decir, a Cronos.-

-Muy bien. No puedo ser de mucha ayuda, más allá de lo que ya te dije. Pero siendo que sacrificaste para mí, puedo devolverte a tu propio hogar. Te veré de nuevo, Percy, en el Olimpo.-

Su tono era ominoso, como si nuestro próximo encuentro no fuera a ser feliz.

La diosa agitó su mano, y todo desapareció.

De pronto estaba en casa. Nico y yo estábamos sentados en el sofá del apartamento de mi mamá en Upper East Side. Eran buenas noticias. La mala era que el resto del recibidor estaba ocupado por la señorita O'Leary. Escuché un grito amortiguado desde la recámara. La voz de Paul.

-¿Quién puso este muro de pelo en el corredor?-

-¿Percy? -gritó mi mamá- ¿Eres tú? ¿Estás bien?-

-¡Estoy aquí! -le contesté

¡WOOOF!

La señorita O'Leary trató de girar en círculo para encontrar a mi mamá, tirando todos los cuadros de las paredes. Solo había visto a mi mamá una vez (larga historia), pero la adoraba. Tomó algunos minutos, pero finalmente lo conseguimos. Después de destruir la mayoría de los muebles del recibidor y probablemente enloquecer a los vecinos, tenía a mis padres fuera de la recámara y dentro de la cocina, donde nos sentamos alrededor de la mesa. La señorita O'Leary seguía ocupando todo el recibidor, pero acomodó su cabeza en la entrada de la cocina y podía vernos, lo que la tenía feliz. Mamá sacó para ella un tubo de 5 kg. tamaño familiar de carne molida, que desapareció por su esófago. Paul preparó limonada para el resto de nosotros mientras les explicaba acerca de nuestra visita a Connecticut.

-Así que es verdad.- Paul me miró como si nunca lo hubiera hecho antes. Usaba su bata de baño blanca, ahora cubierta de pelo de perro y su cabello entrecano se levantaba en todas direcciones. -Todas las pláticas acerca de monstruos, y ser un semidiós...es verdad.-

Asentí. El otoño pasado le expliqué a Paul quien era yo. Mi mamá me respaldó. Pero hasta este momento no pensé que en verdad nos creyera.

-Siento lo de la señorita O'Leary- dije- destruir el recibidor y eso.-

Paul se rió como se estuviera encantado. -¿Bromeas? ¡Esto es asombroso! Quiero decir, cuando vi las marcas de pezuñas en el Prius, pensé "tal vez". ¿Pero esto?-

Palmeó el hocico de la señorita O'Leary. El recibidor se sacudió - BOOM, BOOM, BOOM -lo que significaba que un equipo SWAT estaba echando abajo la puerta o que la señorita O'Leary meneaba la cola.

No pude hacer más que sonreír. Paul era un buen tipo, aún si era mi maestro de Ingles igual que mi padrastro.

-Gracias por no entrar en shock.- dije

-Oh, estoy en shock.- me aseguró, con los ojos muy abiertos. -¡Es solo que pienso que es asombroso!-

-Si, bueno, -dije -no estarás tan emocionado cuando les cuente qué está pasando.-

Les conté a Paul y a mi mamá acerca de Tifón, de los dioses, y la batalla que seguramente se avecinaba. Luego les conté el plan de Nico. Mi mamá entrelazó los dedos alrededor de su vaso de limonada. Estaba usando su vieja bata azul de franela, y tenía el cabello recogido. Recientemente había comenzado a escribir una novela, como había querido hacer por años, y podía decir que había estado trabajando hasta tarde en ella por los círculos bajo sus ojos, más oscuros de lo usual.

Tras ella en la ventana de la cocina, el lazo de luna plateada resplandecía en un macetero. Traje la planta mágica desde la isla de Calipso el verano pasado, y había florecido como loca bajo los cuidados de mi madre. La fragancia siempre me relajaba aunque también me entristecía porque me recordaba amigos perdidos.

Mi mamá tomó un profundo respiro, como si estuviera pensando como decirme que no.

-Percy, es peligroso.- dijo -Incluso para ti.-

-Mamá, lo sé. Podría morir, Nico me lo explicó. Pero si no lo intentamos...-

-Todos moriremos.- Dijo Nico. No había tocado su limonada. -Sra. Jackson, no tenemos ninguna oportunidad contra una invasión. Y habrá una invasión.-

-¿Una invasión a New York?- dijo Paul -¿Es eso posible? ¿Como podríamos no ver a...a los monstruos?-

Dijo la palabra como si aún no creyera que era real.

-No lo sé. -Admití -No veo como Cronos podría simplemente marchar hacia Manhattan, pero la Niebla es fuerte. Tifón está cruzando el país justo ahora y los mortales creen que es una tormenta.-

-Sra. Jackson- dijo Nico -Percy necesita su bendición. El proceso tiene que empezar de ése modo. No estaba seguro hasta que conocimos a la mamá de Luke, pero ahora lo estoy. Esto solo se ha hecho exitosamente dos ocasiones antes. En ambas, la madre dio su bendición. Ella tiene que estar de acuerdo en dejar que su hijo corra el riesgo.-

-¿Quieres que bendiga esto? -sacudió la cabeza- Es una locura. Percy, por favor...-

-Mamá, no puedo hacerlo sin ti.-

-¿Y si sobrevives a éste...proceso?-

-Entonces voy a la guerra.- dije -Contra Cronos. Y solo uno de nosotros sobrevivirá.-

No le dije la profecía completa- acerca del alma desgarrada y el fin de mis días. No necesitaba saber que probablemente yo estaba condenado. Solo podía esperar detener a Cronos y salvar el mundo antes de morir.

-Eres mi hijo. -dijo lastimeramente- No puedo simplemente...-

Tenía que presionarla más si quería que accediera, pero yo no quería hacerlo. Recordaba a la pobre Sra. Castellán en su cocina, esperando que su hijo volviera a casa. Y me di cuenta de lo afortunado que yo era. Mi mamá siempre había estado ahí para mí, siempre tratando de hacerme las cosas normales, incluso con los dioses y monstruos y eso. Estuvo de acuerdo en que tuviera aventuras, pero ahora le pedía que bendijera algo que posiblemente me mataría.

Miré a los ojos a Paul, y alguna clase de entendimiento pasó entre nosotros.

-Sally- él puso su mano sobre las de mi mamá - No puedo decir que sé lo que tú y Percy han pasado a través de estos años. Pero suena...suena como que Percy está haciendo algo noble. Desearía poder tener tanto valor.-

Se me hizo un nudo en la garganta. No recibía muchos cumplidos como ése.

Mi mamá miró su limonada. Se veía como si tratara de no llorar. Pensé en lo que dijo Hestia, acerca de lo difícil que es ceder, y me imaginé que mi mamá estaba descubriendo eso.

-Percy -dijo- Te doy mi bendición.-

No sentí nada diferente. Ningún destello mágico iluminó la cocina ni nada.

Miré a Nico. Se veía más ansioso que nunca, pero asintió -Es hora.-

-Percy, -dijo mi mamá -una última cosa. Si...sobrevives a ésta pelea con Cronos, envíame una señal.- Rebuscó en su bolso y me tendió su celular.

-Mamá, ya sabes que los semidioses y los celulares...-

-Lo sé.-dijo -Pero solo por si acaso. Si no puedes llamar...tal vez una señal que pueda ver desde cualquier parte de Manhattan. Para saber que estás bien.-

- Como Teseo. -sugirió Paul -Se suponía que elevaría velas blancas cuando volviera a casa en Atenas.-

Excepto que lo olvidó.- Murmuró Nico -Y su padre saltó del techo del palacio por la desesperación. Pero aparte de eso es una buena idea.-

-¿Que tal una bandera o una bengala? -dijo mi mamá- Desde el Olimpo - El edificio Empire State.-

-Algo azul- dije

Habíamos bromeado por años acerca de la comida azul. Era mi color favorito, y mi mamá hacía todo lo posible por seguirme la corriente. Cada año mi pastel de cumpleaños, mi cesta de Pascua y mis bastones de caramelo de Navidad tenían que ser azules.

-Si -dijo mamá- Esperaré por una señal azul. Y trataré de evitar saltar de los techos de palacio.-

Me dio un último abrazo. Traté de no sentir que fuera una despedida. Estreché la mano de Paul. Luego Nico y yo caminamos a la puerta de la cocina y miramos a la señorita O'Leary.

-Lo siento chica -dije -Hora de otro viaje sombra.-

Ella gimoteó y cruzó sus patas sobre el hocico.

-¿Ahora a donde?- pregunté a Nico -¿Los Ángeles?-

-No hace falta -dijo -Hay una entrada más cercana al Inframundo.-

Siete

Mi maestra de Matemáticas me lleva en vuelo.

Emergimos en Central Park justo al norte de la charca. La señorita O'Leary lucía bastante cansada mientras cojeaba hacia un montón de piedras. Comenzó a olfatear alrededor, y me temí que fuera a marcar su territorio. Pero Nico dijo:

-Está bien. Solo huele el camino a casa.-

Fruncí el ceño. -¿A través de las rocas?-

-El inframundo tiene dos entradas principales.- dijo Nico- Conoces la de L.A.-

-El viaje con Caronte.-

Nico asintió. -La mayoría de las almas van por ahí, pero hay un camino más pequeño, difícil de encontrar. La puerta de Orfeo.-

-El tipo con el arpa.-

-El tipo con la lira. -corrigió Nico- Pero sí, él. Utilizó su música para encantar la tierra y abrir un nuevo camino hacia el Inframundo. Cantó todo el trayecto hasta el palacio de Hades y casi salió con el alma de su esposa.-

Recordé la historia. No se suponía que Orfeo mirara hacia atrás mientras guiaba a su esposa de vuelta al mundo, pero por supuesto lo hizo. Fue una de esas típicas historias de: "Y así ellos murieron/ Fin" que siempre nos hacen sentir cálidos y confusos.

-Así que ésta es la puerta de Orfeo.- Traté de sentirme impresionado, pero seguía pareciendo una pila de rocas para mí. -¿Como se abre?-

-Necesitamos música. -dijo Nico -¿Que tal cantas?-

- Um, no. ¿No puedes solo decirle que se abra? Eres un hijo de Hades y todo.-

-No es tan fácil. Necesitamos música.-

Estaba bien seguro que si trataba de cantar todo lo que causaría sería una avalancha.

-Tengo una mejor idea. -Me volví y llamé -¡Grover!-

Esperamos un largo tiempo. La señorita O'Leary se enroscó y tomó una siesta. Podía oír a los grillos en el bosque y a un búho ululando. El tráfico se escuchaba suave a lo largo de Central Park oeste. Cascos de caballo se escuchaban en un camino cercano, tal vez una patrulla de policía montada. Estaba seguro que les encantaría encontrar a dos niños merodeando por el parque en la madrugada.

-No es bueno.- dijo Nico por fin.

Pero yo tenía un presentimiento. Mi enlace de empatía realmente zumbaba por primera vez en meses, lo que podía significar que un gran montón de personas estaban sintonizando el canal de la naturaleza, o que Grover estaba cerca. Cerré los ojos y me concentré. *Grover.*

Sabía que él estaba en algún lugar del parque. ¿Por qué no podía sentir sus emociones? Lo único que tenía era un débil ronquido en la base de mi cráneo. Grover, pensé con más insistencia.

Hmm-mmmmmm, dijo algo.

Una imagen vino a mi mente. Vi un olmo gigante en lo profundo del bosque, bien lejos de los caminos principales. Retorcidas raíces cubrían el suelo, formando una especie de cama. Acostado en ella, con los brazos cruzados y los ojos cerrados estaba un sátiro. Al principio no estaba seguro de que fuera Grover. Estaba cubierto con ramitas y hojas, como si hubiera estado durmiendo ahí por un largo tiempo. Las raíces parecían moldearse ellas mismas alrededor de él, jalándolo lentamente hacia la tierra.

Grover, dije. *Despierta.*

Uhnnn-zzzzzzzz

¡Hombre, estás cubierto de tierra, despierta!

Dormido, murmuró su mente.

COMIDA, sugerí, *¡CREPAS!*

Sus ojos se abrieron de golpe. Una retahíla de pensamiento llenó mi mente como si de pronto estuviera en avance rápido. La imagen se rompió, y casi me desplomo.

-¿Qué pasó? - preguntó Nico.

-Lo conseguí. Él...Sí. Viene en camino.-

Un minuto después, el árbol junto a nosotros se sacudió. Grover cayó de entre las ramas, justo de cabeza.

-¡Grover! -grité.

¡WOOOF! La señorita O'Leary lo miró, probablemente preguntándose si íbamos a jugar atrapadas con el sátiro.

-¡Blah-haa-haa!"- Grover baló

-¿Estás bien, hombre?-

-Oh, estoy bien.- Se frotó la cabeza. Sus cuernos habían crecido tanto que sobresalían una pulgada por encima de su cabello rizado. -Estaba del otro lado del parque. Las driadas tuvieron la gran idea de pasarme a través de los árboles para llegar aquí. Ellas no entienden la altura muy bien.-

Hizo muecas y se puso de pie -bueno, de pezuñas, en realidad. Desde el verano pasado, Grover había dejado de tratar de disfrazarse como humano. Ya no usaba gorra o pies falsos. Ni siquiera se ponía pantalones, siendo que tenía patas peludas de cabra de la cintura hacia abajo. Su camiseta tenía una imagen del libro: "Donde viven los monstruos". Estaba cubierto con tierra y ramitas de árbol. Su perilla se veía más llena, casi humana (¿O caprina?), y ya era tan alto como yo.

-Es bueno verte, G.- dije -Recuerdas a Nico.-

Grover saludó a Nico, luego me dio un gran abrazo. Olía como a césped recién cortado.

-¡Perrrrrcy! -baló -¡Te extrañé! Extrañe el campamento. No sirven buenas enchiladas andando en lo salvaje.-

-Estaba preocupado.- dije -¿Donde estuviste los últimos dos meses?-

-Los últimos dos...-la sonrisa de Grover se desvaneció -¿Los últimos dos meses? ¿De que estás hablando?-

-No sabíamos nada de ti.- dije -Enebro está preocupada. Enviamos mensajes Iris, pero...-

-Espera.- Miró a las estrellas como si tratara de calcular su posición.- ¿Que mes es éste?-

-Agosto-

El color se fue de su rostro. -Es imposible. Es Junio. Solo me acosté a tomar una siesta y...- me tomó de los brazos-¡Ahora me acuerdo! Él me dejó inconsciente. ¡Percy, tenemos que detenerlo!-

-Woa, -dije- calma. Dime que pasó.-

Inspiró profundamente. -Yo estaba...estaba caminando por los bosques en Harlem. Y sentí un temblor en el suelo, como si algo poderoso se acercara.-

-¿Puedes sentir cosas como ésas? -Nico preguntó.

-Desde la muerte de Pan, puedo sentir cuando algo está mal en la naturaleza. Es como si mis oídos y ojos fueran más agudos cuando estoy en lo salvaje. Como sea, comencé a

seguir el aroma. Éste hombre con un largo abrigo negro caminaba a través del parque, y noté que no tenía sombra. En medio de un día soleado, y él no tenía sombra. Parecía deslizarse mientras se movía.

-¿Como un espejismo?- preguntó Nico

-Si - dijo Grover -Y por donde pasaba los humanos...-

-Los humanos se desmayaban. -dijo Nico - Se dormían sin más.-

-¡Así es! Después, cuando él se había ido, se levantaban y se iban a sus asuntos como si nada hubiera pasado.-

Miré a Nico. -¿Conoces a este tipo de negro?-

-Eso me temo.- dijo -¿Grover, que pasó?-

-Seguí al tipo. Se mantenía viendo los edificios alrededor del parque como si hiciera estimaciones o algo. Una mujer iba corriendo, cayó a la acera y empezó a roncar. El tipo de negro le puso la mano en la frente como si checara su temperatura. Después siguió caminando. Para entonces yo sabía que él era un monstruo o algo incluso peor. Lo seguí a esa arboleda, en la base de el viejo olmo. Estaba a punto de invocar algunas driadas para que me ayudaran a capturarlo cuando se volvió y...- Grover tragó saliva. -Percy, su cara. No puedo recordar su cara porque se mantenía cambiante. Solo mirarlo me hizo sentir sueño. Dije: "¿Que estás haciendo?", él dijo: "Solo mirando por aquí. Siempre debes explorar el terreno antes de una batalla. Yo dije algo verdaderamente inteligente como: "Este bosque está bajo mi protección. ¡No comenzarás ninguna batalla aquí!", y él se rió. Dijo: "Tienes suerte de que esté reservando mi energía para el evento principal, pequeño sátiro. Solo te daré una breve siesta. Dulces sueños. Y es lo último que recuerdo.-

Nico exhaló. -Grover, conociste a Morfeo, el dios de los sueños. Tienes suerte de haber despertado.-

-Dos meses- se quejó Grover. -¡Me puso a dormir por dos meses!-

Traté de abrigar en mi mente qué podía significar esto. Ahora tenía sentido por qué no habíamos podido contactar a Grover todo este tiempo.

-¿Por que las ninfas no trataron de despertarte?- pregunté

Grover se encogió de hombros.- La mayoría de las ninfas no son buenas con el tiempo. Dos meses para un árbol- no es nada. Probablemente no pensaron que algo estuviera mal.-

-Tenemos que descubrir que hacía Morfeo en el parque. -dije -No me gusta eso del "evento principal" que mencionó.-

-Trabaja para Cronos. -dijo Nico -Ya sabíamos eso. Mucho de los dioses menores lo hacen. Esto solo prueba que habrá una invasión. Percy, tenemos que seguir con nuestro plan.-

-Esperen -dijo Grover -¿Cual plan?-

Se lo dijimos, y Grover empezó a tirar del pelo de su pierna.

-No hablas en serio. -dijo -No el Inframundo otra vez.-

-No te pedimos que vengas, hombre.- le aseguré- Sabemos que te acabas de despertar. Pero necesitamos algo de música para abrir la puerta. ¿Podrías hacerlo?-

Grover tomó sus flautas de carrizo.- Supongo que puedo intentarlo. Conozco algunas canciones de Nirvana que pueden quebrar rocas. Pero Percy, ¿seguro que quieres hacer esto?-

-Por favor, hombre. -dije- Significa mucho. ¿Por los viejos tiempos?-

-El gimoteó. -Que yo recuerde, en los viejos tiempos casi morimos un montón de veces. Pero bueno, que venga lo que venga.-

Se puso las flautas en los labios y tocó una melodía rápida y chillante. Las rocas temblaron. Unas cuantas estrofas más, y se partieron, revelando una grieta triangular. Me asomé al interior. Había escalones bajando hacia la oscuridad. El aire olía a moho y muerte. Me trajo malos recuerdos de mi viaje a través del Laberinto el año pasado, pero éste túnel se sentía incluso más peligroso. Llevaba directo a la tierra de Hades, y eso era casi siempre un viaje solo de ida.

Me volví hacia Grover. -Gracias...creo.-

-Perrrrrcy, ¿Cronos realmente va a invadir?-

-Me gustaría poder decirte algo mejor, pero sí. Lo hará.-

Pensé que Grover se iba a comer sus flautas por la ansiedad, pero se enderezó y sacudió su camiseta. No pude evitar pensar en lo diferente que se veía del viejo y gordo Leneus.

-Tengo que ir a reunir a los espíritus de la naturaleza, entonces. Tal vez podamos ayudar. Veré si podemos encontrar a ese Morfeo.-

-Es mejor que también le digas a Enebro que estás bien.-

Sus ojos se desorbitaron -¡Enebro! ¡Oh, ella me va a matar!-

Eché a correr, pero luego regresó y me dio otro abrazo. -¡Ten cuidado ahí abajo! ¡Vuelve con vida!-

Una vez que se fue, Nico y yo despertamos a la señorita O'Leary de su siesta.

Cuando olió el túnel, se emocionó y paso por delante hacia los escalones. Estaba bastante reducido. Esperaba que ella no se atascara, no podía imaginarme cuanto Drano íbamos a necesitar para desatorar a un perro del infierno de un túnel hacia el Inframundo.

-¿Listo?- me preguntó Nico -Todo estará bien, no te preocupes.-

Sonaba como si tratara de convencerse a sí mismo.

Miré hacia las estrellas, preguntándome si las vería de nuevo. Luego nos hundimos en la oscuridad.

Las escaleras continuaban sin fin -estrechas, inclinadas y resbaladizas. Estaba completamente oscuro excepto por la luz de mi espada. Traté de ir lento, pero la señorita

O'Leary tenía otras ideas. Seguía adelante, ladrando feliz. El sonido retumbaba en el túnel como disparos de cañón, y supuse que no íbamos a tomar a nadie por sorpresa cuando llegáramos al fondo.

Nico se iba quedando rezagado, lo que se me hizo extraño.

-¿Estás bien?- le pregunté

-Bien. -¿Que era esa expresión en su cara? ¿Duda? -Sigamos avanzando.- dijo.

No tenía muchas opciones. Seguía a la señorita O'Leary a las profundidades. Después de otra hora, empecé a escuchar el sonido de un río. Emergimos en la base de un risco, en una planicie de arena volcánica. A nuestra derecha, el Río Estigio fluía entre las rocas y rugía en una cascada de rápidos. A la izquierda, abatiéndose en la lejanía, ardían fuegos en las planicies de Erebos, las grandes murallas del reino de Hades.

Me estremecí. La primera vez que estuve aquí tenía 12 años, y solo la compañía de Grove y Annabeth me dio el coraje para seguir. Nico no iba a ser de mucha ayuda con la cuestión del "coraje". Él mismo se veía pálido y preocupado.

Solo la señorita O'Leary se veía contenta. Corrió a lo largo de la playa, tomó un hueso de una pierna humana y volvió hacia mí. Tiró el hueso a mis pies y esperó a que se lo lanzara.

-Uhm, tal vez luego, chica.-Miré a las negras aguas, tratando de mantener el valor. -Así que, Nico... ¿Como hacemos esto?-

-Tenemos que ir adentro de las puertas primero.- dijo.

-Pero el río está justo aquí.-

-Tengo que ir por algo.- dijo -Es la única manera.-

Empezó a caminar sin esperarme.

Fruncí el ceño. Nico no había mencionado nada de ir dentro de las puertas. Pero ahora que ya estábamos aquí, no sabía que mas hacer. Lo seguí, renuente, por la playa hacia las grandes puertas negras. Filas de muertos estaban formadas afuera esperando entrar. Debía haber sido un día pesado para las funerarias, porque incluso la línea EZ-muertos estaba ocupada.

¡WOOOF! dijo la señorita O'Leary. Antes de que pudiéramos detenerla se abalanzo hacia el módulo de seguridad. Cerbero, el perro guardián de Hades, apareció en las tinieblas- un rottweiler de tres cabezas tan grande que hacía ver a la señorita O'Leary como un poodle de juguete. Cerbero era medio transparente, así que era extremadamente difícil de ver hasta que estaba lo suficientemente cerca como para matarte, pero actuaba como si no le preocupáramos. Estaba muy ocupado saludando a la señorita O'Leary.

-¡Señorita O'Leary, no!- le grité- No huelas...oh, hombre...-

Nico sonrió. Me miró, y su expresión se hizo seria otra vez, como si recordara algo desagradable. -Vamos, no nos darán ningún problema en la línea. Vienes conmigo.-

No me gustaba, pero nos colamos a través de los espectros de seguridad hacia los campos de Asfódelos. Tuve que silbarle tres veces a la señorita O'Leary antes de que dejara a Cerbero y corriera detrás de nosotros.

Recorrimos negras praderas con oscuros álamos. Si en verdad iba a morir en pocos días como decía la profecía, podía terminar aquí para siempre, pero traté de no pensar en eso.

Nico caminaba al frente penosamente, acercándonos más y más al palacio de Hades.

-Hey -dije- Ya estamos dentro de las puertas. ¿A dónde...?-

La señorita O'Leary gruñó- Una sombra apareció sobre nosotros- algo oscuro, frío, y apestando a muerte. Se lanzó en picado y aterrizó sobre la copa de un álamo. Desafortunadamente, la reconocí. Tenía un rostro apegaminado, un horrible sombrero azul y un vestido de terciopelo arrugado. Alas membranosas de murciélago brotaban de su espalda. Sus pies tenían espolones afilados y en sus manos con garras de bronce sostenía un látigo llameante y un bolso de mano Paisley.

-Señora Dodds.- dije.

Ella mostró sus colmillos- Bienvenido de nuevo, cariño.-

Sus dos hermanas -las otras Furias- descendieron y se acomodaron cerca de ella en las ramas del álamo.

-¿Conoces a Alecto?- me preguntó Nico.

-Si te refieres a la vieja bruja de en medio, sí.- dije- Era mi maestra de Matemáticas.-

Nico asintió, como si esto no le sorprendiera. Miró a las Furias e inspiró profundamente. - Hice lo que mi padre me pidió. Llévennos al palacio.-

Me puse tenso. -Espera un segundo, Nico. ¿Que estás...?-

-Me temo que éste es un nuevo camino, Percy. Mi padre me prometió darme información acerca de mi familia, pero quiere verte antes de que intentemos lo del río. Lo siento.-

-¿Me engañaste?- Estaba tan furioso que no podía pensar. Me lancé sobre él, pero las Furias fueron más rápidas. Dos de ellas descendieron y me tomaron por los brazos. Mi espada cayó de mi mano, y antes de que me diera cuenta, estaba colgando a 20 metros en el aire.

-Oh, no forcejees, cariño. -mi vieja maestra de matemáticas graznó en mi oído.-Odiaría soltarte.-

La señorita O'Leary ladró enfadada y saltó, tratando de alcanzarme, pero estábamos demasiado alto.

-Dile a la señorita O'Leary que se comporte.- me advirtió Nico. Colgaba cerca de mí en las garras de la tercera Furia. -No quiero que salga lastimada, Percy. Mi padre espera. Solo quiere hablar.-

Quería decirle a la señorita O'Leary que atacara a Nico, pero eso no haría ningún bien, y Nico tenía razón acerca de algo: mi perra saldría lastimada si trataba de pelear con las Furias.

Rechiné los dientes. -¡Señorita O'Leary, quieta! ¡Todo está bien, chica!-

Ella gimoteó y giró en círculos, mirándome. -De acuerdo, traidor. -le gruñí a Nico. -Tienes tu premio. Llévame al estúpido palacio.-

Alecto me soltó como un costal de nabos en medio del jardín de palacio. Era un hermoso y escalofriante lugar. Esqueléticos árboles blancos crecían en lavabos de mármol. Camas de flores crecían junto con plantas doradas y piedras preciosas. Un par de tronos, uno de huesos y uno de plata, yacía en un balcón con vista a los campos de Asfódelos. Debía ser un agradable lugar para pasar una mañana de sábado excepto por el olor a azufre y los lamentos de las almas torturadas en la distancia. Guerreros esqueleto custodiaban la única salida. Vestían andrajosos uniformes de combate del ejército estadounidense y portaban rifles M16.

La tercera Furia depositó a Nico junto a mí. Luego las tres se posaron en lo alto del trono de huesos. Resistí la urgencia de estrangular a Nico. Ellas me detendrían. Esperaría por mi venganza. Miré a los tronos vacíos, esperando que algo pasara. Entonces el aire brilló. Tres figuras aparecieron- Hades y Perséfone en sus tronos, y una mujer mayor parada entre ellos. Parecían estar en medio de una discusión.

-¡...Te dije que era un vago!- dijo la mujer

-¡Madre! -replicó Perséfone

-¡Tenemos visitas! -rezongó Hades -¡Por favor!-

Hades, uno de mis dioses menos favoritos, alisó su túnica negra, que estaba cubierta con las caras aterradas de los condenados. Tenía la piel pálida y unos intensos ojos de loco.

-Percy Jackson. -dijo con satisfacción -Al fin.-

La Reina Perséfone me estudió con curiosidad. La había visto una vez antes en invierno, pero ahora en verano lucía como una diosa totalmente diferente. Tenía el cabello negro lustroso y unos cálidos ojos castaños. Su vestido brillaba con colores. Patrones de flores en el tejido cambiaban y florecían- rosas, tulipanes, madreselvas.

La mujer de pie entre ellos era obviamente la madre de Perséfone. Tenía el mismo cabello y ojos, pero se veía mayor y más severa. Su vestido era dorado, del color de un campo de trigo. Su cabello estaba trenzado con hierbas secas, así que me recordaba una cesta de mimbre. Supuse que si alguien encendía un cerillo cerca de ella, la pondría en serios apuros.

-Ummph. -Dijo la mujer.-Semidioses. Justo lo que necesitamos.-

Junto a mí, Nico se arrodilló. Deseé tener mi espada para poder cortar su estúpida cabeza. Desafortunadamente, Riptide todavía estaba en algún lugar afuera en los campos.

-Padre- dijo Nico- Hice lo que pediste.-

-Te tomó bastante- gruñó Hades -Tu hermana hubiera hecho un mejor trabajo.-

Nico agachó la cabeza. Si no hubiera estado tan furioso con el pequeño rastrero, habría sentido lástima por él.

Fulminé con la mirada al Señor de los Muertos. -¿Que quieres, Hades?-

-Hablar, por supuesto- El dios torció la boca en una sonrisa cruel. -¿Nico no te lo dijo?-

-Así que toda esta misión era una mentira. Nico me trajo aquí para asesinarme.-

-Oh, no.- dijo Hades -Me temo que Nico fue completamente sincero contigo acerca de querer ayudarte. El chico es tan honesto como denso. Yo simplemente lo convencí de tomar una pequeña desviación y traerte aquí primero.-

-Padre- dijo Nico- Prometiste que Percy no sería lastimado. Dijiste que si te lo traía me contarías acerca de mi pasado- acerca de mi madre.-

La Reina Perséfone suspiró dramáticamente. -¿Podríamos, por favor, no hablar de esa mujer en mi presencia?-

-Lo siento, paloma mía.- dijo Hades- Tenía que prometerle algo al chico.-

La vieja mujer interrumpió- Te lo advertí, hija. Éste sinvergüenza de Hades no es bueno. Podías haberte casado con el dios de los doctores o el dios de los abogados, pero noooooo. Tenías que comerte esa granada.-

-Madre...-

-¡Y quedarte atascada en el Inframundo!-

-Madre, por favor...-

-Y aquí es Agosto, ¿y volviste a casa como se supone que harías? ¿Alguna vez piensas en tu pobre y solitaria madre?-

-¡DEMETER!-gritó Hades- Suficiente. Eres una invitada en mi casa.-

-¿Oh, esto es una casa?- dijo- ¿Le llamas casa a este basurero? Hacer que mi hija viva en esta oscura y húmeda...-

-Ya te lo dije. -dijo Hades, rechinando los dientes- Hay una guerra en el mundo de arriba. Tú y Perséfone están mejor aquí conmigo.-

-Disculpen- interrumpí- Pero si vas a matarme, ¿Podríamos proseguir?-

Los tres dioses me miraron.

-Bueno, éste tiene actitud.- observó Demeter.

-Así es.- coincidió Hades- Me encantará matarlo.-

-¡Padre!- dijo Nico -¡Lo prometiste!-

-Esposo, ya hablamos de esto. - le regañó Perséfone- No puedes ir por ahí incinerando a todos los héroes. Además, éste es valiente. Eso me gusta.-

Hades puso los ojos en blanco. -También te agradaba el tipo ése, Orfeo. Mira lo bien que salió. Déjame matarlo, solo un poco.-

-¡Padre, lo prometiste!- dijo Nico -Dijiste que solo querías hablar con él. Dijiste que si lo traía me explicarías.-

Hades alisó los dobleces de su túnica. -Y así lo haré. Tu madre... ¿Que puedo decirte? Era una mujer maravillosa.- miró incómodo a Perséfone -Lo siento, querida, quiero decir, para ser mortal, por supuesto. Su nombre era María Di Angelo. Era de Venecia, pero su padre era diplomático en Washington, D.C. Ahí fue donde la conocí. Cuando tú y tu hermana eran jóvenes, era una mala época para ser hijo de Hades. La Segunda Guerra Mundial se expandía. Unos pocos de mis, oh, otros hijos dirigían el lado perdedor. Pensé que era mejor ponerlos a ustedes dos fuera de peligro.-

-¿Por eso nos escondiste en el Casino Lotus?-

Hades se encogió de hombros. -No envejecían. No se daban cuenta de que el tiempo pasaba. Esperé por el momento adecuado para sacarlos.-

-¿Pero qué le pasó a nuestra madre? ¿Por qué no la recuerdo?-

-No importa.- Hades le cortó

-¿Que? ¡Por supuesto que importa! Y tenías otros hijos... ¿Por que fuimos los únicos que enviaste lejos? ¿Y quién era el abogado que nos recogió?-

Hades rechinó los dientes. -Harías bien en escuchar más y hablar menos, chico. Y del abogado...-

Hades tronó los dedos. Arriba de su trono, la furia Alecto empezó a cambiar hasta ser un hombre de mediana edad en un traje a rayas con portafolios. Ella-él- lucía extraña (o) inclinada (o) sobre el hombro de Hades.

-¡Tú!- dijo Nico

La Furia graznó. -¡Hago muy bien de abogados y maestros!-

Nico estaba temblando. -¿Pero por que nos liberaste del casino?-

-Sabes por qué- dijo Hades- A éste idiota hijo de Poseidón no puedo permitirle ser el niño de la profecía.-

Arranqué un rubí de la planta más cercana y se lo lancé a Hades. Se hundió inofensivamente en su túnica. -¡Deberías estar ayudando al Olimpo!- dije -Todos los demás dioses están combatiendo a Tifón, y tú solo estás sentado aquí...-

-Esperando que las cosas pasen- terminó Hades. -Sí, es correcto. ¿Cuándo fue la última vez que el Olimpo me ayudó, mestizo? ¿Cuándo fue la última vez que uno de mis hijos fue recibido como héroe? ¡Bah! ¿Por qué debería correr a ayudarles? Me quedaré aquí con mis fuerzas intactas.-

-¿Y cuando Cronos venga por ti?-

-Deja que lo intente. Estará debilitado. Y aquí mi hijo, Nico...- Hades lo miró con hastío. - Bueno, no es gran cosa ahora. Estoy de acuerdo. Hubiera sido mejor que Bianca estuviera viva. Pero dale cuatro años más de entrenamiento. Podemos aguantar tanto, seguro. Nico cumplirá 16, como dice la profecía, y entonces él tomará la decisión que salvará al mundo. Y yo seré el Rey de los dioses.-

-Estás loco.- dijo- Cronos te aplastará, justo después de que termine de pulverizar el Olimpo.-

Hades extendió las manos. -Bueno, tendrás oportunidad de averiguarlo, mestizo, porque estarás esperando esta guerra en mis calabozos.-

-¡No!- dijo Nico- Padre, ése no fue nuestro acuerdo. ¡Y no me has contado todo!-

-Te conté lo que necesitas saber. -dijo Hades- En cuanto a nuestro acuerdo, hablé con Jackson, no lo lastimé. Tienes tu información. Si querías un mejor arreglo, debiste hacerme jurar por el Estigio. ¡Ahora, a tu habitación!- Hades sacudió la mano y Nico desapareció.

-Ese chico necesita comer más. -gruñó Demeter- Está muy flaco. Necesita más cereal.-

Perséfone puso los ojos en blanco. -Madre, suficiente con el cereal. Mi señor Hades, ¿Estás seguro que no podemos dejar ir a éste pequeño héroe? Es terriblemente valiente.-

-No, querida. Le perdoné la vida. Es suficiente.-

Estaba seguro que ella iba a defenderme. La valerosa y hermosa Perséfone iba a sacarme de esto.

Se encogió con indiferencia. -Bien. ¿Que hay para desayunar? Me muero de hambre.-

-Cereal- dijo Demeter.

-¡Madre!- Las dos mujeres desaparecieron en un remolino de flores y trigo.

-No te sientas mal, Percy Jackson. Mis fantasmas me mantienen bien informado de los planes de Cronos. Te puedo asegurar que no tienes oportunidad de detenerlo a tiempo. Para mañana, será muy tarde para tu precioso Monte Olimpo. La trampa será tendida.-

-¿Que trampa? -exigí saber -¡Si lo sabes, haz algo! ¡Al menos déjame decirle a los otros dioses!-

Hades sonrió. -Tienes espíritu. Te daré crédito por eso. Diviértete en mi calabozo. Te echaremos un vistazo en...oh, cincuenta o sesenta años.-

Ocho

Tomo el peor de los baños.

Mi espada reapareció en mi bolsillo.

Si, justo a tiempo. Ahora podía atacar las paredes todo lo que quisiera. Mi celda no tenía barrotes, ni ventanas, ni siquiera una puerta. El guardia esqueleto me llevó a través de la pared, y se volvió solida detrás de mí. No estaba seguro si el cuarto era hermético. Probablemente. El calabozo de Hades estaba pensado para gente muerta, y ellos no respiran. Así que olvídate de cincuenta o sesenta años, iba a estar muerto en cincuenta o sesenta minutos. Mientras tanto, si Hades no mentía, alguna gran trampa se desplegaría en New York para final del día, y no había absolutamente nada que pudiera hacer.

Me senté en el frío suelo, sintiéndome miserable. No recuerdo haberme dormido. Para entonces serían como las 7 de la mañana, tiempo mortal, y ya había pasado por mucho.

Soñé que estaba en el porche de la casa de playa de Rachel en St. Thomas. El sol salía sobre el Caribe. Docenas de islas selváticas se extendían por el mar, y barcos blancos cruzaban por el agua. El olor del aire salado me hizo preguntarme si vería el océano otra vez.

Los padres de Rachel se sentaban a la mesa del patio mientras un chef personal les preparaba omeletts. El señor Dare vestía un traje de lino blanco. Leía el Wall Street Journal. La dama al otro lado de la mesa era probablemente la Sra. Dare, aunque lo único que podía ver de ella eran uñas color rosa intenso y la portada del Viajero Conde Nast. Por que leía sobre vacaciones cuando estaba de vacaciones, no estoy seguro.

Rachel estaba de pie junto a la barandilla del porche y suspiraba. Vestía una bermuda y su playera de Van Gogh. (Si, Rachel estaba tratando de enseñarme sobre arte, pero no se impresionen demasiado. Solo recordaba el nombre del tipo porque se cortó una oreja). Me pregunté si estaría pensando en mí, y cuanto apestaba que no pudiera estar con ellos de vacaciones. Sabía que eso era lo que yo estaba pensando.

Entonces la escena cambió. Estaba en St. Louis, parado en el centro, debajo del Arco. Había estado ahí antes. De hecho, casi caigo hacia mi muerte ahí antes.

Sobre la ciudad un trueno retumbó- un muro de negro absoluto con relámpagos resplandeciendo a través del cielo. A unas cuantas cuadras, enjambres de vehículos de emergencia se reunían con sus luces encendidas. Una columna de polvo se elevó de un montón de escombros, que me di cuenta era un rascacielos colapsado.

Cerca, una reportera gritaba en su micrófono: *"Los oficiales describen esto como una falla estructural, Dan, aunque nadie parece saber si está relacionado con las condiciones de la tormenta."*

El viento agitaba su cabello. La temperatura descendía rápidamente, como diez grados desde que estaba parado ahí.

"Afortunadamente, el edificio había sido abandonado para demolición." Dijo ella, "pero la policía ha evacuado todos los edificios cercanos por miedo a que el colapso pueda detonar..."

Ella titubeó cuando un poderoso gemido tronó en el aire. Una ráfaga de relámpagos golpeó el centro de la oscuridad. La ciudad entera se sacudió. El aire brilló y cada vello de mi cuerpo se erizó. El impacto fue tan poderoso que solo pudo ser una cosa: el rayo maestro de Zeus. Debí vaporizar su objetivo, pero la nube negra solo se tambaleó hacia atrás. Un puño humeante apareció de entre las nubes. Aplastó otra torre, que colapsó como si fueran bloques de juguete.

La reportera gritó. La gente corría en las calles. Luces de emergencia parpadeaban. Vi una raya plateada en el cielo- un carro jalado por renos, pero no era Santa Claus conduciendo. Era Artemisa, surcando la tormenta, disparando haces de luz de luna hacia la oscuridad. Un furioso cometa dorado cruzó por su camino...quizás su hermano Apolo.

Una cosa estaba clara: Tifón había llegado hasta el río Mississippi. Había cruzado medió país, dejando destrucción en su despertar, y los dioses apenas si podían retrasarlo.

La montaña de oscuridad asomó sobre mí. Un pie del tamaño del estadio de los Yankees estaba a punto de aplastarme cuando una voz silbó, ¡Percy!

Me lancé a ciegas. Antes de esta completamente despierto tenía a Nico sometido sobre el piso de la celda con el filo de mi espada en su garganta.

-Quiero...rescatarte...- dijo estranguladamente.

La ira me despertó a toda prisa. -¿Ah, sí? ¿Y por qué debería confiar en ti?-

-¿No...tienes...opción?- masculló

Esperaba que no hubiera dicho algo lógico como eso. Lo solté.

Nico se enroscó e hizo sonidos de arcadas mientras su garganta se recuperaba. Finalmente se puso de pie, vigilando mi espada cuidadosamente. Su espada estaba envainada. Supuse que si hubiera querido matarme lo habría hecho mientras dormía. Aun así, no confiaba en él.

-Tenemos que salir de aquí.- dijo

-¿Que?- pregunté -¿Tu papá quiere hablar conmigo de nuevo?-

Hizo una mueca de dolor.- Percy, te juro por el Estigio, no sabía lo que estaba planeando.-

-¡Sabes cómo es tu padre!-

-Me engaño. Me prometió...-Nico levanto sus manos- Mira...justo ahora, tenemos que irnos. Puse a los guardias a dormir, pero no durará.-

Quería estrangularlo de nuevo. Desafortunadamente, él tenía razón. No teníamos tiempo para discutir, y yo no podría escapar por mí mismo. Nico apuntó a la pared. Una sección completa desapareció, revelando un corredor.

-Vamos.- Nico pasó por delante.

Deseé tener la gorra de invisibilidad de Annabeth, pero como resultaron las cosas, no la hubiera necesitado. Cada vez que nos acercábamos a un guardia esqueleto, Nico solo apuntaba a él y sus ojos brillantes se oscurecían. Desafortunadamente, entre más lo hacía, más cansado se veía Nico. Caminamos a través de un laberinto de corredores llenos de guardias. Para cuando alcanzamos una cocina atendida por cocineros esqueleto y sirvientes, yo iba prácticamente cargando a Nico. Había logrado poner a dormir a todos los muertos pero casi se desmayaba él también, Lo arrastré fuera del acceso de sirvientes hacia los campos de Asfódelos. Casi sentí alivio hasta que oí el sonido de platillos de bronce repicando en el castillo.

-Alarmas.- dijo Nico somnoliento.

-¿Que hacemos?-

El se quejó y luego hizo muecas como si tratara de recordar. -¿Que tal...correr?-

Correr con un adormilado hijo de Hades era como hacer una carrera de tres piernas con un muñeco de trapo tamaño natural. Lo arrastré, sujetando mi espada enfrente de mí. Los espíritus de los muertos hacían camino como si el bronce celestial fuera un fuego ardiente.

El sonido de los platillos fluía a través de los campos. Al frente estaban los muros de Erebos, pero entre mas caminábamos, mas lejos parecían estar. Estaba a punto de colapsar exhausto cuando escuché un familiar ¡WOOOOOF!

La señorita O'Leary apareció de la nada enfrente y corrió en círculos, lista para jugar.

-Buena chica.- dije- ¿Puedes darnos un aventón al río Estigio?-

La palabra estigio la hizo emocionarse. Saltó unas cuantas veces, persiguió su cola solo para demostrar quién mandaba, y luego se calmó lo suficiente como para poner a Nico en su lomo. Me monté en ella, y echó a correr hacia las puertas. Saltó sobre la línea EZ-MUERTOS, haciendo que los guardias se dispersaran y causando el fragor de más alarmas. Cerbero ladró, pero sonaba mas emocionado que enojado, como: "*¿Puedo jugar también?*"

Por suerte no nos siguió, y la señorita O'Leary continuó corriendo. No se detuvo hasta que estuvimos lejos río arriba y los fuegos de Erebos desaparecieron en la distancia. Nico se deslizó del lomo de la Señorita O'Leary y se desplomó sobre un montón de arena negra.

Tomé una porción de Ambrosía- parte de la comida divina de emergencia que siempre llevaba conmigo. Estaba un poco golpeada, pero Nico la comió.

-Uh- murmuró- mejor.-

-Tus poderes te agotan demasiado.- mencioné

Él asintió somnoliento. -Con un gran poder...vienen grandes ganas de tomar una siesta. Despiértame más tarde.-

- Eh, chico zombi.- Lo sostuve antes de que se desplomara otra vez. -Llegamos al río. Necesito que me digas qué hacer.-

Le di lo último de Ambrosía, lo que era un poco peligroso. Esa cosa podía curar a los semidioses, pero también podía quemarnos en cenizas si comíamos demasiada. Por suerte, pareció funcionar. Nico sacudió la cabeza unas cuantas veces y se sostuvo de pie.

-Mi padre vendrá pronto- dijo- Debemos apresurarnos.-

El río Estigio corría arrastrando extraños objetos- juguetes rotos, diplomas de colegio rasgados, ramilletes de bienvenida marchitos. Todos los sueños que la gente había tirado al pasar de la vida a la muerte. Mirando la negra agua podía pensar en unos tres millones de lugares donde prefería nadar.

-¿Así que...solo salto?-

-Tienes que prepararte primero,- dijo Nico- o el río te destruirá. Quemará tu cuerpo y tu alma.-

-Suena divertido.- murmuré.

-Esto no es broma.- advirtió Nico- Solo hay una manera de permanecer anclado a tu vida mortal. Tienes que...-

Miró detrás de mí y sus ojos se desorbitaron. Me di la vuelta y me encontré cara a cara con un guerrero griego.

Por un segundo pensé que era Ares, porque éste tipo lucía exactamente como el dios de la guerra- alto y corpulento, con un rostro cruelmente cicatrizado y cabello negro muy corto. Vestía una túnica blanca y armadura de bronce. Sostenía un casco de guerra con penacho bajo su brazo. Pero sus ojos eran humanos- verde claro como un mar bajo- y una flecha ensangrentada estaba enterrada en su pantorrilla izquierda, justo arriba del tobillo.

Era malo con los nombres griegos, pero incluso yo conocía al más grande guerrero de todos los tiempos, que había muerto por una herida en el talón.

-Aquiles. -dije

El fantasma asintió -Le advertí al otro que no siguiera mi camino. Ahora te advierto a ti.-

-¿Luke? ¿Hablaste con Luke?-

-No hagas esto. -me dijo- Te volverá poderoso. Pero también te volverá débil. Tus proezas en combate irán mas allá que las de cualquier mortal, pero tus debilidades, tus defectos se incrementarán también.-

-¿Quieres decir que tendré un talón malo?- dije - ¿No podría solo, digamos, usar algo además de sandalias? No te ofendas.-

Aquiles miró abajo, a su pie ensangrentado. -El talón es solo mi debilidad física, semidiós. Mi madre, Thetis, me sujetaba de ahí cuando me sumergió en el Estigio. Lo que realmente me mató fue mi propia arrogancia. ¡Cuidado! ¡Regresa!-

Lo decía en serio. Podía oír el arrepentimiento y la amargura en su voz. Honestamente trataba de salvarme de un terrible destino. Pero de nuevo, Luke había estado aquí, y el no había vuelto atrás.

Por eso Luke había podido contener al espíritu de Cronos sin que su cuerpo se desintegrara. Así fue como se preparó, y por qué parecía imposible de matar. Se había bañado en el Río Estigio y tomado los poderes del más grande héroe mortal, Aquiles. Él era invencible.

-Debo hacerlo, -dije -de otro modo no tendré oportunidad.-

Aquiles bajó la cabeza. -Los dioses sean testigos de que lo intenté. Héroe, si debes hacer esto, concéntrate en tu punto mortal. Imagina un punto de tu cuerpo que permanecerá vulnerable. Este es el punto donde tu alma anclará tu cuerpo al mundo. Será tu gran debilidad, pero también tu única esperanza. Ningún hombre debe ser completamente invulnerable. Pierde de vista lo que te mantiene mortal, y el Río Estigio te convertirá en cenizas. Cesarás de existir.-

-¿No creo que vayas a decirme cual es el punto mortal de Luke?-

Frunció el ceño. - Prepárate, niño insensato. Ya sea que sobrevivas o no, habrás sellado tu destino.-

Con ése feliz pensamiento, se desvaneció.

-Percy- dijo Nico- Quizás él tiene razón.-

-Esta fue tu idea.-

-Lo sé, pero ahora que estamos aquí...-

-Solo espera en la orilla. Si algo me pasa...Bueno, tal vez Hades cumpla su deseo, y tú serás el niño de la profecía después de todo.-

No se veía contento con eso, pero no me importó.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, me concentré en un pequeño punto de mi espalda- un diminuto punto justamente opuesto a mi ombligo. Estaba bien defendido cuando usaba mi armadura. Sería difícil de tocar por accidente, y pocos enemigos apuntarían ahí a propósito. Ningún sitio era perfecto, pero este me parecía el adecuado, y mucho más digno que mi axila o algo así.

Imaginé una cuerda, una banda elástica para salto bungee conectándome al mundo desde el punto en mi espalda. Y caminé hacia dentro del río.

Imagínate saltar a una fosa de ácido. Ahora multiplica ése dolor cincuenta veces. Aún no estás cerca de entender lo que sentí al nadar en el Estigio. Planeaba caminar lenta y valerosamente como un héroe de verdad. Tan pronto como el agua tocó mis piernas mis músculos se volvieron de gelatina y caí con la cara por delante en la corriente.

Me sumergí completamente. Por primera vez en mi vida, no podía respirar bajo el agua. Finalmente entendí el pánico de la asfixia. Cada nervio de mi cuerpo ardía. Me estaba disolviendo en el agua. Veía rostros-Rachel, Grover, Tyson, mi mamá - pero se desvanecían tan pronto como aparecían.

-Percy- dijo mi madre- Te doy mi bendición.-

-¡Ten cuidado, hermano!- suplicó Tyson.

-¡Enchiladas!- dijo Grover. No estaba seguro de donde salió eso, pero no parecía servir de mucha ayuda.

Estaba perdiendo la pelea. El dolor era demasiado. Mis manos y pies se derretían en el agua, mi alma era arrancada de mi cuerpo. No podía recordar quién era.

El dolor de la guadaña de Cronos no había sido nada comparado con esto.

"La cuerda", dijo una voz familiar. *"¡Recuerda tu vida, tonto!"*

De pronto hubo un jalón en mi espalda baja. La corriente me empujaba, pero no ya no estaba arrastrándome con ella. Imaginé la cuerda en mi espalda manteniéndome atado a la orilla.

"Aguanta, sesos de alga." Era la voz de Annabeth, mucho más clara ahora. *"No te me vas a ir tan fácil."*

La cuerda se tensó. Ahora podía ver a Annabeth - descalza junto a mí en el embarcadero del lago. Me caí de mi canoa. Eso era todo. Me daba su mano para levantarme, y trataba de no reírse. Vestía su camiserita naranja del campamento y unos vaqueros. Su cabello estaba metido en su gorra de los Yankees, lo que era extraño porque eso debería hacerla invisible.

-Eres tan idiota algunas veces.- Sonrió- Vamos, toma mi mano.-

Los recuerdos regresaron a mí- definidos y coloridos. Dejé de disolverme. Mi nombre era Percy Jackson. Alcancé y tomé la mano de Annabeth.

De pronto emergí del río. Me derrumbé en la arena, y Nico se sobresaltó de la sorpresa.

-¿Estás bien?- Balbuceó. -Tu piel, ¡Oh dioses! ¡Estás herido!-

Mis brazos estaban enrojecidos. Sentía como si cada centímetro de mi cuerpo hubiera sido asado a fuego lento. Miré alrededor buscando a Annabeth, aunque sabía que no estaba aquí. Había sido tan real.

-Estoy bien...creo.- El color de mi piel volvió a la normalidad. El dolor persistía. La señorita O'Leary vino y me olfateó con preocupación. Aparentemente yo olía realmente interesante.

-¿Te sientes mas fuerte?- preguntó Nico.

Antes de que pudiera decidir que sentía, una voz resonó: ¡Aquí!

Un ejército de muertos marchaba hacia nosotros. Cien esqueletos de romanos legionarios marchaban al frente con escudos y lanzas. Tras ellos venía un número igual de casacas rojas británicos armados con bayonetas. En medio del grupo, el mismísimo Hades conducía un carro negro y dorado jalado por caballos de pesadilla, sus ojos y melenas resplandeciendo con fuego.

-¡No escaparás de mi esta vez, Percy Jackson! -vociferó Hades- ¡Destruyanlo!-

-¡Padre, no!- gritó Nico, pero fue muy tarde. La vanguardia de zombis romanos bajó sus lanzas y avanzó.

La señorita O'Leary gruñó y se preparó para atacar. Quizás fue eso lo que me alteró. No quería que lastimaran a mi perra. Además, estaba cansado de Hades portándose como un matón. Si iba a morir, al menos pelearía.

Grité, y el Río Estigio explotó. Una negra ola aplastó a los legionarios. Lanzas y escudos cayeron por doquier. Los zombis romanos empezaron a disolverse, salía humo de sus cascos de bronce. Los casacas rojas bajaron sus bayonetas, pero no los esperé. Me lancé a la carga.

Esa fue la cosa más estúpida que haya hecho. Cien mosquetes dispararon hacia mí, blanco fácil. Todos fallaron. Choqué contra la línea y comencé a acuchillar con Riptide. Las bayonetas pinchaban, las espadas cortaban. Armas recargadas y disparadas. Nada me tocaba. Me precipité entre las líneas, volviendo polvo a los casacas rojas, uno tras otro. Mi mente estaba en piloto automático: apuñala, evade, corta, desvía, rueda. Riptide ya no era una espada, era un arco de pura destrucción.

Rompí las líneas enemigas y salté al carro negro. Hades levantó su báculo. Una descarga de energía negra se disparó hacia mí, pero la desvié con mi espada y caí sobre él. El dios y yo caímos del carro.

Lo siguiente que supe fue que mi rodilla estaba plantada sobre el pecho de Hades. Sujetaba el cuello de su túnica real en un puño, y la punta de mi espada estaba justo sobre su cara.

Silencio.

El ejército no hizo nada para defender a su Amo. Miré hacia atrás y descubrí por qué. No quedaba nada de ellos sino armas en la arena y pilas de uniformes vacíos y humeantes. Los destruí a todos.

Hades tragó saliva. -Ahora, Jackson, escúchame...-

Él era inmortal. No había a manera de que pudiera matarlo, pero los dioses podía ser heridos. Lo sabía de primera mano, y me imaginé que una espada en el rostro no se sentiría muy bien.

-Solo porque soy una buena persona- gruñí- te dejaré ir. Pero primero, ¡Dime lo de esa trampa!-

Hades se desvaneció en la nada, dejándome sujetando la túnica negra vacía.

Maldije y me puse de pie, respirando pesadamente. Ahora que el peligro había pasado, me di cuenta de lo cansado que estaba. Cada músculo de mi cuerpo dolía. Miré mi ropa. Estaba desgarrada en pedazos y llena de agujeros de bala, pero yo estaba bien. Ni un rasguño.

La boca de Nico colgaba abierta. -Tú acabas...con una espada...tú...-

-Supongo que lo del río funcionó.- dije

-¡Ah, sí?- dijo con sarcasmo- ¿Tú crees?-

La señorita O'Leary ladró feliz y sacudió la cola. Empezó a revisar alrededor, olfateando uniformes vacíos y cazando algunos huesos. Levanté la túnica de Hades. Podía ver los rostros atormentados incrustados en el tejido.

Caminé hacia la orilla del río. -Sean libres.-

Sumergí la túnica en el agua y observé cómo se alejaba, disolviéndose en la corriente.

-Vuelve con tu padre.- Le dije a Nico. -Dile que me debe una por dejarlo ir. Descubre lo que va a pasar con el Monte Olimpo y convéncelo de ayudar.-

Nico me miró.- No...No puedo. Me va a odiar ahora. Es decir...más todavía.-

-Tienes que hacerlo.- le dije. -Tú también me lo debes.-

Sus orejas se pusieron rojas. -Percy, te dije que lo sentía. Por favor...déjame ir contigo. Quiero pelear.-

-Serás más útil aquí abajo.-

-Quieres decir que ya no confías en mí.- dijo miserablemente.

No le respondí. No sabía lo que quería decir. Estaba muy aturdido por lo que acababa de hacer en batalla como para pensar claramente.

-Solo vuelve con tu padre.- dije, tratando de no sonar muy rudo. -Convéncelo. Tú eres la única persona que podría hacerlo escuchar.-

-Ese es un pensamiento deprimente.- Nico suspiró. -Está bien, haré lo que pueda. Además, aún me está escondiendo algo acerca de mi mamá. Quizás pueda descubrir qué.-

-Buena suerte. Ahora, la señorita O'Leary y yo tenemos que irnos.-

-¿A dónde?- dijo Nico.

Miré la entrada de la cueva y pensé en el largo ascenso de vuelta hasta el mundo de los vivos. -A empezar esta guerra. Es tiempo de encontrar a Luke.-

Nueve

Dos serpientes salvan mi vida.

Amo New York. Puedes emerger del Inframundo en Central Park, llamar un taxi, recorrer calle abajo la quinta avenida con un perro del infierno gigante dando vueltas a tu alrededor y nadie te mira siquiera. Por supuesto, la Niebla ayuda. La gente probablemente no podía ver a la señorita O'Leary, o tal vez pensaban que era un grande, ruidoso y amigable camión de basura.

Corrí el riesgo de usar el celular de mi mamá para llamar a Annabeth por segunda vez. La llamé una vez desde el túnel pero solo me mandaron a su buzón de voz. Sorpresivamente tenía buena recepción, siendo que estaba en el mitológico centro del mundo y todo, pero no quería ver los cargos de roaming que iba a tener mi mamá.

Esta vez, Annabeth contestó.

-Hey- dije- ¿Recibiste mi mensaje?-

-¿Percy, donde has estado? ¡Tu mensaje no decía casi nada! ¡He estado enferma de preocupación!-

-Te daré detalles luego.- dije, cómo iba a hacer eso no tenía idea. -¿Donde estas?-

-Vamos en camino como pediste, casi llegando al túnel Queens-Midtown. Pero Percy, ¿Que estas planeando? Dejamos el campamento virtualmente indefenso, y no hay modo de que los dioses...-

-Confía en mí- dije -Te veré ahí.-

Colgué. Mis manos temblaban. No sabía si sería una reacción a mi zambullida en el Estigio, o una anticipación de lo que estaba por hacer. Si esto no funcionaba, ser invulnerable no iba a salvarme de ser volado en pedazos.

Ya estaba avanzada la tarde cuando el taxi me dejó en el edificio Empire State. La señorita O'Leary rondaba de arriba a abajo por la Quinta Avenida, lamiendo taxis y olfateando carros de hot dogs. Nadie parecía notarla, aunque la gente se apartaba y lucía confusa cuando ella se les acercaba. Le silbé para que viniera cuando tres camionetas blancas se enfrenaron en la acera. Decían "Servicio de fresas Delphi", que era el nombre para encubrir el campamento mestizo. Nunca había visto las tres camionetas juntas en el mismo lugar, a pesar de que sabía que llevaban nuestra producción fresca a la ciudad.

La primera camioneta estaba conducida por Argos, nuestro jefe de seguridad con muchos ojos. Las otras dos las conducían Arpias, que básicamente eran demoniacos híbridos entre humano y pollo con malas actitudes. Usábamos a las arpias para limpiar el campamento más que nada, pero lo también hacían bastante bien a través del tráfico de la ciudad.

Las puertas se deslizaron. Un montón de campistas descendieron, algunos viéndose algo verdes por el largo viaje. Me alegraba que hubieran venido tantos: Pólux, Silena Beauregard, los hermanos Stoll, Michael Yew, Jake Mason, Katie Gardner, y Annabeth con varios de sus hermanos. Quirón salió de la última camioneta, Su mitad de caballo estaba compactada en su silla de ruedas mágica, así que uso el ascensor para discapacitados. La cabaña de Ares no estaba ahí, pero trate de no molestarme demasiado por eso. Clarisse era una idiota testaruda. Fin de la historia.

Hice un conteo: cuarenta campistas en total. No eran suficientes para pelear una guerra, pero era el más grande grupo de mestizos que yo hubiera visto reunido en un sitio fuera del campamento. Todos se veían nerviosos, y entendía por qué. Probablemente enviábamos tanta aura de semidiós que cada monstruo en Norteamérica sabría que estábamos aquí.

Mientras miraba sus rostros - todos esos campistas que había conocido durante varios veranos - una chocante voz murmuró en mi cabeza: *uno de ellos es un espía*. Pero no podía quedarme con esa idea. Eran mis amigos. Los necesitaba. Entonces recordé la maligna sonrisa de Cronos. *"No puedes contar con tus amigos. Ellos siempre te decepcionarán."*

Annabeth vino hacia mí. Estaba vestida de camuflaje negro con su cuchillo de bronce celestial atado a su brazo y la maleta de su laptop colgando del hombro - lista para apuñalar o navegar en internet, lo que viniera primero.-

Frunció el ceño. -¿Qué es?

-¿Qué es qué?- pregunté

-Me ves como a algo divertido.-

Me di cuenta que estaba pensando en mi extraña visión de Annabeth sacándome del río Estigio. -Uh, no es nada.- Me volví hacia el resto del grupo. -Gracias por venir, a todos. Quirón, después de ti.-

Mi viejo mentor sacudió la cabeza. -Vine a desearte suerte, muchacho, pero nunca ha visitado el Olimpo a menos que sea convocado.-

-Pero tú eres nuestro líder.-

Él sonrió. -Soy su entrenador, su maestro. No es lo mismo que ser su líder. Reuniré aliados donde sea posible. Quizás no sea muy tarde para convencer a mis hermanos centauros de ayudar. Mientras tanto, tú llamaste a los campistas aquí, Percy. Tú eres el líder.-

Quise protestar, pero todos me miraron expectantes, incluso Annabeth.

Tome un profundo respiro. -Muy bien, como le dije a Annabeth por teléfono, algo malo está a punto de pasar esta noche. Alguna clase de trampa. Debemos obtener una audiencia con Zeus y convencerlo de defender la ciudad. Recuerden, no podemos tomar un "no" como respuesta.-

Le pedí a Argos que cuidara a la señorita O'Leary, con lo que ninguno de los dos se vio feliz.

Quirón estrecho mi mano. -Lo harás bien Percy, solo recuerda tus fortalezas y cuida tus debilidades.-

Eso sonaba misteriosamente parecido a lo que Aquiles me había dicho. y entonces recordé que Quirón había enseñado a Aquiles. Eso no me tranquilizaba exactamente, pero asentí y trate de mostrar una sonrisa confiada.

-Vamos- dije a los campistas.

Un guardia de seguridad estaba sentado tras un escritorio en el recibidor, leyendo un gran libro negro con una flor en la portada. Nos miro cuando todos entramos con nuestras armas y armaduras tintineando. -¿Grupo escolar? Estamos a punto de cerrar.-

-No- dije - Piso seiscientos.-

Nos observó. Sus ojos eran azul claro y estaba completamente calvo. No podría decir si era humano o no, pero pareció notar nuestras armas, así que supuse que no era engañado por la Niebla.

-No hay un piso seiscientos, chico.- Lo dijo como si fuera un línea requerida en la que no creía -Muévanse.-

Me incliné sobre el escritorio. -Cuarenta semidioses atraen una horrenda cantidad de monstruos. ¿En verdad nos quiere esperando en su recibidor?-

Él lo pensó. Luego presiono un botón y la puerta de seguridad se abrió.- Que sea rápido.-

-No querrá que pasemos por el detector de metales.- agregué.

-Uh, no.- coincidió -el elevador esta a la derecha. Creo que conocen el camino.-

Le lancé un dracma dorado y avanzamos al interior.

Decidimos que nos tomaría dos viajes subir a todos por el elevador. Yo fui en el primer grupo. En el elevador sonaba una música distinta que en mi última visita -esa vieja canción disco "Stayin' alive". Una aterradora imagen paso por mi mente, Apolo en pantalones acampanados y camisa pegada de seda.

Me sentí aliviado cuando las puertas del elevador finalmente se abrieron. Frente a nosotros, un camino de rocas flotantes guiaba a través de las nubes hacia el Monte Olimpo, levitando 2 mil metros arriba de Manhattan. Ya había visto el Olimpo antes, pero aun me quitaba el aliento. Las mansiones brillaban doradas y blancas contra los lados de la montaña. Jardines florecían en cientos de terrazas. Humo aromático ascendía de unos braseros alineados en las sinuosas calles. Y justo en la cima nevada se elevaba el palacio principal de los dioses. Lucía tan majestuoso como siempre, pero algo estaba mal. Entonces me di cuenta que la montaña estaba silenciosa- sin música, ni voces, ni risas.

Annabeth me estudió. -Te ves...diferente.- Decidió -¿Donde estuviste exactamente?-

Las puertas del elevador se abrieron de nuevo, y el segundo grupo de mestizos se nos unió.

-Te lo diré luego.- dije -Vamos.-

Tomamos el camino a través del puente en el cielo hacia las calles del Olimpo. Las tiendas estaban cerradas. Los parques vacíos. Una pareja de musas estaban sentadas en un banco tocando liras flameantes, pero sus corazones no parecían estar en ello. Un solitario ciclope recorría las calles con un roble arrancado de raíz. Un dios menor nos vio desde un balcón y se apresuro a entrar, cerrando sus ventanas.

Pasamos bajo un gran arco de mármol con estatuas de Zeus y Hera en cada lado. Annabeth hizo una mueca a la reina de los dioses.

-La odio- murmuro

-¿Te ha estado maldiciendo o algo?- pregunte. El año anterior Annabeth había conocido el lado malo de Hera, pero no había hablado de ello desde entonces.

-Solo pequeñas cosas hasta ahora.- dijo -Su animal sagrado es la vaca, ¿cierto?-

-Cierto-

Pues ha estado enviando vacas tras de mí.-

Trate de no sonreír. -¿Vacas? ¿En San Francisco?-

-Oh, sí. Usualmente no las veo, pero las vacas me dejan pequeños regalos por todo el lugar- en nuestro patio trasero, en la acera, los corredores de la escuela. Tengo que fijarme donde piso.-

-¡Miren!- grito Pólux, apuntando hacia el horizonte. -¿Que es eso?-

Todos nos paralizamos. Luces azules cruzaban el cielo hacia el Olimpo como pequeños cometas. Parecían venir desde todos los puntos de la ciudad, enfocándose hacia la montaña. Mientras se acercaban, se desviaron. Los observamos varios minutos y no parecían causar ningún daño, pero aun así era extraño.

-Como rayos infrarrojos.- murmuro Michael Yew. -Estamos en la mira.-

-Sigamos hacia el palacio.- dije.

Nadie custodiaba el salón de los dioses. Las puertas doradas y plateadas permanecían abiertas de par en par. Nuestras pisadas hacían eco mientras caminábamos hacia la sala de los tronos. Por supuesto "sala" no era adecuado. El lugar era del tamaño del Madison Square Garden. En lo alto, en el techo color azul destellaban las constelaciones. Doce tronos gigantes formaban una U alrededor de un fuego. En una esquina, una burbuja de agua del tamaño de una casa flotaba en el aire, y dentro nadaba mi viejo amigo el Ofiotauro, mitad vaca, mitad serpiente.

¡MOOOOOO! Dijo alegremente, girando en círculos.

A pesar de la seriedad de lo que pasaba, tuve que sonreír. Hacía dos años habíamos pasado bastante tiempo tratando de salvar al Ofiotauro de los Titanes, y me había encariñado con él. Parecía que yo también le agradaba, a pesar de que inicialmente había pensado que era hembra y lo había llamado Bessie.

-Hey, hombre- dije -¿Te tratan bien?-

¡MOOOOOOOO! Contestó Bessie.

Caminamos hacia los tronos, y una voz de mujer dijo: -Hola de nuevo, Percy Jackson. Tú y tus amigos son bienvenidos.-

Hestia estaba junto al fuego, removiendo las flamas con una vara. Vestía el mismo tipo de vestido simple color café que tenía antes, pero había crecido a una mujer adulta ahora.

Me incline. -Señora Hestia.-

Mis amigos siguieron mi ejemplo.

Hestia me miro con sus brillantes ojos rojos. -Veo que seguiste adelante con tu plan. Portas la maldición de Aquiles.-

Los otros campistas empezaron a murmurar entre ellos: "¿Que dijo? ¿Que hay con Aquiles?"

-Debes tener cuidado.- Me advirtió Hestia. -Ganaste mucho con tu viaje. Pero sigues cegado a la más importante verdad. Tal vez una visión esté en camino.-

Annabeth me empujó. -Umh... ¿De que está hablando?-

Mire a los ojos de Hestia, y una imagen vino a mi mente. Vi un callejón oscuro entre casas de tabique rojo. Un letrero sobre una de las puertas decía: METALURGICA RICHMOND. Dos mestizos estaba agazapados en la oscuridad- un chico como de 14 y una niña de 12. Me di cuenta desde el principio que el chico era Luke. La niña era Thalía, hija de Zeus. Estaba viendo una escena pasada de aquellos días en que andaban de huida, antes de que los hallara Grover.

Luke portaba un cuchillo de bronce. Thalía tenía su lanza y su escudo de terror, Égida. Ambos lucían hambrientos y demacrados, como animales salvajes, como si estuvieran acostumbrados a ser atacados.

-¿Estás seguro?- preguntó Thalía.

Luke asintió. - Algo aquí abajo. Puedo sentirlo.-

Un estrepito resonó por el callejón, como si alguien hubiera golpeado una lamina de metal. Los mestizos se arrastraron hacia adelante. Viejas cajas estaban apiladas en un muelle de carga. Thalía y Luke se acercaron con sus armas listas. Una cortina de hojalata temblaba como si algo se ocultara tras ella. Thalía miro a Luke. Él conto en silencio: "¡Uno, dos, tres! Corto la hojalata, y una pequeña niña salto sobre él con un martillo.

-¡Whooo! -dijo Luke.

La niña tenía cabello rubio enmarañado y vestía pijama de franela. No podría tener más de siete, pero le hubiera aplastado los sesos a Luke si él no hubiera sido tan rápido. Sujeto la muñeca de la niña, y el martillo cayó al piso de cemento.

La pequeña golpeó y pataleó. -¡No más monstruos! ¡Aléjense!-

-¡Esta bien! Luke forcejeo para sujetarla. -Thalía, quita tu escudo. La estas asustando.-

Thalía toco a Égida, y este se encogió volviéndose un brazalete plateado. -Hey, todo está bien.- dijo ella -No vamos a lastimarte. Yo soy Thalía. Él es Luke.-

-¡Monstruos!-

-No- le aseguró Luke. -Pero sabemos de monstruos. Nosotros también peleamos contra ellos.-

Lentamente, la niña dejo de patalear. Estudio a Thalía y a Luke con unos grandes e inteligentes ojos grises.

-¿Ustedes son como yo?- Dijo suspicazmente.

-Si- dijo Luke -Somos...bueno, es difícil de explicar, pero peleamos con monstruos. ¿Dónde está tu familia?-

-Mi familia me odia.- dijo la niña. -Ellos no me quieren. Escape.-

Thalía y Luke intercambiaron miradas. Sabía que ambos entendían lo que ella estaba diciendo.

-¿Cuál es tu nombre, chica? - pregunto Thalía.

-Annabeth.-

Luke sonrió. -Lindo nombre. Te diré algo, Annabeth- eres bastante valiente. Podría servirme un luchador como tú.-

Los ojos de Annabeth se desorbitaron. -¿En serio?-

-Oh, sí.- Luke volteo su cuchillo y le ofreció la empuñadura. ¿Que te parecería una verdadera arma mata-monstruos? Este es bronce celestial. Funciona mucho mejor que un martillo.-

Tal vez en la mayoría de las circunstancias, ofrecerle un cuchillo a una niña de siete años no sería buena idea, pero cuando eres un mestizo, las reglas regulares como que se van por la ventana.

Annabeth tomó la empuñadura.

-Los cuchillos solo son para los más valientes y veloces luchadores.- Explico Luke. -No tienen el alcance o el poder de una espada, pero son fáciles de ocultar y pueden encontrar puntos débiles en la armadura de tu enemigo. Se requiere un guerrero inteligente para usar un cuchillo. Tengo el presentimiento de que tú eres muy lista.-

Annabeth lo contempló con adoración.- ¡Lo soy!-

Thalía sonrió. -Más vale que nos vayamos, Annabeth. Tenemos una casa segura en el río James. Te daremos algo de ropa y comida.-

-Ustedes... ¿No irán a devolverme con mi familia? -dijo -¿Lo prometen?-

Luke puso su mano en el hombro de la niña. -Eres parte de nuestra familia ahora. Y te prometo que no dejaré que nada te lastime. No voy a fallarte como nuestras familias lo hicieron. ¿Trato hecho?-

-¡Trato hecho!- dijo Annabeth con alegría.

-Ahora, vámonos.- dijo Thalía -¡No podemos quedarnos demasiado!-

La escena cambió. Los tres semidiosos corrían a través del bosque. Debía ser varios días después, quizás incluso semanas. Todos ellos se veían golpeados, como si hubieran tenido algunas batallas. Annabeth usaba nuevas ropas-vaqueros y una chaqueta del ejército que le venía grande.

-¡Solo un poco más!- les aseguró Luke. Annabeth tropezó y él la tomó de la mano. Thalía cubría la retaguardia, blandiendo su escudo como si empujara lo que sea que los persiguiera. Cojeaba de la pierna izquierda. Subieron una colina y miraron abajo, al otro lado, una casa colonial blanca - la de May Castellán.

-Muy bien- dijo Luke, respirando con dificultad -Me escabulliré y tomaré algo de comida y medicinas. Esperen aquí.-

-¿Luke, estás seguro?- pregunto Thalía. -Juraste que nunca volverías aquí. Si ella te atrapa...-

-¡No tenemos opción!- gruño -Quemaron nuestro refugio más cercano. Y tienes que tratarte esa pierna herida.-

-¿Esta es tu casa?- dijo Annabeth asombrada.

-Esta era mi casa- murmuro Luke. -Créeme, si no fuera una emergencia...-

-¿Tu mama es realmente tan horrible?- preguntó Annabeth -¿Podemos verla?-

-¡No!- le cortó Luke.

Annabeth huyó de él porque su ira la sorprendió.

-Yo...lo siento.- dijo Luke- Solo esperen aquí. Les prometo que todo estará bien. Nada va a lastimarlas. Volveré...-

Un brillante destello dorado iluminó el bosque. Los semidioses parpadearon deslumbrados, y la voz de un hombre tronó: *"No debiste venir a casa."*

La visión se desvaneció. Mis rodillas temblaban, pero Annabeth me sostuvo.

-¡Percy! ¿Que pasó?-

-Vieron... ¿Vieron eso?- pregunté.

-¿Ver que?-

Miré a Hestia, pero el rostro de la diosa era inexpresivo. Recordé algo que me dijo en los bosques: "Si has de entender a tu enemigo Luke, debes entender a su familia." ¿Pero por que me mostró esas escenas?

-¿Cuánto tiempo me fui?- murmuré.

Annabeth juntó las cejas. -Percy, no te fuiste en absoluto. Solo miraste a Hestia por un segundo y colapsaste.-

Podía sentir los ojos de todos sobre mí. No podía permitirme lucir débil. Lo que fuera que esa visión significara, debía mantenerme enfocado en nuestra misión.

-Um, Señora Hestia- dije -Venimos por un asunto urgente. Necesitamos ver...-

-Sabemos lo que necesitas.- Dijo una voz de hombre.

Me estremecí, porque era la misma voz que había escuchado en la visión. Un dios se materializo junto a Hestia. Se veía como de 25 años, con cabello rizado grisáceo y rasgos élficos. Vestía un traje militar de piloto, con pequeñas alas agitándose en su casco y botas de piel negra. En su brazo traía un largo bastón con dos serpientes vivas enrolladas en el.

-Los dejare ahora.- dijo Hestia. Hizo una reverencia al aviador y desapareció convirtiéndose en humo. Entendí porque ella estaba tan ansiosa por irse. Hermes, el dios de los mensajeros, no se veía contento.

-Hola, Percy-

Su ceja se levantó como si estuviera molesto conmigo, y me pregunté si de alguna manera sabría de la visión que acababa de tener. Quería preguntarle por que estaba en casa de May Castellán aquella noche, y que pasó después de que capturara a Luke. Recordé la primera vez que vi a Luke en el campamento mestizo. Le pregunté si alguna vez había visto a su padre, y él me miró amargamente y dijo "una vez". Pero podía decir, por la expresión de Hermes, que no era momento de preguntar.

Me incliné respetuosamente. -Señor Hermes.-

"Oh, claro" dijo una de las serpientes en mi mente, "No nos saludes a nosotros. Solo somos reptiles."

"George," le regañó la otra, "Sé cortés."

"Hola, George," dije, "Hey, Martha."

"¿Nos trajiste una rata?" preguntó George.

"George, basta" dijo Martha. "¡Está ocupado!"

"¿Muy ocupado como para ratas?" dijo George "Eso es triste"

Decidí que era mejor no inmiscuirme en esto con George.

-Um, Hermes- dije -Necesitamos hablar con Zeus. Es importante.-

Los ojos de Hermes eran fríos como acero. -Yo soy su mensajero. ¿Puedo tomar el mensaje?-

Detrás de mí, los otros semidiosos se movieron incómodos. Esto no iba como lo planeé. Tal vez si trataba de hablar con Hermes en privado...

-Chicos- dije -¿Por que no dan un chequeo por la ciudad? Verifiquen las defensas. Vean quien queda en el Olimpo. Encuétrennos a Annabeth y a mí de vuelta aquí en 30 minutos.-

Silena frunció el ceño. -Pero...-

-Es buena idea. -dijo Annabeth -Connor, Travis, ustedes dirijan.-

A los Stoll pareció gustarles eso - asumir una importante responsabilidad justo enfrente de su padre. Usualmente ellos no dirigían nada excepto ataques con papel sanitario.

-¡Estamos en ello!- dijo Travis. Acarrearon a los otros fuera de la sala de los tronos, dejándonos a Annabeth y a mí con Hermes.

-Mi señor- dijo Annabeth -Cronos va a atacar New York. Deben sospecharlo. Mi madre debe haberlo previsto.-

-Tu madre- gruñó Hermes. Se rascó la espalda con su caduceo, y George y Martha murmuraron "ow, ow, ow" -No me hagas empezar con tu madre, jovencita. Ella es la única razón de que yo esté aquí. Zeus no quería que ninguno de nosotros dejara el frente de batalla. Pero tu madre seguía importunando: "Es una trampa, es una distracción, bla, bla,

bla." Quería volver ella misma, pero Zeus no iba a dejar que su estrategia número uno se fuera de su lado. Así que naturalmente me envió a mí a hablar con ustedes.-

-¡Pero es una trampa!- insistió Annabeth -¿Zeus está ciego?-

Un trueno retumbó en el cielo.

-Yo cuidaré mis comentarios, niña.- advirtió Hermes -Zeus no está ciego, ni sordo. No ha dejado el Olimpo completamente indefenso.-

-Pero están esas luces azules...-

-Sí, sí. Las vi. Algún error de esa insufrible diosa de la magia, Hécate. Apostaría a que ya se dieron cuenta que no causan ningún daño. El Olimpo tiene poderosas protecciones mágicas. Además, Eolo, el rey de los vientos, ha enviado a sus más poderosos subordinados a proteger la ciudadela. Nadie excepto los dioses puede aproximarse al Olimpo por el aire. Serían derribados del cielo.-

Levante la mano. -Um... ¿Qué hay de esa cosa de materialización/tele transportación que ustedes hacen?-

-Es una forma de viaje aéreo también, Jackson. Muy rápida, pero los dioses del viento son más rápidos. ¡No, si Cronos quiere el Olimpo, tendrá que marchar a través de la ciudad entera con su ejército y tomar los elevadores! ¿Puedes verlo haciendo eso?-

Hermes lo hizo sonar bastante ridículo - hordas de monstruos subiendo en el elevador escuchando "Stayin' alive". Aun así, no me gustaba.

-Tal vez algunos de ustedes puedan regresar- sugerí.

Hermes sacudió la cabeza con impaciencia. -Percy Jackson, no lo entiendes. Tifón es nuestro más grande enemigo.-

-Pensé que era Cronos.-

Los ojos del dios brillaron. -No, Percy. En los viejos días, el Olimpo casi fue derrocado por Tifón. Es el esposo de Equidna...-

-La conocí en el Arco.- murmuré -No fue agradable.-

-...y padre de todos los monstruos. Nunca podremos olvidar lo cerca que estuvo de destruirnos a todos; ¡Cómo nos humillo! Éramos más poderosos en los viejos días. Ahora no podemos esperar ayuda de Poseidón porque Él pelea su propia guerra. Hades se sienta en su reino y no hace nada, y Deméter y Perséfone siguen su ejemplo. Requerirá todo nuestro poder restante oponerse a la tormenta gigante. No podemos dividir nuestras fuerzas ni esperar hasta que llegue a New York. Debemos combatirlo ahora. Y estamos haciendo progresos.-

-¿Progresos?- dije -Casi destruye St. Louis.-

-Si- admitió Hermes -Pero destruyo solo la mitad de Kentucky. Se está deteniendo. Perdiendo poder.-

No quería discutir, pero sonaba como que Hermes trataba de convencerse a sí mismo.

En la esquina, el Ofiotauro mugió tristemente.

-Por favor, Hermes- dijo Annabeth -Dijo que mi madre quería venir. ¿Envió algún mensaje para nosotros?-

-Mensajes- murmuro -"Sera un gran trabajo", me dijeron. "No hay mucho que hacer. Montones de adoradores." Umhp. A nadie le importa lo que yo tengo que decir. Siempre se trata de los mensajes de los demás.-

"Roedores" musito George, "Yo estoy por los roedores."

"Sssh" le regañó Martha. "A nosotros nos importa lo que Hermes tenga que decir. ¿Verdad, George?"

"Oh, absolutamente. ¿Podemos regresar ya a la batalla? Quiero hacer lo del modo laser otra vez. Es divertido"

-Silencio, los dos- gruño Hermes.

El dios miró a Annabeth, que hacia su rutina de los "grandes y suplicantes ojos grises".

-Bah- dijo Hermes -Tu madre dijo que les advirtiera que están ustedes solos. Deben sostener Manhattan sin la ayuda de los dioses. Como si no lo supiéramos. Por qué le pagan por ser la diosa de la sabiduría, no estoy seguro.-

-¿Algo más?- preguntó Annabeth.

-Dijo que deberías probar el plan 23. Que tú sabrías lo que significa.-

Annabeth palideció. Obviamente sabía lo que significaba y no le gustaba. -Adelante.-

-Una última cosa.- Hermes me miro. -Dijo que le dijera a Percy: "Recuerda los ríos". Y, umm, algo acerca de que te alejaras de su hija.-

No estoy seguro cual cara estaba más roja, la de Annabeth o la mía.

-Gracias, Hermes- dijo Annabeth. -Y yo...quiero decir...siento lo de Luke.-

La expresión del dios se endureció como si se hubiera vuelto de mármol. -Deberían dejar ese tema en paz.-

Annabeth dio un paso atrás nerviosamente. -¿Disculpe?-

-¡Una disculpa no sirve!-

George y Martha se enredaron en el caduceo, que brilló y cambió a algo que se veía sospechosamente como un agujón de alto voltaje.

-¡Debiste salvarlo cuando tuviste la oportunidad!- Hermes le gruño a Annabeth. -Eras la única que podía.-

Traté de interponerme entre ellos. -¿De que está hablando? Annabeth no...-

-¡No la defiendas, Jackson!- Hermes apunto el agujón hacia mí. -Ella sabe exactamente de que estoy hablando.-

-¡Quizás debería culparse usted mismo!- Debí mantener la boca cerrada, pero lo único que podía pensar era en mover su atención lejos de Annabeth. Todo este tiempo, él no había estado molesto conmigo, sino con ella. -¡Quizás si no hubiera abandonado a Luke y a su madre!-

Hermes levanto su aguijón. Él comenzó a crecer hasta alcanzar 3 metros de altura. Bueno, ya está. Pero cuando se preparaba para golpear, George y Martha se le acercaron y susurraron algo en su oído. Hermes apretó los dientes. Bajo el aguijón eléctrico, y este se convirtió de nuevo en un bastón.

-Percy Jackson,- dijo -porque has tomado la maldición de Aquiles, debo absolverte. Estás en manos de Las Moiras ahora. Pero nunca volverás a hablarme así. No tienes idea de cuánto he sacrificado, cuánto...-Su voz se quebró, y se redujo a tamaño humano de nuevo. -Mi hijo, mi más grande orgullo...mi pobre May...-

Sonaba tan devastado que no supe qué decir. Hace un minuto estaba listo para vaporizarnos. Ahora se veía como si necesitara un abrazo.

-Mire, Señor Hermes- dije -Lo siento, pero necesito saber. ¿Que le paso a May? Dijo algo del destino de Luke, y sus ojos...-

Hermes me observó, y mi voz vaciló. La mirada en su rostro no era realmente ira, pensé. Era dolor. Profundo, increíble dolor.

-Debo dejarlos ahora.- dijo firmemente. -Tengo una guerra que pelear.-

Comenzó a brillar. Me volví y me asegure que Annabeth hiciera lo mismo, porque aun estaba paralizada en estado de choque.

"Buena suerte, Percy." murmuró Martha, la serpiente.

Hermes brillo con la luz de una supernova. Luego se había ido.

Annabeth se sentó a los pies del trono de su madre y lloro. Quería reconfortarla, pero no estaba seguro de cómo hacerlo.

-Annabeth- dije -No es tu culpa. Nunca había visto a Hermes actuar así. Pienso...no se...probablemente se siente culpable acerca de Luke. Busca a alguien a quien culpar. No sé porque se desquito contigo. No hiciste nada para merecerte eso.-

Annabeth se limpió los ojos. Miraba al fuego como si fuera su propia pira funeraria.

Me moví intranquilo. -¿Um, no lo hiciste, verdad?-

No contesto. Su cuchillo de bronce celestial estaba sujeto a su brazo - el mismo cuchillo que vi en la visión de Hestia. Todos estos años no había notado que era un regalo de Luke. Le había preguntado muchas veces por qué prefería pelear con un cuchillo que con una espada, y nunca me había respondido. Ahora lo sabía.

-Percy- dijo -¿Que dijiste de la madre de Luke? ¿La conociste?-

Asentí renuente. -Nico y yo la visitamos. Ella era un poco...diferente.- Le describí a May Castellán, y el extraño momento en que sus ojos empezaron a brillar y hablo del destino de su hijo. Annabeth frunció el ceño.

-Eso no tiene sentido. ¿Pero por que visitaron...?- Sus ojos se abrieron -Hermes dijo que portabas la maldición de Aquiles. Hestia dijo lo mismo. ¿Tu...te bañaste en el Rio Estigio?-

-No cambies el tema-

-¡Percy! ¿Lo hiciste o no?-

-Um...tal vez un poco.-

Le conté la historia de Hades y Nico, y como yo había vencido a un ejército de muertos. Deje fuera la visión de ella sacándome del rio. Aun no lo entendía del todo, y solo pensarlo me hacía sentir desconcertado.

Sacudió su cabeza con incredulidad. -¿Tienes alguna idea de lo peligroso que fue?-

-No tenia opción.- dije - Es la única manera en que puedo enfrentarme a Luke.-

-Quieres decir... ¡*Di inmortales*, por supuesto! Por eso Luke no murió. Fue al Estigio y...Oh, no, Luke. ¿En que estabas pensando?-

-Así que ahora te preocupas por Luke otra vez.- gruñí.

Ella me miró como si yo acabara de caer del espacio. -¿Que?-

-Olvídalo- murmuré.

Me preguntaba que había querido decir Hermes con que Annabeth no había salvado a Luke cuando tuvo la oportunidad. Claramente, había algo que ella no me estaba diciendo. Pero de momento no estaba de humor para preguntar. Lo último que quería oír era más acerca de su historia con Luke.

-El punto es que él no murió en el Estigio.- dije -Tampoco yo. Ahora tengo que enfrentarlo. Debemos defender el Olimpo.

Annabeth todavía estaba estudiando mi cara, como si tratara de ver diferencias desde mi chapuzón en el Estigio. -Creo que tienes razón. Mi mamá menciona...-

-Plan veintitrés.-

Ella revolvió en su maleta y saco la laptop de Dédalo. El símbolo azul Delta brillo en la tapa cuando la inicio. Abrió algunos archivos y empezó a leer.

-Aquí esta- dijo -Dioses, tenemos mucho trabajo por hacer.-

-¿Un invento de Dédalo?-

-Muchos inventos...de los peligrosos. Si mi madre quiere que usemos este plan, debe pensar que las cosas están de veras mal.- Annabeth me miró -¿Que hay de ese mensaje para ti: "Recuerda los ríos"? ¿Que significa?-

Sacudí la cabeza. Como de costumbre, no tenía ni idea de lo que los dioses me decían. ¿Que ríos se suponía que tenía que recordar? ¿El Estigio? ¿El Mississippi?

Justo entonces los hermanos Stoll entraron corriendo en la sala de los tronos.

-Tienen que ver esto.- dijo Connor -Ahora.-

Las luces azules del cielo se habían detenido, así que al principio no entendí cual era el problema. Los otros campistas se habían reunido en un pequeño parque en el borde de la montaña. Estaban recostados contra el barandal, mirando hacia abajo a Manhattan. La baranda tenía alineados esos binoculares para turistas, donde depositas un dracma dorado y ves la ciudad. Los campistas usaban todos y cada uno.

Mire abajo a la ciudad. Podía ver casi todo desde aquí- el rio Este y el Hudson, marcando la forma de Manhattan, la línea de las calles, las luces de los rascacielos, el oscuro estrecho de Central Park en el norte. Todo se veía normal, pero algo no estaba bien. Lo sentí en los huesos antes de notar que era.

-No escucho...nada.- dijo Annabeth.

Ése era el problema.

Aun desde esta altura, debería oír el ruido de la ciudad- millones de personas apresuradas por ahí, miles de coches y maquinas- el ronquido de una gran metrópoli. No piensas en eso cuando vives en New York, pero siempre está ahí. Incluso en medio de la noche, New York nunca está en silencio.

Pero lo estaba ahora. Sentí como si de pronto mi mejor amigo hubiera caído muerto.

-¿Que fue lo que hicieron? Mi voz sonó estrangulada e iracunda. -¿Que le hicieron a mi ciudad?-

Aparte a Michael Yew de los binoculares y eché un vistazo.

En las calles abajo, el tráfico estaba detenido. Peatones yacían en las aceras, o acurrucados en los portales. No había señal de violencia, ni destrozos, nada de eso. Era como si toda la gente de New York simplemente hubiera decidido dejar lo que estaba haciendo y se hubiera desmayado.

-¿Están muertos? -pregunto Silena, atónita.

Un frio glacial cubrió mi estomago. Una línea de la profecía resonó en mi oído: "Y verá al mundo en un sueño sin fin". Recordé la historia de Grover acerca de haberse encontrado con Morfeo en Central Park. "Tienes suerte de que esté guardando mi energía para el evento principal".

-No están muertos- dije -Morfeo ha puesto a toda la isla de Manhattan a dormir. La invasión ha comenzado.

Diez

Compro algunos nuevos amigos.

La señorita O'Leary era la única contenta con la ciudad dormida.

La encontramos hurgando como cerdita en un carrito volteado de hot dogs mientras que el dueño estaba acurrucado en la acera, chupándose el pulgar.

Argos esperaba por nosotros con sus cien ojos bien abiertos. No dijo nada. Nunca lo hacía. Imaginé que era porque se suponía que también tenía un ojo en la lengua. Pero su cara dejaba ver con facilidad que estaba consternado. Le conté lo que oímos en el Olimpo, y como los dioses no iban a venir a rescatarnos. Argos giró los ojos con disgusto, lo que se veía bastante psicodélico porque hacía que todo su cuerpo girara.

-Sería mejor que regresaras al campamento.- le dije -Protégelo lo mejor que puedas.-

Me señaló y levantó las cejas efusivamente.

-Yo me quedo.- dije.

Argos asintió, como si esta respuesta le satisficiera. Miró a Annabeth y dibujo un círculo en el aire con su dedo.

-Si- coincidió Annabeth -Creo que es el momento.-

-¿Para qué?- pregunté.

Argos rebuscó en la parte trasera de la camioneta. Sacó un escudo de bronce y se lo pasó a Annabeth. Se veía como un objeto ordinario - el mismo tipo de escudo circular que usábamos para "capturar la bandera". Pero cuando Annabeth lo puso en el suelo, el reflejo en la pulida superficie cambió de cielo y edificios a la Estatua de la Libertad - que para nada estaba cerca de nosotros.

-Whoa- dije -un video escudo.

-Una de las ideas de Dédalo.- dijo Annabeth -Le pedí a Beckendorf que hiciera esto antes de...-miró a Silena -Um, como sea, el escudo desvía la luz solar o lunar de cualquier parte del mundo para crear un reflejo. Literalmente puedes ver cualquier sitio bajo el sol o la luna, mientras que la luz natural lo toque. Mira-

Todos nos acercamos mientras Annabeth se concentraba. La imagen se acercó y giró a la vez, así que sentí vértigo solo de verla. Estábamos en el zoológico de Central Park, después acercándonos a la 60 Este, más allá de Bloomingdale, después doblando en la Tercera Avenida.

-Whoa- dijo Connor Stoll. -Regresa. Haz un acercamiento justo ahí.-

-¿Que?- dijo Annabeth nerviosamente- ¿Ves invasores?-

-No, justo ahí- la tienda de golosinas Dylan's.- Connor miro a su hermano- Hombre, está abierto. Y todos están dormidos. ¿Estás pensando lo que yo estoy pensando?-

-¡Connor! -le regañó Katie Gardner. Sonaba como su madre, Demeter. -Esto es serio. No van a atracar una tienda de dulces en medio de una guerra!-

-Lo siento- murmuro Connor, aunque no se veía muy apenado.

Annabeth pasó su mano frente al escudo, y otra escena se desplegó. Paseo FDR, mirando a través del parque del Faro.

-Esto nos permitirá ver lo que pasa en la ciudad. -dijo -Gracias Argos. Esperamos verte en el campamento de nuevo...algún día.-

Argos gruñó. Me echó una mirada que claramente significaba "Buena suerte, van a necesitarla" y se subió a la camioneta. Él y las dos arpías conductoras se alejaron, serpenteando por entre las filas de autos detenidos que bloqueaban la calle.

Le silbé a la Señorita O'Leary, y ella se acercó trotando.

-Hey, chica- le dije- ¿Recuerdas a Grover? ¿El sátiro que encontramos en el parque?-

¡WOOOOF!

Esperaba que significara "¡Claro que lo recuerdo!" y no "¿Tienes mas hot dogs?"

-Necesito que lo encuentres- dije -Asegúrate de que sigue despierto. Vamos a necesitar su ayuda, ¿lo entiendes? ¡Encuentra a Grover!-

La señorita O'Leary me dio un descuidado beso húmedo, que pareció de lo mas innecesario. Luego echo a correr hacia el norte. Pólux estaba inclinado junto a un policía dormido.

-No lo entiendo. ¿Por qué no caímos dormidos también? ¿Por qué solo los mortales?-

-Este es un enorme encantamiento.- dijo Silena Beauregard. Entre más grande el hechizo, mas fácil es resistirlo. Si quieres dormir a millones de mortales, tienes que conjurar una delgada capa de magia. Dormir a semidioses es mucho más difícil.-

La observé. -¿Cuándo aprendiste tanto sobre la magia?-

Silena se ruborizó. -No paso todo mi tiempo en mi guardarropa.-

-Percy- me llamo Annabeth. Todavía estaba mirando el escudo. -Mejor ve esto.-

La imagen de bronce mostraba el estrecho de Long Island, cerca de La Guardia. Una flota de una docena de veloces botes navegaba a través del agua hacia Manhattan. Cada bote estaba lleno de semidioses en armadura griega. En la popa del bote insignia un estandarte púrpura con una guadaña negra ondeaba en el viento de la noche. Nunca había visto ese diseño antes, pero no era difícil imaginarlo: La bandera de guerra de Cronos.

-Revisen el perímetro de la isla.- dije -Rápido-

Annabeth cambió la escena al sur de la bahía. Un ferry de Staten Island surcaba las olas cerca de la Isla Ellis. La cubierta estaba llena de Dracaenaes y una manada de perros del infierno. Nadando al frente de la nava venía un grupo de animales marinos. Al principio creí que eran delfines. Entonces vi sus caras como de perro y las espadas ceñidas en sus cinturas, y me di cuenta que eran Telkhines - demonios marinos.

La escena cambió de nuevo. La costa de Jersey, justo a la entrada del túnel Lincoln. Cientos de monstruos diversos marcaban pasando las líneas de tráfico detenido: Gigantes con mazas, Ciclopes rebeldes, y dragones lanza-fuego, y para hacerles paso un tanque Sherman de la Segunda Guerra Mundial, quitando autos del camino mientras se adentraba en el túnel.

-¿Qué pasó con los mortales fuera de Manhattan? -pregunté -¿Todo el estado está dormido?-

Annabeth hizo un gesto. -No lo creo, pero es extraño. Por lo que puedo decir de estas imágenes, Manhattan está totalmente dormido. Luego hay un radio como de 80 kilómetros alrededor de la isla donde el tiempo corre muy, muy lento. Entre más cerca estas de Manhattan, más lento es.-

Ella me mostró otra escena- una autopista de New Jersey. Era sábado en la noche, así que el tráfico no era tan malo como sería entre semana. Los conductores se veían despiertos, pero los autos se movían como a un kilometro por hora. Las aves volaban en cámara lenta.

-Cronos- dije- Él está ralentizando el tiempo.-

-Hécate podría estar ayudando.- dijo Katie Gardner- Miren como los autos se alejan de Manhattan, como si recibieran un mensaje subconsciente de regresar.-

-No lo sé.- Annabeth sonaba realmente frustrada. Odiaba no saber. Pero de alguna manera han rodeado Manhattan con capas de magia. El mundo exterior quizás ni siquiera se dé cuenta que algo está mal. Todos los mortales que vengan a Manhattan serán ralentizados, tanto que no sabrán lo que está pasando.-

-Como moscas en el ámbar.- Jake Mason murmuró.-

Annabeth asintió. -No podemos esperar que llegue ayuda.-

Me volví hacia mis amigos. Se veían consternados y asustados, y no podía culparlos. El escudo nos había mostrado al menos trescientos enemigos en camino. Había cuarenta de nosotros. Y estábamos solos.

-Muy bien- dije -Vamos a sostener Manhattan.-

Silena acomodó su armadura. -Percy, Manhattan es enorme.-

-Vamos a sostenerlo- dije -Tenemos que hacerlo.-

-Él tiene razón- dijo Annabeth -Los dioses del viento deben mantener a las fuerzas de Cronos alejados del Olimpo por el aire, así que intentara un asalto por tierra. Tenemos que cortar las entradas a la isla.-

-Tienen botes.- apunto Michael Yew.

Un espasmo eléctrico me recorrió la espalda. Súbitamente entendí la advertencia de Atenea: "Recuerda los ríos."

-Yo me encargaré de los botes.- dije.

Michael frunció el ceño. -¿Cómo?-

-Solo déjame a mí.- dije- Tenemos que cubrir los puentes y túneles. Vamos a asumir que intentaran un ataque por el centro o los suburbios, al menos en la primera ocasión. Ese sería el camino más directo al edificio Empire State. Michael, llévate a la cabaña de Apolo al puente Williamsburg. Katie, la cabaña de Demeter tome el túnel Brooklyn-Battery. Hagan crecer arbustos espinosos y hiedra venenosa en el túnel. ¡Hagan lo que tengan que hacer, pero manténganlos fuera de aquí! Connor, lleva a la mitad de la cabaña de Hermes y cubre el puente de Manhattan. Travis, toma la otra mitad y cubre el puente de Brooklyn. ¡Y no se detengan saqueando o robando!-

-¡Aaaahhhh!- Toda la cabaña de Hermes se quejó.

-Silena, lleva al grupo de Afrodita al túnel Queens-Midtown.-

-Oh, mis dioses- dijo una de sus hermanas. -¡La Quinta Avenida nos queda de camino! Podemos pasar por accesorios, y los monstruos, o sea, odian total el olor de Givenchy.-

-Sin retrasos- dije -Bueno...lo del perfume, si creen que va a funcionar.-

Seis chicas Afrodita me besaron en la mejilla, emocionadas.

-¡Esta bien, suficiente!- cerré los ojos, tratando de pensar qué estaba olvidando. -El túnel Holland. Jake, ve con la cabaña de Hefesto ahí. Usen Fuego Griego, monten trampas. Lo que sea que tengan.-

Él aceptó. -Con gusto. Tenemos cuentas que ajustar. ¡Por Beckendorf!-

La cabaña entera rugió con aprobación.

-El puente de la calle 59.- dije -Clarisse...-

Me quedé sin aliento. Clarisse no estaba ahí. Toda la cabaña de Ares, malditos sean, estaba en el campamento.

-Lo tomaremos nosotros. -Annabeth dio un paso al frente, salvándome de un silencio embarazoso. Se volvió a sus hermanos. -Malcolm, lleva a la cabaña de Atenea, activen el plan 23 por el camino, justo como te mostré. Mantengan esa posición.-

-Entendido-

-Yo iré con Percy.- dijo ella -Nos reuniremos con ustedes, o iremos a donde sea que nos necesiten.-

Alguien en la parte de atrás del grupo dijo: -Nada de desviarse, ustedes dos.-

Hubo algunas risitas, pero decidí dejarlos pasar.

-Muy bien- dije -Manténganse en contacto por celular.-

-No tenemos celulares- protesto Silena.

Me agaché, recogí el Blackberry de una dama que roncaba y se lo lancé a Silena. -Ya tienes uno. ¿Todos saben el número de Annabeth, verdad? Si nos necesitan, tomen un teléfono cualquiera y llámennos. Una vez que lo usen, déjenlo y tomen algún otro si tienen que hacerlo. Eso hará difícil a los monstruos el ubicarlos.-

Todos asintieron. Pareció gustarles la idea.

Travis se aclaró la garganta. -Um, si encontramos un teléfono de veras bonito...-

-No, no pueden quedárselo.- dije.

-Aw, hombre.-

-Espera, Percy- dijo Jake Mason. -Te olvidas del túnel Lincoln.-

Mascullé una palabrota. Él tenía razón. Un tanque Sherman y un ciento de monstruos marchaban a través de ese túnel justo ahora, y había posicionado las fuerzas en todos los demás sitios. Entonces la voz de una chica se escuchó desde el otro lado de la calle.

-¿Que tal si nos lo dejas a nosotras?-

Nunca había estado más feliz de oír a nadie en mi vida. Una banda de 30 chicas adolescentes cruzó la Quinta Avenida. Vestían camisetas blancas, pantalones grises de camuflaje y botas de combate. Traían espadas en sus costados, un carcaj en sus espaldas y arcos preparados. Una manada de lobos blancos venía a sus pies, y varias de las chicas traían halcones en sus brazos. La chica que lideraba tenía el cabello negro alborotado y una chamarra de piel negra. Usaba un anillo de plata en la cabeza como la tiara de una princesa, que no combinaba con sus pendientes de calavera o su playera "Muerte a Barbie" que mostraba una muñeca Barbie con una flecha atravesándole la cabeza.

¡Thalía! -gritó Annabeth.

La hija de Zeus sonrió. -Las cazadoras de Artemisa, reportándose al deber.-

Hubo abrazos y saludos por doquier...o al menos Thalía fue amigable. A las otras cazadoras no les gustaba estar cerca de los campistas, especialmente de los chicos, pero al menos no nos dispararon a ninguno, lo que tratándose de ellas fue una cálida bienvenida.

-¿Donde estuviste el ultimo año?- le pregunte a Thalía- ¡Tienes casi el doble de cazadoras ahora!-

Ella se rió. -Larga, larga historia. Apuesto a que mis aventuras fueron más peligrosas que las tuyas, Jackson.-

-Completa mentira.- dije

- Ya veremos- me aseguro- Después de esta, tú, Annabeth y yo: Hamburguesas con queso y papas fritas en el hotel de la 57 Oeste.-

Ella sonrió. -Esos monstruos no sabrán qué les pegó. ¡Cazadoras, muévanse!-

Golpeó su brazalete de plata, y el escudo Égida se desplegó a su forma completa. La cabeza dorada de Medusa moldeada en el centro era tan horrible, que los campistas retrocedieron. Las cazadoras se fueron por la avenida, seguidas por sus lobos y halcones, y tuve la sensación de que el túnel Lincoln estaba a salvo por ahora.

-Gracias a los dioses.- dije Annabeth- Pero si no bloqueamos los ríos de esos botes, custodiar los puentes y túneles será inútil.-

-Tienes razón.- dije.

Mire a los campistas, todos ellos serios y determinados. Trate de no sentir que fuera la última vez que los veía juntos.

-Ustedes son los más grandes héroes de este milenio.- les dije- No importa cuántos monstruos vengan hacia ustedes. Peleen con valentía, y ganaremos.- Levante a Riptide y grité: -¡POR EL OLIMPO!-

Ellos gritaron en respuesta, y nuestras cuarenta voces resonaron en por los edificios del centro de la ciudad. Por un momento sonó valeroso, pero murió rápidamente en el silencio de 10 millones de Neoyorkinos dormidos. Annabeth y yo tratamos de elegir un auto, pero todos estaban atascados en el embotellamiento. Ninguno de los motores funcionaba, lo que era extraño. parecía que los conductores hubieran tenido tiempo de desconectar la ignición antes de adormilarse. O tal vez Morfeo tenía el poder para poner a las maquinas a dormir también. La mayoría de los conductores aparentemente trataron de acercarse a las aceras cuando sintieron que se iban a desvanecer, pero aun así las calles estaban muy congestionadas para transitar.

Finalmente encontramos a un mensajero inconsciente recostado contra un muro, todavía montando su Vespa. Lo quitamos de la motoneta y lo acostamos en la acera.

-Lo siento, amigo- dije. Con suerte, podría devolverle su motoneta. Si no, difícilmente importaría, porque la ciudad sería destruida.

Conduje con Annabeth detrás de mi abrazada de mi cintura. Recorrimos Broadway en zigzag con nuestro motor zumbando a través de la misteriosa calma. Los únicos sonidos eran timbres ocasionales de teléfonos celulares - como si se llamaran unos a otros, como si New York se hubiera transformado en un aviario electrónico gigante.

Nuestro progreso era lento. Muy seguido nos topábamos con peatones caídos en su sueño justo enfrente de un coche, y los movíamos para mantenerlos seguros. Una vez nos detuvimos a extinguir un carrito de pretzels que se estaba incendiando. Unos minutos después nos tuvimos que detener a rescatar un carrito de bebe que rodaba calle abajo sin rumbo. Resulto que no había bebe en el, solo el poodle dormido de alguien. - Lo aparcamos seguro en un portón y seguimos adelante.

Íbamos pasando Madison Square Park cuando Annabeth dijo- Detente.-

Me detuve a mitad de la 23 Este. Annabeth desmontó y corrió hacia el parque. Para cuando la alcancé estaba viendo una estatua de bronce en un pedestal de mármol rojo. Probablemente pase por ahí un millón de veces y nunca la mire realmente. El tipo estaba sentado en una silla con las piernas cruzadas. Usaba un traje de un estilo pasado- estilo Abraham Lincoln- con una corbata y largos faldones y todo. Una pila de libros de bronce

estaba bajo su silla. Tenía una pluma para escribir en una mano y una larga hoja de pergamino metálico en la otra.

-¿Por que nos preocupamos por...- busque el nombre en el pedestal. -William H. Steward?-

-Seward- corrigió Annabeth- Fue un alcalde de New York. Semidiós menor - hijo de Hebe, me parece. Pero eso no es importante. Es la estatua la que me interesa.-

Se subió en un banco del parque y examino la base de la estatua.

-No me digas que es un autómata. -dije.

Annabeth sonrió. -En realidad la mayoría de las estatuas de la ciudad son autómatas. Déjalo las planto aquí en caso de que necesitara un ejército.-

-¿Para atacar el Olimpo o defenderlo?-

Annabeth sonrió.- Cualquiera de las dos. Este era el plan 23. Él podía activar una estatua y esta comenzaría a activar las demás en toda la ciudad hasta formar un ejército. Es peligroso, creo. Sabes lo impredecibles que son los autómatas.-

-Aja- dije. Teníamos nuestro conjunto de malas experiencias con ellos. -¿Estas pensando seriamente en activarla?-

-Tengo las notas de Dédalos.- dijo -Creo que puedo...ah, aquí vamos.-

Presiono la punta de la bota de Seward, y la estatua se puso de pie, su pluma y papel preparados.

-¿Que va a hacer?- pregunte -¿Escribir un memorándum?-

-Sshh. - dijo Annabeth -Hola, William.-

-Bill- sugerí.

-Bill...oh, cállate.- me dijo Annabeth. La estatua sacudió la cabeza, mirándonos con sus ojos lisos de metal. Annabeth se aclaró la garganta. -Hola, eh, Alcalde Seward. Secuencia de comando: Dédalos veintitrés. Defender Manhattan. Empezar activación.-

Seward salto de su pedestal. Golpeo el piso tan fuerte que sus zapatos rompieron la acera. Luego se fue tintineando hacia el este.

-Probablemente va a despertar a Confucio.-supuso Annabeth.

-¿Que?- dije

-Otra estatua, en División. El punto es, que seguirán despertando a otras hasta que estén todas activadas.-

-¿Y luego?-

-Esperemos que defiendan Manhattan.-

-¿Ellas saben que nosotros no somos el enemigo?-

-Eso creo.-

-Es tranquilizante.- pensé en todas las estatuas de bronce en parques, plazas y edificios de New York. Tenían que ser cientos, quizás miles. Entonces una bola de luz verde explotó en el cielo nocturno. Fuego Griego, en algún lugar del río Este.

-Tenemos que apresurarnos.- dije. Y echamos a correr por la Vespa.

Nos estacionamos afuera del parque Battery, en el punto más bajo de Manhattan donde los ríos Hudson y Este se juntan y desembocan en la bahía.

-Espera aquí.- le dije a Annabeth.

-Percy, no puedes ir solo.-

-Bueno, a menos que puedas respirar bajo el agua...-

Ella suspiró. -Eres tan molesto algunas veces.-

-¿Como cuando tengo razón? Confía en mí, estaré bien. Tengo la maldición de Aquiles ahora. Soy invencible y todo eso.-

Annabeth no se veía convencida. -Solo ten cuidado. No quiero que te pase nada. Es decir, porque te necesitamos para la batalla.-

Sonreí.- Vuelvo en un parpadeo.-

Me acerque a la orilla y me sumergí en el agua.

Solo para los que no sean dioses marinos, no naden en el puerto de New York. Tal vez no sea tan inmundo como lo fue en tiempos de mi mamá, pero esa agua probablemente te hará sacara un tercer ojo o te hará tener hijos mutantes cuando crezcas.

Nade entre las tinieblas y me hundí hasta el fondo. Trate de encontrar el punto donde la corriente de ambos ríos pareciera igual - donde se encuentran para formar la bahía. Supuse que sería el mejor lugar para llamar su atención.

-¡Hey!- grite con mi mejor voz submarina. El eco resonó en la oscuridad. -Escuche que ustedes están tan contaminados que les avergüenza mostrar sus caras. ¿Es cierto?-

Una fría corriente ondeo hacia la bahía, arrastrando montones de basura y cieno.

-Escuche que el Este es mas toxico, -continué -pero el Hudson huele peor. ¿O es al revés?-

El agua se estremeció. Algo poderoso y furioso me observaba ahora. Podía sentir su presencia...o tal vez sus presencias. Me temía haber calculado mal los insultos. ¿Que tal si solo me despedazaban sin mostrarse? Pero esos eran los dioses de los ríos de New York. Me imagine que su instinto seria hacerlo en mi cara.

Tal como supuse, dos formas gigantes se aparecieron frente a mí. Al principio solo eran oscuras columnas de cieno, más densas que el agua a su alrededor. Luego les crecieron piernas, brazos y rostros mal encarados. La criatura de la izquierda se parecía perturbadoramente a un telkhin. Su cara era lobuna. Su cuerpo parecía vagamente el de una foca - negro liso con aletas y pies. Sus ojos destellaban radiación verde. El tipo de la

derecha era más humanoide. Estaba vestido con harapos y algas, con un abrigo tejido hecho con tapas de botella y sujetadores plásticos de six-pack. Su rostro estaba salpicado de algas, y su barba muy crecida. Sus ojos azul profundo ardían de ira.

La foca, que debía ser el dios del río Este, dijo:-¿Tratas de matarte, niño? ¿O solo eres extra-estúpido?-

El barbado espíritu del Hudson se burló. -Tú eres el experto en estupidez, Este.-

-Cuidado, Hudson.- gruñó Este -Quédate en tu lado de la isla y ocúpate de tus asuntos.-

-¿O que? ¿Vas a lanzarme otra barca de basura?-

Flotaron cada uno hacia el otro, listos para pelear.

-¡Deténganse!- grite -Tenemos un problema mayor.-

-El chico tiene razón.- mascullo Este -Matémoslo ambos, y luego peleamos.-

-Suenan bien.-dijo Hudson.

Antes de que pudiera protestar, miles de desperdicios de basura surgieron del fondo y flotaron hacia mí en ambas direcciones: vidrios rotos, piedras, latas, llantas. Lo estaba esperando, pensé. El agua frente a mí se espesó como un escudo. Los restos fueron desviados inofensivamente. Solo una pieza atravesó- un gran pedazo de cristal que golpeó mi pecho y probablemente debió matarme, pero se rompió contra mi piel.

Los dos dioses de los ríos me observaron.

-¿Hijo de Poseidón?- preguntó Este.

Asentí.

-¿Tomaste un baño en el Estigio?- Hudson preguntó.

-Sip-

Ambos hicieron sonidos de disgusto.

-Bueno, esto es perfecto. -dijo Este. -¿Ahora como lo matamos?-

-Podemos electrocutarlo- murmuró Hudson- Si pudiera encontrar algunos cables de corriente...-

-¡Escúchenme!- dije- El ejército de Cronos está invadiendo Manhattan-

-¿No crees que ya lo sabemos?- preguntó Este. -Puedo sentir sus botes justo ahora. Casi han cruzado...-

-Si- coincidió Hudson. -Tengo algunos monstruos asquerosos cruzando mis aguas también.-

-Entonces deténganlos.- dije -Ahóguenlos. Hundan sus botes.-

-¿Por que lo haríamos?- Hudson gruñó -Así que invaden el Olimpo. ¿Que nos importa?-

-Porque puedo pagarles.- Saque el dólar de arena que mi padre me dio por mi cumpleaños. Los ojos de los dioses se desorbitaron.

-¡Es mío!- dijo Este -Dámelo aquí, muchacho, y te prometo que ninguna de las escorias de Cronos llegara navegando el río Este.-

-Olvidalo- dijo Hudson -Ese dólar de arena es mío, a menos que quieras que deje a esos barcos cruzar el Hudson.-

-Nos comprometeremos- Partí el dólar de arena a la mitad. Una onda de agua limpia y fresca brotó al partirlo, como si toda la podredumbre en la bahía se hubiera disuelto. - Tienen cada uno una mitad.-dije- A cambio, mantendrán a las fuerzas de Cronos lejos de Manhattan.-

-Oh, Hombre- Hudson exclamo, acercándose por el dólar de arena. -Ha pasado tanto tiempo desde que estuve limpio.-

-El poder de Poseidón- murmuro Este- Es un imbécil, pero sí que sabe como limpiar la contaminación.-

Se miraron uno al otro, y luego dijeron a una voz: -Trato hecho.-

Le di a cada uno su mitad del dólar, que tomaron con reverencia.

-Eh... ¿Los invasores?- pregunte

Este agito su mano.- Se acaban de hundir.-

Hudson trono los dedos.- La manada de perros del infierno se dio un chapuzón.-

-Gracias- dije- Manténganse limpios.-

Mientras ascendía a la superficie, Este me llamo- Hey, niño, siempre que tengas un dólar de arena que gastar, vuelve. Asumiendo que vivas.-

-Maldición de Aquiles- se burló Hudson. -Siempre piensan que los va a salvar, ¿No?-

-Si solo supieran- convino Este. Ambos se rieron y se disolvieron en el agua.

De vuelta en la orilla, Annabeth hablaba por su teléfono celular, pero cortó tan pronto como me vio. Se veía bastante perturbada.

-Funcionó- le conté -Los ríos están asegurados.-

-Bien- dijo -Porque tenemos otros problemas. Michael Yew acaba de llamar. Otro ejercito marcha sobre el puente Williamsburg. La cabaña de Apolo necesita ayuda. Y Percy, el monstruo que dirige al enemigo...es el Minotauro.-

Once

Rompemos un puente.

Afortunadamente, Blackjack estaba de servicio.

Hice mi mejor silbido para llamar un taxi, y en unos pocos minutos un par de formas oscuras aparecieron en el cielo. Parecían halcones al principio, pero mientras descendían pude ver las largas patas de los pegasos galopando.

"Hey, jefe" Blackjack aterrizó trotando, su amigo Porkpie justo tras él. "*¡Hombre, creí que esos dioses del viento iban a mandarnos hasta Pennsylvania, hasta que les dije que estábamos con usted!*"

-Gracias por venir- le dije- Hey, ¿por qué los pegasos trotan cuando vuelan?-

Blackjack relinchó. "*¿Por que los humanos balancean los brazos cuando caminan? No lo sé, jefe, simplemente se siente bien. ¿A dónde?*"

-Necesitamos llegar el puente Williamsburg.- dije.

Blackjack bajó su cuello. "*Tiene razón jefe, volamos sobre él de camino acá, y no tiene buena pinta. ¡Suba!*"

De camino al puente, se formo un nudo en mi estomago. El Minotauro era uno de los primeros monstruos que había derrotado. Cuatro años atrás él casi había matado a mi mama en la colina mestiza. Todavía tenía pesadillas acerca de eso. Esperaba que permaneciera muerto por al menos unos cuantos siglos, pero ya debería saber que mi suerte no lo permite.

Vimos la batalla desde antes de poder distinguir luchadores. Ya pasaba de la medianoche, pero en el puente brillaba luz. Arcos de fuego se extendían en ambas direcciones por las flechas ardientes y lanzas que volaban por el aire. Sobrevolamos a poca altura, y vi a los campistas de Apolo en retirada. Ellos se ocultaban tras los coches y disparaban al enemigo que se aproximaba, usando flechas explosivas por el camino, construían fieras barricadas donde podían, sacaban a los conductores dormidos de sus coches para librarlos del peligro. Pero el enemigo seguía avanzando. Una falange completa de Draconaes marchaba al frente, sus escudos colocados juntos, las puntas de lanzas asomando por encima. Una flecha ocasional conectaba con sus trompas viperinas, o un cuello, una unión en la armadura, y la desafortunada mujer serpiente se desintegraban pero la mayoría de las flechas de Apolo chocaban inofensivamente contra el muro de escudos. Casi cien monstruos más marchaban tras ellas.

Perros del infierno saltaban sobre la línea de vez en cuando. La mayoría eran destruidos con flechas, pero uno atrapo a un campista de Apolo y lo arrastro lejos. No pude ver lo que le pasó después. No quería saber.

-¡Ahí!- me gritó Annabeth desde el lomo de su Pegaso.

Efectivamente, en medio de la legión de invasores estaba el viejo cabeza de res en persona. La última vez que vi al Minotauro no usaba nada más que un ajustado taparrabo. No sabía por qué. Quizás lo habían sacado de la cama para perseguirme. Esta vez

estaba preparado para la batalla. De la cintura abajo traía una armadura griega estándar - una especie de falda de tiras de cuero y metal, piezas de bronce cubriendo sus piernas y sandalias ajustadas de cuero. Su parte superior era de toro - pelo y músculo precediendo de una cabeza tan grande que debería caerse solo por el peso de los cuernos. Se veía más alto que la última vez que lo vi - tres metros cuando menos. Un hacha de doble hoja estaba ceñida a su espalda, pero era demasiado impaciente para usarla. Tan pronto como me vio sobrevolando (O me olió, mejor dicho, por que su vista era bastante mala), soltó un alarido y levanto una limusina blanca.

"¿Que?" preguntó el Pegaso. "De ningún modo podría... ¡Santa comida para caballo!"

Estábamos al menos a 30 metros arriba, pero la limusina vino hasta nosotros, volando como un boomerang de 2 toneladas. Annabeth y Porkpie doblaron abruptamente a la izquierda, mientras Blackjack cerraba sus alas y descendía. La limusina paso sobre mi cabeza fallando por apenas unos centímetros. Pasó sobre los cables de suspensión del puente y cayó al rio Este. Los monstruos se mofaron y gritaron, y el Minotauro tomo otro coche.

-¡Déjanos tras las líneas de la cabaña de Apolo!- le dije a Blackjack -¡Quédense a la escucha pero aléjense del peligro!-

"¡No voy a discutir, jefe!"

Blackjack aterrizó detrás de un autobús escolar volteado, donde una pareja de campistas se escondían. Annabeth y yo desmontamos tan pronto como las pezuñas de nuestros pegazos tocaron el pavimento. Luego Blackjack y Porkpie se elevaron hacia el cielo nocturno.

Michael Yew corrió hacia nosotros. Él era definitivamente el más bajo guerrillero que hubiera visto. Tenía una herida vendada en el brazo. Su cara de tejón estaba manchada de hollín y su carcaj estaba casi vacío, pero sonreía como si estuviera pasándola en grande,

-Que bueno que se nos unieron.- dijo -¿Donde están los demás refuerzos?-

-Por ahora, somos todos.- dije.

-Entonces, estamos muertos.- dijo.

-¿Aun tienen el carro volador?- pregunto Annabeth-

-Nah- dijo Michael -Lo dejamos en el campamento. Le dije a Clarisse que podía tomarlo. Como sea. ¿Saben? No vale la pena seguir peleando por él. Pero ella dijo que era demasiado tarde. Que insultamos su honor por última vez o alguna otra estupidez.-

-Al menos lo intentaste- dije.

Michael sonrió. -Si, bueno. Le dije algunas cosas cuando dijo que de todos modos no iba a pelear. Dudo que eso ayudara. ¡Ahí vienen los feos!-

Tomó una flecha y la lanzó contra el enemigo. La flecha hizo un sonido como de grito mientras volaba. Cuando aterrizó, liberó un estallido como un poderoso acorde de guitarra eléctrica amplificado por las bocinas más grandes del mundo. Los coches más

cercanos explotaron. Los monstruos se llevaron las manos a los oídos con dolor. Algunos corrieron. Otros se desintegraron al punto.

-Esa era mi última flecha sónica.- dijo Michael.

-¿Un regalo de tu padre?- pregunté -¿El dios de la música?-

Michael asintió con expresión traviesa. -La música estridente puede ser mala para ti. Desafortunadamente, no siempre mata.-

Seguramente muchos monstruos se estaban reagrupando, sacudidos de su conmoción.

-Tenemos que replegarnos- dijo Michael -Tengo a Kayla y a Austin colocando trampas bajo el puente.-

-No- dije- Trae a tus campistas de vuelta a esta posición y esperen por mi señal. Vamos a hacer que el enemigo se repliegue hasta Brooklyn.-

Michael se rió. -¿Cómo planeas hacer eso?-

Desenfundé mi espada.

-Percy- dijo Annabeth -déjame ir contigo.-

-Es muy peligroso- dije -Además, necesito que ayudes a Michael a coordinar la línea defensiva. Yo distraeré a los monstruos. Ustedes agrúpanse aquí. Muevan a los mortales dormidos fuera del camino. Luego pueden empezar a eliminar monstruos mientras yo los mantengo enfocados en mí. Si alguien puede hacer todo eso, esos son ustedes.-

Michael resopló -Muchas gracias.-

Mantuve los ojos en Annabeth. Ella asintió renuientemente. -Muy bien. Movámonos.-

Antes de que perdiera mi valor, dije: -¿No hay un beso para la buena suerte? ¿Es una especie de tradición, no?-

Me imaginé que ella iba a golpearme. En vez de eso, sacó su cuchillo y miró hacia el ejército que marchaba hacia nosotros.

-Vuelve con vida, sesos de alga. Y ya veremos.-

Supuse que esa sería la mejor oferta que iba a recibir, así que salí de detrás del autobús escolar. Camine hacia el puente a plena vista, justo hacia el enemigo. Cuando el Minotauro me vio, sus ojos ardieron de odio. Soltó un grito - un sonido a medio camino entre un grito, un mugido y un realmente ruidoso eructo.

-Hey, Chico Res- le grité en respuesta -¿Que no ya te había matado?-

Azotó su puño contra el toldo de un Lexus, y lo estrujó como papel aluminio.

Unas cuantas dracaenaes me lanzaron jabalinas flameantes. Las golpee y desvié. Un perro del infierno arremetió, y me hice a un lado. Pude haberlo apuñalado, pero dude. *Éste no es la señorita O'Leary, me recordé. Este es un monstruo indomable. Me matará a mí y a todos mis amigos.*

Embistió de nuevo. Esta vez levanta a Riptide en un arco mortal. El perro del infierno se desintegra en polvo y pelo. Más monstruos se adelantaron - serpientes, gigantes y telkhines - pero el Minotauro les rugió y ellos retrocedieron.

-¿Uno a uno?- le dije -¿Como en los viejos tiempos?-

Las fosas nasales del Minotauro goteaban. Él en verdad necesitaba guardar un paquete de Kleenex con Aloe Vera en su armadura, porque esa nariz estaba húmeda, roja y realmente viscosa. Tomó su hacha y la blandió a su alrededor. Era hermosa en un sentido de: "voy a destriparte como a un pez". Cada una de sus hojas gemelas estaba afilada como una omega - La letra final del alfabeto griego. Tal vez porque esa hacha era la última cosa que su víctima vería. El mango era casi del mismo tamaño que el Minotauro, de bronce cubierto de cuero. Atados a la base de cada hoja había montones de collares de cuentas. Note que eran collares de cuentas del campamento mestizo - tomados de los semidioses vencidos.

Estaba furioso, imaginaba que mis ojos brillarían justo como los del Minotauro. Levante mi espada. El ejército de monstruos animaba al Minotauro, pero el sonido murió cuando esquive su primer golpe y partí su hacha en dos, justo entre las empuñaduras.

¿MOOO? Gruñó.

¡AAHHH! Giré y lo pateé en la trompa. Él trastabilló hacia atrás, tratando de mantenerse en pie, y luego bajo la cabeza para embestir. Nunca tuvo oportunidad. Mi espada brilló - cortándole un cuerno, luego el otro. Trató de atraparme. Rodé a un lado, tomando una mitad de su hacha rota. Los otros monstruos retrocedieron en un conmocionado silencio, haciendo un círculo alrededor nuestro. El Minotauro bramo de furia. Nunca fue muy listo para empezar, pero ahora su furia lo hacía temerario. Cargo contra mí, y corrí por la orilla del puente, rompiendo una línea de dracaenaes.

El Minotauro debía oler la victoria. Pensó que yo trataba de huir. Sus subordinados lo animaban. Al final del puente, me volví y sujete el hacha contra el pasamanos para recibir su embestida. El Minotauro ni siquiera bajó la velocidad.

CRUNCH.

Miró sorprendido la empuñadura del hacha atravesándole la coraza del pecho.

-Gracias por jugar- le dije.

Lo levanté por las piernas y lo arrojé por un lado del puente. Mientras caía, se desintegró volviéndose polvo, su esencia regresando al Tártaro. Me volví hacia su ejército. Ahora eran como ciento noventa y nueve contra uno. Hice lo más natural. Los ataque.

Se han de preguntar como funcionaba lo de "invencible": Si mágicamente esquivaba cada arma, o si las armas me golpeaban y simplemente no me dañaban. Honestamente, no lo recuerdo. Todo lo que sabía era que no iba a dejar que esos monstruos invadieran mi ciudad natal. Atravesaba armaduras como si fueran de papel. Mujeres serpiente explotaban. Perros del infierno disueltos en las sombras. Corté y apuñalé y desgarré, y posiblemente me reí una o dos veces - una risa maniática que me asustaba tanto como a mis enemigos. Me di cuenta de que los campistas de Apolo detrás de mi lanzaban flechas, evitando todo intento del enemigo de recobrase. Finalmente, los monstruos se volvieron y huyeron - como veinte quedaron con vida, de doscientos.

Los seguí con los campistas de Apolo pegados a mis talones.

-¡Si! -gritaba Michael Yew. -¡Eso es de lo que estoy hablando!-

Los empujamos hasta el extremo de Brooklyn del puente. El cielo se iba aclarando en el este. Podía ver las estaciones de peaje adelante.

-¡Percy!- grito Annabeth -Ya los derrotaste, ¡Regresa! ¡Nos estamos extendiendo demasiado!-

Parte de mi sabía que ella tenía razón, pero yo lo había hecho muy bien, quería derrotar hasta el último monstruo.

Entonces vi la multitud en la base del puente. Los monstruos en retirada corrían directo hacia sus refuerzos. Era un grupo pequeño, tal vez 30 o 40 semidioses en armadura de batalla, montados en caballos esqueleto. Uno de ellos sostenía un estandarte purpura con el diseño de la guadaña negra. El jinete líder cabalgo hacia el frente. Se quitó el casco, y reconocí al mismo Cronos, sus ojos como oro fundido.

Annabeth y los campistas de Apolo titubearon. Los monstruos que perseguíamos alcanzaron la línea del Titán y fueron absorbidos por la nueva fuerza. Cronos miró en nuestra dirección. Estaba a medio kilometro, pero juraría que pude verlo sonreír.

-Ahora- dije -Regresemos-

Los hombres del señor de los Titanes sacaron sus espadas y arremetieron. Las pezuñas de los caballos esqueletos retumbaban contra el pavimento. Nuestros arqueros lanzaron una descarga, derribando a varios de los enemigos, pero el resto siguió cabalgando.

-¡Retírense!- le dije a mis amigos - Yo los detendré.-

En cuestión de segundos estaban sobre mí. Michael y sus arqueros trataron de retirarse, pero Annabeth permaneció junto a mí, preparando su cuchillo y escudo reflejante mientras lentamente retomábamos el puente.

La caballería de Cronos nos rodeó, fustigando y vociferando insultos. El Titán mismo avanzo mesuradamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Siendo el Señor del Tiempo, supongo que lo tenía. Traté de herir a sus hombres, no matarlos. Eso me hacia lento, pero estos no eran monstruos. Eran semidioses que habían caído en el hechizo de Cronos. No podía ver rostros bajo los cascos de batalla, pero algunos de ellos probablemente habían sido mis amigos. Ataque las patas de sus caballos e hice que las esqueléticas monturas se desintegraran. Cuando los primeros semidioses sufrieron la caída, el resto supuso que sería mejor desmontar y enfrentarme a pie.

Annabeth y yo permanecíamos hombro con hombro, mirando en direcciones opuestas. Una forma oscura pasó sobre mí, y me atrevía mirar hacia arriba. Blackjack y Porkpie se precipitaron en picado, pateando a los enemigos en los cascos y volando de nuevo como enormes palomos kamikazes.

Casi habíamos llegado a mitad del puente cuando algo extraño pasó. Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda - como ese viejo dicho acerca de alguien caminando sobre tu tumba. Detrás de mí, Annabeth chilló de dolor.

-¡Annabeth!- Me volví a tiempo de verla caer, sujetando su brazo. Un semidiós con un cuchillo ensangrentado estaba junto a ella.

En un instante entendí lo que pasó. Él había tratado de apuñalarme. A juzgar por la posición de su arma, me habría herido - tal vez por pura suerte - en el punto de mi espalda, mi único punto débil. Annabeth había interceptado el cuchillo con su propio cuerpo.

¿Pero por que? Ella no sabía de mi punto débil. Nadie lo sabía.

Miré a los ojos al semidiós enemigo. Usaba un parche en un ojo debajo del casco: Ethan Nakamura, el hijo de Nemesis. De alguna manera había sobrevivido a la explosión del Princesa Andrómeda. Lo golpeé en la cara con la empuñadura de mi espada tan fuerte que abolle su casco.

-¡Atrás!- Blandí mi espada en un amplio arco, apartando al resto de los semidioses lejos de Annabeth. -¡Nadie la toca!

-Interesante- dijo Cronos.

Se alzó por encima de mí en su caballo esqueleto, su guadaña en una mano. Estudió la escena con los ojos entornados, como si pudiera sentir que yo acababa de estar cerca de la muerte, de la manera en que un lobo puede oler el miedo.

-Peleaste valientemente, Percy Jackson- dijo -Pero es tiempo de rendirse...o la chica muere.-

-Percy, no- se quejo Annabeth. Su playera estaba empapada de sangre. Tenía que sacarla de ahí.

-¡Blackjack!- grité.

Rápido como la luz, el Pegaso aterrizo y afianzo sus dientes en las correas de la armadura de Annabeth. Estaban sobrevolando el rio antes de que el enemigo pudiera reaccionar.

Cronos refunfuño -Un día muy cercano, voy a hacer sopa de Pegaso. Mientras tanto...- desmonto, su guadaña brillando a la luz del amanecer. -Me las arreglare con otro semidiós muerto.-

Recibí su primer golpe con Riptide. El impacto sacudió el puente entero, pero resistí. Cronos sonrió titubeante. Con un grito, pateé sus piernas y lo derribe. Su guadaña arañó el pavimento. Lance una embestida, pero él rodó a un lado y se puso de pie. Su guadaña voló de vuelta a sus manos.

-Así que...- Me estudió, luciendo ligeramente molesto. -Tuviste el coraje de visitar el Estigio. Tuve que presionar a Luke de muchas maneras para convencerlo. Si tan solo hubieras sido tu quien proveyera mi cuerpo anfitrión en vez de...Pero no importa. Aun soy más fuerte. Soy un Titán.-

Golpeó el puente con el cabo de su guadaña, y una onda de pura energía me impulsó hacia atrás. Los coches se voltearon, los semidioses - incluso los hombres de Luke - fueron volados de la orilla del puente. Los cables de suspensión chasquearon como látigos y fui deslizado a medio camino hacia Manhattan.

Me puse débilmente de pie. Los campistas de Apolo restantes casi había llegado al extremo del puente, excepto Michael Yew, que estaba encaramado en uno de los cables de suspensión a unos pocos metros de mí. Su última flecha estaba preparada en su arco.

-¡Michael, vete!- grité.

-¡Percy, el puente! ¡Ya está débil!-

Al principio no entendí. Entonces miré abajo y vi fisuras en el pavimento. Partes del camino estaban medio derretidas por el Fuego Griego. El puente estaba dañado por el estallido de Cronos y las flechas explosivas.

-¡Rómpelo!- vociferó Michael -¡Usa tus poderes!-

Era una medida desesperada - de ningún modo funcionaria - pero incrusté a Riptide en el puente. La hoja mágica se hundió hasta la empuñadura en el asfalto. Agua salada brotó de la grieta como si hubiera golpeado un geiser. Saqué mi espada y la fisura creció. El puente se sacudió y comenzó a derrumbarse.

Pedazos del tamaño de casas cayeron en el río Este. Los semidioses de Cronos gritaron alarmados y se precipitaron de vuelta. Algunos fueron derribados. En segundos, un abismo de 200 metros se abrió en el puente Williamsburg entre Cronos y yo. Las vibraciones terminaron. Los hombres de Cronos se acercaron a la orilla y vieron la caída de 300 metros hacia el río.

Aún no me sentía a salvo. Los cables de suspensión seguían tendidos. Los hombres podían cruzar si eran lo suficientemente valientes. O quizás Cronos tenía algún medio mágico para unir la abertura. El señor de los titanes estudió el problema. Miró hacia atrás al sol naciente y sonrió a través del abismo. Levantó su guadaña en un remedo de saludo.

-Hasta esta noche, Jackson.-

Montó en su caballo, dio la vuelta y cabalgó de regreso a Brooklyn, seguido por sus hombres.

Me volví para agradecer a Michael Yew, pero las palabras murieron en mi garganta. A seis metros de mí un arco yacía en la calle. Su dueño no se veía por ninguna parte.

-¡No!- Busque en los restos de mi lado del puente. Me asome abajo, hacia el río. Nada.

Grité de ira y frustración. El sonido duró por siempre en la quietud de la mañana. Estaba a punto de silbarle a Blackjack para que me ayudara a buscar, cuando el teléfono de mi mamá sonó. La pantalla mostraba que tenía una llamada de Finklestein y Asociados - probablemente un semidiós llamando de un teléfono prestado.

Contesté, esperando buenas noticias. Por supuesto, estaba equivocado.

-¿Percy?- Silena Beauregard sonaba como si hubiera estado llorando. -Hotel Plaza. Mejor ven pronto y trae a un sanador de la cabaña de Apolo. Es...es Annabeth.-

Doce

Rachel hace un mal acuerdo.

Tomé a Will Solace de la cabaña de Apolo y le dije al resto de sus hermanos que siguieran buscando a Michael Yew. Tomamos prestada una Yamaha FZI de un motociclista dormido y conduje hacia el Hotel Plaza a velocidades que le hubieran causado un ataque cardíaco a mi mamá. Nunca había manejado una motocicleta antes, pero no era más difícil que montar un Pegaso.

Por el camino, noté varios pedestales vacíos que usualmente sostenían estatuas. El plan 23 parecía estar funcionando. No sabía si eso era bueno o malo. Nos tomó cinco minutos llegar al Plaza - Un anticuado Hotel de piedra blanca con un techo azul, localizado en la esquina sureste de Central Park.

Tácticamente hablando, el Plaza no era el mejor lugar para un cuartel. No era el edificio más alto de la ciudad, o el más céntrico. Pero tenía estilo de la vieja escuela y había atraído varios de los más famosos semidioses desde hacía años, como Los Beatles o Alfred Hitchcock, así que imagine que estábamos en buena compañía. Subí la Yamaha a la banqueta y derrape frente a la fuente afuera del hotel.

Will y yo desmontamos. La estatua sobre la fuente nos llamo: -¡Oh, bien. Supongo que querrás que cuide tu moto también!-

Ella era de bronce, tamaño natural, de pie en medio de un tazón de granito. Solo vestía una hoja de bronce alrededor de sus piernas y sostenía una canasta de fruta metálica. Nunca le había puesto mucha atención antes. En todo caso, ella nunca me había hablado antes.

-¿Se supone que eres Demeter?- pregunté.

Una manzana de bronce cayó sobre mi cabeza.

-Todos piensan que soy Demeter!- se quejó -Soy Pompona, la diosa romana de la plenitud, pero ¿Por qué te habría de importar? Nadie se preocupa por los dioses menores. ¡Si se preocuparan por los dioses menores, no estarían perdiendo esta guerra! ¡Yo digo, tres hurras por Morfeo y Hécate!-

-Vigila la moto- le dije.

Pompona maldijo en latín y tiró mas frutas mientras Will y yo corríamos hacia el hotel.

Realmente nunca había estado dentro del Plaza. El recibidor era impresionante, con los candeleros de cristal y los tipos ricos fallecidos, pero no puse mucha atención. Un grupo de cazadoras nos dio instrucciones hacia los elevadores, y subimos a las suites más altas. Los semidioses habían tomado completamente los pisos superiores. Campistas y cazadoras estaban acostados en los sofás, lavándose en los baños, desgarrando cortinas de seda para vendar sus heridas, y sirviéndose a sí mismos bebidas y aperitivos de los mini bares. Una pareja de lobos blancos bebían de los inodoros.

Me sentí aliviado de ver cuántos de mis amigos habían pasado la noche con vida, pero todos se veían golpeados.

-¡Percy!- Jake Mason me palmeó el hombro. -Tenemos reportes...-

-Después- dije -¿dónde está Annabeth?-

-La terraza. Esta viva, hombre, pero...-

Pasé empujándolo.

Bajo diferentes circunstancias me habría encantado la vista de la terraza. Se veía directamente Central Park. La mañana era clara y brillante - perfecta para un día de campo o una caminata, o muchas otras cosas excepto pelear con monstruos. Annabeth esta recostada en una silla de jardín. Su rostro estaba pálido y empapado de sudor. Aun cuando estaba cubierta de mantas, temblaba. Silena Beauregard le secaba la frente con un paño húmedo.

Will y yo pasamos entre una multitud de chicos de Atenea. Will desenrolló los vendajes de Annabeth para examinar la herida, y yo me quise desfallecer. La hemorragia se había detenido pero el corte se veía profundo. La piel alrededor de la herida tenía un horrible tono verde.

-Annabeth...-dije, mi voz estrangulada. Ella había recibido esa herida por mí. ¿Como pude dejar que pasara?

-Veneno en la daga- murmuro ella -Bastante estúpido de mi parte ¿Eh?-

Will Solace suspiró aliviado. -No es tan malo, Annabeth. Unos minutos mas y hubiéramos estado en problemas, pero el veneno no ha pasado del hombro aun. Solo mantente recostada. Alguien deme un poco de néctar.-

Tomé una cantimplora. Will limpió la herida con la bebida divina mientras yo sostenía la mano de Annabeth.

-Ow- dijo ella -¡Ow, ow!- Apretó mis dedos tan fuerte que se pusieron morados, pero se quedo quieta, como Will le pidió. Silena murmuró palabras de apoyo. Will puso una goma plateada sobre la herida y musitó palabras en Griego antiguo - un himno a Apolo. Luego aplico vendajes frescos y se incorporo tambaleante. La curación debió tomar mucha de su energía. Se veía casi tan pálido como Annabeth.

-Eso debería funcionar- dijo -pero vamos a necesitar algunos suministros mortales.-

Tomó un trozo de papel del hotel, escribió algunas notas, y se lo dio a uno de los chicos de Atenea. -Hay una farmacia Duane Reade en la Quinta. Normalmente yo nunca robaría...-

-Yo lo haría.- se ofreció Travis.

Will se le quedó viendo. -Dejen efectivo o dracmas para pagar, lo que tengan, pero esto es una emergencia. Tengo el presentimiento de que vamos a tener mucha más gente que atender.-

Nadie estuvo en desacuerdo. Difícilmente había un semidiós que no estuviera herido...excepto yo.

-Vamos chicos- dijo Travis Stoll -Démosle a Annabeth algo de espacio. Tenemos una farmacia que asaltar...digo, visitar.-

Los semidiosos volvieron adentro. Jake Mason me tomo del hombro mientras salía. - Hablaremos luego, pero está bajo control. Estoy usando el escudo de Annabeth para echar un ojo a la situación. El enemigo se retiró al amanecer, no estoy seguro de por qué. Daremos un vistazo a cada túnel y puente.-

-Gracias, hombre- le dije.

Él asintió -Solo tomate tu tiempo.-

Cerró las puertas de la terraza tras él, dejándonos a Silena, Annabeth y a mí a solas.

Silena presionó un paño húmedo sobre la frente de Annabeth. -Esto es mi culpa.-

-No- dijo Annabeth débilmente -Silena, ¿Como va a ser tu culpa?-

-Nunca hice ningún bien al campamento- murmuro -Nada como tú o Percy. Si hubiera sido mejor peleadora...-

Sus labios temblaban. Desde que Beckendorf muriera ella había estado peor, y cada vez que la miraba me hacía sentir enojado por su muerte de nuevo. Su expresión me recordaba un cristal - como si se fuera a romper en cualquier momento. Me jure a mi mismo que se llegaba a encontrar al espía que nos costó la vida de su novio se lo daría a la señorita O'Leary como juguete para masticar.

-Eres una gran campista- le dije a Silena -Eres la mejor jinete de Pegaso que tenemos. Y conectas con la gente. Créeme, cualquiera que pueda hacer amistad con Clarisse tiene talento.-

Ella me miró como si acabara de darle una idea. -¡Eso es! Necesitamos a la cabaña de Ares. Yo puedo hablar con Clarisse. Sé que puedo convencerla de ayudarnos.-

-Whoa, Silena. Aun si pudieras salir de la isla, Clarisse es muy obstinada. Una vez que se enfada...-

-Por favor- dijo Silena -Puedo llevarme un Pegaso. Sé que puedo volver al campamento. Déjame intentarlo.-

Intercambié miradas con Annabeth. Ella asintió levemente. No me gustaba la idea. No creía que Silena tuviera oportunidad de convencer a Clarisse de luchar. Por otro lado, Silena estaba tan distraída por ahora que solo lograría herirse en batalla. Tal vez mandarla de vuelta al campamento le daría algo mas en que enfocarse.

-Está bien- le dije -No puedo pensar en nadie mejor para intentarlo.-

Silena echó sus brazos sobre mí. Luego se echo hacia atrás torpemente, mirando a Annabeth. -Um, lo siento. ¡Gracias, Percy! ¡No te defraudare!-

Una vez que ella se fue, me arrodille junto a Annabeth y sentí su frente. Todavía estaba ardiendo.

-Eres lindo cuando estas preocupado- murmuró -Tus cejas se arrugan y se juntan.-

-No vas a morir mientras te debo un favor.- dije -¿Por qué recibiste ese cuchillo?-

-Hubieras hecho lo mismo por mí.-

Era cierto. Supongo que ambos lo sabíamos. Aun así, sentía como si alguien aplastara mi corazón con una fría barra de metal.

-¿Como lo supiste?-

-¿Saber qué?-

Miré alrededor para asegurarme de que estábamos solos. Entonces me le acerque y susurre: -Mi talón de Aquiles. Si no hubieras recibido ese cuchillo, habría muerto.-

Ella tenía una mirada distante en sus ojos. Su aliento olía a uvas, tal vez por el néctar. -No lo sé, Percy. Solo tuve la sensación de que estabas en peligro. ¿Donde...donde está el punto?-

No se suponía que le dijera a nadie. Pero era Annabeth. Si no podía confiar en ella, no podía confiar en nadie.-

-Un punto en mi espalda.-

Levantó su mano. -¿Donde? ¿Aquí?-

Puso su mano en mi columna, y mi piel se erizó. Moví sus dedos al punto que me anclaba a la vida mortal. Miles de voltios de electricidad parecieron atravesar mi cuerpo.

-Tú me salvaste- dije -Gracias.-

Ella quitó su mano, pero yo seguí tomándola.

-Así que me la debes.- dijo débilmente -¿Que hay de nuevo?-

Vimos al sol emerger sobre la ciudad. El tráfico debería ser pesado para entonces, pero no había coches sonando sus bocinas, ni multitudes abarrotando las aceras. A lo lejos podía escuchar la alarma de un coche resonando entre las calles. Una columna de humo negro serpenteaba sobre la ciudad desde algún punto de Harlem. Me pregunte cuantos hornos se habrían quedado encendidos cuando el hechizo de Morfeo cayó, cuanta gente habría caído dormida mientras preparaba la cena. Muy pronto habría mas incendios. Todos en New York estaban en peligro - y esas vidas dependían de nosotros.

-Preguntaste por que Hermes estaba furioso conmigo.- dijo Annabeth.

-Hey, necesitas descansar...-

-No, quiero decirte esto. Me ha estado molestando por un largo tiempo.- movió su hombro e hizo una mueca de dolor. -El año pasado Luke fue a verme a San Francisco.-

-¿En persona?- Sentí como si ella me hubiera golpeado con un martillo -¿Fue a tu casa?-

-Fue antes de que fuéramos al Laberinto, antes...- ella titubeó, pero sabía lo que quería decir: "Antes de que se convirtiera en Cronos. -Fue con una bandera de tregua. Dijo que solo quería cinco minutos para hablar. Se veía asustado, Percy. Me conto que Cronos iba

a usarlo para dominar el mundo. Dijo que quería huir, como en los viejos tiempos. Quería que me fuera con él.-

-Pero no le creíste.-

-Por supuesto que no. Pensé que sería alguna treta. Además...bueno, muchas cosas habían cambiado desde los viejos tiempos. Le dije a Luke que de ninguna manera. Que estaba loco. El dijo...dijo que mejor sería que peleara con él justo ahí, porque sería la última oportunidad que iba a tener.-

Su frente comenzó a sudar otra vez. La historia le estaba quitando mucha energía.

-Está bien- le dije -Trata de descansar.-

-No lo entiendes, Percy. Hermes tenía razón. Quizás si me hubiera ido con él, habría cambiado su parecer. O...o yo tenía un cuchillo, Luke estaba desarmado. Pude...-

-¿Matarlo?- dije -Sabes que eso no hubiera estado bien.-

Ella apretó fuertemente los ojos. -Luke dijo que Cronos iba a usarlo como escalón. Esas fueron sus palabras exactas. Cronos usaría a Luke, y se volvería incluso más poderoso.-

-Eso hizo- dije -Poseyó el cuerpo de Luke.-

-¿Pero que tal si el cuerpo de Luke es solo una transición? ¿ Que tal si Cronos tiene un plan para volverse aun más poderoso? Yo pude haberlo detenido. La guerra es mi culpa.-

Su historia me hizo sentir como si estuviera de vuelta en el Estigio, disolviéndome lentamente. Recordé el verano pasado, cuando el dios de dos caras, Jano, le había advertido a Annabeth que tendría que hacer una elección mayor - y eso paso después de que vio a Luke. Pan también le había dicho algo: "Jugarás un gran papel, incluso si no es el que has imaginado".

Quería preguntarle acerca de la visión que Hestia me mostro, sobre ella y esos lejanos días con Luke y Thalía. Sabía que tenía algo que ver con mi profecía, pero no entendía qué. Antes de que pudiera calmar mis nervios, la puerta de la terraza se abrió. Connor Stoll entro.

-Percy- miro a Annabeth como si no quisiera decir nada malo frente a ella, pero pude notar que no traía buenas noticias. -La señorita O'Leary acaba de volver con Grover. Pienso que deberías hablar con el.-

Grover estaba tomando un aperitivo en la sala de estar. Estaba vestido para la batalla con una camisa acorazada echa de corteza de árbol y ramas torcidas, con su garrote de madera y sus flautas de carrizo colgando del cinturón. La cabaña de Demeter había preparado un bufete completo en las cocinas del hotel- de todo, desde pizza hasta helado de piña. Desgraciadamente Grover se estaba comiendo la tapicería. Ya había masticado el relleno de una elegante silla y ahora roía los reposa brazos.

-Amigo- dije- Solo tomamos prestado este lugar.-

-¡Blah-ha-ha!- Tenia relleno en toda la cara. -Lo siento, Percy. Es solo...tapicería Louis XVI. Deliciosa. Además siempre como tapicería cuando...-

-Cuando estas nervioso.- dije -Si, lo sé. ¿Pues que pasa?-

El saltó sobre sus pezuñas. -Oí acerca de Annabeth. ¿Esta...?-

-Va a estar bien. Está descansando.-

Grover tomó un gran respiro.-Esta bien. He movilizado a la mayoría de los espíritus de la naturaleza en la ciudad - bueno, los que me escucharían, de todos modos.- Se frotó la frente. -No tenía idea de que los cuernos pudieran doler tanto. Como sea, estamos ayudando todo lo que podemos.-

Me contó acerca de las escaramuzas que había visto. La mayoría de ellos había cubierto la ciudad, donde no teníamos suficientes semidioses. Perros del infierno habían aparecido en toda clase de lugares, haciendo viaje sombra al interior de nuestras líneas, y las driadas y sátiros habían peleado con ellos. Un joven dragón había aparecido en Harlem, y una docena de ninfas de los bosques había muerto antes de que finalmente fuera vencido.

Mientras Grover hablaba, Thalía entró a la habitación con dos de sus tenientes. Ella me saludó con una cabezada severa, salió a ver a Annabeth y regreso. Ella escuchó mientras Grover terminaba su reporte - los detalles se ponían peor y peor.

-Perdimos 20 sátiros contra algunos gigantes e el Fuerte Washington. -dijo, su voz temblaba - Casi la mitad eran parientes míos. Los espíritus del rio ahogaron a los gigantes al final, pero...-

Thalía se acomodó su arco en el hombro. -Percy, las fuerzas de Cronos siguen reuniéndose en cada puente y túnel. Y Cronos no es el único titán. Una de mis cazadoras vio a un enorme hombre de armadura dorada reuniendo un ejército en la costa de Jersey. No estoy segura de quien es pero irradiaba poder como solo lo haría un titán o un dios.-

Recordé al titán dorad de mi sueño - el del Monte Othrys que estalló en llamas.

-Grandioso- dije - ¿Alguna noticia buena?-

Thalía se encogió de hombros. -Sellamos los túneles subterráneos hacia Manhattan. Mis mejores tramperas los vigilan. Además, parece que el enemigo espera el anochecer para atacar. Pienso que Luke - se detuvo -Quiero decir, Cronos, necesita tiempo para regenerarse después de cada batalla. Todavía no está a gusto con su nueva forma. Está costándole gran parte de su poder ralentizar el tiempo alrededor de la ciudad.-

Grover asintió -La mayoría de sus fuerzas son más poderosas de noche, además. Pero volverán después de la puesta de sol.-

Traté de pensar con claridad. -Bien. ¿Alguna palabra de los dioses?-

Thalía sacudió al cabeza. -Se que mi Señora Artemisa estaría aquí si pudiera. Atenea también. Pero Zeus les ha ordenado permanecer a su lado. Lo último que escuche, que Tifón estaba destruyendo el valle del rio Ohio. Se acercara a las montañas Apalaches para mediodía.-

-Así que cuando mucho- dije -tenemos otros dos días antes de que llegue.-

Jake Mason se aclaró la garganta. Había estado ahí tan silenciosamente que casi me olvidé que estaba en la habitación.

-Percy, hay algo más- dijo -La manera en que Cronos se apareció en el puente Williamsburg, como si supiera que tu ibas a estar ahí. Y movió sus fuerzas a nuestros puntos más débiles. Tan pronto como nos desplegamos, cambió de táctica. Apenas tocó el túnel Lincoln, donde las cazadoras eran fuertes. Vino directo a nuestros puntos débiles, como si lo supiera.-

-Como si tuviera información desde dentro.- dijo -El espía.-

-¿Que espía?- exigió saber Thalía.

Le conté del colgante plateado que Cronos me mostro, el dispositivo de comunicación.

-Eso es malo- dijo ella -Muy malo.-

-Podría ser cualquiera.- dijo Jake -Todos estábamos ahí cuando Percy dio las órdenes.-

-¿Pero que podemos hacer?- pregunto Grover -¿Catear a cada semidiós hasta que encontremos el colgante plateado?-

Todos me miraron, esperando mi decisión. No podía permitirme mostrar el pánico que sentía, aun si las cosas se veían desesperanzadoras.

-Seguiremos peleando- dije -No podemos obsesionarnos con ese espía. Si sospechamos unos de otros, solo lograremos separarnos. Ustedes estuvieron asombrosos anoche. No podría pedir un ejército más valeroso. Démosles un relevo a los vigías. Descansen mientras puedan. Tenemos una larga noche por delante.-

Los semidioses murmuraron frases de conformidad. Tomaron caminos separados para dormir, comer o reparar sus armas.

-Percy, tu también- dijo Thalía -Yo le echare un ojo a las cosas. Ve a acostarte. Te necesitamos en buena forma para esta noche.-

No discutí demasiado. Encontré la recamara más cercana y me tire sobre la cama endoselada. Pensé que estaría muy estresado como para dormir, pero mis ojos se cerraron inmediatamente.

En mi sueño, vi a Nico di Angelo solo en los jardines de Hades. Escarbaba un agujero en uno de los macizos de flores de Perséfone, lo que supuse que no pondría muy contenta a la reina. Vacío un cáliz de vino en el agujero y comenzó un cantico.

-Deja que los muertos saboreen. Déjalos levantarse y tomar esta ofrenda. ¡María di Angelo, muéstrate!-

Un humo blanco apareció. Una figura humana se formo, pero no era la madre de Nico. Era una chica de cabello oscuro, tez olivácea y las vestiduras plateadas de una cazadora.

-Bianca- dijo Nico -Pero...-

-No invoques a nuestra madre, Nico- le advirtió -Ella es uno de los espíritus que tienes prohibido ver.-

-¿Por que?- exigió -¿Que esconde nuestro padre?-

-Dolor- dijo Bianca -Odio. Una maldición que se relaciona con la Gran Profecía.-

-¿Que quieres decir?- dijo Nico -¡Tengo que saber!-

-El conocimiento solo te lastimara. Recuerda lo que dije: Guardar rencores es un defecto fatal para un hijo de Hades.-

-Lo se- dijo Nico -Pero no soy el mismo que solía ser, Bianca. ¡Deja de tratar de protegerme!-

-Hermano, no lo entiendes...-

Nico sacudió su mano a través de la niebla, y la imagen de Bianca se desvaneció.

-María di Angelo- dijo de nuevo -¡Háblame!-

Una imagen diferente se formó. Era una escena más que un simple fantasma. En la niebla, vi a Nico y a Bianca de niños, jugando en el recibidor de un elegante hotel, persiguiéndose alrededor de unas columnas de mármol.

Una mujer se sentaba en un sofá cercano. Usaba un vestido negro, guantes, y un velo negro como una estrella de una vieja película de los 40's. Tenía la sonrisa de Bianca y los ojos de Nico.

En la silla junto a ella se sentaba un hombre alto vestido con un traje negro a rayas. Con estupor me di cuenta que era Hades. Se inclinaba hacia la mujer, usando las manos mientras hablaba, como si estuviera agitado.

-Por favor, querida- dijo -Debes venir al Inframundo, ¡No me importa lo que Perséfone piense! Puedo mantenerte a salvo ahí.-

-No, mi amor- Ella hablo con acento italiano -¿Criar a nuestros hijos en la tierra de los muertos? No hare eso.-

-María, escúchame. La guerra en Europa ha puesto a los otros dioses en mi contra. Una profecía ha sido hecha. Mis hijos ya no están a salvo. Poseidón y Zeus me han forzado a un acuerdo. Ninguno de nosotros volverá a tener hijos semidioses otra vez.-

-Pero ya tienes a Nico y a Bianca. Seguramente...-

-¡No! La profecía advierte de un niño que llegara a los dieciséis. Zeus ha decretado que los hijos que actualmente tengo deben ser enviados al campamento mestizo para recibir un "entrenamiento apropiado", pero se lo que eso significa. En el mejor de los casos serán vigilados, aprisionados, puestos en contra de su padre. Y lo más probable, no tendrán oportunidad.

Él no dejara que mis hijos semidioses lleguen a los 16 . ¡Encontrara una manera de destruirlos, y no me arriesgare a eso!-

-Certamente- dijo María -Permaneceremos juntos. Zeus es un imbecile.-

No pude evitar admirarla por su valor, pero Hades miro nerviosamente al techo. -María, por favor. Te lo he dicho, Zeus me dio un plazo final hasta la semana pasada para

entregar a mis hijos. Su ira será horrible, y no podré esconderte para siempre. Mientras que estés con los niños, estas en peligro también.-

María sonrió, y una vez mas fue escalofriante cuanto se parecía a su hija. -Eres un dios, mi amor. Tu nos protegerás. ¡Pero no me llevare a Nico y a Bianca al Inframundo!-

Hades se estrujo las manos. Entonces, hay otra opción. Conozco un lugar en el desierto donde el tiempo se detiene. Puedo enviar a los niños ahí, solo por un tiempo, por su propia seguridad, y podremos estar juntos. Te construiré un palacio dorado junto al Estigio.-

María di Angelo se rio suavemente. -Eres un hombre bueno, mi amor. Un hombre generoso. Los otros dioses deberían verte como lo hago yo, y no te temerían tanto. Pero ?Nico y Bianca necesitan a su madre. Además, solo son niños. Los dioses no los lastimarían.-

-No conoces a mi familia.- dijo Hades tétricamente. -Por favor, María, no puedo perderte.-

Ella le toco los labios con los dedos. -No me perderás. Espérame mientras voy por mi monedero. Vigila a los niños.-

Beso al señor de los muertos y se levanto del sofá. Hades la miro caminar escaleras arriba como si cada paso que se alejara le causara dolor.-

Un momento después, se tenso. Los niños dejaron de jugar como si también hubieran sentido algo.

-¡No!- dijo Hades, pero aun con sus poderes divinos fue muy lento. Solo tuvo tiempo de levantar un muro de energía negra alrededor de los niños antes de que el hotel estallara.

La fuerza fue tan violenta, que la imagen completa de la niebla se desvaneció.-

Cuando pude enfocar de nuevo, vi a Hades gateando entre las ruinas, sujetando el cuerpo roto de María di Angelo. Los fuegos aun ardían a su alrededor. Un relámpago cruzo el cielo, y un trueno retumbo.

Los pequeños Nico y Bianca miraban a su madre sin comprender. La furia Alecto apareció tras ellos, siseando y sacudiendo sus alas. Los niños no se habían dado cuenta.

-¡Zeus!- Hades agito su puño hacia el cielo -¡Te aplastare por esto! ¡Yo la hare volver!-

-Mi señor, no puede.- le advirtió Alecto. -Usted, entre todos los inmortales, es quien más debe respetar las leyes de la muerte.-

Hades la miro con rabia. Pensé que mostraría su verdadera forma y vaporizaría a sus propios hijos, pero en el último momento pareció recuperar el control.

-Llévatelos- le dijo a Alecto, conteniendo un sollozo. -Borra sus memorias en el Leteo y llévalos al Hotel Lotus. Zeus no los lastimara ahí.-

-Como desee, mi señor.- dijo Alecto -¿Y el cuerpo de la mujer?-

-Llévatela también- dijo amargamente -Proporcióname los antiguos ritos.-

Alecto, los niños y el cuerpo de María se disolvieron en las sombras, dejando a Hades solo entre las ruinas.

-Te lo advertí- dijo una nueva voz.

Hades se volvió. Una chica de un vestido multicolor estaba de pie junto a los humeantes restos del sofá. Tenía cabello corto color negro y ojos tristes. No tendría más de 12 años. No la conocía, pero me parecía extrañamente familiar.

-¿Te atreves a venir aquí?- vociferó Hades -¡Debería pulverizarte!-

-No puedes- dijo la chica -El poder de Delfos me protege.-

Con un escalofrío, me di cuenta que estaba mirando al oráculo de Delfos, de vuelta a cuando era joven y estaba viva. De alguna forma, verla así era más aterrador que verla como momia.

-¡Mataste a la mujer que amaba!- rugió Hades -Tu profecía nos trajo a esto.-

Se abalanzo sobre la chica, pero ella no se inmuto.

-Zeus ordeno la explosión para destruir a los niños- dijo ella -Porque desafiaste su voluntad. No tuve nada que ver. Y te advertí que los escondieras pronto.-

-¡No pude! ¡María no me dejó! Además, ellos eran inocentes.-

-Aun así, son tus hijos, y eso los hace peligrosos. Aunque los mantengas alejados en el Hotel Lotus, solo retrasas el problema. Nico y Bianca nunca podrán reincorporarse al mundo y cumplir dieciséis.-

-A causa de tu tan sonada "Gran Profecía". Y me forzaste a un acuerdo para no tener más hijos. ¡Me has quitado todo!-

-Veo el futuro.- dijo la chica -No puedo cambiarlo.-

Un fuego negro se encendió en los ojos del dios, y supe que algo malo iba a pasar. Quise gritarle a la chica que se escondiera o huyera.

-Entonces, oráculo, escucha las palabras de Hades- gruñó -Tal vez no pueda traer de vuelta a María. Ni pueda darte una muerte prematura. Pero tu alma aun es mortal, y puedo maldecirte.-

Los ojos de la chica se desorbitaron. -No iras a...-

-Te juro- dijo Hades -que mientras mis hijos permanezcan exiliados, mientras me encuentre bajo la maldición de tu Gran Profecía, el oráculo de Delfos nunca tendrá otro anfitrión mortal. Nunca descansarás en paz. Nadie tomara tu lugar. Tu cuerpo se marchitara y morirá, y el espíritu del oráculo seguirá encerrado en ti.

Enunciaras tus amargas profecías hasta que te desmorones en la nada. ¡El oráculo morirá contigo!-

La chica grito, y la imagen neblinosa se hizo pedazos. Nico cayó de rodillas en el jardín de Perséfone, su cara blanca por la conmoción. De pie frente a él estaba el verdadero Hades, vestido con su túnica negra y mirando ceñudo a si hijo.

-¿Y que crees...- le preguntó a Nico -...que estás haciendo?-

Una explosión negra llenó mis sueños. Entonces la escena cambió.

Rachel Elizabeth Dare caminaba iba caminando por una playa de arena blanca. Vestía un traje de baño con una camiseta atada a su cintura. Sus hombros y rostro estaban quemados por el sol. Se arrodillo y comenzó a escribir en la arena con su dedo. Trate de distinguir las letras. Pensé que mi dislexia estaba trabajando hasta que me di cuenta que estaba escribiendo en griego antiguo.

Eso era imposible. El sueño tenía que ser falso.

Rachel terminó escribiendo unas pocas palabras y murmuró: -¿Que, en el mundo...?-

Yo podía leer griego, pero solo reconocí una palabra antes de que el mar las borrara: mi nombre, Perseus.

Rachel se puso de pie abruptamente y se volvió de la playa.

- Oh, dioses- dijo -Eso es lo que significa.-

Echo a correr, levantando la arena mientras volvía a la villa de su familia.

Subió los escalones del porche, respirando con dificultad. Su padre la miro desde su Wall Street Journal.

-Papá- Rachel fue hacia él. -Tenemos que volver.-

La boca de su padre se retorció, como si tratara de recordar como sonreír. -¿Volver? Acabamos de llegar.-

-Hay un problema en New York. Percy está en peligro.-

-Él te llamo?-

-No...no exactamente. Pero lo se. Es un presentimiento.-

El señor Dare dobló su periódico. -Tu madre y yo esperamos por estas vacaciones durante un largo tiempo.-

-¡No, no es cierto! ¡Los dos odian la playa! Solo que son muy obstinados para admitirlo.-

-Ahora, Rachel...-

-¡Te estoy diciendo que algo está mal en New York! Toda la ciudad...no se que exactamente, pero está siendo atacada.-

Su padre suspiró.- Creo que hubiéramos oído algo como eso en la noticias.-

-No- insistió Rachel -No ese tipo de ataque. ¿Has tenido alguna llamada desde que llegamos aquí?-

Su padre frunció el ceño. -No...Pero es fin de semana, a mitad del verano.-

-Tu siempre tienes llamadas.- dijo Rachel -Tienes que admitir que es extraño.-

Su padre dudó. -No podemos simplemente irnos. Gastamos mucho dinero.-

-Mira- dijo Rachel -Papá...Percy me necesita. Tengo que entregar un mensaje. Es de vida o muerte.-

-¿Que mensaje? ¿De que estás hablando?-

-No puedo decírtelo.-

-Entonces no puedes ir.-

-Rachel cerró los ojos como si estuviera reuniendo valor. -Papá...déjame ir, y hare un trato contigo.-

El señor Dare se adelanto en su asiento. Tratos era algo que entendía. -Te escucho.-

-La academia para chicas Clarión. Yo...iré ahí en otoño. Ni siquiera me quejare. Pero tienes que dejarme regresar a New York ahora mismo.-

Él estuvo en silencio un largo rato. Luego abrió su celular e hizo una llamada.

-¿Douglas? Prepara el avión. Salimos para New York. Si...inmediatamente.-

Rachel le echo los brazos encima, y su padre pareció sorprendido, como si ella nunca lo hubiera abrazado antes.-

-Lo hare por ti, papá-

Él sonrió, pero su expresión era fría. La estudio como si no estuviera viendo a su hija - solo a la joven dama que el quería que fuera, una vez que la academia Clarión acabara con ella.

-Si, Rachel- coincidió -Ciertamente lo harás.-

La escena se desvaneció. Yo murmure en mi sueño: "¡Rachel, no!"

Todavía estaba sacudiéndome y revolcándome cuando Thalía me despertó.

-Percy- dijo -Vamos. Ya esta avanzada la tarde. Tenemos visitantes.-

Me senté, desorientado. La cama era muy cómoda, y yo odiaba dormir a medio día.

-¿Visitantes?- dije.

Thalía asintió seriamente. -Un titán quiere verte, con bandera de tregua. Tiene un mensaje de Cronos.-

Trece

Un titán me entrega un obsequio.

Podíamos ver la bandera blanca desde casi un kilómetro de distancia. Era tan grande como un campo de fútbol, izada por un gigante de 9 metros de piel brillantemente azul y cabello gris escarchado.

-Un hiperboreano- dijo Thalía -Los gigantes del norte. Es mala señal que se hayan aliado con Cronos. Usualmente son pacíficos.-

-¿Te los has encontrado?- dije.

-Mmmm. Hay una gran colonia en Alberta. No quieres meterte en una lucha de bolas de nieve con estos tipos.-

Mientras el gigante se acercaba, pude ver a tres enviados de tamaño humano con él: un mestizo en armadura, una demonio Empusa con un vestido negro y cabellos llameantes, y un hombre alto con esmoquin. La Empusa sostenía el brazo del tipo del esmoquin, así que parecían una pareja de camino a una función en Broadway o algo así - excepto por su cabello de fuego y colmillos. El grupo camino tranquilamente a través del parque de juegos Heckscher. Los columpios y las canchas de pelota estaban vacías. El único sonido era una fuente.

Miré a Grover -¿El tipo del esmoquin es un titán?-

Él asintió nerviosamente. -Parece un mago. Odio a los magos. Usualmente tienen conejos. ¡Blah-hah-hah! Ellos son grandes tiranos. Siempre robando apio a los sátiros indefensos.-

Thalía tosió.

-¿Que?- pregunto Grover.

-Trabajaremos en tu "conejo-fobia" después- dije -Aquí vienen.-

El hombre del esmoquin se adelantó. Era más alto que un humano promedio - más de dos metros. Su cabello negro estaba recogido en una coleta. Anteojos oscuros cubrían sus ojos, pero lo que realmente captó mi atención fue la piel de su rostro. Estaba cubierta de rasguños, como si hubiera sido atacado por un pequeño animal - un hámster de veras, de veras loco, quizás.

-Percy Jackson- dijo con una tersa voz. -Es un gran honor.-

Su amiga Empusa me siseó. Probablemente oyó como había destruido a dos de sus hermanas el verano pasado.

-Querido- me dijo el del esmoquin. -¿Por qué no te pones cómodo por aquí, eh?-

Movió su brazo y atrajo una banca del parque.

Observé al semidiós de la armadura detrás del de esmoquin. No lo había reconocido con su nuevo casco, pero era mi viejo y traicionero colega Ethan Nakamura. Su nariz se veía como un tomate aplastado por nuestra lucha en el puente Williamsburg. Eso me hizo sentir mejor.

-¡Hey, Ethan!- dije -Te ves bien.-

Ethan me fulminó con la mirada.

-A los negocios- el de esmoquin me extendió su mano -Soy Prometeo.-

Estaba muy sorprendido como para estrecharla. -¿El tipo que se robo el fuego? ¿El sujeto encadenado a la roca con los buitres?-

Prometeo hizo una mueca. Tocó las cicatrices de su cara. -Por favor, no menciones a los buitres. Pero si, yo robé el fuego de los dioses y se lo di a tus ancestros. A cambio, tu siempre piadoso tío Zeus me encadenó a una roca y me torturó por toda la eternidad.-

-¿Pero...?-

-¿Como me libere? Hércules lo hizo hace eones. Así que ya ves, tengo una debilidad por los héroes. Algunos de ustedes pueden ser muy civilizados.-

-A diferencia de la compañía que traes.- Observé.

Estaba mirando a Ethan, pero Prometeo aparentemente pensó que me refería a la Empusa.

-Oh, los demonios no son tan malos- dijo -Solo tienes que tenerlos bien alimentados. Ahora, Percy Jackson, negociemos.-

Me hizo flotar hasta una mesa de día de campo y tomamos asiento. Thalía y Grover se apostaron detrás de mí. El gigante azul recargó su bandera blanca en un árbol y empezó a jugar distraídamente en el campo. Se paró en las barras de ejercicio y las aplastó, pero no parecía molesto. Solo frunció el ceño y dijo: "Oh-oh". Luego se paró en la fuente y el tazón de concreto se partió a la mitad. "Oh-oh" El agua se congeló donde su pie la tocó. Un montón de animales de felpa colgaban de su cinturón - del tipo que te ganas como premios en una feria. Me recordó a Tyson, y la idea de pelear con él me entristeció.

Prometeo se acomodó hacia adelante en su asiento y entrelazó los dedos. Se veía sincero, amable, y sabio.

-Percy, tu posición es débil. Sabes que no puedes detener otro asalto.-

-Ya lo veremos.-

Prometeo se veía apesadumbrado, como si en verdad le preocupara lo que me pasara.

-Percy, soy el titán de la previsión. Sé lo que va a pasar.-

-También el titán del consejo astuto.- Añadió Grover. -Énfasis en astuto.-

Prometeo sonrió. -Muy cierto, sátiro. Pero yo apoyé a los dioses en la última guerra. Le dije a Cronos: "No tienes la fuerza. Vas a perder." Y tuve razón. Así que como pueden ver, sé como elegir al bando ganador. Esta vez, apoyo a Cronos.-

-Porque Zeus te encadenó a una roca.- Sugerí.

-En parte, sí. No negaré que quiero venganza, Pero no es la única razón por la que apoyo a Cronos. Es la elección más sabia. Estoy aquí porque pienso que escucharías a la razón.-

Dibujó un mapa en la mesa con su dedo. Donde sea que tocara, líneas doradas aparecían, brillando en el concreto. -Éste es Manhattan. Tenemos ejércitos aquí, aquí, aquí y aquí. Conocemos tus números. Los superamos veinte a uno.-

-Su espía los ha mantenido informados.-supuse.

Prometeo sonrió enigmáticamente. -A cualquier ritmo, nuestras fuerzas crecen cada día. Esta noche, Cronos atacará. Estarán abrumados. Han peleado con valentía, pero simplemente no hay modo de que sostengan Manhattan. Serán forzados a retirarse hasta el edificio Empire State. Ahí serán destruidos. Lo he visto. Pasará.-

Pensé en la pintura que Rachel había dibujado en mi sueño - Un ejército en la base del Empire State. Recordaba las palabras de la joven chica Oráculo de mi sueño: "Yo veo el futuro, no puedo cambiarlo". Prometeo hablaba con tanta seguridad que era difícil no creerle.

-No dejare que pase- dije.

Prometeo sacudió una pelusa de su solapa. -Comprende, Percy. Están recreando la Guerra de Troya aquí. Los patrones se repiten a sí mismos en la historia. Reaparecen justo como lo hacen los monstruos. Un gran asedio, dos ejércitos. La única diferencia es que, esta vez, ustedes están defendiendo. Ustedes son Troya. Y sabes lo que le paso a los Troyanos, ¿verdad?-

-¿Así que van a embutir un caballo de madera en el elevador del Empire State?- pregunté
-Buena suerte-

Prometeo sonrió. -Troya fue completamente destruida, Percy. No quieres que eso pase aquí. Ríndanse, y New York será perdonada. Tus fuerzas obtendrán amnistía. Yo personalmente garantizaré tu seguridad. Deja que Cronos tome el Olimpo. ¿A quién le importa? Tifón destruirá a los dioses de cualquier manera.-

-Bien- dije -Y se supone que debo creer que Cronos perdonará a la ciudad.-

-Todo lo que quiere es el Olimpo- aseguró Prometeo -El poder de los dioses está ligado a sus asientos de poder. Viste lo que le pasó a Poseidón una vez que su palacio submarino fue atacado.-

Hice un gesto, recordando lo viejo y decrepito que mi padre lucía.

-Si- dijo Prometeo tristemente -Sé que fue duro para ti. Cuando Cronos destruya el Olimpo, los dioses se desvanecerán. Se volverán tan débiles que serán fácilmente derrotados. Cronos podrá hacer esto mientras Tifón mantiene a los Olímpicos distraídos en el oeste. Mucho más fácil. Muy pocas vidas perdidas. Pero no te equivoques, lo más que puedes hacer es retrasarnos. Pasado mañana Tifón llegará a New York, y no tendrás ninguna oportunidad. Los dioses y el Monte Olimpo igual serán destruidos, pero será mucho más desastroso. Mucho, mucho peor para ustedes y su ciudad. De cualquier manera, los titanes gobernarán.-

Thalía golpeó su puño contra la mesa. -Yo sirvo a Artemisa. Las cazadoras pelearemos hasta nuestro último aliento. Percy, no irás a escuchar seriamente a este baboso, ¿Verdad?-

Me imaginé que Prometeo iba a fulminarla, pero solo sonrió. -Tu valor te da crédito, Thalía Grace.-

Thalía se endureció. -Ese es el apellido de mi madre. No lo uso.-

-Como deseas- dijo Prometeo casualmente, pero me di cuenta que la alteró. Nunca había escuchado el apellido de Thalía antes. De alguna manera la hacía ver casi normal. Menos misteriosa y poderosa.

-De cualquier manera- dijo el titán -No necesitas ser mi enemigo. Yo siempre he sido un benefactor de la humanidad.-

-Eso es un montón de excremento de Minotauro- dijo Thalía -Cuando la humanidad empezó a sacrificar a los dioses, tú los engañaste quedándote con la mejor porción. Nos diste el fuego para molestar a los dioses, no porque te preocuparas por nosotros.-

Prometeo sacudió la cabeza. -No lo entiendes. Yo ayude a moldear su naturaleza.-

Una suave bola de arcilla apareció en sus manos. La moldeó como un pequeño muñeco con brazos y piernas. El pedazo de hombre no tenía ojos, pero tanteó alrededor de la mesa, resbalando de los dedos de Prometeo. -He murmurado en el oído del hombre desde el principio de su existencia. Yo represento su curiosidad, su sentido de exploración, su inventiva. Ayúdenme a salvarlos, Percy. Haz esto, y le daré a la humanidad un nuevo regalo - una nueva revelación que los hará avanzar tanto como el fuego lo hizo. No podrán dar esa clase de adelanto bajo los dioses. Ellos nunca lo permitirían. Pero esto puede ser una nueva Era Dorada para ustedes. O...- cerró el puño y aplastó al hombre de arcilla como a un panecillo.

El gigante azul tropezó, "Oh-oh". Sobre un banco del parque, la Empusa mostró sus colmillos en una sonrisa.

-Percy, sabes que los titanes y su descendencia no son todos malos- dijo Prometeo - Conociste a Calipso.-

Mi cara se sintió caliente. -Eso es diferente.-

-¿Como? Al igual que yo, ella no hizo nada malo, y aun así está exiliada para siempre simplemente porque es hija de Atlas. Nosotros no somos tus enemigos. No dejes que lo peor ocurra- suplicó -Te ofrecemos la paz.-

Miré a Ethan Nakamura -Debes odiar esto.-

-No sé a qué te refieres.-

-Si tomamos este acuerdo, no tendrás tu venganza. No podrás matarnos a todos. ¿No es eso lo que quieres?-

Su ojo bueno resplandeció. -Todo lo que quiero es respeto, Jackson. Los dioses nunca me han dado eso. ¿Quieres que vaya a tu estúpido campamento, que pase mi tiempo

amontonado en la cabaña de Hermes porque no soy importante? ¿Ni siquiera reconocido?-

Sonaba justo como Luke cuando trató de matarme en los bosques del campamento cuatro años atrás. El recuerdo hizo que mi mano doliera donde el escorpión me picó.

-Tu mami es la diosa de la venganza- le dije a Ethan -¿Deberíamos respetar eso?-

-¡Nemesis permanece por el balance! Cuando la gente tiene mucha buena suerte, Nemesis los derriba.-

-¿Es por eso que se llevó tu ojo?-

-Eso fue un pago- gruño -A cambio, me juró que un día yo inclinaría la balanza del poder. Le daré a los dioses menores respeto. Un ojo es un precio pequeño que pagar.-

-Grandiosa mamá.-

-Al menos ella cumple su palabra, no como los Olímpicos. Ella siempre paga sus deudas...buenas o malas.-

-Si- dije -Así que yo salvé tu vida, y tú me pagaste levantando a Cronos. Eso es justo.-

Ethan tomó la empuñadura de su espada, pero Prometeo lo detuvo.

-Calma, calma- dijo el titán -Estamos en una misión diplomática.-

Prometeo me analizó tratando de entender mi ira. Entonces asintió como si hubiera captado un pensamiento de mi cerebro.

-Te preocupa que le pasó a Luke. -decidio -Hestia no te mostró la historia completa. Tal vez si lo entenderas...-

El titán se acercó.

Thalía gritó una advertencia, pero antes de que pudiera reaccionar, el dedo índice de Prometeo tocó mi frente.

De pronto estaba de vuelta en la sala de estar de May Castellan. Velas parpadeaban sobre la chimenea, reflejadas en los espejos de los muros. A través de la puerta de la cocina podía ver a Thalía en sentada en la mesa mientras la Sra. Castellan vendaba su pierna herida. Annabeth, de siete años, estaba sentada junto a ella, jugando con una Medusa de juguete. Hermes y Luke se encontraban aparte en la sala de estar. El rostro del dios se veía líquido a la luz de las velas, como si no pudiera decidir qué forma adoptar. Estaba vestido con un atuendo azul de la marina y unos Reebok alados.

-¿Por qué te muestras ahora?- exigió saber Luke. Sus hombros estaban tensos, como si esperara una pelea. -Todos estos años te he estado llamando, rezando para que aparecieras, y nada. Me dejaste con ella.- Señaló a la cocina como si no soportara mirar a su madre, mucho menos decir su nombre.

-Luke, no la deshonres- le advirtió Hermes. -Tu madre hizo lo mejor que pudo. En cuanto a mí, no podía interferir en tu camino. Los hijos de los dioses deben encontrar su propio sendero.-

-Así que fue por mi bien. Crecer en las calles, defendiéndome solo, combatiendo monstruos.-

-Eres mi hijo- dijo Hermes -Sabía que tenías la habilidad. Cuando yo era solo un bebé, me arrastré fuera de mi cuna y fui por...-

-¡Yo no soy un dios! Solo por una vez, pudiste decir algo. Pudiste ayudar cuando...- tomó un firme respiro, bajando la voz para que nadie en la cocina pudiera oír. -Cuando ella tenía uno de sus accesos, sacudiéndome y diciendo cosas locas acerca de mi destino. Cuando me escondía en el armario para que ella no me encontrara con esos...esos ojos brillantes. ¿Te preocupó alguna vez que yo estaba asustado? ¿Siquiera te enteraste cuando finalmente hui?-

En la cocina, la Sra. Castellan parloteaba de todo y de nada, sirviendo Kool-aid para Thalía y Annabeth mientras les contaba historias de Luke cuando era bebé. Thalía jalaba el vendaje de su pierna nerviosamente. Annabeth miró a la sala de estar y levanto una galleta quemada para que Luke la viera. Musitó silenciosamente las palabras "¿Podemos irnos ahora?

-Luke, me preocupa mucho.- dijo Hermes lentamente -Pero los dioses no deben intervenir directamente en los asuntos de los mortales. Es una de nuestras leyes más antiguas. Especialmente cuando tu destino...- Su voz se apago. Miró a las velas como si recordara algo desagradable.

-¿Que?- pregunto Luke -¿Que hay con mi destino?-

-No debiste haber regresado- murmuro Hermes -Solo los alteró a ambos. Como sea, ahora veo que has crecido mucho para andar de huida sin ayuda. Hablaré con Quirón en el campamento mestizo y le pediré que envíe a un sátiro a recogerlos.-

-Lo estamos haciendo bien sin tu ayuda- gruño Luke -Ahora, ¿Que estabas diciendo de mi destino?-

Las alas de los Reebok de Hermes se agitaban inquietas. Él estudiaba a su hijo como si tratara de memorizar su cara, y de pronto una fría sensación me invadió. Me di cuenta que Hermes sabía lo que los murmullos de May Castellan significaban. No estaba seguro de cómo, pero viendo su rostro estuve absolutamente seguro. Hermes entendía lo que le pasaría a Luke algún día, como se volvería maligno.

-Hijo mío- dijo -Soy el dios de los viajeros, el dios de las cargas. Si sé algo, sé que debes andar tu propio camino, aun si eso me parte el corazón.-

-Tú no me amas.-

-Te juro que...si te amo. Ve al campamento. Veré que tengas una misión pronto. Tal vez puedas vencer a la Hidra, o robar las manzanas de las Hespérides. Tendrás la oportunidad de ser un gran héroe antes de...-

-¿Antes de que?- la voz de Luke temblaba ahora -¿Que vio mi madre que la dejo así? ¿Que va a pasarme? Si me amas, dímelo.-

La expresión de Hermes se endureció. -No puedo.-

-¡Entonces no te importa!- grito Luke.

En la cocina, la plástica murió abruptamente.

-¿Luke?- llamo May Castellan -¿Eres tú? ¿Está bien mi niño?-

Luke se volvió para ocultar su rostro, pero pude ver lágrimas en sus ojos. -Estoy bien. Tengo una nueva familia. No necesito nada de ustedes.-

-Soy tu padre.- insistió Hermes.

-Un padre debería estar cerca. Nunca te había visto. ¡Thalía, Annabeth, vengan! ¡Nos vamos!-

-¡Mi niño, no te vayas!- May Castellan gritó tras él. -¡Tengo tu almuerzo listo!-

Luke se precipitó hacia la puerta, Thalía y Annabeth corriendo tras él. May Castellan trató de seguirlos, pero Hermes la detuvo.

Cuando la puerta se azotó, May colapsó en brazos de Hermes y comenzó a temblar. Sus ojos se abrieron - brillando verdes - y se aferró desesperadamente a los hombros de Hermes.

-Mi hijo- siseó con una voz seca- ¡Peligro! ¡Terrible destino!-

-Lo sé, mi amor. Dijo Hermes tristemente. -Créeme, lo sé.-

La imagen se desvaneció. Prometeo quitó su mano de mi frente.

-¿Percy?- pregunto Thalía -¿Que...Que fue eso?-

Me di cuenta que estaba pegajoso de sudor.

Prometeo asintió comprensivamente. -Aterrador, ¿no es así? Los dioses saben lo que viene, y aun así no hacen nada, ni siquiera por sus hijos. ¿Cuánto les tomó contarte tu profecía, Percy Jackson? ¿No crees que tu padre sabe lo que va a pasarte?-

Estaba muy conmocionado como para contestar.

-Perrrcy- advirtió Grover -Está jugando con tu mente. Tratando de hacerte enojar.-

Grover podía leer las emociones, así que probablemente sabría que Prometeo tuvo éxito.

-¿Realmente culpas a tu amigo Luke?- me preguntó el titán -¿Y que hay de ti, Percy? ¿Serás controlado por tu destino? Cronos te ofrece un acuerdo mucho mejor.-

Apreté los puños. Por mucho que odiara lo que Prometeo me había mostrado, odiaba a Cronos mucho más. -Te daré un trato. Dile a Cronos que levante su ataque, que deje el cuerpo de Luke Castellan y regrese a los fosos del Tártaro. Así quizás no tenga que destruirlo.-

La Empusa se burló. Su cabello erupció flamas nuevas, pero Prometeo solo suspiró.

-Si cambias de opinión- dijo -tengo un regalo para ti.-

Una urna griega apareció en la mesa. Medía casi un metro de alto y como 30 centímetros de grosor, decorada con diseños geométricos blancos y negros. La tapa de cerámica estaba sujeta con cintas de cuero.

Grover tragó saliva cuando la vio.

Thalía exclamó: -Esa no es...-

-Si- dijo Prometeo -La reconoces.-

Mirando la vasija, tuve una extraña sensación de miedo, pero ni idea de por qué.-

-Esto perteneció a mi cuñada- explicó Prometeo. -Pandora.-

Un nudo se formó en mi garganta. -¿Como Pandora, la de la caja?-

Prometeo sacudió la cabeza. -No sé como empezó ese asunto de la "caja". Nunca fue una caja. Era un *phitos*, una vasija de almacenaje. Supongo que "El *phitos* de Pandora" no tenía el mismo impacto, pero no importa. Si, ella abrió la vasija, que contenía todos los demonios que ahora asolan a la humanidad - miedo, muerte, hambre, enfermedad.-

-No te olvides de mi.- ronroneó la Empusa.

-Así es- concedió Prometeo. -La primera Empusa también estaba atrapada en esta vasija, liberada por Pandora. Pero lo que encuentro curioso de la historia...Pandora siempre tiene la culpa. Ella es castigada por ser curiosa. Los dioses querían que creyeran que esta es la lección: La humanidad no debe explorar. No deben hacer preguntas. Deben hacer lo que se les dice. En realidad, Percy, esta vasija era una trampa diseñada por Zeus y los otros dioses. Era una venganza contra mí y toda mi familia...mi pobre y simple hermano Epimeteo y su esposa Pandora. Los dioses sabían que ella abriría la vasija. Ellos decidieron castigar a toda la humanidad junto con nosotros.-

Pensé en mi sueño de Hades y María di Angelo. Zeus destruyó un hotel completo para eliminar a dos niños semidioses...solo para salvar su propio pellejo, porque estaba asustado por la profecía. Él había matado a una mujer inocente y probablemente ni siquiera perdió el sueño por eso. Hades no era mejor. No era lo suficientemente poderoso para vengarse de Zeus, así que maldijo a la Oráculo, condenando a una joven a un horrible destino. Y Hermes... ¿Por que había abandonado a Luke? ¿Por que no al menos le advirtió o trato de criarlo para que no se volviera malo? Tal vez Prometeo estaba jugando con mi mente. ¿Pero y si tenía razón? Parte de mí se lo preguntaba: ¿Como son los dioses mejores que los titanes?

Prometeo golpeteó sobre la tapa de la vasija de Pandora. -Solo un espíritu permaneció dentro cuando Pandora la abrió.-

-Esperanza- dije.

Prometeo me miró satisfecho. -Muy bien, Percy. Elpis, el espíritu de la esperanza, no ha abandonado a la humanidad. La esperanza no los abandona sin haberle dado permiso. Sólo puede ser liberada por un hijo de hombre.-

El titán deslizó la vasija por encima de la mesa.

-Te doy esto como un recordatorio de cómo son los dioses.- dijo -Conserva a Elpis, si lo deseas. Pero si decides que ya has visto suficiente destrucción, suficiente sufrimiento fútil, entonces abre la vasija. Deja ir a Elpis. Libera a la esperanza, y yo sabré que estas rindiéndote. Te prometo que Cronos será clemente. Él perdonara a los sobrevivientes.-

Miré la vasija y tuve un muy mal presentimiento. Me imaginé que Pandora era completamente disléxica y con déficit de atención, como yo. Nunca pude dejar las cosas en paz. No me gustaba la tentación. ¿Que tal si esta era mi decisión? -tal vez la profecía se reducía a mi manteniendo la vasija cerrada o abriéndola.

-No la quiero- gruñí.

-Muy tarde- dijo Prometeo. -El regalo esta dado. No puede ser devuelto.-

Se puso de pie. La Empusa vino y deslizó su brazo entre el de él.

-¡Morrain!- Prometeo llamó al gigante azul. -Nos vamos. Toma tu bandera.-

-Oh-oh- dijo el gigante.

-Nos veremos pronto, Percy Jackson- aseguró Prometeo. -De una forma o de otra.-

Ethan Nakamura me dedicó una última mirada de odio. Luego el comité de tregua dio la vuelta y se fue siguiendo el camino de Central Park, como si fuera una soleada tarde normal de domingo.

Catorce

Los cerdos vuelan.

De vuelta en el Plaza, Thalía me llevó aparte. -¿Que te mostró Prometeo?-

Renuente, le conté acerca de la visión en casa de May Castellan. Thalía se frotó el muslo como si estuviera recordando la vieja herida.

-Esa fue una mala noche- admitió -Annabeth era muy pequeña, y no creo que en verdad entendiera lo que vio. Solo supo que Luke estaba molesto.-

Miré por las ventanas del hotel hacia Central Park. Pequeños fuegos todavía ardían en el norte, pero aparte de eso la ciudad se veía antinaturalmente pacífica.

-¿Sabes que le pasó a May Castellan? Quiero decir...-

-Sé lo que quieres decir- dijo Thalía -Nunca la vi tener un, un, episodio, pero Luke me contó lo de los ojos brillantes, las cosas extrañas que decía. Me hizo prometer nunca contarle. Qué lo causó, no tengo idea. Si Luke lo sabía, nunca me lo contó.-

-Hermes lo sabia- dije -Algo causó que May viera partes del futuro de Luke, y Hermes entendió lo que pasaría - cómo Luke se convertiría en Cronos.-

Thalía frunció el ceño. -No puedes estar seguro de eso. Recuerda que Prometeo estaba manipulando lo que veías, Percy, mostrándote lo que pasó bajo la peor luz posible. Hermes sí amaba a Luke. Puedo decírtelo solo por haber visto su cara. Y Hermes estaba ahí esa noche porque estaba vigilando a May, cuidándola. No todo fue malo.-

-Sigue sin estar bien- insistí -Luke solo era un niño pequeño. Hermes nunca lo ayudó, nunca impidió que huyera.-

Thalía se colgó su arco. De nuevo me impresionó lo fuerte que se veía ahora que había dejado de envejecer. Casi podías ver un brillo plateado alrededor de ella - la bendición de Artemisa.

-Percy- dijo -No puedes empezar a sentir pena por Luke. Todos tenemos pensamientos complicados con que lidiar. Todos los semidioses. Nuestros padres difícilmente están cerca. Pero Luke tomó malas decisiones. Nadie lo forzó a hacerlo. De hecho...-

Se asomó hacia el salón para verificar que estábamos solos. -Estoy preocupada por Annabeth. Si tiene que enfrentarse a Luke en batalla, no sé si podrá hacerlo. Siempre ha tenido una debilidad por él.-

La sangre me subió a la cara. -Lo hará bien.-

-No lo sé. Después de esa noche, ¿Después que dejamos la casa de la mamá de Luke? Él nunca volvió a ser el mismo. Se volvió temerario e impredecible, como si tuviera algo que probar. Para cuando Grover nos encontró y tratamos de llegar al campamento...Bueno, parte del por qué tuvimos tantos problemas fue porque Luke no era cuidadoso. Quería entrar en batalla con cada monstruo que se nos cruzaba. Annabeth no veía eso como un problema. Luke era su héroe. Ella solo entendía que los papás de Luke lo había puesto triste, y se ponía muy defensiva con él. Aun lo es. Todo lo que digo es...No caigas en la misma trampa. Luke se ha entregado a Cronos. No podemos permitirnos ser suaves con él.-

Miré a los incendios en Harlem, preguntándome cuantos mortales dormidos estarían en peligro justo ahora debido a las malas decisiones de Luke.

-Tienes razón- dije.

Thalía palmeó mi hombro. -Voy a checar a las cazadoras, y a dormir un poco más antes del anochecer. Deberías tenderte también.-

-Lo que menos necesito son más sueños.-

-Lo sé, créeme.- Su tétrica expresión me hizo preguntarme que estaría soñando ella. Era un problema común de semidiós: Entre más peligrosa se volvía nuestra situación, peores y más frecuentes eran nuestros sueños. -Pero Percy, no puedo decirte cuando podrás tener oportunidad de dormir otra vez. Va a ser una larga noche - quizás nuestra última noche.-

No me gustaba, pero sabía que ella tenía razón. Asentí cansinamente y le di la vasija de Pandora. -Hazme un favor. Guarda esto en la caja fuerte del hotel, ¿Quieres? Creo que soy alérgico al *pithos*.-

Thalía sonrió. -Dalo por hecho.-

Encontré la cama más cercana y me dormí. Pero por supuesto, dormir solo me trajo más pesadillas.

Vi el palacio submarino de mi padre. El ejército enemigo estaba más cerca ahora, a solo unos pocos cientos de metros fuera del palacio. Los muros de la fortaleza estaba completamente destruidos. El templo que mi padre había usado como cuartel general ardía por el Fuego Griego. Tuve un acercamiento a la armería, donde mi hermano y otros ciclopes tenían un descanso para almorzar, y comían de unos grandes frascos de mantequilla de cacahuete Skippy extra-fortificada (No me pregunten a que sabía bajo el agua, porque no quiero saber). Mientras miraba, el muro exterior de la armería explotó. Un guerrero ciclope entro trastabillando, y colapsó sobre la mesa donde comían.

Tyson se arrodilló para ayudar, pero era demasiado tarde. El ciclope se disolvió en limo marino. Gigantes enemigos se movían a través de la brecha, y Tyson recogió el garrote del guerrero caído. Gritó algo a sus compañeros herreros - probablemente: "¡Por Poseidón!", pero con la boca llena de mantequilla de cacahuete sonó como: !Ponh Poseh onh!- Todos sus hermanos tomaron martillos y cinceles, gritando: "¡Por el bombón!" y cargaron junto con Tyson a la pelea.

Entonces la escena cambió. Estaba con Ethan Nakamura en el campamento enemigo. Lo que vi me hizo estremecer, parte porque el ejército era inmenso, parte porque reconocía el lugar. Estábamos en los bosques tras New Jersey, en un derruido camino rodeado de negocios en quiebra y carteles destrozados. Una malla metálica rodeaba un gran patio lleno de estatuas de piedra. El letrero sobre el almacén era difícil de leer porque estaba en cursivas rojas, pero sabía lo que decía: "Jardín emporio de los gnomos de la Tía Em".

No había pensado en el lugar en años. Estaba claramente abandonado. Las estatuas estaban rotas y pintarrajeadas con aerosol por vándalos. Un sátiro de cemento - El tío Ferdinand de Grover - había perdido un brazo. Parte del techo del almacén estaba destruido. Un gran letrero amarillo pegado en la puerta decía: "Para demolición".

Cientos de tiendas de campaña y hogueras rodeaban la propiedad. Más que nada vi monstruos, pero ahí había algunos humanos mercenarios en vestiduras de combate y semidioses en armadura también. Un estandarte purpura y negro colgaba afuera del emporio, custodiado por dos grandes Hiperboreanos azules.

Ethan estaba inclinado en la hoguera más cercana. Un par de semidioses se sentaban junto a él, afilando sus espadas. Las puertas del almacén estaban abiertas, y Prometeo salió por ellas.

-Nakamura- llamó -El Amo quiere hablar contigo.-

Ethan se puso de pie inquieto. -¿Pasa algo malo?-

Prometeo sonrió. -Tendrás que preguntárselo a Él.-

Uno de los semidioses se burló. -Fue un gusto conocerte.-

Ethan reajustó el cinto de su espada y se encaminó al almacén. Excepto por el agujero en el techo, el lugar estaba justo como lo recordaba. Estatuas de personas aterrorizadas petrificadas a medio grito. En el área del servi-bar, las mesas habían sido movidas a los lados. Justo entre la máquina de sodas y el calentador de Pretzels había un trono dorado. Cronos se sentaba en él, con su guadaña sobre su regazo. Vestía unos vaqueros y

camiseta, y con su expresión distante se veía casi humano - como la versión joven de Luke que vi en mi visión, rogándole a Hermes que le dijera cual era su destino. Luke vio a Ethan, y su rostro se contorsionó en una sonrisa inhumana. Sus ojos dorados brillaron.

-Bien, Nakamura. ¿Que pensaste de la misión diplomática?-

Ethan dudó. -Estoy seguro que el Señor Prometeo es más elocuente...-

-Pero te pregunté a ti.-

El ojo bueno de Ethan miró adelante y atrás, fijándose en los guardias que rodeaban a Cronos. -Yo...No creo que Jackson se vaya a rendir. Nunca.-

Cronos asintió. -¿Algo más que quieras decirme?-

-No, Señor.-

-Te ves nervioso, Ethan.-

-No, Señor. Es solo...escuche que esta era la guarida de...-

Cronos miró a un gigante Lestrigón que comía papas fritas ruidosamente. Cronos agitó su mano y el gigante se congeló. Una papa yacía suspendida en el aire a medio camino entre su boca y su mano.

-¿Por que convertirlos en piedra,- preguntó Cronos -cuando puedes detener el tiempo mismo?-

Sus ojos dorados fulminaron el rostro de Ethan. -Ahora, dime una cosa más. ¿Que paso anoche en el puente Williamsburg?-

Ethan tembló. Gotas de sudor aparecieron en su frente. -Yo...No lo sé, Señor.-

-Si, lo sabes.- Cronos se levantó de su asiento. -Cuando atacaste a Jackson, algo paso. Algo no estuvo para nada bien. La chica, Annabeth, saltó en tu camino.-

-Ella quería salvarlo.-

-Pero él es invulnerable- dijo Cronos silenciosamente. -Tú mismo lo viste.-

-No puedo explicarlo. Quizás ella lo olvidó.-

-Lo olvidó.- dijo Cronos -Si, eso debió ser. "Oh, cielos, olvide que mi amigo es invulnerable y recibí una cuchillada por él. Upps." Dime, Ethan, ¿A dónde apuntabas cuando atacaste a Jackson?-

Ethan frunció el ceño. Juntó sus manos como si sostuviera una espada, e hizo la mímica de un empuje. -No estoy seguro, Señor. Todo pasó muy rápido. No apuntaba a ningún punto en particular.-

Los dedos de Cronos tamborilearon sobre la hoja de la guadaña. -Ya veo.- dijo con un tono glacial -Si tu memoria mejora, espero...-

Súbitamente el señor de los titanes parpadeó. El gigante en la esquina se descongeló y la papa frita cayó en su boca. Cronos se tambaleó y cayó sentado en su trono.

-¿Mi señor?- Ethan avanzó.

-Yo...-la voz era débil, pero solo por un momento fue la de Luke. Entonces la expresión de Cronos se endureció. Levantó la mano y flexionó sus dedos lentamente, como si los forzara a obedecer.

-No es nada- dijo, su voz acerada y fría de nuevo. -Una incomodidad menor.-

Ethan se humedeció los labios. -¿Sigue combatiéndolo, no es así? Luke...-

-Absurdo- descartó Cronos -Repite esa mentira, y te cortaré la lengua. El alma del chico ha sido aplastada. Simplemente me ajusto a los límites de este cuerpo. Requiere descanso. Es molesto, pero nada más que un inconveniente temporal.-

-Como...como usted diga, mi Señor.-

-¡Tú!- Cronos apuntó su guadaña a una dracaenae de armadura y corona verdes. -Reina Sess, ¿no es verdad?-

-Sssssi, mi Señor-

-¿Nuestra pequeña sorpresa esta lista para ser liberada?-

La reina dracaenae mostró sus colmillos. -Oh, ssssi, mi Señor. Una sorpresa en verdad adorable.-

-Excelente- dijo Cronos. -Di a mi hermano Hiperión que mueva nuestra fuerza principal a Central Park. Los mestizos estarán en tal desorden que no podrán defenderse. Vete ahora, Ethan. Trabaja en mejorar tu memoria. Volveremos a hablar cuando hayamos tomado Manhattan.-

Ethan hizo una reverencia, y mi sueño cambió una última vez. Vi la gran casa en el campamento, pero en una época diferente. La casa estaba pintada de rojo en vez de azul. Los campistas en la cancha de voleibol usaban peinados como de los 90's, que probablemente eran buenos para mantener alejados a los monstruos. Quirón estaba en el porche, hablando con Hermes y una mujer que sostenía un bebé. Quirón tenía el cabello más corto y oscuro. Hermes vestía su usual atuendo para correr y zapatos tenis alados. La mujer era alta y bonita. Tenía el cabello rubio, ojos brillantes y una sonrisa amigable. El bebé en sus brazos se retorció en su manta azul como si el campamento mestizo fuera el último lugar donde quisiera estar.

-Es un honor que este aquí- le dijo Quirón a la mujer, aunque sonaba nervioso. -Ha pasado mucho tiempo desde que un mortal fue recibido en el campamento.-

-No la alientes- gruñó Hermes -May, no puedes hacer esto.-

Conmocionado, entendí que estaba viendo a May Castellan. No se veía para nada como la mujer que yo había conocido. Se veía llena de vida - el tipo de persona que puede sonreír y hacer que todos alrededor se sientan bien.

-Oh, no te preocupes tanto- dijo May, meciendo al bebé. -¿Necesitan un Oráculo, verdad? La ultima ha estado muerta por, ¿Que, veinte años?-

-Mas- dijo Quirón gravemente.

Hermes levantó los brazos con exasperación. -No te conté esa historia para que tomaras la vacante. Es peligroso. Quirón, díselo.-

-Lo es- advirtió Quirón -Por muchos años, prohibí que nadie lo intentara. No sabemos exactamente que está pasando. La humanidad parece haber perdido la habilidad de hospedar al Oráculo.-

-Ya pasamos por esto- dijo May -Y sé que puedo hacerlo. Hermes, esta es mi oportunidad de hacer algo bueno. Recibí el don de la visión por una razón.-

Quise gritarle a May Castellan que se detuviera. Sabía lo que iba a pasar. Finalmente entendí como su vida había sido destruida. Pero no podía moverme o hablar. Hermes se veía más herido que preocupado.

-No podrás casarte si te conviertes en la Oráculo.- se quejo -No podrás verme de nuevo.-

May puso su mano en el brazo de Hermes. -No puedo tenerte para siempre, ¿Verdad? Te irás pronto. Tú eres inmortal.-

Él comenzó a protestar, Pero ella le puso una mano en el pecho. ¡Sabes que es cierto! No trates de apelar a mis sentimientos. Además, tenemos un maravilloso hijo. Puedo criar a Luke siendo la Oráculo, ¿Verdad?-

Quirón tosió. - Si, pero con toda honradez, no sé como podría afectar al espíritu del Oráculo. Una mujer que ya ha tenido un hijo...hasta donde sé, eso nunca había pasado. Si el espíritu no toma...-

-Lo hará- insistió May

-No- Quise gritar -No lo hará.-

May Castellan besó a su bebé y se lo pasó a Hermes. -Ahora vuelvo.-

Ella les dirigió una última sonrisa confiada y subió los escalones. Quirón y Hermes permanecieron en silencio. El bebé se retorció. Un resplandor verde iluminó las ventanas de la casa. Los campistas dejaron su juego de Voleibol y miraron hacia el ático. Un viento frio sopló entre los campos de fresas.

Hermes debió sentirlo también. Gritó -¡No! ¡NO!-

Puso al bebé en brazos de Quirón y corrió hacia el porche. Antes de que alcanzara la puerta, la tarde soleada fue desgarrada por el grito aterrador de May Castellan.

Me levanté tan de prisa que me golpeé la cabeza contra el escudo de alguien.

-¡Ow!-

-¡Percy, lo siento! Annabeth estaba de pie junto a mí. -Estaba a punto de despertarte.-

Me froté la cabeza, tratando de borrar las perturbadoras visiones. De pronto varias cosas tuvieron sentido para mí: May Castellan había tratado de convertirse en la Oráculo. Ella no sabía de la maldición de Hades impidiendo que el espíritu de Delfos tomara otro anfitrión. Tampoco lo sabían Quirón o Hermes. No se habían dado cuenta de que tratando

de ocupar el puesto, May se volvería loca, sufriendo episodios en los que sus ojos se volverían verdes y brillantes y tendría visiones fragmentadas del futuro de su hijo.

-¿Percy?- pregunto Annabeth -¿Pasa algo?-

-Nada- mentí -¿Que estás haciendo con armadura? Deberías estar descansando.-

-Oh, estoy bien- dijo ella, a pesar de que aún estaba pálida. Apenas si movía el brazo derecho. -El néctar y la ambrosia me han arreglado.-

-Ah-ha. No puede ser en serio que trates de salir y pelear.-

Me ofreció su mano buena y me ayudó a levantarme. Mi cabeza palpitaba. Afuera, el cielo se veía morado y rojo.

-Vas a necesitar a cada persona que tengas.- dijo -Acabo de mirar en mi escudo. Hay un ejército...-

-Dirigiéndose al sur de Central Park.- dije- Si, lo sé.-

Le conté parte de mis sueños. Dejé fuera la visión de May Castellan porque era demasiado perturbadora como para hablar de ella. También descarté la especulación de Ethan de que Luke combatía a Cronos dentro de su cuerpo. No quería dar esperanzas a Annabeth.

-¿Crees que Ethan sospeche cuál es tu punto débil? -preguntó.

-No lo sé- admití -No lo conto nada a Cronos. Pero si lo descubre...-

-No podemos dejarlo.-

-Lo golpearé más fuerte en la cabeza la próxima vez. -sugerí -¿Alguna idea de la sorpresa de la que Cronos estaba hablando?-

Ella sacudió la cabeza. -No vi nada en el espejo, pero no me gustan las sorpresas.-

-Estoy de acuerdo.-

-Así que- dijo -¿Vas a discutir conmigo acerca de si voy a ir?-

-Nah. Me golpearías.-

Ella soltó una risita, lo que fue bueno de oír. Tomé mi espada y nos dirigimos a organizar las tropas. Thalía y los consejeros estaba esperándonos en la reserva. Las luces de la ciudad titilaban en el crepúsculo. Supuse que varias de ellas funcionarían con temporizadores automáticos. Las lámparas de la calle brillaban alrededor de la orilla del lago, haciendo que el agua y los arboles lucieran aun más escalofriantes.

-Ya vienen- confirmó Thalía, apuntando al norte con una flecha de plata. -Una de mis exploradoras acaba de reportar que ellos cruzaron el rio Harlem- No hubo manera de detenerlos. El ejército...- ella se estremeció -Es enorme.-

-Los detendremos en el parque- dije -Grover, ¿Estas listo?-

Él asintió. -Tan listo como siempre. Si mis espíritus de la naturaleza pueden detenerlo en algún sitio, es éste.-

-¡Si, lo haremos!- dijo otra voz. Un sátiro muy viejo y gordo se abrió paso entre la multitud, tropezando con su propia lanza. Estaba vestido con una armadura de corteza de árbol que solo le cubría la mitad de la panza.

-¿Leneus?- dije.

-No te hagas el sorprendido.- me dijo, enfadado -Yo soy un líder del Consejo, y me dijiste que encontrara a Grover. ¡Bien, lo he encontrado, y no voy a dejar que un simple exiliado dirija a los sátiros sin mi ayuda!-

Detrás de Leneus, Grover hacia intentos de aguantarse la risa, pero el viejo sátiro gesticulaba como si fuera el salvador del día. -¡No teman! ¡Ya le enseñaremos a esos titanes!-

No sabía si reír o enojarme, pero traté de mantener un rostro ecuánime. -Um, si. Bien, Grover, no estarás solo. Annabeth y la cabaña de Atenea se colocaran aquí. Y yo y... ¿Thalía?-

Ella me palmeó el hombro. -No digas más. Las cazadoras están listas.-

Miré a los otros consejeros. -Eso les deja al resto de ustedes con un trabajo muy importante. Deben proteger las otras entradas a Manhattan. Saben lo engañoso que es Cronos. Esperará distraernos con un ejército enorme e infiltrar otra fuerza por otro lugar. Les corresponde a ustedes asegurarse de que eso no pase. ¿Cada cabaña escogió un túnel o puente?-

Los consejeros asintieron con seriedad.

-Entonces hagámoslo. -dije- ¡Buena cacería a todos!-

Escuchamos al ejército antes de verlo.

El ruido era como el disparo de un cañón combinado con la multitud de un estadio de fútbol - como si cada fanático de los Patriotas en New England nos atacara con bazookas. En la orilla norte de la reserva, la vanguardia del enemigo avanzo arrasando los árboles - un guerrero en armadura dorada dirigiendo un batallón de gigantes Lestrigones con enormes hachas de bronce. Cientos de otros monstruos fluían detrás de ellos.

-¡Posiciones!- vociferó Annabeth.

Sus compañeros de cabaña se alistaron. La idea era hacer que el enemigo se dispersara alrededor de la reserva. Para llegar a nosotros, tenían que seguir las huellas, lo que significaba que marcharían en columnas estrechas a cada lado del agua.

Al principio, el plan pareció funcionar. El enemigo se dividió y se lanzo tras nosotros a lo largo de la orilla. Cuando iban a la mitad del camino, nuestras defensas entraron pateando. El rastro que seguían explotó con Fuego Griego, incinerando a muchos de los monstruos instantáneamente. Otros se dispersaron, envueltos por las llamas verdes. Los campistas de Atenea lanzaron ganchos alrededor de los gigantes más altos y los derribaron a tierra. En los bosques de la derecha, Las cazadoras lanzaron una ráfaga de flechas de plata a la línea enemiga, destruyendo a 20 o 30 dracaenaes, pero más

marchaban tras ellas. Un rayo atravesó el cielo y frío a un gigante lestrigón en cenizas, y supe que Thalía debía estar haciendo lo suyo como hija de Zeus.

Grover levantó sus flautas y tocó una rápida tonada. Un rugido salió de los bosques a cada lado cuando cada árbol, roca y arbusto pareció liberar a un espíritu. Driadas y sátiros levantaron sus garrotes y atacaron. Los arboles se enroscaban alrededor de los monstruos, estrangulándolos. El césped crecía bajo los pies de los arqueros enemigos. Piedras volaban, golpeando a las dracaenaes en la cara.

El enemigo continuó avanzando adelante. Gigantes aplastando arboles, náyades desvaneciéndose por sus fuentes de vida destruidas. Perros del infierno atacando a los lobos, dejándolos fuera de combate. Arqueros enemigos regresando el fuego, y una cazadora cayo de una alta rama.

-¡Percy!- Annabeth tomó mi brazo y apuntó a la reserva. El titán de la armadura de oro no estaba esperando a que sus fuerzas avanzaran rodeando los lados. Él cargaba directo hacia nosotros caminando sobre el lago. Una bomba de Fuego Griego explotó justo sobre él, pero levanto su mano y absorbió las flamas del aire.

-Hiperión- dijo Annabeth con temor -el Señor de la luz. Titán del este.-

-¿Malo?- pregunté.

-Junto con Atlas, es el más grande guerrero de los titanes. En los viejos días, cuatro titanes controlaban las cuatro esquinas del mundo. Hiperión era el este - el más poderoso. Él fue el padre de Helios, el primer dios del sol.-

-Lo mantendré ocupado- le prometí.

-Percy, ni siquiera tú puedes...-

-Solo mantén a nuestras fuerzas juntas.-

Nos instalamos en la reserva por una buena razón. Me concentré en el agua y sentí su poder surgiendo a través de mí. Avancé hacia Hiperión, corriendo sobre la superficie del agua. "Si, amigo. Dos pueden jugar ese juego". A cinco metros de distancia, Hiperión levantó su espada. Sus ojos eran justo como los vi en mi sueño - tan dorados como los de Cronos, pero más brillantes, como soles en miniatura.

-El crío del dios del mar- murmuró -¿Tú fuiste quien atrapó a Atlas bajo el cielo de nuevo?-

-No fue difícil- dije -Ustedes, titanes, son casi tan brillantes como mis calcetas de gimnasia.-

Hiperión resopló -¿Quieres brillo?-

Su cuerpo se encendió en una columna de luz y calor. Desvié la mirada, pero aun así me cegó. Instintivamente levante a Riptide - justo a tiempo. La espada de Hiperión chocó contra la mía. La onda de choque envió un anillo de 3 metros de agua a través de la superficie del lago. Mis ojos todavía ardían. Tenía que apagar su luz.

Me concentré en la ola expandiéndose y la forcé a regresar. Justo antes del impacto, salté hacia arriba en un chorro de agua.

¡AAAHHHHH!

Las olas golpearon a Hiperión, y él se vino abajo, su luz extinguida. Aterricé en la superficie del agua mientras Hiperión luchaba por ponerse de pie. Su armadura dorada estaba empapada. Sus ojos ya no brillaban, pero aun lucían mortíferos.

-¡Arderás, Jackson!- rugió.

Nuestras espadas se encontraron de nuevo y el aire se cargó de Ozono. La batalla aún ardía a nuestro alrededor. En el flanco derecho, Annabeth dirigía el asalto con sus hermanos. En el flanco izquierdo, Grover y sus espíritus de la naturaleza se reagrupaban, enredando al enemigo con arbustos y maleza.

-Basta de juegos- dijo Hiperión -Peleemos en la tierra.-

Iba a hacer un inteligente comentario como "no", cuando el titán gritó. Un muro de fuerza me lanzó a través del aire - justo como el truco que Cronos había hecho en el puente. Volé hacia atrás casi trescientos metros y azoté contra el suelo. Si no hubiera sido por mi nueva invulnerabilidad, me habría roto cada hueso del cuerpo.

Me puse de pie, mascullando. -Realmente odio cuando hacen eso, titanes.-

Hiperión se me acercó a una velocidad cegadora. Me concentré en el agua, obteniendo fuerza de ella. Hiperión atacó. Era poderoso y veloz, pero no parecía poder conectar un golpe. El suelo alrededor de sus pies seguía eructando flamas, pero yo seguí apagándolas igual de rápido.

-¡Detenlo!- Rugió el titán -¡Detén ese viento!-

No estaba seguro de a que se refería. Estaba muy ocupado peleando.

Hiperión se tambaleó como si fuera a salir despedido. El agua salpicaba su rostro, escociéndole los ojos. El viento lo levantó, e Hiperión salió volando de espaldas.

-¡Percy! -dijo Grover, sorprendido -¿Como estas haciendo eso?-

¿Haciendo que? Pensé.

Entonces miré abajo, y me di cuenta que estaba parado en medio de mi propio huracán personal. Nubes de vapor de agua giraban a mi alrededor, vientos tan poderosos que habían golpeado a Hiperión y aplastaban el pasto en un radio de unos 6 metros. Los guerreros enemigos me lanzaban jabalinas, pero la tormenta las hacia a un lado.

-Dulce- murmuré -¡Pero un poco más!-

Relámpagos brillaron a mi alrededor. Las nubes se oscurecieron y la lluvia giraba mas rápido. Me acerqué a Hiperión y lo derribe.

-¡Percy!- gritó Grover de nuevo -¡Tráelo hacia aquí!-

Yo atacaba, dejando que mis reflejos tomaran control. Hiperión apenas podía defenderse. Sus ojos trataban de encender, pero el huracán sofocaba sus llamas.

No podía mantener una tormenta como esta por siempre, pensé. Podía sentir mis poderes debilitándose. Con un último esfuerzo, impulsé a Hiperión a través del campo, directo a donde Grover estaba esperando.

-¡No seré usado como juguete de esta manera!- vociferó Hiperión.

Trató de ponerse en pie nuevamente, pero Grover se llevó sus flautas a los labios y comenzó a tocar. Leneus se le unió. Alrededor del prado, cada sátiro siguió la canción - una extraña melodía, como un río fluyendo sobre las rocas. El suelo se abrió a los pies de Hiperión. Raíces retorcidas se enredaron en sus piernas.

-¿Que es esto?- protestó. Trató de sacudirse las raíces, pero aun estaba débil. Las raíces se apretaron hasta que pareció que usaba botas de madera.

-¡Basta!- gritó. -¡Su magia de los bosques no es rival para un titán!-

Pero entre mas forcejeaba, mas rápido crecían las raíces. Se enredaron en su cuerpo, endureciéndose y comprimiéndose como corteza. Su armadura dorada se fundió con la madera, volviéndose parte de un largo tronco.

La música continuó. Las fuerzas de Hiperión retrocedieron atónitas mientras su líder era absorbido. Estiró los brazos y se volvieron ramas, de las cuales brotaban ramas más pequeñas y hojas. El árbol creció más alto y tupido, hasta que solo la cara del titán era visible en medio del tronco.

-¡No pueden encerrarme!- gritó -¡Soy Hiperión! Soy...-

La corteza se cerró sobre su cara. Grover quitó sus flautas de su boca.

- Eres un agradable árbol de maple.-

Varios de los otros sátiros se desvanecieron exhaustos. Pero hicieron bien su trabajo. El Titán estaba completamente encerrado en un enorme maple. El tronco tenía al menos 5 metros de diámetro, con ramas tan altas como las de ningún otro árbol del parque. Ese árbol podría estar ahí por siglos. El ejercito del titán comenzó la retirada. Una ovación se oyó en la cabaña de Atenea, pero nuestra victoria duro poco.

Porque justo entonces Cronos soltó su sorpresa.

¡REEEEEEEEET!

El chillido resonó sobre Manhattan. Semidioses y monstruos parecieron congelarse de terror.

Grover me lanzó una mirada de pánico. -¿Por que eso suena como...? ¡No puede ser!-

Sabía lo que estaba pensando. Dos años atrás habíamos recibido un "regalo" de Pan - un enorme jabalí que nos llevó atravesando el suroeste (Después de que tratara de matarnos). El jabalí tenía un chillido similar, pero lo que oíamos ahora parecía tener un tono más agudo, escalofriante, casi como...como si el jabalí tuviera una novia furiosa.

¡REEEEEEEEET!

Una enorme criatura rosada voló sobre la reserva - una parodia de pesadilla de Día de acción de Gracias con alas.

-¡Una cerda!- gritó Annabeth -¡Cúbranse!-

Los semidioses se escabulleron mientras la dama cerdita alada descendía en picado. Sus alas eran rosas como las de un flamenco, que combinaban con su piel hermosamente, pero era difícil pensar que era hermosa cuando sus pezuñas golpearon la tierra, casi aplastando a un hermano de Annabeth. La cerda embistió y echo abajo casi medio acre de arboles, eructando una nube de gas nocivo. Luego se dio la vuelta, preparándose para otro ataque.

-No me digas que esa cosa es de la mitología griega- me quejé.

-Me temo que si.- dijo Annabeth -La cerda Clazmoniana. Aterrorizó a los pueblos griegos en su día.-

-Déjame adivinar- dije -Hércules la venció.-

-Nop- dijo Annabeth -Hasta donde sé, ningún héroe la ha derrotado.-

-Perfecto- murmuré.

El ejército del titán se recuperaba de la conmoción. Supongo que se dieron cuenta que la cerda no iba tras ellos. Solo teníamos segundos antes de que estuvieran listos para luchar, y nuestras fuerzas aun estaban en pánico. Cada vez que la cerda eructaba, los espíritus de la naturaleza de Grover huían y se desvanecían en sus árboles.

-Esa cerda tiene que irse- Tomé un gancho de uno de los hermanos de Annabeth. -Yo me encargaré de ella. Ustedes detengan al resto de los enemigos. ¡Háganlos regresar!-

-Pero Percy- dijo Grover -¿Que tal si no podemos?-

Vi lo cansado que estaba. La magia realmente lo había debilitado. Annabeth no se veía mucho mejor peleando con un hombro herido. No sabía cómo lo estaban haciendo las cazadoras, pero el flanco derecho del ejército enemigo ahora estaba entre ellas y nosotros. No quería dejar a mis amigos en tan mala forma, pero la cerda era la mayor amenaza. Podía destruir todo: edificios, arboles, mortales dormidos. Tenía que ser detenida.

-Retírense si lo necesitan- dije -Solo retrásenlos. Volveré tan pronto como pueda.-

Antes de que pudiera cambiar de opinión, balanceé el gancho como si fuera un lazo. Cuando la cerda descendió de nuevo, lo lancé con todas mis fuerzas. El gancho se enredó en la base de una de sus alas. Chilló de ira y se giró, tirando de la cuerda y de mí hacia el cielo.

Si van hacia el centro desde Central Park, mi consejo es que tomen el subterráneo. Los cerdos voladores son más rápidos, pero mucho más peligrosos. La cerda sobrevoló el Hotel Plaza, directo hacia el cañón de la Quinta Avenida. Mi brillante plan era trepar por la cuerda subirme a la espalda de la cerda. Desafortunadamente estaba bastante ocupado balanceándome entre lámparas de la calle y los costados de los edificios.

Algo más que aprendí: Una cosa es trepar por una cuerda en el gimnasio de la escuela. Otra completamente diferente es trepar por una cuerda sujeta al ala movidiza de un cerdo mientras vuelas a cientos de kilómetros por hora.

Zigzagueamos a lo largo de varias cuerdas y seguimos hacia el sur por la avenida Park

¡Jefe! ¡Hey, jefe! Por el rabillo del ojo vi a Blackjack a toda velocidad junto a nosotros, balanceándose atrás y adelante para evitar las alas de la cerda.

-¡Cuidado!- le dije.

¡Salte! relinchó Blackjack. *Puedo atraparlo...probablemente.*

Eso no era muy reconfortante. Gran Central estaba justo adelante. Sobre la entrada principal estaba la estatua gigante de Hermes, que todavía no había sido activada porque estaba muy en alto, imaginé. Estaba volando justo hacia ella a la velocidad de: "Aplasta al semidiós".

-¡Mantente alerta!- le dije a Blackjack - Tengo una idea-

Oh, odio sus ideas.

Me balanceé hacia adelante con toda mi fuerza. En vez de aplastarme contra la estatua de Hermes, resbalé alrededor de ella, enrollando la cuerda bajo sus brazos. Pensé que esto trazaría a la cerda, pero subestimé el *momentum* de una cerda de 30 toneladas en vuelo. Justo cuando la cerda tiró la estatua se desprendió de su pedestal, y me solté. Hermes se fue de paseo, tomando mi lugar como el pasajero de la cerda, y yo caí libremente hacia la calle.

En ese alargado segundo pensé en los días en que mi mamá trabajaba en la tienda de dulces de Grand Central. Pensé en lo malo que iba a ser si terminaba como una mancha de grasa en el pavimento. Entonces una sombra se precipitó sobre mí, y de golpe estaba en el lomo de Blackjack. No fue el aterrizaje más cómodo. De hecho, cuando grite: "¡OWW!" mi voz sonó una octava más alto de lo normal.

Lo siento, jefe. Murmuró Blackjack-

-No hay problema- chillé -¡Sigue a esa cerda!-

La cerda había doblado a la derecha en la 42 Este y volaba de vuelta sobre la Quinta Avenida. Cuando voló sobre los techos, pude ver incendios aquí y allá alrededor de la ciudad, parecía que mis amigos estaban teniendo momentos difíciles. Cronos estaba atacando en varios frentes. Pero de momento, yo tenía mis propios problemas.

La estatua de Hermes seguía en la cuerda. Estaba rebotando en los edificios y girando. La cerda aterrizó sobre un edificio de oficinas, y Hermes hizo un surco en una torre de agua en el techo, salpicando agua y madera por doquier.

Entonces algo se me ocurrió.

-¡Acércate!- le dije a Blackjack.

Él relinchó en protesta.

-Solo lo suficiente para gritar- dije -Necesito hablarle a la estatua.-

Ahora estoy seguro de que lo ama, jefe. Dijo Blackjack, pero hizo lo que le pedí. Cuando estuve lo suficientemente cerca para ver el rostro de la estatua claramente, grite: -¡Hola, Hermes! Secuencia de comando: Dédalo veintitrés. ¡Mata a los cerdos voladores! Comienza la activación-

Inmediatamente la estatua movió las piernas. Parecía confundida de ver que ya no estaba en el techo de la terminal Grand Central. En vez de eso, una gran cerda alada le había dado un paseo aéreo atado a una cuerda. Había aplastado el costado de un edificio, lo que supuse que lo pondría un poco loco. Sacudí la cabeza y comencé a trepar por la cuerda. Mire hacia abajo a la calle. Estábamos cerca de la biblioteca pública, con los grandes leones de mármol flanqueando los escalones. De pronto tuve una idea extraña: ¿Las estatuas de piedra serían autómatas también? Parecía mucho pedir, pero...

-¡De prisa!- le dije a Blackjack -Párate frente a la cerda. ¡Búrlate de ella!-

Um, jefe...

-Confía en mi- dije -Puedo hacer esto...probablemente.-

Oh, seguro. Remeda al caballo.

Blackjack zumbó a través del aire. Podía volar endemoniadamente rápido cuando quería. Se posó frente a la cerda, que ahora tenía un Hermes de metal encima.

Blackjack relinchó, *¡Hueles a jamón!*

Pateó a la cerda en la trompa con sus cascos negros y se lanzó en una empinada zambullida. La cerda rugió de ira y nos siguió. Nos dirigimos directo a los escalones frontales de la biblioteca. Blackjack bajo la velocidad lo suficiente para que yo brincara, y luego siguió volando hacia las puertas principales.

Yo grité: -¡Leones! Secuencia de comando: Dédalo veintitrés. ¡Matar cerdos voladores! ¡Comenzar activación!-

Los leones se levantaron y me miraron. Probablemente pensaron que estaba bromeando. Pero justo entonces:

¡REEEEEEEEET!

El inmenso puerco-monstruo rosado aterrizó con un porrazo, quebrando la acera. Los leones la miraron, sin poder creerse su suerte, y saltaron. Al mismo tiempo, una muy golpeada estatua de Hermes cayó sobre la cabeza de la cerda y comenzó a aporrearla sin piedad con un caduceo. Esos leones tenían unas garras horribles.

Desenfundé a Riptide, pero no hubo mucho que hacer. La cerda se desintegró frente a mis ojos. Casi sentí lastima por ella. Esperaba que conociera al jabalí de sus sueños en el Tártaro.

Cuando el monstruo se convirtió completamente en polvo, los leones y la estatua de Hermes miraron alrededor confundidos.

-Pueden defender Manhattan ahora.- les dije, pero no parecieron escuchar. Se fueron a la carga hacia la avenida Park, e imagine que seguirían buscando cerdos voladores hasta que alguien los desactivara.

Hey, jefe, dijo Blackjack ¿Podemos tomarnos un descanso para comer donas?

Sequé el sudor de mi frente. -Quisiera, grandulón, pero la pelea sigue.-

De hecho, podía escucharla cerca. Mis amigos necesitaban ayuda. Salté sobre Blackjack, y volamos hacia el norte, hacia el sonido de las explosiones.

Quince

Quirón manda una fiesta.

El centro era una zona de guerra. Volamos sobre pequeñas escaramuzas por doquier. Un gigante arrancaba arboles en el parque Bryant mientras que unas driadas le lanzaban nueces. Afuera del Waldorf Astoria, una estatua de bronce de Benjamín Franklin aporreaba a un perro del infierno con un periódico enrollado. Un trío de campistas de Hefesto peleaban contra un escuadrón de dracaenaes en medio del Rockefeller Center.

Estuve tentado a detenerme y ayudar, pero por el humo y ruido podía decir que la verdadera acción se había movido más al sur. Nuestras defensas estaban colapsando. El enemigo se acercaba al edificio Empire State.

Hicimos un rápido recorrido del área rodeada. Las cazadoras habían instalado una línea de defensa en la calle 37, a solo tres manzanas del Olimpo. Al este de la avenida Park, Jake Mason y algunos campistas de Hefesto dirigían a un ejército de estatuas contra el enemigo. La cabaña de Deméter y los espíritus de naturaleza de Grover habían convertido la Sexta Avenida en una jungla que estaba obstaculizando a un escuadrón de semidioses de Cronos. El sur estaba despejado por ahora, pero los flancos del ejército enemigo se desplegaban. En pocos minutos estaríamos completamente rodeados.

-Tenemos que aterrizar donde mas nos necesiten.- murmuré.

Eso es en todas partes, jefe.

Divisé un estandarte conocido de un búho plateado en la esquina sureste de la pelea, en la 33 y el túnel de Avenida Park. Annabeth y dos de sus hermanos estaban rechazando a un gigante hiperboreano.

-¡Ahí!- le dije a Blackjack. Él se lanzó hacia la pelea.

Salté de su lomo y aterrice en al cabeza del gigante. Cuando miró hacia arriba, me deslicé por su cara, aplastándole al nariz con mi escudo al pasar.

¡RAWWWR!

El gigante se tambaleó hacia atrás, sangre azul goteando de sus fosas nasales.

Caí en el pavimento y eché a correr. El hiperboreano exhaló una nube de niebla blanca. y la temperatura cayó. El sitio donde caí ahora estaba cubierto de hielo, y yo cubierto de escarcha como una dona de azúcar.

-¡Hey, feo!- gritó Annabeth. Esperaba que le hablara al gigante, no a mí.

El niño azul aulló y se volvió hacia ella, exponiendo la parte desprotegida de sus piernas. Ataque y lo acuchillé detrás de la rodilla. WAAAAAH! El hiperboreano gritó. Esperaba que se volteara, pero se congeló. Quiero decir literalmente se convirtió en hielo solido. Del punto donde lo herí, aparecieron grietas en su cuerpo. Se hicieron mas largas y anchas hasta que el gigante se desmoronó en una montaña de fragmentos azules.

-Gracias- sonrió Annabeth, tratando de recuperar el aliento. -¿La cerda?-

-Retazo de cerdo- dije.

-Bien- flexionó su hombro. Obviamente, la herida aun le molestaba, pero vio mi expresión y puso los ojos en blanco. -Estoy bien, Percy, ¡Vamos! Aun tenemos multitud de enemigos pendientes.-

Ella tenía razón. La siguiente hora fue un borrón. Pelee como nunca antes - Evadiendo legiones de dracaenaes, eliminando docenas de telkhines con cada golpe, destruyendo Empusas y noqueando semidioses enemigos. No importaba a cuantos venciera, otros tomaban su lugar. Annabeth y yo corrimos de cuadra en cuadra, tratando de apuntalar nuestras defensas. Muchos de nuestros amigos yacían heridos en las calles. Muchos estaban perdidos.

Mientras la noche avanzaba y la luna subía, fuimos repelidos paso a paso hasta que solo estuvimos a una cuadra del Empire State en todas direcciones. En cierto momento Grover estaba junto a mí, golpeando mujeres serpiente en la cabeza con su porra. Luego desapareció en la multitud, y era Thalía la que estaba a mi lado, ahuyentando monstruos con el poder de su escudo mágico. La señorita O'Leary apareció de la nada, tomó a un gigante lestrigón de una tarascada y lo lanzó por el aire como un frisbee. Annabeth usó su gorra de invisibilidad para acercarse a las líneas enemigas. Donde un monstruo se desintegraba sin una razón aparente con una mirada de sorpresa en la cara, sabia que Annabeth había estado ahí.

Pero aun no era suficiente.

-¡Mantengan las líneas!- vocifero Katie Gardner, en algún sitio a mi izquierda.

El problema era que había muy pocos de nosotros para mantener nada. La entrada al Olimpo estaba a 6 metros detrás de mi. Un anillo de valientes semidioses, cazadoras y espíritus de la naturaleza custodiaban las puertas. Desgarre y acuchille, destruyendo todo a mi paso, pero ya estaba cansándome y no podía estar en todos lados a la vez.

Detrás de las tropas enemigas, a unas cuantas cuadras hacia el este, una luz comenzó a brillar. Pensé que era el amanecer. Entonces me di cuenta que Cronos se acercaba a nosotros conduciendo un carro dorado. Una docena de gigantes Lestrigones portaban antorchas delante de él. Dos hiperboreanos traían su estandarte purpura y negro. El Señor de los Titanes se veía fresco y descansado, sus poderes a máxima potencia. Se tomaba su tiempo avanzando, dejándome a mi venirme abajo.

Annabeth apareció junto a mí. -Vamos a tener que replegarnos hasta las puertas. ¡Protegerlas a toda costa!-

Ella tenía razón. Estaba a punto de ordenar la retirada cuando oí el cuerno de caza.

Se abrió paso entre el ruido de la batalla como una alarma de incendios. Un coro de cuernos respondieron alrededor de nosotros, haciendo eco en los edificios de Manhattan.

Miré a Thalía, pero ella solo frunció el ceño.

-No son las cazadoras- me aseguró -Todas estamos aquí.-

-¿Entonces quien?-

Los cuernos sonaban más fuerte. No podía decir de donde venían a causa del eco, pero sonaba como si un ejército entero se aproximara. Me temía que fueran mas enemigos, pero las fuerzas de Cronos se veían tan confundidas como nosotros. Los gigantes levantaron sus garrotes. Las dracaenaes sisearon. Incluso la guardia de honor de Cronos se veía intranquila.

Entonces, a nuestra izquierda, un ciento de monstruos gritaron a la vez. Todo el flanco norte de Cronos se adelantó. Pensé que estábamos perdidos, pero ellos no atacaron. Pasaron corriendo frente a nosotros y chocaron con sus aliados del sur. Una nueva oleada de cuernos resonó en la noche. El aire vibró. En un borroso movimiento una caballería completa apareció como salidos a la velocidad de la luz.

-¡Si, nene!- exclamó una voz -¡FIESTA!-

Una lluvia de flechas pasó sobre nuestras cabezas y se estrelló contra el enemigo, vaporizando cientos de demonios. Pero estas no eran flechas normales. Hacían un sonido silbante mientras volaban, como: ¡WHEEEEEEE! Algunas tenían penachos atados a ellas. Otras tenían guantes de box en vez de puntas.

-¡Centauros!- exclamó Annabeth.

El ejército de los Ponis Fiesteros apareció en medio de nosotros en un alboroto de colores: camiseras desteñidas, pelucas afro multicolores, enormes lentes de sol y caras con pintura de guerra. Algunos tenían frases pintadas en sus flancos como: PODR EQUINO o CRONOS AP.STA Cientos de ellos llenaron la cuadra. Mi cerebro no podía procesar lo que veía, pero si yo fuera el enemigo, estaría corriendo.

-¡Percy!- Quirón gritó a través del mar de centauros salvajes. Estaba vestido con armadura de la cintura para arriba, su arco en la mano, y tenía una mueca de satisfacción.

-¡Sentimos llegar tarde!-

-¡AMIGO!- gritó otro centauro -Habla después. ¡AHORA HAY QUE DESTROZAR MONSTRUOS!-

Él miró, cargó una pistola de pintura de doble barril y disparó un brillante color rosa a un perro del infierno enemigo. La pintura debía estar mezclada con polvo de bronce celestial o algo así, porque tan pronto como salpicó al perro el monstruo chilló y se disolvió en una plasta negra y rosa.

-¡PONIS FIESTEROS!- llamó un centauro -¡SUR DE FLORIDA!-

En algún lugar al otro lado del campo de batalla una voz chillante gritó en respuesta - ¡FACCIÓN DEL CORAZON DE TEXAS!-

-¡HAWAII MUESTRA SUS CARAS!- gritó un tercero.

Era lo más hermoso que hubiera visto. Todo el ejercito del titán se dio al vuelta y huyó, perseguidos por una lluvia de bolas de pintura, flechas, espadas y bates NERF de beisbol. Los centauros arrasaron con todo a su paso.

-¡No corran, idiotas!- masculló Cronos -¡Quédense y ATA...!-

La última parte fue porque un hiperboreano presa del pánico tropezó y cayó sentado sobre él. El señor del tiempo desapareció bajo un gigantesco trasero azul.

Los perseguimos por varias cuadras hasta que Quirón gritó -¡Alto! ¡A sus posiciones! ¡Alto!-

No fue fácil, pero eventualmente la orden llegó arriba y abajo a las filas de centauros, y comenzaron a replegarse, dejando huir al enemigo.

-Quirón es inteligente- dijo Annabeth, secándose el sudor del rostro. -Si los perseguimos, nos dispersaríamos demasiado. Necesitamos reagruparnos.-

-Pero el enemigo...-

-No están vencidos- estuvo de acuerdo -Pero el amanecer se acerca. Al menos hemos comprado algo de tiempo.-

No me gustó replegarme, pero sabía que ella tenía razón. Mire al último telkhin ser desbaratado en el rio Este. Luego, renuentemente me di la vuelta y regresé hacia el edificio Empire State. Instalamos un perímetro de dos cuadras, con un centro de comando en el edificio Empire State. Quirón nos informó que los Ponis Fiesteros habían enviado facciones de casi todos los estados de la Unión: cuarenta de California, dos de Rhode Island, treinta de Illinois...Cerca de quinientos habían respondido a su llamado, pero aún con tantos, no podíamos defender mas que unas cuantas cuadras.

-Amigo- dijo un centauro llamado Larry. Su playera lo identificaba como GRAN JEFE UBER, FACCIÓN NUEVO MÉXICO-¡Eso fue mas divertido que nuestra ultima convención en Las Vegas!-

-Si- dijo Owen de Dakota del Sur. Usaba una chaqueta de piel negra y un viejo casco de la Segunda Guerra Mundial. -¡Los aplastamos totalmente!-

Quirón palmeó a Owen en la espalda. -Lo hicieron bien, mis amigos, pero no se vuelvan descuidados. Cronos nunca debe ser subestimado. Ahora, ¿Por que no visitan el comedor de la 33 Oeste y consiguen el desayuno? Escuche que la facción de Delaware encontró un escondite de cerveza de raíz.-

-¡Cerveza de raíz!- Casi se pisoteaban unos a otros mientras galopaban.

Quirón sonrió. Annabeth le dio un gran abrazo, y la señorita O'Leary le lamió la cara.

-Ack- gruñó -Basta de eso, perro. Si, también me alegra verte.-

-Quirón, gracias- dije -Hablando de salvar el día.-

Él sonrió. -Lamento que haya tomado tanto. Los centauros viajan rápido, lo sabes. Podemos doblar la distancia mientras cabalgamos. Aun así, tener a todos los centauros juntos no fue tarea fácil. Los Ponis Fiesteros no son exactamente organizados.-

-¿Como pasaron a través de las defensas mágicas de la ciudad?- preguntó Annabeth.

-Eso nos retraso un poco.- admitió Quirón -Pero creo que fueron implantadas más que nada para mantener a los mortales afuera. Cronos no quiere a los endebles humanos entrometiéndose en su gran victoria.-

-Así que tal vez otros refuerzos podrían llegar.- dije esperanzado.

Quirón se acarició la barba. -quizás, pero el tiempo es poco. Tan pronto como Cronos se reorganice, atacará de nuevo. Sin el elemento sorpresa de nuestro lado...-

Entendí lo que quería decir. Cronos no estaba derrotado. No por mucho tiempo. En parte esperaba que Cronos hubiera sido aplastado bajo el trasero del gigante hiperboreano, pero lo sabía bien. Él regresaría, esta noche a mas tardar.

-¿Y Tifón?- pregunté.

El rostro de Quirón se ensombreció. -Los dioses se están cansando. Dioniso fue incapacitado ayer. Tifón aplastó su carro, y el dios del vino se desplomó en algún lugar de los Apalaches. Nadie lo ha visto desde entonces. Hefesto esta fuera de la acción también. Fue derribado de la batalla tan fuertemente que creó un nuevo lago en Virginia del Este. Sanara, pero no lo suficientemente rápido como para ayudar. Los demás siguen peleando. Han conseguido retrasar la llegada de Tifón. Pero el monstruo no puede ser detenido. Llegará a New York para mañana a estas horas. Una vez que él y Cronos combinen fuerzas...-

-¿Entonces que oportunidad tenemos?- dije -No podemos aguantar otro día.-

-Tenemos que hacerlo- dijo Thalía -Veré que se instalen algunas trampas nuevas alrededor del perímetro.-

Ella se veía exhausta. Su chaqueta estaba embarrada de mugre y polvo de monstruo, pero consiguió ponerse en pie y se tambaleó.

-Yo le ayudaré.- decidió Quirón -Debo asegurarme de que mis hermanos no se destrampen demasiado con la cerveza de raíz.-

Pensé que "destrampar demasiado" describía muy bien a los Ponis Fiesteros, pero Quirón se fue galopando, dejándonos a Annabeth y a mi solos. Ella limpió la porquería de monstruo de su cuchillo. La había visto hacerlo cientos de veces, pero nunca pensé acerca de por que le importaba tanto esa hoja.

-Al menos tu mamá esta bien.- comenté.

-Si puedes decirle "estar bien" a pelear con Tifón.- Ella me miró a los ojos -Percy, aun con la ayuda de los centauros, estoy empezando a pensar...-

-Lo sé- Tenía el mal presentimiento de que esta podía ser nuestra última oportunidad de hablar, y sentía que había un millón de cosas que no le había dicho. -Escucha, hubo algunas...visiones, que Hestia me mostró.-

-¿Quieres decir, acerca de Luke?-

Tal vez solo era una suposición, pero tenía la sensación de que Annabeth sabía lo que me había estado guardando. Tal vez ella había tenido sus propios sueños.

-Si- dije -Tú, Thalía y Luke. Cuando se conocieron. Y la vez que conocieron a Hermes.-

Annabeth deslizó su cuchillo de vuelta en su funda. -Luke prometió que nunca dejaría que me lastimaran. Dijo...Dijo que seríamos una nueva familia, y que sería mejor que la suya.-

Sus ojos me recordaban a esa niña de siete años en el callejón - enojada, asustada, desesperada por tener un amigo.

-Thalía habló conmigo antes.- dije -Ella teme...-

-Que no yo pueda enfrentar a Luke- dijo tristemente.

Asentí. -Pero hay algo más que deberías saber. Ethan Nakamura parece pensar que Luke todavía estaba vivo dentro de su cuerpo, tal vez combatiendo a Cronos por el control.-

Annabeth trató de ocultarlo, pero casi pude ver su mente trabajando en las posibilidades, quizás empezando a tener esperanza.

-No quería decírtelo.- Admití.

Ella miró al Empire State. -Percy, durante mucho tiempo en mi vida, sentí como si todo cambiara, todo el tiempo. No tenía a nadie con quien contar.-

Asentí. Eso era algo que la mayoría de los semidioses podría entender.

-Hui cuando tenía siete- dijo -Luego con Luke y Thalía, pensé que había encontrado una familia, pero se separó casi inmediatamente. Lo que digo es que...Odio cuando la gente me defrauda, cuando las cosas son temporales. Pienso que es por eso que quiero ser Arquitecto.-

-Para construir algo permanente- dije -Un monumento que dure miles de años.-

Ella me sostuvo la mirada.- Supongo que suena como mi defecto fatal otra vez.-

Hacia años en el Mar de los Monstruos, Annabeth me había contado que su defecto fatal era el orgullo - pensar que podía arreglarlo todo. Incluso pude dar un vistazo a su más profundo deseo, que le fue mostrado por la magia de las sirenas. Annabeth había imaginado a su madre y padre juntos, de pie frente a un recientemente reconstruido Manhattan, diseñado por Annabeth. Y Luke estaba ahí también - siendo bueno de nuevo, recibéndola de vuelta a casa.

-Creo que entiendo como te sientes- dije -Pero Thalía tiene razón. Luke ya te ha traicionado muchas veces. Ya era maligno incluso antes de Cronos. No quiero que te lastime más.-

Annabeth apretó los labios. Noté que trataba de no enloquecer.

-Y tú entenderás si sigo esperando que haya una oportunidad de que estés equivocado.-

Desvié la mirada. Sentía que había hecho lo mejor que podía, pero eso no me hizo sentir ni un poco mejor. Cruzando la calle, los campistas de Apolo habían instalado un hospital para atender a los heridos - docenas de campistas y casi tantas cazadoras. Veía el trabajo médico, y pensaba en nuestras escasas posibilidades de defender el monte Olimpo...

Y de pronto: yo ya no estaba ahí.

Estaba de pie en un grande y sórdido bar con paredes negras, luces de neón y un montón de adultos de fiesta. un letrero a lo largo del bar decía: FELIZ CUMPLEAÑOS, BOBBY EARL. Música country sonaba en los altavoces. Tipos grandes vestidos con vaqueros y camisetas de trabajo llenaban el bar. Meseras cargando bandejas de bebidas y gritando unas a otras. Era bastante como el tipo de sitio al que mi mamá nunca me dejaría ir.

Yo estaba en el fondo de la habitación, junto a los baños (Que no olían nada bien) y a un par de viejas maquinas de videojuegos.

-Oh, bien. Aquí estas.- dijo el hombre en la maquina de Pac-Man -Tomaré una Coca-cola light.-

Era un tipo rechoncho con una camisa hawaiana de tipo piel de leopardo, pantalones cortos color púrpura, zapatos deportivos rojos y calcetas negras, que no lo mezclaban exactamente bien con la multitud. Su nariz estaba roja y brillante. Un vendaje estaba puesto alrededor de su rizado cabello negro como si se estuviera recuperando de una contusión.

Parpadee. -¿ Señor D.?

Él suspiró, sin quitar los ojos del juego. -En serio, Peter Johnson, ¿Cuanto te va a llevar reconocermé de primera vista?-

-Casi tanto como le tome a usted aprenderse mi nombre- murmuré -¿Donde estamos?-

-Bueno, en la fiesta de cumpleaños de Bobby Earl- dijo Dioniso -En algún lugar de la encantadora América rural.-

-Pensé que Tifón lo había derribado del cielo. Dijeron que se había estrellado.-

-Lo tuyo es la sutileza. Si, me estrellé. Muy dolorosamente. De hecho, parte de mi sigue enterrada bajo cientos de metros de escombros en una mina de carbón abandonada. Tomará varias horas más antes de que tenga fuerzas suficientes para reponerme. Pero entre tanto, parte de mi conciencia esta aquí.-

-En un bar, jugando Pac-Man.-

-Tiempo libre- dijo Dioniso -Seguro has oído de él. Donde quiera que haya una fiesta, mi presencia es invocada. Debido a esto, puedo existir en muchos lugares a la vez. El único problema es encontrar una fiesta. No se si estés consciente de que tan serias son las cosas fuera de tu pequeña burbuja segura de New York...-

- "¿Pequeña burbuja segura?"-

-...pero créeme, los mortales aquí en el centro están en pánico. Tifón los ha aterrorizado. Muy pocos están celebrando fiestas. Aparentemente Bobby Earl y sus amigos, benditos sean, son un poco lentos. No se han dado cuenta de que el mundo se está acabando.-

-Entonces... ¿No estoy en verdad aquí?-

-No. En un momento te enviaré de vuelta a tu vida normal e insignificante, y será como si nada hubiera pasado.-

-¿Y por qué me traje aquí?-

Dioniso resopló. -Oh, no te quería a ti en particular. Cualquiera de ustedes, ingenuos héroes, hubiera servido. Esa chica Annie...-

-Annabeth-

-El punto es,- dijo -te traje a una fiesta para entregar un mensaje. Estamos en peligro.-

-Wow- dije -Nunca lo hubiera imaginado. Gracias.-

Me fulminó con la mirada y momentáneamente olvidó su juego. Pac-Man fue comido por el fantasma rojo.

-¡*Erre es korakas*, Blinky!- maldijo Dioniso -¡Tendré tu alma!-

-Um, es un personaje de videojuego.- dije.

-¡Eso no es excusa! ¡Y estas arruinando mi juego, Jorgenson!-

-Jackson-

-¡Como sea! ahora escucha, la situación es mas grave de lo que te imaginas. Si el Olimpo cae, no solo los dioses se desvanecerán, sino que todo lo que este conectado con nuestro legado también empezará a desmoronarse. La misma hechura de su endeble civilización...-

En el juego sonó una canción y el señor D. avanzó al nivel 254.

-¡Ha!- gritó -¡Tomen eso, demonios pixelados!-

-Um, hechura de la civilización.- apunté.

-Si, si. Toda tu sociedad se disolverá. Tal vez no de golpe, pero recuerda mis palabras, el caos de los Titanes significará el fin de la civilización occidental. Arte, leyes, degustaciones de vino, música, videojuegos, camisas de seda, pinturas de terciopelo negro - ¡todas las cosas que hacen que la vida valga la pena desaparecerán!-

-¿Entonces por que los dioses no corren de vuelta a ayudarnos? - dije -Podríamos combinar fuerzas en el Olimpo. Olvídense de Tifón.-

Él chasqueó los dedos impaciente. -Tú olvidaste mi Coca-cola light.-

-Dioses, usted es insoportable. -Llame la atención de una mesera y ordene el estúpido refresco. Lo puse sobre un mantel de Bobby Earl.

El señor D. tomó un buen trago. Sus ojos nunca dejaron el videojuego. -La verdad es, Pierre...-

-Percy-

-...que los otros dioses nunca admitirían esto, pero en realidad necesitamos que ustedes, mortales, salven al Olimpo. Veras, nosotros somos manifestaciones de su cultura. Si no les importa lo suficiente para salvar el Olimpo ustedes mismos...-

-Como Pan,- dije -depende de los sátiros salvar la vida salvaje.-

-Si, mas o menos. Negaré que dije esto, por supuesto, pero los dioses necesitan a los héroes. Siempre lo han hecho. De otro modo no los mantendríamos cerca, pequeñas criaturas molestas.-

-Me siento muy necesitado. Gracias.-

-Usen el entrenamiento que les he dado en el campamento.-

-¿Cual entrenamiento?-

-Ya sabes. Todas esas técnicas de héroe y... ¡No!- El señor D. golpeó la consola de juegos. -*¡Na pari i eychi!* ¡El ultimo nivel!-

Él me miró, y un fuego purpura apareció en sus ojos. -Por lo que recuerdo, una vez predije que tú te volverías tan egoísta como todos los demás héroes humanos. Bien, esta es tu oportunidad de probar que me equivoco.-

-Si, hacerlo sentir orgulloso esta muy arriba en mi lista.-

-¡Debes salvar el Olimpo, Pedro! Deja a Tifón a los Olímpicos, y salva nuestros asientos de poder. ¡Debe hacerse!-

-Grandioso. Que agradable platica. Ahora, si no le importa, mis amigos deben estarse preguntando...-

-Hay mas- advirtió el señor D. -Cronos aun no ha obtenido todo su poder. El cuerpo de un mortal es solo una medida temporal.-

-Ya suponíamos eso.-

-¿Y también supusieron que dentro de un día como mucho, Cronos hará arder ese cuerpo mortal y tomará la verdadera forma de un rey de los Titanes?-

-Y eso significa...-

Dioniso insertó otra moneda. -Sabes acerca de la verdadera forma de los dioses.-

-Si. No puedes mirarlos sin arder.-

-Cronos seria diez veces más poderoso. Su sola presencia te incineraría. Y una vez que alcance esto, él dará poder a los otros titanes. Ellos están débiles ahora, comparado con lo que serán pronto, a menos que los detengan. El mundo caerá, los dioses morirán, y nunca alcanzare una puntuación perfecta en esta estúpida maquina.-

Quizás debí estar aterrorizado, pero honestamente, ya estaba todo lo asustado que podía estar.

-¿Ya me puedo ir?- pregunté.

-Una última cosa. Mi hijo Pólux, ¿Esta vivo?-

Parpadeé. -Si, la última vez que lo vi.-

-Apreciaría mucho que pudieras mantenerlo así. Perdí a su hermano Castor el año pasado...-

-Lo recuerdo- lo miré, tratando de abrigar en mi mente la idea de que Dioniso pudiera ser un padre cuidadoso. Me pregunté cuantos otros Olímpicos estarían pensando en sus hijos semidioses justo ahora. -Haré lo mejor que pueda.-

-Lo mejor que puedas- murmuré Dioniso -Bueno, eso no es muy reconfortante. Vete ya. Tienes algunas sorpresas desagradables con que lidiar, ¡Y yo debo derrotar a Blinky!-

-¿Sorpresas desagradables?-

Agitó su mano, y el bar desapareció.

Estaba de vuelta en la Quinta Avenida. Annabeth no se había movido. No dio ninguna señal de que yo me hubiera ido ni nada.

Me vio con la mirada fija y gesticulando. -¿Que?-

-Um...Nada, creo.-

Miré hacia la avenida, preguntándome que quiso decir el señor D. con lo de sorpresas desagradables. ¿Cuanto más mal podían estar las cosas? Mis ojos se posaron en un golpeado auto azul. El toldo estaba muy dañado, como si alguien hubiera abierto a martillazos unos grandes cráteres. Sentí un hormigueo. ¿Por que ese coche me parecía tan familiar? Entonces me di cuenta de que era un Prius.

El Prius de Paul.

Eché a correr por la calle.

-¡Percy!- me llamó Annabeth. -¿Que estas haciendo?-

Paul estaba inconsciente en el asiento del conductor. Mi mamá roncaba junto a él. Mi mente se sentía embotada. ¿Como fue que no los vi antes? Habían estado aquí sentados en el tráfico por más de un día, la batalla rugiendo a su alrededor, y yo ni siquiera lo había notado.

-Ellos...Deben haber visto esas luces azules en el cielo.- Jalé las puertas pero estaban aseguradas. -Necesito sacarlos de aquí,.

-Percy- dijo Annabeth amablemente.

-¡No puedo dejarlos aquí!- Soné un tanto demente. Golpeé el parabrisas. -Tengo que moverlos. Tengo que...-

-Percy...solo, espera. -Annabeth llamó a Quirón, que estaba hablando con unos centauros una cuadra abajo. -Podemos empujar el auto a una calle lateral, ¿de acuerdo? Ellos van a estar bien.-

-Mis manos temblaban. Después de todo lo que había pasado en estos pocos días, me sentía tan estúpido y débil, pero el ver a mis padres me hizo querer desistir.

Quirón galopó hasta nosotros. -¿Que...oh, cielos. Ya veo.-

-Venían a encontrarme- dije -Mi mamá debió sentir que algo andaba mal.-

-Lo más probable.- dijo Quirón -Pero, Percy, ellos estarán bien. Lo mejor que podemos hacer por ellos es mantenernos enfocados en nuestro trabajo.-

Entonces me di cuenta que había algo en el asiento trasero del Prius, y mi corazón dio un vuelco. Detenida con el cinturón de seguridad había una vasija griega blanca y negra de casi un metro de alto. Su tapa estaba sostenida con unas correas de cuero.

-No puede ser- murmuré.

Annabeth puso su mano contra la ventana. -¡Es imposible! Pensé que la habías dejado en el Plaza.-

-Encerrada en la caja fuerte.- confirmé.

Quirón vio la vasija y sus ojos se abrieron sorprendidos. -Esa no será...-

-La vasija de Pandora. -Le conté de mi encuentro con Prometeo.

-Entonces la vasija es tuya.- dijo Quirón amargamente. -Te seguirá y tentara a abrirla, no importa donde la dejes. Aparecerá cuando estés mas débil.-

Como ahora, pensé. Viendo a mis indefensos padres.

Me imaginé a Prometeo sonriendo, ansioso por ayudarnos, pobres mortales. *Libera la esperanza, y sabré que estas rindiéndote. Te prometo que Cronos será clemente.*

La ira surgió dentro de mí. Desenfundé a Riptide y atravesé la ventana del conductor como si fuera de plástico adherente.

-Pondremos el auto en neutral- dije -Lo empujaremos fuera del camino. Y llévense esa estúpida vasija al Olimpo.-

Quirón asintió -Buen plan, Percy, pero...-

Lo que fuera que iba a decir, titubeó. Un estruendo metálico crecía en la distancia - como el chop-chop-chop de un helicóptero. En una mañana de Lunes normal en New York, esto no hubiera sido gran cosa, pero después de dos días de silencio, un helicóptero mortal era la cosa mas rara que hubiera oído. Unas cuantas cuerdas al este, el ejército de monstruos chilló y se burló cuando el helicóptero estuvo a la vista. Era un modelo civil pintado de rojo oscuro, con un brillante logotipo "ED" en unos de los costados. Las palabras bajo el logo eran muy pequeñas para leerse, pero yo sabía lo que decían: Empresas Dare.

Mi garganta se cerró. Miré a Annabeth y supe que también había reconocido el logotipo. Su cara estaba tan roja como el helicóptero.

-¿Que está haciendo ella aquí?- exigió Annabeth. -¿Como atravesó la barrera?-

-¿Quien?- Quirón de veía confuso -¿Que mortal estaría lo suficientemente loco...?-

De pronto el helicóptero se inclinó hacia adelante.

-¡El encantamiento de Morfeo! Ese estúpido piloto mortal se ha dormido.-

Miré horrorizado mientras el helicóptero se balanceaba a los lados, cayendo directo hacia un edificio de oficinas. Incluso si no se estrellaba, los dioses del aire probablemente lo derribarían del cielo por acercarse al Empire State.

Estaba paralizado, no podía moverme, pero Annabeth silbó y Guido el Pegaso apareció de la nada galopando.

¿Llamaron a un apuesto corcel? Preguntó.

-Vamos, Percy. -gruñó Annabeth -Tenemos que salvar a *TU* amiga.-

Dieciséis

Recibimos ayuda de un impostor.

He aquí mi definición de "No-divertido". Volar en un pegaso hacia un helicóptero fuera de control. Si Guido hubiera tenido un poco menos de experto volador, hubiéramos sido despedazados como confeti.

Podía oír a Rachel gritar adentro. Por alguna razón, ella no se había quedado dormida, pero podía ver al piloto desvanecido sobre los controles, meciéndose adelante y atrás mientras el helicóptero se tambaleaba hacia un lado de un edificio de oficinas.

-¿Ideas?- le pregunté a Annabeth.

-Vas a tener que tomar a Guido e irte- dijo.

-¿Que vas a hacer tú?-

En respuesta, ella dijo: "¡Hyah!" y Guido se lanzó en picado.

-¡Agáchate!- gritó Annabeth.

Pasamos tan cerca de los rotores que sentí que la fuerzas de las aspas me arrancaba el cabello. Pasamos zumbando por un lado del helicóptero y Annabeth se sujetó a la puerta.

Ahí fue donde las cosas se pusieron peores.

El ala de Guido chocó contra el helicóptero. Se precipitó en caída conmigo sobre su lomo, dejando a Annabeth colgada de la puerta del aparato volador. Estaba tan aterrorizado que apenas podía pensar, pero mientras Guido caía en espiral tuve un fugaz vistazo de Rachel jalando a Annabeth hacia adentro del helicóptero.

-¡Resiste!- le grité a Guido.

¡Mi ala! se quejó, está arruinada.

-¡Puedes hacerlo!- Desesperadamente traté de recordar lo que Silena solía decirnos en las clases de Vuelo sobre Pegasos: "Solo relajen el ala. Extiéndanla y planeen."

Nos sentíamos como una roca - directamente hacia el pavimento desde cien metros de altura. En el último momento Guido extendió sus alas. Vi las caras de los centauros muy cerca de nosotros. Entonces salimos de la caída en picado, planeamos unos 15 metros y nos desplomamos al pavimento - pegaso sobre semidiós.

¡Ow! lloriqueó Guido. Mis patas. Mi cabeza. Mis alas.

Quirón galopó hasta nosotros con su bolsa médica y comenzó a trabajar en el pegaso. Me puse de pie. Cuando miré hacia arriba, el corazón se me subió a la garganta. El helicóptero estaba a solo unos segundos de estrellarse contra el costado del edificio. De pronto milagrosamente el helicóptero se enderezó. Giró en círculo y flotó. Muy lentamente, comenzó a descender. Pareció tardar para siempre. Pero finalmente el helicóptero aterrizó con un porrazo en medio de la Quinta Avenida. Miré a través del parabrisas y no pude creer lo que vi. Annabeth estaba en los controles.

Corrí hacia adelante mientras los rotores giraban hasta detenerse. Rachel abrió la puerta lateral y sacó a rastras al piloto. Rachel todavía vestía como si estuviera de vacaciones, en pantalones cortos de playa, una playera y sandalias. Su cabello estaba recogido y su rostro verde por el paseo en helicóptero. Annabeth salió al fin.

La miré sorprendido. -No sabía que podías pilotar un helicóptero.-

-Tampoco yo- dijo -Mi papá está loco por la aviación. Además, Dédalo tenía algunas notas de maquinas voladoras. Solo hice mi mejor intento con los controles.-

-Me salvaste la vida.- dijo Rachel.

Annabeth flexionó su hombro herido. -Si, bueno...No lo hagamos un hábito. ¿Que estas haciendo aquí, Dare? ¿No se te ocurrió algo mejor que volar hacia una zona de guerra?-

-Yo... -Rachel me miró -Tenia que estar aquí. Sabía que Percy estaba en problemas.-

-Tienes razón.- gruñó Annabeth -Bueno, si me disculpan, tengo algunos amigos heridos que atender. Que bueno que pases por aquí, Rachel.-

-Annabeth- la llamé.

Se marchó sin miramientos.

Rachel se desplomó en el bordillo de la acera y puso la cabeza entre sus manos. -Lo siento, Percy. No pretendía...Siempre hecho las cosas a perder.-

Era difícil discutir con ella, pensando que me agradaba que estuviera a salvo. Miré en la dirección en que Annabeth se fue, pero ella había desaparecido entre la gente. No podía creer lo que acababa de hacer - salvar la vida de Rachel, aterrizar un helicóptero y luego marcharse como si no fuera la gran cosa.

-Esta bien- le dije a Rachel, aunque mis palabras sonaban vacías. -¿Así que cual es el mensaje que querías entregar?-

Ella frunció el ceño. -¿Como sabias acerca de eso?-

-Un sueño-

Rachel no pareció sorprendida. Jaló sus pantaloncillos playeros. Estaban cubiertos de dibujos, lo que no era inusual en ella, pero estos símbolos los reconocía: letras griegas, imágenes de cuentas del campamento, bocetos de monstruos y rostros de dioses. No entendía como Rachel podía saber de esas cosas. Nunca había estado en el Olimpo o el campamento.

-He estado viendo cosas también. -musitó -Quiero decir, no solo a través de la Niebla. Esto es diferente. He estado haciendo dibujos, escribiendo líneas...-

-En griego antiguo- dije -¿Sabes lo que dicen?-

-Eso es lo que quería hablar contigo. Esperaba...bueno, si hubieras venido con nosotros de vacaciones, esperaba que tú pudieras ayudarme a descubrir que me esta pasando.-

Ella me miró suplicante. Su rostro estaba quemado por el sol de la playa. Su nariz se despellejaba. No podía reponerme de la impresión de que ella estuviera aquí en persona. Había forzado a su familia a acortar sus vacaciones, accedido a ir a una horrible escuela, y volado un helicóptero a una batalla de monstruos solo para verme. A su manera, ella era tan valiente como Annabeth. Pero lo que le pasaba con esas visiones realmente me desconcertaba. Tal vez era algo que le pasaba a todos los mortales que podía ver a través de la Niebla. Pero mi mamá nunca me habló de nada como eso. Y las palabras de Hestia acerca de la mamá de Luke venían de nuevo a mi mente: "May Castellan fue muy lejos. Trató de ver demasiado."

-Rachel- dije -Desearía saber. Quizás deberíamos preguntarle a Quirón...-

Ella retrocedió como si hubiera recibido un choque eléctrico. -Percy, algo está a punto de suceder. Un engaño que terminará en muerte.-

-¿Que quieres decir? ¿La muerte de quien?-

-No lo sé- miró nerviosamente alrededor -¿No lo sientes?-

-¿Ese es el mensaje que querías decirme?-

-No- Ella dudó. -Lo siento. No tiene sentido, pero ese pensamiento simplemente me vino. El mensaje que escribí en la playa era diferente. Tenía tu nombre.-

-Perseus- recordé -En griego antiguo.-

Rachel asintió. -No sé su significado. Pero sé que es importante. Tienes que oírlo. Decía: Perseus, tú no eres el héroe.-

La miré como si acabara de abofetearme. -¿Viajaste miles de kilómetros para decirme que no soy el héroe?-

-Es importante- insistió -Afectará lo que haces.-

-¿No soy el héroe de la profecía? ¿O el héroe que derrotará a Cronos? ¿Que quieres decir?-

-Yo...Lo siento, Percy. Es todo lo que sé. Tenía que decírtelo porque...-

-¡Bien!- Quirón se acercó. -Esta debe ser la señorita Dare.-

Quise gritarle que se largara, pero por supuesto no lo hice. Traté de mantener mis emociones bajo control. Sentía como si tuviera otro huracán personal girando alrededor de mí.

-Quirón, Rachel Dare.- dije -Rachel, este es mi maestro Quirón.-

-Hola- dijo Rachel, abatida. No parecía para nada sorprendida de que Quirón fuera un centauro.

-No está dormida, señorita Dare.- notó Quirón -¿Y aún así es mortal?-

-Soy mortal- ella aceptó, como si fuera un pensamiento deprimente. -El piloto cayó dormido tan pronto pasamos el río. No sé por qué yo no. Solo sé que tenía que estar aquí, para advertir a Percy.-

-¿Advertir a Percy?-

-Ella ha estado viendo cosas- dije -Escribiendo líneas y haciendo dibujos.-

Quirón levantó una ceja. -¿Ah, sí? Cuéntame.-

Rachel le contó las mismas cosas que a mí. Quirón tiró de su barba.

-Señorita Dare...quizás deberíamos hablar.-

-Quirón- balbuceé. Tuve una repentina y terrible imagen del campamento mestizo en los 90's, y May Castellan gritando en el ático. -Tú...Ayudarás a Rachel, ¿Verdad? Quiero decir, le advertirás que sea cuidadosa con estas cosas. Que no vaya muy lejos.-

Su cola se balanceaba como hacia cuando estaba nervioso. -Si, Percy. Haré mi mejor esfuerzo por entender lo que le esta pasando y advertirla a la señorita Dare, pero eso tomará algún tiempo. Mientras tanto, deberías descansar. Movimos el auto de tus padres a un lugar seguro. El enemigo parece mantenerse a la espera por ahora. Instalamos literas en el edificio Empire State. Ve a dormir.-

-Todo mundo sigue diciéndome que duerma. -gruñí -No necesito dormir.-

Quirón esbozó una sonrisa. -¿Te has visto recientemente, Percy?-

Miré mis ropas, que estaban chamuscadas, quemadas, desgarradas y agujereadas por mi noche de batalla constante. -Me veo como muerto- admití -¿Pero crees que puedo dormir después de lo que acaba de pasar?-

-Podrás ser invulnerable en combate- me reprendió -Pero eso solo hace que tu cuerpo se cansa mas de prisa. Recuerdo a Aquiles. Donde fuera que ese rapaz no estuviera peleando, estaba durmiendo. Debía de tomar unas 20 siestas al día. Tú, Percy, necesitas tu descanso. Puedes ser nuestra única esperanza.-

Quise quejarme de que yo no era la única esperanza. De acuerdo con Rachel, ni siquiera era el héroe. Pero la mirada en los ojos de Quirón dejaba claro que no iba a tomar un "no" como respuesta.

-De acuerdo- gruñí -Hablen.-

Arrastré los pies hacia el edificio Empire State. Cuando miré atrás, Rachel y Quirón estaban hablando muy serios, como si discutieran arreglos funerales. Dentro del recibidor, encontré una litera vacía y me tumbé, seguro de que no podría dormir. Un segundo después, mis ojos se cerraron.

En mi sueño, estaba de nuevo en el jardín de Hades. El señor de los muertos se paseaba de arriba a abajo, tapándose las orejas mientras Nico lo seguía, agitando los brazos.

-¡Tienes que hacerlo!- insistía Nico.

Démeter y Perséfone se sentaban juntas en la mesa del desayuno. Ambas diosas se veían aburridas. Démeter vació harina cernida en cuatro grandes tazones. Perséfone cambiaba mágicamente los arreglos florales de la mesa, cambiando las flores de rojas a amarillas a moteadas.

-¡No tengo que hacer nada!- los ojos de Hades brillaron -¡soy un dios!-

-Padre- dijo Nico -si el Olimpo cae, la seguridad de tu propio palacio no importará. Te desvanecerás también.-

-Yo no soy un Olímpico- masculló -Mi familia ha dejado eso bien claro.-

-Lo eres- dijo Nico -Te guste o no.-

-Viste lo que le hicieron a tu madre.- dijo Hades -Zeus la mató- ¿Y tengo que ayudarlos? ¡Se merecen lo que tienen!-

Perséfone suspiró. Hizo caminar sus dedos por la mesa, cambiando la platería por rosas inconscientemente. ¿Podríamos, por favor, no hablar de esa mujer?-

-¿Sabes que le ayudaría a este muchacho?- musitó Démeter -Agricultura-

Perséfone puso los ojos en blanco. -Madre...-

-Seis meses detrás del arado. Forja un excelente carácter.-

Nico se plantó frente a su padre, forzando a Hades a mirarlo. -Mi madre entendía lo que es la familia. Por eso no quería dejarnos. No puedes abandonar a tu familia solo porque hicieron algo terrible. Tú les has hecho cosas horribles también.-

-¡María murió!- le recordó Hades.

-¡No puedes solamente aislarte de los otros dioses!-

-Lo he hecho muy bien por miles de años.-

-¿Y eso te ha hecho sentir mejor?- cuestionó Nico -¿Esa maldición sobre la Oráculo te ayudó en algo? Guardar rencores es un defecto fatal. Bianca me advirtió acerca de eso, y ella tenía razón.-

-¡Para los semidioses! ¡Yo soy inmortal, todopoderoso! No ayudaría a los otros dioses si me rogaran, si el mismo Percy Jackson me suplicara...-

-¡Eres tan exiliado como lo soy yo!- gritó Nico -Deja de estar enojado por eso y haz algo útil por una vez. ¡Es la única manera en que te respetarán!-

La palma de Hades se llenó de un fuego negro.

-Adelante- dijo Nico -Vuélame en pedazos. Eso es justo lo que los otros dioses esperarían de tú. Pruébales que tienen razón.-

-Si, por favor.- pidió Démeter -Cállalo.-

Perséfone suspiró. -Oh, no lo sé. Preferiría pelear en la guerra que comer otro tazón de cereal. Esto es aburrido.-

Hades rugió de ira. Su bola de fuego golpeó un árbol plateado junto a Nico, derritiéndolo en una piscina de metal líquido.

Y mi sueño cambió.

Estaba parado afuera de las Naciones unidas, a mas de un kilometro al Noreste del Empire State. El ejército del titán había instalado un campamento alrededor del complejo de la ONU. Las astas estaban adornadas con horribles trofeos - cascos y piezas de armaduras de los campistas derrotados. A lo largo de la Primera Avenida unos gigantes afilaban sus hachas. Los telkhines reparaban sus armaduras en forjas provisionales. Cronos en persona se paseaba en lo alto de la plaza, oscilando su guadaña, así que sus guardaespaldas dracaenaes se mantenían lejos. Ethan Nakamura y Prometeo estaban de pie, fuera del alcance del corte. Ethan jugueteaba nervioso con las correas de su escudo, pero Prometeo se veía tan calmado y tranquilo como siempre en su esmoquin.

-Odio este lugar- gruñó Cronos -"Naciones Unidas". Como si la humanidad pudiera reunirse alguna vez. Recuérdenme destrozar este edificio después de destruir el Olimpo.-

-Si, Señor- Prometeo sonrió como si la ira de su amo lo divirtiera. -¿Destrozamos los establos en Central Park también? Sé cuanto le molestan los caballos.-

-¡No te burles, Prometeo! Esos malditos centauros lamentarán haber interferido. Se los daré a comer a los perros del infierno, empezando por ese hijo mío - ese debilucho Quirón.-

Prometeo sonrió. -Ese debilucho destruyó a una legión entera de telkhines con sus flechas.-

Cronos osciló su guadaña y cortó un asta bandera a la mitad. Los colores nacionales de Brasil cayeron sobre el ejército, aplastando a una dracaena.

-¡Los destruiremos!- rugió Cronos. -Es tiempo de soltar al drakón. Nakamura, tú lo harás.-

-Ssi, mi Señor. ¿Al anochecer?-

-No- dijo Cronos -Inmediatamente. Los defensores del Olimpo están malheridos- No esperarán un ataque repentino. Además, sabemos que no pueden vencer a este drakón.-

Ethan se veía confuso. -¿Mi señor?-

-No te importa, Nakamura. Solo haz mi voluntad. Quiero al Olimpo en ruinas para cuando Tifón llegue a New York. ¡Destruiremos a los dioses completamente!-

-Pero, mi señor- dijo Ethan -Su regeneración.-

Cronos apuntó a Ethan, y el semidiós se congeló.

-¿Parece- siseó Cronos -que necesite regenerarme?-

Ethan no respondió. Es bastante difícil cuando estás inmovilizado en el tiempo.

Cronos chasqueó los dedos y Ethan se desplomó.

-Pronto- masculló el titán -esta forma será innecesaria. No descansaré con la victoria tan cerca. ¡Ahora, vete!-

Ethan huyó a toda prisa.

-Esto es peligroso, mi señor- advirtió Prometeo -No sea impaciente.-

-¿Impaciente? ¿Después de podirme tres mil años en las profundidades del Tártaro, me llamas impaciente? Destrozaré a Percy Jackson en mil pedazos.-

-Dos veces ha peleado con él- señaló Prometeo -Y aun sigue diciendo que está por debajo de la dignidad de un Titán pelear con un simple mortal. Me pregunto si su anfitrión mortal estará influenciándolo, debilitando su juicio.-

Cronos volvió sus ojos dorados al otro titán. -¿Me llamas débil?-

-No, mi señor. Solo quiero decir...-

-¿Tu lealtad está dividida?- preguntó Cronos -Tal vez extrañes a tus viejos amigos, los dioses. ¿Quieres unirte a ellos?-

Prometeo palideció. -Me he expresado mal, Mi Señor. Sus órdenes serán obedecidas.- Se volvió hacia el ejército y gritó: -¡PREPARENSE PARA LA BATALLA!-

Las tropas comenzaron a agitarse. Desde algún lugar detrás del complejo de las Naciones Unidas, un feroz rugido sacudió la ciudad - el sonido de un drakón despertando. El ruido fue tan horrible que me despertó, y noté que aun lo escuchaba a un kilometro de distancia.

Grover estaba junto a mí, luciendo nervioso. -¿Que fue eso?-

-Ya vienen- dije -Y estamos en problemas.-

La cabaña de Hefesto se había quedado sin Fuego Griego. La cabaña de Apolo y las cazadoras hurgaban buscando flechas. Muchos de nosotros habíamos ingerido tanta

ambrosia y néctar que no nos atrevíamos a tomar más. Teníamos dieciséis campistas, quince cazadoras, y media docena de sátiros quedaban en forma para pelear. El resto se había refugiado en el Olimpo. Los Ponis Fiesteros trataban de formar filas, pero se tambaleaban y tropezaban y todos apestaban a cerveza de raíz. Los de Texas se daban topes en la cabeza con los de Colorado. El grupo de Missouri discutía con el de Illinois. Las oportunidades eran muy buenas de que todo el ejercito acabara peleándose unos con otros en vez de contra el enemigo.

Quirón trotó con Rachel a sus espaldas. Sentí una punzada de molestia porque Quirón rara vez daba a alguien un paseo, y nunca a un mortal.

-Tu amiga tiene algunas visiones útiles, Percy.- dijo.

Rachel se ruborizó. -Solo algunas cosas que he visto en mi cabeza.-

-Un drakón- dijo Quirón -Un drakón Lydio, para ser exactos. Del más viejo y peligroso tipo.-

Miré a Rachel -¿Como supiste eso?-

-No estoy segura- admitió Rachel -Pero este drakón tiene un muy particular destino. Será asesinado por un hijo de Ares.-

Annabeth cruzó los brazos. -¿Como puede ser posible que sepas eso?-

-Solo lo vi. No puedo explicarlo.-

-Bueno, esperemos que te equivoques- dije -Porque estamos un poco escasos de hijos de Ares...- Un horrible pensamiento se me ocurrió, y maldije en griego antiguo.

-¿Que?- preguntó Annabeth.

-El espía- le dije. -Cronos dijo: "Sabemos que no pueden vencer a este drakón." El espía le ha mantenido actualizado. Cronos sabe que la cabaña de Ares no esta con nosotros. Intencionalmente eligió un monstruo que no podemos vencer.-

Thalía hizo un gesto. -Si alguna vez atrapamos a tu espía, va a arrepentirse mucho. Quizás podamos enviar otro mensaje al campamento...-

-Ya lo hice- dijo Quirón. -Blackjack esta de camino. Pero si Silena no fue capaz de convencer a Clarisse, dudo que Blackjack...-

Un rugido sacudió el suelo. Sonaba muy cerca.

-Rachel- dije -Entra en el edificio.-

-Quiero quedarme-

Una sombra cubrió el sol. Cruzando la calle, el drakón se posó en un costado de un rascacielos. Rugió, y mil ventanas se rompieron.

- Pensándolo bien,- dijo Rachel con una vocecita -estaré adentro.-

Déjenme explicar: hay dragones, y hay drakones.

Los drakones son varios miles de años más viejos que los dragones, y mucho más grandes. Se ven como serpientes gigantes. La mayoría no tiene alas. La mayoría no escupe fuego (creo que algunos si). Todos son venenosos. Todos son inmensamente fuertes, con escamas mas duras que el titanio. Sus ojos pueden paralizarte; no el tipo de parálisis "volverte de piedra" como Medusa, sino del tipo: "Oh, dioses, esa enorme serpiente va a comerme", que es casi igual de mala.

Teníamos clases de pelea con drakones en el campamento, pero no había manera de prepararte para una serpiente de casi cien metros de largo, tan gruesa como un autobús escolar deslizándose por el costado de un edificio, sus ojos amarillos como faros para niebla y su boca llena de dientes afilados como navajas tan grandes como para comerse a un elefante.

Casi me hizo extrañar a la cerda voladora.

Mientras tanto el ejercito enemigo avanzaba por la Quinta Avenida. Habíamos hecho nuestro mejor esfuerzo para empujar los autos fuera del camino y mantener a salvo a los mortales, pero facilitaba que nuestros enemigos se acercaran. Los Ponis Fiesteros agitaban la cola nerviosamente. Quirón galopaba arriba y abajo de sus filas, Gritando palabras de animo para mantenerse y pensar en la victoria y en cerveza de raíz, pero me imaginaba que en cualquier segundo ellos entrarían en pánico y huirían.

-Me encargaré del drakón- Mi voz sonó como un tímido chillido. Entonces grité a todo pulmón: -¡YO ME ENCARGARÉ DEL DRAKON! ¡Todos los demás, mantengan las líneas contra el enemigo!-

Annabeth se me acercó. Se había puesto su casco con forma de búho muy abajo sobre su cara, pero me di cuenta que tenia los ojos rojos.

-¿Me ayudarás?- pregunté.

-Es lo que hago- dijo miserablemente -Ayudo a mis amigos.-

Me sentí como un completo imbécil. Quería jalarla a un lado y explicarle que yo no pretendía que Rachel estuviera aquí, que no había sido mi idea, pero no teníamos tiempo.

-Vuélvete invisible- dije -Busca uniones débiles en su armadura mientras yo lo mantengo ocupado. Solo ten cuidado.-

Silbé -¡Señorita O'Leary, aquí!-

¡ROOOOF! Mi perro del infierno saltó sobre una línea de centauros y me dio un beso que olía sospechosamente a pizza de peperoni.

Desenfundé mi espada y cargué contra el monstruo. El drakón estaba tres pisos por arriba de nosotros, deslizándose sobre los edificios como si midiera nuestras fuerzas. A donde miraba, los centauros de paralizaban de miedo. Desde el norte, el ejercito enemigo chocó contra los Ponis Fiesteros, y nuestra línea se rompió. El drakón se abalanzó, tragándose a tres centauros californianos de un bocado antes de que yo pudiera siquiera acercarme.

La señorita O'Leary se lanzó por al aire - una sombra mortal con colmillos y garras. Normalmente, un perro del infierno embistiendo es algo terrorífico de ver, pero junto al

drakón la señorita O'Leary parecía un juguete de niños. Sus garras rasguñaron inofensivamente las escamas del drakón. Ella mordió la garganta de la bestia pero no pudo hacer mella. Su peso, sin embargo, fue suficiente para derribar al drakón del costado del edificio. Cayó torpemente y destrozó la acera, perro del infierno y serpiente revolcándose y destruyendo. El drakón trató de morder a la señorita O'Leary, pero ella estaba muy cerca de la boca de la serpiente. Salpicó veneno por doquier, convirtiendo centauros en polvo junto con algunos cuantos monstruos, pero la señorita O'Leary se balanceó alrededor de la cabeza de la serpiente, rasguñando y mordiendo.

¡YAAAAAH! Encajé a Riptide profundamente en el ojo izquierdo del monstruo. La pupila se volvió oscura. El drakón siseo y se irguió para atacar, pero rodé hacia un lado. Su mordisco hizo un agujero tamaño piscina en el pavimento. Se volvió hacia mí con su ojo bueno, y yo me enfoqué en sus dientes para no quedarme paralizado. La señorita O'Leary hizo lo mejor que pudo para causar una distracción. Se trepó a la cabeza de la serpiente y rascó y gruñó como una peluca negra realmente enojada.

El resto de la batalla no iba bien. Los centauros estaban en pánico ante el embate de gigantes y demonios. Una playera naranja del campamento aparecía ocasionalmente en el mar de la pelea, pero desaparecía en seguida. Las flechas zumbaban. El fuego explotaba en oleadas a través de ambos ejércitos, pero la acción se movía por la calle hacia la entrada del Empire State. Estábamos perdiendo terreno.

De pronto Annabeth se materializó sobre el lomo del drakón. Su gorra de invisibilidad se cayó de su cabeza mientras incrustaba su cuchillo de bronce en una ranura entre las escamas de la serpiente. El drakón rugió. Se enroscó, derribando a Annabeth de su espalda. La alcancé justo cuando golpeaba el suelo. La arrastré fuera del camino mientras la serpiente rodaba, aplastando un poste de luz justo donde ella había estado.

-Gracias- dijo.

-¡Te dije que tuvieras cuidado!-

-Si, bueno, ¡AGACHATE!-

Fue su turno de salvarme. Me derribó justo cuando los dientes del monstruo chasquearon sobre mi cabeza. La señorita O'Leary se estampó contra la cara del drakón para llamar su atención, y rodamos fuera del camino.

Mientras tanto nuestros aliados se habían replegado hasta las puertas del Empire State. Todo el ejército enemigo los rodeaba. No teníamos opciones. No vendría mas ayuda. Annabeth y yo teníamos que retirarnos antes de que quedáramos aislados del Monte Olimpo.

Entonces escuché un estruendo en el sur. No era un sonido que se escuchara mucho en New York, pero lo reconocí de inmediato: ruedas de carros. La voz de una chica gritó: ¡ARES! Y una docena de carros de guerra entraron en la batalla. Cada uno portaba un estandarte con un símbolo, la cabeza de un jabalí. Cada uno era tirado por caballos esqueleto con crines de fuego. Un total de 30 guerreros frescos, armaduras resplandecientes y ojos llenos de odio, bajaron sus lanzas como uno solo - haciendo un afilado muro de muerte.

-¡Los hijos de Ares!- dijo Annabeth asombrada -¿Como lo supo Rachel?-

No tenía una respuesta. Pero dirigiendo el ataque estaba una chica con una armadura muy familiar, su cara cubierta por un casco de cabeza de jabalí. Sostenía en alto una lanza que crepitaba con electricidad. Clarisse en persona había venido al rescate. Mientras la mitad de sus carros cargaba contra el ejército de monstruos, Clarisse dirigió la otra mitad directo hacia el drakón. La serpiente se irguió y trató de tirar a la señorita O'Leary. Mi pobre mascota golpeó el lado de un edificio con un chillido. Corrí a ayudarla, pero la serpiente ya se había enfocado en la nueva amenaza. Aun con un solo ojo, su mirada bastó para paralizar a los conductores de dos carros. Ellos se desviaron hacia una línea de autos. Los otros cuatro carros siguieron avanzando. El monstruo mostró sus colmillos para atacar y se llevó un bocado de jabalinas de bronce.

¡¡EESSSS!!! Gritó, que probablemente significa en drakón: ¡OOOWWWW!

-¡Ares, a mí!- Gritó Clarisse, su voz sonaba más aguda de lo usual, pero supuse que no debía sorprenderme dado que ella estaba peleando.

Cruzando la calle, la llegada de 6 carros le dio a los Ponis Fiesteros nueva esperanza. Se alinearon en las puertas del edificio Empire State, y el ejército enemigo momentáneamente se vio presa de la confusión. Mientras, los carros de Clarisse rodearon al drakón. Las lanzas se rompían contra la piel del monstruo. Los caballos esqueleto resoplaban fuego y relinchaban. Dos carros mas se voltearon, pero los guerreros simplemente se pusieron de pie, desenfundaron sus espadas y vinieron a trabajar. Atacaban en las juntas de las escamas de la criatura. Esquivaban los chorros de veneno como si hubieran entrenado para eso toda su vida, lo que por supuesto hacían.

Nadie podía decir que los campistas de Ares no fueran valientes. Clarisse estaba justo al frente, picando con su lanza la cara del drakón, tratando de sacarle el otro ojo. Pero mientras miraba, las cosas empezaron a ir mal. El drakón se tragó a un campista de Ares en un mordisco. Dejó inconsciente a otro y roció veneno en un tercero, que se escabulló en pánico, con su armadura derritiéndose.

-Tenemos que ayudar.- dijo Annabeth.

Ella tenía razón. Me había quedado ahí parado, inmóvil por la sorpresa. La señorita O'Leary trató de levantarse pero chilló de nuevo. Una de sus patas estaba sangrando.

-Quédate detrás, chica.- le dije -Ya has hecho suficiente.-

Annabeth y yo saltamos sobre el lomo del monstruo y corrimos hacia su cabeza, tratando de desviar su atención de Clarisse. Sus compañeros de cabaña lanzaban jabalinas, la mayoría de las cuales se rompieron, pero algunas se quedaron en los dientes del monstruo. Apretó sus mandíbulas hasta que su boca fue una masa de sangre verde, veneno amarillento y armas astilladas.

-¡Puedes hacerlo!- le grité a Clarisse -¡Un hijo de Ares está destinado a matarlo!-

A través de su casco de guerra, solo podía verle los ojos - pero noté que algo estaba mal. Sus ojos azules brillaban de miedo. Clarisse nunca se había visto así. Y no tenía los ojos azules.

-¡ARES!- gritó, con esa extraña y aguda voz. Levantó su lanza y cargó contra el drakón.

-No- murmuré -¡ESPERA!-

Pero el monstruo la miró - casi con desprecio -y escupió veneno directo a su cara.

Ella gritó y cayó.

-¡Clarisse!- Annabeth saltó de la espalda del monstruo y corrió a ayudar, mientras los otros campistas trataban de defender a su consejera caída. Enterré a Riptide entre dos de las escamas de la criatura y logré atraer su atención hacia mí.

Salí despedido pero caí sobre mis pies -¡Vamos, estúpido gusano! ¡Mírame!-

Durante varios minutos siguientes, todo lo que vi fueron dientes. Retrocedí y esquivé el veneno, pero no podía herir a la cosa. Por el rabillo del ojo vi un carro volador aterrizar en la Quinta Avenida. Luego alguien corrió hacia nosotros. Una voz de chica, sacudida por la aflicción, exclamó:

-¡NO! maldita seas, ¿POR QUÉ?-

Me atreví a mirar, pero lo que vi no tenía sentido. Clarisse yacía en el suelo donde había caído. Su armadura humeaba por el veneno. Annabeth y los campistas de Ares trataban de retirarle el casco. Y arrodillada junto a ella, su cara empapada de lágrimas, estaba una chica con ropa del campamento. Era...Clarisse.

Mi cabeza giró. ¿Por que no lo noté antes? La chica con la armadura de Clarisse era mucho más delgada, y no tan alta. ¿Pero por qué alguien pretendería ser Clarisse? Estaba tan consternado, que el drakón casi me partió a la mitad. La esquivé y la bestia enterró la cabeza en un muro de ladrillos.

-¿POR QUE?- exigió la verdadera Clarisse, sujetando a la otra chica en sus brazos mientras los campistas forcejeaban por quitarle el casco corroído por el veneno.

Chris Rodríguez corrió desde el carro volador. Él y Clarisse debieron venir en el carro desde el campamento, persiguiendo a los campistas de Ares que equivocadamente habían seguido a la otra chica, pensando que era Clarisse. Pero seguía sin tener sentido. El drakón sacó la cabeza del muro de ladrillos y rugió de furia.

-¡Cuidado!- advirtió Chris.

En vez de voltear hacia mí, el drakón se volvió hacia el sonido de la voz de Chris. Mostró sus colmillos al grupo de semidioses. La verdadera Clarisse miró al drakón, su rostro lleno del más absoluto odio. Había visto esa intensidad solo una vez antes. Su padre, Ares, tenía la misma expresión cuando lo enfrenté en combate.

-¿QUIERES MUERTE?- Clarisse le gritó al drakón -¡BIEN, VENGA!-

Tomó su lanza de la chica caída. Sin armadura ni escudo, se lanzó contra el drakón. Traté de acortar la distancia para ayudar, pero Clarisse fue más rápida. Se hizo a un lado mientras el monstruo atacó, pulverizando el suelo frente a ella. Luego saltó sobre la cabeza de la criatura. Mientras el monstruo se levantaba, Clarisse enterró su lanza eléctrica en su ojo bueno con tanta fuerza que la punta se rompió, liberando todo su poder mágico. La electricidad cruzó la cabeza de la criatura, causando que todo su cuerpo se sacudiera. Clarisse saltó hacia abajo, rodando para ponerse a salvo en la acera mientras la boca del drakón echaba humo. La carne del drakón se disolvió, y se desplomó dejando un túnel vacío de escamas acorazadas.

El resto de nosotros miramos a Clarisse sorprendidos. Nunca había visto a alguien derrotar a un monstruo tan enorme tan fácilmente. Pero a Clarisse no parecía importarle. Corrió de vuelta junto a la chica herida que le robó su armadura.

Finalmente Annabeth logró remover el casco de la chica. Todos nos reunimos alrededor: campistas de Ares, Chris, Clarisse, Annabeth y yo. La batalla aún rugía en la Quinta Avenida, pero por el momento nada existía más que nuestro pequeño círculo y la chica caída. Sus rasgos, una vez hermosos, estaban horriblemente quemados por el veneno. No había cantidad de néctar o ambrosía que pudiera salvarla.

Algo va a pasar. Las palabras de Rachel resonaron en mis oídos. *Un engaño que acabará en muerte.*

Ahora sabía a qué se refería, y sabía quien había llevado a la cabaña de Ares a la batalla.

Miré el rostro moribundo de Silena Beauregard.

Diecisiete

Me siento en la silla caliente.

-¿Que estabas pensando? Clarisse meció la cabeza de Silena en su regazo.

Silena trató de tragar, pero sus labios estaban secos y partidos. -No...Escuchabas. La cabaña solo... te seguiría a ti.-

-Así que robaste mi armadura.- dijo Clarisse, incrédula. -Esperaste hasta que Chris y yo salimos a patrullar; robaste mi armadura y fingiste ser yo.- Fulminó con la mirada a sus hermanos. -¿Y NADIE se dio cuenta?-

Los campistas de Ares mostraron un súbito interés por sus botas de combate.

-No los culpes- dijo Silena -Ellos querían...creer que yo era tú.-

-Tú, estúpida niña de Afrodita,- sollozó Clarisse -¿Atacaste a un drakón? ¿Por qué?-

-Todo es mi culpa- dijo Silena, una lágrima corriendo por un lado de su cara. -El drakón, la muerte de Charlie...el campamento en peligro...-

-¡Basta!- dijo Clarisse -Eso no es cierto.-

Silena abrió su mano. En la palma tenía un brazalete con un colgante de guadaña, la marca de Cronos. Un puño gélido se cerró sobre mi corazón.

-Tú eras el espía.-

Silena trató de asentir. -Antes...antes de que me gustara Charlie, Luke era muy lindo conmigo. Era...encantador. Guapo. Después, quise dejar de ayudarlo, pero me amenazó

con contar todo. Me juró...me juró que estaba salvando vidas. Que serían menos las personas lastimadas. Me dijo que no lastimaría...a Charlie. Me mintió.-

Encontré los ojos de Annabeth. Su cara estaba blanca. Se veía como si alguien hubiera movido el mundo de debajo de sus pies. Detrás de nosotros, la batalla continuaba.

Clarisse gesticuló a sus compañeros. -Vayan, ayuden a los centauros. Protejan las puertas. ¡Vayan!-

Ellos se marcharon a unirse a la pelea.

Silena tomó una pesada y dolorosa bocanada de aire. -Perdóñenme.-

-No estás muriendo.- insistió Clarisse.

-Charlie...- los ojos de Silena estaban a un millón de kilómetros. -Veo a Charlie...-

No volvió a hablar.

Clarisse la abrazó y lloró. Chris le puso una mano en el hombro. Finalmente Annabeth cerró los ojos de Silena.

-Tenemos que pelear.- la voz de Annabeth sonaba frágil. -Ella dio su vida por nosotros. Tenemos que honrarla.-

Clarisse sorbió y se secó la nariz. -Ella fue una heroína, ¿Entendido? Una heroína.-

Asentí. -Vamos, Clarisse.-

Ella recogió una espada de uno de sus hermanos caídos. -Cronos va a pagar.-

Me gustaría decir que expulsé al enemigo lejos del Empire State. La verdad es que Clarisse hizo todo el trabajo. Aún sin su armadura o lanza, ella era un demonio. Condujo su carro directo al ejército del titán y aplastó todo en su camino. Estaba tan inspiradora que incluso los centauros aterrados empezaron a reagruparse. Las cazadoras recogieron flechas de los caídos y lanzaron descarga tras descarga sobre el enemigo. La cabaña de Ares desgarró y destrozó, lo que era su actividad favorita. Los monstruos se replegaron hasta la calle 35.

Clarisse se acercó a la carcasa del drakón y enlazó una línea de agarre entre las cuencas de los ojos. Fustigó a sus caballos y arrancó, arrastrando al drakón detrás del carro como un dragón chino de Año Nuevo. Cargó contra el enemigo, mascullando insultos y retándolos a cruzársele. Mientras se movía, me día cuenta que ella literalmente brillaba. Un aura de fuego rojo resplandecía alrededor de ella.

-la bendición de Ares- dijo Thalía. -Nunca antes la había visto en persona.

Por un momento, Clarisse fue tan invencible como yo. El enemigo lanzaba jabalinas y flechas, pero nada la hería.

-¡SOY CLARISSE, LA ASESINA DE DRAKONES!- gritó -¡Los mataré a todos! ¿Dónde está Cronos? ¡Tráiganlo! ¿Es un cobarde?-

-¡Clarisse- grité -Basta. ¡Retírate!-

-¿Que pasa, señor titán?- vociferó -¡TRAIGANLO!-

No hubo respuesta del enemigo. Lentamente, empezaron a retirarse detrás de un muro de escudos de dracaenaes, mientras Clarisse daba vueltas alrededor de la Quinta Avenida, retando a cualquiera a cruzarse en su camino. La carcasa de cien metros de largo del drakón hacía un hueco y rechinante sonido contra el pavimento, como mil cuchillos.

Entre tanto, atendíamos a nuestros heridos, llevándolos adentro del recibidor. Mucho después de que el enemigo se había retirado de la vista, Clarisse seguía andando arriba y abajo por la avenida con su horrible trofeo, exigiendo que Cronos la enfrentara en batalla.

Chris dijo- Yo la vigilaré. Eventualmente se va a cansar. Me aseguraré de que vaya adentro.-

-¿Que hay del campamento?- pregunté -Alguien se quedó ahí?-

Chris sacudió la cabeza. -Solo Argos y los espíritus de la naturaleza. Peleus el dragón sigue custodiando el árbol.-

-No durarán mucho- dije -Pero me alegra que hayan venido.-

Chris asintió tristemente. -Siento que hayamos tardado tanto. Traté de razonar con Clarisse. Le dije que no tenía caso defender el campamento si ustedes morían. Todos nuestros amigos están aquí. Siento que nos haya costado a Silena...-

-Mis cazadoras les ayudarán a montar guardia,- dijo Thalía -Annabeth y Percy, deberían ir al Olimpo. Tengo la sensación de que los necesitarán ahí...para instalar la defensa final.-

El portero había desaparecido del recibidor. Su libro estaba boca abajo en el escritorio y su silla, vacía. El resto del recibidor, sin embargo, estaba atestado de campistas heridos, cazadoras y sátiros. Connor y Travis Stoll nos encontraron en las escaleras.

-¿Es verdad?- preguntó Connor -¿Acerca de Silena?-

Yo asentí. -Murió como heroína.-

Travis se movió incomodo. -Um, también oí...-

-Eso es todo- insistí -Fin de la historia.-

-Bien- Travis murmuró. -Escuchen, pensamos que el ejército del Titán tendrá problemas subiendo por el elevador. Les tomará algo de tiempo. Y los gigantes no cabrán para nada.-

-Esa es nuestra mayor ventaja- dije -¿Alguna manera de deshabilitar el elevador?-

-Es mágico- Dijo Travis - Usualmente necesitas una tarjeta de acceso, pero el portero ha desaparecido. Eso significa que las defensas se están derrumbando. Ahora cualquier puede entrar en el elevador y subir.-

-Entonces tenemos que mantenerlos alejados de las puertas.- dije -Los detendremos en el recibidor.-

-Necesitamos refuerzos.- dijo Travis -Ellos simplemente siguen viniendo. Eventualmente nos sobrepasarán.-

-No hay refuerzos- se quejó Connor.

Miré hacia afuera a la señorita O'Leary, que respiraba contra el vidrio y lo manchaba de baba.

-Quizás eso no sea verdad.- dije.

Salí y puse una mano en el hocico de la señorita O'Leary. Quirón le había vendado la pata, pero aún cojeaba. Su pelo estaba apelmazado con mugre, hojas, pizza y sangre seca de monstruo.

-¡Hey, chica!- traté de sonar optimista. -Sé que estás cansada, pero necesito pedirte otro gran favor.- Me acerqué a ella y susurré en su oreja.

Después de que la señorita O'Leary se fue de viaje-sombra, me reuní con Annabeth en el recibidor. De camino al elevador, divisamos a Grover arrodillado sobre un gordo sátiro herido.

-¡Leneus!- dije.

EL viejo Sátiro se veía terrible. Sus labios estaban azules. Había una lanza rota en su panza, y sus peludas patas de cabra estaban torcidas en un doloroso ángulo. Trató de enfocarnos, pero no creo que nos haya visto.

-¿Grover?- Murmuró.

-Estoy aquí, Leneus- A Grover le brillaban las lágrimas, a pesar de las cosas horribles que Leneus había dicho de él.

-¿Gan...ganamos?-

-Um...Si.- mintió Grover -Gracias a ti, Leneus. Ahuyentamos al enemigo.-

-Te lo dije- musitó el viejo sátiro. -Un verdadero líder. Verdadero...-

Cerró sus ojos por última vez.

Grover tragó. Puso su mano en la frente de Leneus y dijo una antigua bendición. El cuerpo del viejo sátiro se desintegró, hasta que lo único que quedó fue un pequeño retoño de árbol en un montón de suelo fresco.

-Un laurel. -dijo Grover asombrado -Oh, esa vieja cabra suertuda.-

Tomó el retoño en sus manos. -Yo...lo plantaré. En el Olimpo, en los jardines.-

-Vamos para allá- dije -Ven.-

Sonaba música suave en el elevador mientras subíamos. Pensé en la primera vez que había visitado el Monte Olimpo, cuando tenía doce. Annabeth y Grover no habían estado conmigo entonces. Me alegraba que ahora si estuvieran ahí. Tenía el presentimiento de que esa sería nuestra última aventura juntos.

-Percy- dijo Annabeth silenciosamente -Tenías razón acerca de Luke.- Era la primera vez que hablaba desde la muerte de Silena Beauregard. Ella tenía los ojos fijos en el indicador del elevador mientras brillaban los números mágicos en él: 400, 450, 500.

Grover y yo intercambiamos miradas.

-Annabeth- dije -Lo siento...-

-Trataste de decirme- su voz temblaba. -Luke no es bueno. No te lo creí hasta...hasta que escuché cómo había utilizado a Silena. Ahora lo sé. Espero que estés feliz.-

-Eso no me hace feliz.-

Ella puso su cabeza contra la pared del elevador y no me miró.

Grover meció su retoño de laurel en sus manos. -Bueno...seguro es bueno estar juntos otra vez. Discutiendo. Casi muriendo. Despreciando el terror. Oh, miren. Es nuestro piso.-

Las puertas timbraron y caminamos sobre el paso aéreo.

Deprimente no es una palabra que usualmente describa al Olimpo, pero así se veía ahora. No había fuegos en los braseros. Las ventanas estaban oscuras. Las calles estaban desiertas y las puertas cerradas. El único movimiento era en los parques, que habían sido acondicionados como hospitales provisionales. Will Solace y los otros campistas de Apolo andaban de aquí para allá, atendiendo a los heridos. Náyades y driadas trataban de ayudarlos, usando canciones mágicas de la naturaleza para curar quemaduras y envenenamientos.

Mientras Grover plantaba el retoño de laurel, Annabeth y yo dimos una vuelta tratando de animar a los heridos. Pasé a un sátiro con una pata rota, un semidiós vendado de la cabeza a los pies, y un cuerpo cubierto con un sudario dorado de la cabaña de Apolo. No sabía quien estaba debajo. No quería saberlo. Mi corazón se sentía como plomo, pero traté de encontrar cosas positivas que decir.

-¡Estarás de pie y peleando contra titanes enseguida!- le dije a un campista.

-Te ves grandioso- le dijo Annabeth a otro.

-¡Leneus se convirtió en un arbusto!- le dijo Grover a un sátiro gruñón.

Encontré a Pólux, el hijo de Dioniso, recargado contra un árbol. Tenía un brazo roto, pero por lo demás estaba bien.

-Aún puedo pelear con el otro brazo.- dijo, apretando los dientes.

-No- dije -Ya has hecho suficiente. Quiero que te quedes aquí y ayudes con los heridos.-

-Pero...-

-Prometí mantenerte a salvo- dije -¿Está bien? Un favor personal.-

Frunció las cejas desconcertado. No era como si fuéramos buenos amigos o algo así. Pero no iba a decirle que fue una petición de su papá. Eso solo lo avergonzaría. Finalmente lo aceptó, y cuando se sentó de nuevo pude notar que se sentía aliviado.

Annabeth, Grover y yo seguimos caminando hacia el palacio. Es a donde Cronos se dirigía. Tan pronto como subiera en el elevador - y no tenía duda de que lo haría, de una forma o de otra - destruiría la sala de los tronos, el centro de poder de los dioses. Las puertas de bronce se abrieron. Nuestros pasos resonaban en el piso de mármol. Las constelaciones titilaban fríamente en el techo del gran salón. El fuego del hogar se había reducido a un destello rojo. Hestia, en la forma de una pequeña niña en túnicas color marrón, se inclinaba en el borde, temblando. EL Ofiotauro nadaba tristemente en su esfera de agua. Soltó un descorazonado *MOOOO* cuando me vio.

A la luz del fuego, los tronos formaban sombras de apariencia maligna, como manos crispadas. De pie junto al trono de Zeus, mirando a las estrellas, estaba Rachel Elizabeth Dare. Sostenía una vasija griega de cerámica.

-¿Rachel?- dije -Um, ¿Que haces con eso?-

Ella me enfocó como si saliera de un sueño. -La encontré. Es la vasija de Pandora, ¿Cierto?-

Sus ojos eran más brillantes de lo usual, y tuve un mal recuerdo de sándwiches descompuestos y galletas quemadas.

-Por favor, deja la vasija.- dije.

-Puedo ver a la esperanza dentro de ella.- Rachel deslizó sus dedos por los diseños de cerámica. -Tan frágil.-

-Rachel-

Mi voz pareció devolverla a la realidad. Dejó la vasija, y yo la tomé. Se sentía fría como hielo.

-Grover- murmuró Annabeth -Exploremos el palacio. Tal vez encontremos algo de Fuego Griego extra o trampas de Hefesto.-

-Pero...-

Annabeth le dio un codazo.

-¡Bien!- exclamó -¡Amo las trampas!-

Ella lo sacó a rastras del salón de los tronos. Junto al fuego, Hestia se arrebujaba en sus túnicas, meciéndose adelante y atrás.

-Ven- le dije a Rachel -Quiero que conozcas a alguien.-

Nos sentamos junto a la diosa.

-Señora Hestia- dije.

-Hola, Percy Jackson- murmuró la diosa -Está haciendo frío. Es difícil mantener el fuego.-

-Lo sé- dije -Los titanes se acercan.-

Hestia se enfocó en Rachel. -Hola, querida. Al fin has venido a nuestro hogar.-

Rachel parpadeó. -¿Estaban esperándome?-

Hestia le tomó las manos, y los carbones brillaron. Vi imágenes en el fuego: Mi madre, Paul y yo comiendo la cena de Día de Gracias en la mesa de la cocina; mis amigos y yo alrededor de la fogata en el campamento mestizo, cantando canciones y asando malvaviscos; Rachel y yo conduciendo por la playa el Prius de Paul. No sabía si Rachel vio las mismas imágenes, pero la tensión se fue de sus hombros. El calor del fuego parecía expandirse a través de ella.

-Para reclamar tu lugar en el hogar, -le dijo Hestia -debes deshacerte de tus distracciones. Es la única manera en que sobrevivirás.-

Rachel asintió -Yo...lo entiendo.-

-Espera- dije -¿De que está hablando?-

Rachel tomó un tembloroso respiro. -Percy, cuando vine aquí...pensé que era por ti. Pero no. Tú y yo...- Ella sacudió la cabeza.

-Espera. ¿Ahora soy una distracción? ¿Esto es porque "no soy el héroe" o algo así?-

-No estoy segura de poder ponerlo en palabras,- dijo -Te visualizaba porque...porque tú abriste la puerta a todo esto. -Ella señaló la sala de los tronos -Necesitaba entender mi verdadera visión. Pero tú y yo, no es parte de esto. Nuestros destinos no están entrelazados. Pienso que siempre los supiste, en el fondo.-

La miré. Quizás yo no fuera el chico más brillante del mundo cuando se trataba de chicas, pero estaba muy seguro de que Rachel me acababa de botar, lo que era deplorable considerando que ni siquiera estuvimos juntos.

-Así que...- dije -"Gracias por traerme al Olimpo. Nos vemos", ¿Es lo que estás diciendo?-

Rachel miró al fuego.

-Percy Jackson- dijo Hestia -Rachel te ha dicho todo lo que puede. Su momento se acerca, pero tus decisiones se aproximan aún más rápido. ¿Estás preparado?-

Quise quejarme de que no, que no estaba ni cerca de estar preparado.

Miré la vasija de Pandora, y por primera vez sentí la urgencia de abrirla. La esperanza me parecía bastante inútil justo ahora. Muchos de mis amigos estaban muertos. Rachel me había cortado. Annabeth estaba enojada conmigo. Mis padres dormían abajo en las calles en alguna parte mientras un ejército de monstruos rodeaba el edificio. El Olimpo estaba al borde de la caída y ya había visto muchas cosas crueles que los dioses había hecho: Zeus destruyendo a María di Angelo, Hades maldiciendo a la última Oráculo, Hermes dándole la espalda a Luke aún cuando sabía que su hijo se volvería maligno.

Ríndete, murmuró la voz de Prometeo en mi oído. De otro modo tu hogar será destruido. Tu precioso campamento arderá.

Luego miré a Hestia. Sus ojos rojos brillaban cálidamente. Recordé las imágenes que había visto en su fuego - amigos y familia, todos los que me importaban. Recordé algo que Chris Rodríguez había dicho: *"No tiene sentido defender el campamento si ustedes*

mueren. Todos nuestros amigos están aquí". Y Nico, enfrentándose a su padre: "Si el Olimpo cae, dijo, la seguridad de tu palacio no importará".

Escuché pasos. Annabeth y Grover volvían a la sala de los tronos y se detuvieron cuando nos vieron. Probablemente yo tenía una mirada muy extraña en el rostro.

-¿Percy?- Annabeth ya no sonaba enojada - solo preocupada. ¿Deberíamos, um, irnos de nuevo?-

-De pronto sentí como si alguien me hubiera inyectado acero. Entendí lo que debía hacer.

Miré a Rachel. -No vas a hacer nada estúpido, ¿Verdad? Quiero decir...Hablaste con Quirón, ¿Cierto?-

Ella esbozó una débil sonrisa. -¿Te preocupa que haga algo estúpido?-

-Pero me refiero... ¿Vas a estar bien?-

-No lo sé- admitió -Eso depende de que salves al mundo, héroe.-

Tomé la vasija de Pandora. El espíritu de la esperanza se removió en ella, tratando de calentar el frío contenedor.

-Hestia- dije -Le doy esto como una ofrenda.-

La diosa ladeó la cabeza. -Soy la última de los dioses. ¿Por qué me confías esto?-

-Usted es el Último Olímpico,- dije -y el más importante.-

-¿Y eso por qué, Percy Jackson?-

-Porque la esperanza sobrevive mejor en el hogar.- dije -Guárdelo por mí, y no estaré tentado a rendirme de nuevo.-

La diosa sonrió. Tomó la vasija en sus manos y ésta comenzó a brillar. El fuego del hogar ardió un poco más intenso.

-Bien hecho, Percy Jackson- dijo -Que los dioses te bendigan.-

-Estamos por descubrirlo. -Miré a Annabeth y a Grover. -Vamos, muchachos.-

Marché hacia el trono de mi padre. El asiento de Poseidón estaba justo a la derecha del de Zeus, pero no estaba ni cerca de ser tan magnífico. El asiento de cuero negro moldeado estaba sujeto a un pedestal giratorio, con un par de anillos de hierro a un lado para sujetar una caña de pescar (o un tridente). Básicamente se veía como una silla de un bote de altamar, donde tomarías asiento si quisieras pescar un tiburón o un marlín o monstruos marinos.

Los dioses en su estado natural son de unos 6 metros de alto, así que solo podía alcanzar el borde del asiento si estiraba los brazos.

-Ayúdenme- dije a Annabeth y Grover.

-¿Estás loco?- preguntó Annabeth.

-Probablemente- admití.

-Percy- dijo Grover -A los dioses en serio no les gusta que la gente se siente en sus tronos. Quiero decir: "volverte una pila de cenizas" con lo de que no les gusta.-

-Necesito llamar su atención- dije -Es la única manera.-

Ellos intercambiaron miradas inquietas.

-Bien- dijo Annabeth -Esto llamará su atención.-

Enlazaron sus brazos para hacer un escalón, y me impulsaron sobre el trono. Me sentía como un bebé con mis pies tan arriba del suelo. Miré alrededor a los otros deslumbrantes y vacíos tronos, y pude imaginar lo que sería sentarse en el Consejo Olímpico - tanto poder pero tanta discusión, siempre otros once dioses tratando de hacer las cosas a su manera. Sería fácil volverse paranoico, mirar solo por mis propios intereses, especialmente si fuera Poseidón. Sentado en su trono, sentía como si tuviera a todo el mar a mis órdenes - vastas millas cúbicas de océano batiéndose con poder y misterio. ¿Por qué debería Poseidón escuchar a nadie? ¿Por qué no podía ser él el más grande de los doce?

Entonces sacudí la cabeza. *Concéntrate.*

EL trono retumbó. Una oleada de ira como un vendaval azotó en mi mente:

QUIEN OSA...

La voz se detuvo abruptamente. La ira se retiró, lo que fue bueno, porque esas dos palabras casi había despedazado mi mente en fragmentos.

Percy. La voz de mi padre aún sonaba molesta pero más controlada. *¿Exactamente...que...estás haciendo en mi trono?*

-Lo siento, padre- dije -Necesitaba llamar tu atención.-

Esta fue una muy peligrosa forma de hacerlo. Aún para ti. Si no hubiera mirado antes de disparar, ahora serías un charco de agua marina.

-Lo siento- dije de nuevo -Escucha, las cosas se están poniendo rudas aquí arriba.-

Le conté lo que estaba pasando. Luego le expliqué mi plan.

Su voz estuvo en silencio por un largo rato.

Percy, lo que pides es imposible. Mi palacio...

-Papá, Cronos envió un ejército contra ti a propósito. Quería separarte de los otros dioses porque sabe que tú podrías inclinar la balanza.-

Puede que sea así, él ataca mi hogar.

-Yo estoy en tu hogar- dije -El Olimpo.-

El piso se sacudió. Una oleada de ira azotó mi mente. Pensé que había ido muy lejos, pero entonces el temblor cesó. En el fondo de mi enlace mental, escuché explosiones submarinas y el sonido de gritos de batalla: Ciclopes rugiendo, tritones vociferando.

-¿Tyson está bien?- pregunté.

La pregunta pareció tomar a mi papá por sorpresa. *Está bien. Haciéndolo mucho mejor de lo que yo esperaba. Aunque "Por el bombón" es un extraño grito de batalla.*

-¿Lo dejaste pelear?-

¡Deja de cambiar el tema! ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? Mi palacio sería destruido.

-Y el Olimpo se salvaría.-

¿Tienes idea de cuánto he trabajado remodelando este palacio? Solo el salón de juegos tomó seiscientos años.

-Papá...-

¡Muy bien! Se hará como dices. Pero hijo mío, ora porque funcione.

-Estoy orando. Estoy hablando contigo, ¿Cierto?-

Oh...Si. Buen punto. Amphitrite... ¡Se acercan!

El sonido de una gran explosión sacudió nuestra conexión. Me deslicé para bajar del trono.

Grover me estudió nervioso. -¿Estas bien? Te pusiste pálido y...empezaste a echar humo.-

-¡No es así!- Entonces miré mis brazos. Había vapor saliendo de las mangas de mi playera. El vello de mis brazos estaba chamuscado.

-Si hubieras seguido sentado ahí,- dijo Annabeth -Hubieras tenido una combustión espontánea. ¿Espero que la conversación lo haya valido?-

Mooo, dijo el Ofiotauro en su esfera de agua.

-Lo sabremos pronto.- dije.

Justo entonces las puertas del salón de los tronos se abrieron. Thalía entró. Su arco estaba partido en dos y su carcaj estaba vacío.

-Tienen que venir abajo.- nos dijo -El enemigo avanza. Y Cronos los dirige.-

Dieciocho

Mis padres se vuelven soldados.

Para cuando llegamos a la calle, era demasiado tarde.

Campistas y cazadoras yacían heridos en el suelo. Clarisse debía haber perdido una pelea contra un gigante hiperboreano, porque ella y su carro estaban congelados en un bloque de hielo. Los centauros no se veían por ningún lado. O bien se habían aterrado y huido, y los habían desintegrado.

El ejército del titán tocaba al edificio, apostados a quizás 5 metros de las puertas. La avanzada de Cronos estaba al frente: Ethan Nakamura, la reina Dracaenae en su armadura verde, y dos hiperboreanos. No vi a Prometeo. La comadreja viscosa probablemente estaba escondida en los cuarteles. Pero Cronos en persona estaba al frente con su guadaña en la mano.

Lo único que se interponía en su camino era...

-Quirón- dijo Annabeth, su voz temblorosa.

Si Quirón nos escuchó, no contestó. Tenía una flecha preparada, apuntando justo al rostro de Cronos. Tan pronto como Cronos me vio, sus ojos brillaron. Cada músculo de mi cuerpo se congeló. Entonces el señor de los titanes volvió su atención hacia Quirón.

-Hazte a un lado, pequeño hijo.-

Escuchar a Luke llamar a Quirón "hijo" ya era bastante raro, pero Cronos puso tal desprecio en su voz, como si "hijo" fuera la peor palabra que pudiera pensar.

-No te temo.- El tono de Quirón era calmado, del modo que solía adoptar cuando estaba realmente enojado.

Traté de moverme, pero mis pies se sentían como concreto. Annabeth, Grover y Thalía estaban tensos, como si ellos también estuvieran atorados.

-¡Quirón!- dijo Annabeth -¡Cuidado!-

La reina dracaenae se impacientó y atacó. La flecha de Quirón voló directo entre sus ojos y ella se vaporizó en el acto, su armadura vacía rebotando en el asfalto. Quirón buscó otra flecha, pero su carcaj estaba vacío. Soltó el arco y desenfundó la espada. Sabía que odiaba pelear con espada. Nunca fue su arma favorita. Cronos se burló. Avanzó un paso, y la mitad de caballo de Quirón se revolvió inquieta. Su cola se balanceaba adelante y atrás.

-Eres un maestro,- dijo Cronos -no un héroe.-

-Luke fue un héroe- dijo Quirón -Él era un buen héroe, hasta que tú lo corrompiste.-

-¡TONTOS!- La voz de Cronos sacudió la ciudad. -Llenaste su cabeza de promesas vacías. ¡Dijiste que los dioses se preocupaban por mí!-

-Por mi- notó Quirón -Dijiste "por mi".-

Cronos miró confuso, y en ese momento Quirón atacó. Fue una buena estocada - una finta seguida de un golpe a la cara. Yo no lo hubiera hecho mejor, pero Cronos fue rápido. Tenía todas las habilidades de combate de Luke, que eran muchas. Desvió la espada de Quirón y gritó: -¡ATRÁS!-

Una cegadora luz blanca explotó entre el titán y el centauro. Quirón voló hacia un edificio con tanta fuerza que el muro se derribó y se desmoronó sobre él.

-¡No!- chilló Annabeth. El hechizo de congelación se rompió. Corrimos hacia nuestro maestro, pero no había señales de él. Thalía y yo escarbamos inútilmente en los escombros mientras un estallido de horribles carcajadas corría entre el ejército del titán.

-¡TÚ!- Annabeth se volvió hacia Luke. -Pensar que...pensar que yo...-

Sacó su cuchillo.

-Annabeth, no- Traté de agarrar su brazo, pero ella se sacudió.

Atacó a Cronos, y su repugnante sonrisa se desvaneció. Tal vez alguna parte de Luke recordaba que solía gustarle esa chica, que solía cuidarla cuando era pequeña. Ella incrustó su cuchillo entre las correas de la armadura de Luke, justo hacia su cuello. La hoja no debió hundirse en su pecho. En vez de eso, rebotó. Annabeth se dobló, llevándose el brazo hacia el estomago. El choque pudo ser suficiente para dislocarle el hombro herido. La jalé de vuelta mientras Cronos oscilaba su guadaña, cortando el aire justo donde habíamos estado.

Ella forcejeó conmigo y gritó, -¡Te ODIO!- No estaba seguro con quien hablaba - conmigo, Luke o Cronos. Las lágrimas rasgaron el polvo en su cara.

-Tengo que pelear con él.- le dije a Annabeth.

-¡Es mi pelea también, Percy!-

Cronos se rió. -Mucho espíritu. Puedo ver por que Luke quería perdonarte la vida. Desafortunadamente, eso no será posible.-

Levantó su guadaña. Estaba listo para defendernos, pero antes de que Cronos pudiera atacar, el aullido de un perro desgarró el aire en algún lugar detrás del ejército del titán.

¡ARRROOOOOOOOOOO!

Era mucho esperar, pero llamé: -¿Señorita O'Leary?-

Las fuerzas enemigas se movieron inquietas. Entonces la cosa mas extraña pasó. Comenzaron a separarse, abriendo un camino en la calle como si algo detrás de ellos los forzara a hacerlo. Pronto hubo un pasillo despejado en la Quinta Avenida. De pie al final de la cuadra estaba mi perra gigante, y una pequeña figura de armadura negra.

-¿Nico?- pregunté.

¡ROOOOWFF! La Señorita O'Leary saltó sobre mí, ignorando a los monstruos que gruñían a cada lado. Nico avanzó. El ejército enemigo retrocedió ante él como si irradiara muerte, lo que por supuesto hacía.

A través de la careta de su casco de calavera, él sonrió. -Recibí tu mensaje. ¿Es muy tarde para unirnos a la fiesta?-

-Hijo de Hades- Cronos escupió en el suelo. -¿Amas tanto a la muerte que deseas experimentarla?-

-Tu muerte,- dijo Nico -será grandiosa para mí.-

-¡Soy inmortal, estúpido! Escapé del Tártaro. No tienes nada que hacer aquí, ni oportunidad de vivir.-

Nico sacó su espada - noventa centímetros de afilado hierro estigio, negro como una pesadilla. -No estoy de acuerdo.-

El suelo retumbó. Aparecieron grietas en la calle, las aceras, los edificios. Manos esqueléticas se crisparon en el aire mientras los muertos se abrían camino hacia el mundo de los vivos. Eran miles de ellos, y mientras emergían, los monstruos del titán se pusieron nerviosos y empezaron a retroceder.

-¡MANTENGAN POSICIONES!- Exigió Cronos -Los muertos no son rival para nosotros.-

El cielo se tornó oscuro y frío. Las sombras se extendieron. Un áspero cuerno de guerra sonó, y mientras los soldados muertos formaron filas con sus pistolas y espadas y lanzas, un enorme carro apareció en la Quinta Avenida. Vino a detenerse junto a Nico. Los caballos eran sombras vivientes, formadas de la oscuridad. El carro estaba incrustado de obsidiana y oro, decorado con escenas de muertes dolorosas. Sujetando las riendas estaba el mismísimo Hades, Señor de los Muertos, con Deméter y Perséfone detrás de él.

Hades portaba una armadura negra y una capa del color de la sangre fresca. Sobre su pálida cabeza estaba el Casco de la Oscuridad: una corona que irradiaba terror puro. Cambiaba de forma mientras la veía - de la cabeza de un dragón a un círculo de llamas negras a un anillo de huesos humanos. Pero esa no era la parte escalofriante. El casco se adentró en mi mente y encendió mis peores pesadillas, mis más secretos temores. Quise arrastrarme a un agujero y esconderme, y puedo decir que el ejército enemigo se sentía igual. Solo el poder de Cronos y su autoridad evitaban que sus filas huyeran.

Hades sonrió fríamente. -Hola, Padre. Te ves...joven.-

-Hades- Gruñó Cronos -Espero que tú y las damas hayan venido a comprometer su lealtad.-

-Me temo que no.- suspiró Hades. -Mi hijo, aquí, me convenció de que quizás debería priorizar mi lista de enemigos.- Miró hacia mí con disgusto. -Por mucho que me desagraden ciertos semidioses principiantes, no será como para que caiga el Olimpo. Extrañaría altercar con mis hermanos. Y si hay una cosa en la que estemos de acuerdo... ¡Es que fuiste un TERRIBLE padre!-

-Cierto- murmuró Deméter -Sin aprecio por la agricultura.-

-¡Madre!- se quejó Perséfone.

Hades desenfundó su espada, una hoja de doble filo de hierro estigio con incrustaciones de plata.

-¡Ahora combáteme! ¡Porque hoy, la Casa de Hades será llamada Salvadores del Olimpo!-

-No tengo tiempo para esto- resopló Cronos.

Golpeó el suelo con su guadaña. Una grieta se extendió en ambas direcciones, rodeando el edificio Empire State. Un muro de fuerza brilló a lo largo de la línea de la fisura, separando a la vanguardia de Cronos, a mis amigos y a mí del resto de los 2 ejércitos.

-¿Que esta haciendo?- murmuré.

-Encerrándonos- dijo Thalía -Esta colapsando las barreras mágicas alrededor de Manhattan - cortando solo el edificio y a nosotros.-

Seguramente, afuera de la barrera, los motores de los coches revivieron. Los peatones despertaron y miraron sin comprender a los monstruos y zombis a su alrededor. No hay manera de decir que veía a través de la Niebla, pero seguro era plenamente aterrador. Las puertas de los coches se abrieron. Al final de la cuadra, Paul Blofis y mi mamá salieron del Prius.

-No- dije -No deben...-

Mi madre podía ver a través de la Niebla. Podía decir, por su expresión, que ella entendió lo serias que estaban las cosas. Esperé que tuviera el buen sentido de correr. Pero me miró, le dijo algo a Paul, y corrieron directo hacia mí. No podía gritarle. Lo último que quería era poner la atención de Cronos en ella.

Afortunadamente, Hades causó la distracción. Cargó contra el muro de energía, pero su carro chocó contra él y se volcó. Se puso de pie, maldiciendo y disparando al muro energía negra. La barrera soportó.

-¡ATAQUEN!- rugió.

Los ejércitos de muertos chocaron con los monstruos del titán. En la Quinta Avenida explotó el más absoluto caos. Mortales gritando y corriendo a cubrirse. Deméter agitó su mano y una columna de gigantes se transformó en un campo de trigo. Perséfone cambió las lanzas de las dracaenas por flores. Nico atacó y se abrió camino a través del enemigo, tratando de proteger a los peatones lo mejor que podía.

Mis padres corrieron hacia mí, esquivando monstruos y zombis, pero no había nada que pudiera hacer para ayudarles.

-Nakamura- Dijo Cronos -Sígueme. Gigantes...encárguense de ellos.-

Apuntó a mis amigos y a mí. Luego se precipito al recibidor.

Por un segundo me quedé perplejo. Esperaba una pelea, pero Cronos me ignoró completamente como si yo no valiera la pena. Eso me enloqueció.

El primer gigante hiperboreano me atacó con su garrote. Rodé entre sus piernas y le encajé a Riptide en la espalda. Se desmoronó en una pila de escombros de hielo. El

segundo gigante exhaló escarcha a Annabeth, quien apenas se podía tener en pie, pero Grover la quito de en medio mientras Thalía se ponía a trabajar. Se encaramó en la espalda del gigante como una gacela, deslizó sus cuchillos de caza por su monstruoso cuello azul, y creó la escultura decapitada de hielo mas grande del mundo. Miré hacia afuera de la barrera mágica. Nico peleaba abriéndose paso hacia mi mamá y Paul, pero ellos no estaban esperando por ayuda. Paul tomó una espada de un héroe caído y hacía un buen trabajo manteniendo ocupada a una dracaena. La acuchillo en las tripas, y ella se desintegró.

-¿Paul?- dije, sorprendido.

Él se volvió hacia mí y sonrió. -Espero que haya sido un monstruo eso que acabo de matar. ¡Fui actor Shakesperiano en el colegio! ¡Aprendí algunos trucos de espada!-

Me agradó aun más por eso, pero entonces un gigante lestrigón cargó hacia mi mamá. Ella registraba un auto de policía abandonado - quizás buscando la radio de emergencia - y estaba de espaldas.

-¡Mamá!- grité-

Volteó cuando el monstruo estaba casi sobre ella. Pensé que la cosa en sus manos era una sombrilla hasta que cortó cartucho y el disparo de la escopeta hizo volar al gigante unos 5 metros hacia atrás, directo a la espada de Nico.

-Buena esa- dijo Paul.

-¿Cuando aprendiste a disparar una escopeta?- le reclamé.

Mi mamá se quito el cabello del rostro. -Hace como dos segundos. Percy, estaremos bien, ¡Vete!-

-Si- Nico coincidió -Nos encargaremos del ejército. ¡Tienes que ir por Cronos!-

-¡Vamos, sesos de alga!- dijo Annabeth. Yo asentí. Entonces miré a la pila de escombros al lado del edificio. Mi corazón dio un vuelco. Me había olvidado de Quirón. ¿Como pudo ser?

-Señorita O'Leary- dije -Por favor, Quirón esta ahí abajo. Si alguien puede escarbar para sacarlo, eres tú. ¡Encuétralo! ¡Ayúdalo!-

No estoy seguro de cuanto entendió, pero salto al montón y comenzó a rascar. Annabeth, Thalía, Grover y yo corrimos a los elevadores.

Diecinueve

Destrozamos la ciudad eterna.

El puente hacia el Olimpo se estaba disolviendo. Pisamos fuera del elevador hacia el camino de mármol blanco, e inmediatamente aparecieron grietas bajo nuestros pies.

-¡Salten!- dijo Grover, lo que era fácil para él siendo mitad cabra de monte.

Saltó hacia la siguiente placa de piedras mientras las nuestras se inclinaban penosamente.

-¡Dioses, odio las alturas!- exclamó Thalía mientras ella y yo saltábamos.

Pero Annabeth no estaba en forma para saltar. Ella tropezó y gritó: -¡Percy!-

Tomé su mano mientras el pavimento caía, haciéndose polvo. Por un segundo pensé que ella nos iba a tirar a ambos. Sus pies colgaban en el aire abierto. SU mano comenzó a resbalar hasta que solo la sujetaba de los dedos. Entonces Grover y Thalía agarraron mis piernas, y encontré una fuerza extra. Annabeth no iba a caer. La jalé hacia arriba y nos quedamos temblando en el pavimento. No me di cuenta que teníamos los brazos uno alrededor del otro hasta que ella se tensó súbitamente.

-Um, gracias- murmuró.

Traté de decir: "Ni lo menciones", pero salió como: "Uh duh".

-¡Sigamos!- Grover jaló de mi hombro.

Nos desenredamos y corrimos a través del puente en el cielo mientras más piedras se desintegraban y caían al olvido. Llegamos al borde de la montaña justo cuando la última sección se desmoronaba. Annabeth miró de vuelta al elevador, que ahora está completamente fuera del alcance - un juego de pulidas puertas metálicas colgando en el espacio, sostenidas de nada, a seiscientos pisos por encima de Manhattan.

-Estamos abandonados, - dijo -Por nuestra cuenta.-

-¡Blah-ha-ha!- dijo Grover -La conexión entre el Olimpo y América se está disolviendo. Si cae...-

-Los dioses no se moverán a otro país esta vez.- dijo Thalía -Este será el fin del Olimpo. El último final.-

Corrimos por las calles. Las mansiones ardían. Las estatuas habían sido derribadas. Los árboles en los parques habían sido convertidos en astillas. Parecía que alguien hubiera atacado la ciudad con un desbrozador gigante.

-La guadaña de Cronos.- dije.

Seguimos el camino de devastación hacia el palacio de los dioses. No recordaba que el camino fuera tan largo. Tal vez Cronos estaba haciendo más lento el tiempo, o quizás

solo era el miedo lo que me hacia lento. Toda la cima de la montaña estaba en ruinas - tantos edificios y jardines hermosos, perdidos.

Unos cuantos dioses menores y espíritus de la naturaleza habían tratado de detener a Cronos. Lo que quedaba de ellos estaba desparramado por el camino: armaduras rotas, vestiduras desgarradas, espadas y lanzas partidas a la mitad.

En algún lugar delante de nosotros, la voz de Cronos rugió: -¡Piedra por piedra! Esa fue mi promesa. ¡Derribarlo PIEDRA POR PIEDRA!-

Un templo de mármol blanco con un domo de oro explotó de repente. El domo salió disparado como la tapa de una tetera y se despedazó en un millón de trozos, lloviendo escombros sobre la ciudad.

-Ese era un santuario para Artemisa- gruñó Thalía -Va a pagar por eso.-

Íbamos corriendo bajo el arco de mármol con las enormes estatuas de Zeus y Hera cuando la montaña entera se estremeció, meciéndose a los lados como un bote en una tormenta.

-¡Cuidado!- chilló Grover. El arco se derrumbó. Miré a tiempo de ver escombros de Hera de veinte toneladas venírsenos encima. Annabeth y yo hubiéramos sido aplastados, pero Thalía nos empujó por detrás y aterrizamos fuera del peligro.

-¡Thalía!- gritó Grover.

Cuando el polvo se aclaró y la montaña dejo de temblar, la encontramos aún viva, pero sus piernas estaban prensadas bajo la estatua. Tratamos desesperadamente de moverla, pero hubiera necesitado de varios cíclopes. Cuando tratamos de jalar a Thalía de ahí debajo, ella gritó de dolor.

-Sobreviví todas esas batallas,- masculló -¡Y vengo a ser derrotada por un estúpido montón de rocas!-

-Es Hera- dijo Annabeth, indignada -La ha tomado conmigo todo el año. Su estatua pudo haberme matado si no nos hubieras empujado.-

Thalía sonrió. -¡Bueno, no se queden ahí! Estaré bien, ¡Vayan!-

No queríamos dejarla, pero podía oír la risa de Cronos mientras se acercaba al salón de los dioses. Más edificios explotaron.

-Volveremos- le prometí.

-No voy a ir a ninguna parte.- gruñó Thalía-

Una bola de fuego brotó de un lado de la montaña, cerca de las puertas del palacio.

-Tenemos que correr.- dije.

-Supongo que no te refieres a huir- Murmuró Grover esperanzado.

Eche a correr hacia el palacio. Annabeth justo detrás de mí.

-Ya me temía eso.- Grover suspiró, y nos siguió, sus pezuñas resonando en el piso.

Las puertas del palacio eran tan grandes como para conducir un crucero a través de ellas, pero habían sido arrancadas de sus bisagras y destrozadas como si no pesaran nada. Tuvimos que trepar por encima de una gran pila de rocas y metal retorcido para entrar. Cronos estaba en medio de la sala de los tronos, sus brazos extendidos, mirando al cielo estrellado como si pudiera tomarlo todo. Su risa resonó incluso más fuerte que si estuviera en el foso del Tártaro.

-¡Finalmente!- exclamó -El Consejo Olímpico - tan orgulloso y poderoso. ¿Cual asiento de poder destruiré primero?-

Ethan Nakamura se hizo a un lado, tratando de estar fuera del camino de la guadaña de su amo. El fuego estaba casi extinguido, solo unos cuantos carbones ardían profundo entre las cenizas. Hestia no estaba a la vista. Ni tampoco Rachel. Esperé que ella estuviera bien, pero había visto tanta destrucción que temía pensarlo. El Ofiotauro nadaba en su esfera de agua en la esquina más alejada del salón, sabiamente no hacia ni un ruido, pero no tardaría demasiado antes de que Cronos lo notara.

Annabeth, Grover y yo entramos a la luz de las antorchas. Ethan nos vio primero.

-Mi señor- advirtió.

Cronos se volvió y sonrió a través del rostro de Luke. Excepto por los ojos dorados, se veía justo igual que hacía cuatro años, cuando me dio la bienvenida a la cabaña de Hermes. Annabeth hizo un sonido doloroso en su garganta, como si alguien se la hubiera succionado.

-¿Debería destruirte primero, Jackson?- preguntó Cronos. ¿Es esa la decisión que harás, combatirme y morir o inclinarte ante mí? Las profecías nunca terminan bien, lo sabes.-

-Luke pelearía con una espada,- dije -pero supongo que tú no tienes su habilidad.-

Cronos se burló. Su guadaña comenzó a cambiar, hasta que él sostenía la vieja arma de Luke, Backbiter, con su hoja mitad acero, mitad bronce celestial. Junto a mí, Annabeth jadeó como si súbitamente hubiera tenido una idea.

-¡Percy, la hoja!- Ella desenvainó su cuchillo. -¡"El alma del héroe, la hoja maldita desgarrará!"-

No entendía por qué me recordaba esa línea de la profecía justo ahora. No era exactamente un aumento en la moral. Pero antes de que pudiera decir nada, Cronos levantó su espada.

-¡Espera!- gritó Annabeth.

Cronos vino hacia mí como un remolino.

Mis instintos tomaron control. Me agaché, corté y rodé, pero sentía como si estuviera peleando con cien espadachines. Ethan se inclinó a un lado, tratando de llegar detrás de mí hasta que Annabeth lo interceptó. Ellos comenzaron a pelear, pero no podía enfocarme en ver como lo hacía ella. Fui vagamente consciente de que Grover tocaba sus flautas de carrizo. El sonido me llenó de calor y coraje - pensamientos de luz solar y un cielo azul, una tranquila marea, en algún lugar lejos de la guerra.

Cronos me hizo retroceder hasta el trono de Hefesto - Una gran butaca reclinable de tipo mecánico cubierto de engranes de bronce y plata. Cronos atacó, y conseguí saltar sobre el asiento. El trono rechinó y zumbó con mecanismos secretos. *Modo de defensa*, advirtió. *Modo de defensa*.

Eso no podía ser bueno. Salté sobre la cabeza de Cronos mientras el trono disparaba ganchos de electricidad en todas direcciones. Uno le dio a Cronos en la cara, arqueando su cuerpo y levantando su espada.

-¡ARG!- Cayó de rodillas y soltó a Backbiter.

Annabeth vio su oportunidad. Pateó a Ethan fuera del camino y se lanzó contra Cronos.

-¡Luke, escucha!-

Quería gritarle, decirle que estaba loca por tratar de razonar con Cronos, pero no había tiempo. Cronos sacudió su mano. Annabeth salió despedida hacia atrás, chocando contra el trono de su madre y cayendo al piso.

-¡Annabeth!- grité.

Ethan Nakamura se puso de pie. Ahora estaba entre Annabeth y yo. No podía pelear con él sin darle la espalda a Cronos. La música de Grover adquirió un tono más urgente. Se movió hacia Annabeth, pero no podía ir más rápido y mantener la canción. Creció césped en el piso del salón de los tronos. Pequeñas raíces brotaron de las grietas de las lozas de mármol. Cronos se incorporó sobre una rodilla. Su cabello estaba chamuscado. Su rostro, cubierto de quemaduras eléctricas. Buscó su espada, pero esta vez no voló a sus manos.

-¡Nakamura!- gruñó -Es tiempo de probarte. Conoces la debilidad secreta de Jackson. Mátalo, y obtendrás recompensas sin límite.-

Los ojos de Ethan se posaron en mi torso, y estuve seguro de que lo sabía. Aún si no me mataba él mismo, todo lo que tenía que hacer era decirle a Cronos. No había manera de defenderme por siempre.

-Mira alrededor, Ethan- dije -El fin del mundo. ¿Es esta la recompensa que quieres? ¿Realmente lo quieres todo destruido - el bien y el mal? ¿Todo?-

Grover casi estaba junto a Annabeth ahora. El césped se hacía tupido en el piso. Las raíces alcanzaban casi 30 centímetros.

-No hay un trono para Némesis- murmuró Ethan. -No hay trono para mi madre.-

-¡Es cierto!- Cronos trató de levantarse, pero tropezó. Sobre su oreja izquierda, un parche de pelo rubio aun se chamuscaba. -¡Derríbalos! Ellos merecen sufrir.-

-Dijiste que tu madre es la diosa del balance- le recordé -Los dioses menores merecen algo mejor, Ethan, pero la total destrucción no es balance. Cronos no construye. Solo destruye.-

Ethan miró al zumbante trono de Hefesto. La música de Grover seguía sonando, Ethan se mecía con ella, como si la canción lo llenara de nostalgia - un deseo de ver un hermoso día, de estar en cualquier parte excepto aquí. Su ojo bueno pestañeó.

Y entonces atacó...pero no a mí.

Mientras Cronos aún estaba de rodillas, Ethan empuñó su espada hacia el cuello del señor de los titanes. Debió haberlo matado instantáneamente, pero la hoja se rompió. Ethan cayó de espaldas, sujetándose el estómago. Un fragmento de su propia espada había rebotado y atravesado su armadura.

Cronos se irguió inestablemente, mirando hacia abajo a su sirviente. -Traición- refunfuñó.

La música de Grover seguía sonando, y el pasto creció alrededor del cuerpo de Ethan. Él me miró, su rostro crispado por el dolor.

-Merecen algo mejor- jadeó -Si solo...tuvieran tronos...-

Cronos plantó su pie en el suelo, y el piso se rompió alrededor de Ethan Nakamura. El hijo de Némesis cayó a través de una fisura que atravesó el corazón de la montaña...directo hacia el aire abierto.

-Demasiado para él.- Cronos recogió su espada. -Y ahora para el resto de ustedes.-

Mi único pensamiento era alejarlo de Annabeth.

Grover estaba junto a ella ahora. Había dejado de tocar y le daba a comer ambrosía. Donde fuera que Cronos se parara, las raíces se enrollaban alrededor de sus pies, pero Grover había detenido su magia demasiado pronto. Las raíces no eran lo suficientemente fuertes o gruesas para hacer mucho más que molestar al Titán. Peleamos entre el hogar, pateando carbones y brasas. Cronos arrancó un reposa brazos del trono de Ares, lo que estuvo bien para mí, pero luego me lanzó de espaldas contra el trono de mi papá.

-Oh, sí -dijo Cronos -¡Este hará buena flama para mi nuevo hogar!-

Nuestras espadas chocaron en una lluvia de chispas. Él era más fuerte que yo, pero de momento sentí el poder del océano en mis brazos. Lo empujé y ataque de nuevo -deslizándolo a Riptide por encima de su coraza del pecho tan fuerte que hice un corte en el bronce celestial.

Él azotó su pie nuevamente y el tiempo se ralentizó. Traté de atacar pero me movía a la velocidad de un glaciar. Cronos retrocedió sin prisa, recuperando el aliento. Examinó el corte en su armadura mientras yo forcejeaba por avanzar, maldiciéndolo silenciosamente. Él podía tomarse todos los tiempos fuera que quisiera. Podía congelarme en mi sitio a su voluntad. Mi única esperanza era que el efecto lo debilitara. Si pudiera agotarlo...-

-Es muy tarde, Percy Jackson- dijo -Contempla.-

Apuntó al hogar y los carbones brillaron. Una oleada de humo blanco ascendió del fuego, formando imágenes como un mensaje Iris. Vi a Nico y a mis padres abajo en la Quinta Avenida, peleando una batalla desesperada, rodeados de enemigos. En el fondo Hades peleaba desde su carro negro, invocando ola tras ola de zombis fuera del suelo, pero las fuerzas del ejército del titán parecían interminables. Mientras tanto Manhattan estaba siendo destruida. Los mortales, ahora totalmente despiertos, corrían aterrados. Los coches se volcaban y chocaban.

La escena cambió, y vi algo aún más aterrador.

Una columna de humo se aproximaba al río Hudson, moviéndose rápidamente sobre la costa de Jersey. Lo rodeaban varios carros, enganchados en combate con la criatura en la columna de humo. Los dioses atacaron. Los relámpagos brillaban. Flechas de oro y plata golpeaban la nube como cohetes dirigidos y explotaban. Lentamente, la nube se disipó y vi a Tifón por primera vez.

Supe que mientras viviera (lo que quizás no sería mucho tiempo) nunca podría sacar esa imagen de mi mente. La cabeza de Tifón cambiaba constantemente. Cada momento era un monstruo diferente, cada uno más terrible que el anterior. Mirar a su rostro podía volverme loco, así que me enfoqué en su cuerpo, lo que no era mucho mejor. Era humanoide, pero su piel me recordaba un sándwich de carne que hubiera estado en el casillero de alguien todo un año. Era verdoso, con ampollas del tamaño de edificios, y parches ennegrecidos por los eones que pasó atrapado bajo un volcán. Sus manos eran humanas, pero con espolones como los de las águilas. Sus piernas eran escamosas y como de reptil.

-Los olímpicos están dando su último esfuerzo- se rió Cronos - Que patético.-

Zeus lanzó un trueno desde su carro. El estallido iluminó al mundo. Pude sentir la sacudida incluso aquí en el Olimpo, pero cuando el polvo se disipó, Tifón seguía en pie. Trastabilló un poco, con un cráter humeante en su cabeza deforme, pero rugió iracundo y siguió avanzando.

Mis miembros comenzaron a aflojarse. Cronos no pareció notarlo. Su atención estaba centrada en la pelea y su victoria final. Si podía aguantar unos cuantos segundos más, y si mi papá cumplía su palabra...

Tifón puso pie en el río Hudson, y apenas se hundió a media pantorrilla.

Ahora, pensé, implorando a la imagen en el humo. Por favor, tiene que suceder ahora.

Como un milagro, un cuerno marino sonó desde la imagen del humo. El llamado del océano. El llamado de Poseidón.

Alrededor de Tifón, el río Hudson hizo erupción, batiendo olas de doce metros de altura. Del agua surgió un nuevo carro - éste jalado por enormes hipocampos, que se desplazaban en el aire tan fácilmente como en el agua. Mi padre, brillando con un aura azul de poder, trazó un desafiante círculo alrededor de las piernas del gigante. Poseidón no era ya un anciano. Se veía como él mismo de nuevo - bronceado y fuerte con una barba negra. Cuando él agitó su tridente, el río respondió haciendo un embudo alrededor del monstruo.

-¡No!- vociferó Cronos después de un momento de atónito silencio. -¡NO!-

-¡AHORA, MIS HERMANOS!- La voz de Poseidón era tan fuerte que no estaba seguro si la oí desde la imagen de humo o a través de toda la ciudad. -¡ATAQUEN POR EL OLIMPO!-

Guerreros surgieron del río, surcando las olas sobre enormes tiburones y caballos y dragones marinos. Era una legión de cíclopes, y dirigiéndolos a la batalla estaba...

-¡Tyson!- grité.

Sabía que él no podía oírme, pero lo miré asombrado. Había crecido mágicamente de tamaño. Tendría que tener unos 18 metros de altura, tan grande como cualquiera de sus primos, y por primera vez usaba una armadura completa de batalla. Montando tras él estaba Briares, el centímano.

Todos los cíclopes llevaban grandes y largas cadenas negras de hierro - tan grandes como para anclar un barco de guerra - con ganchos en los extremos. Las agitaron como lazos y comenzaron a atrapar a Tifón, lanzando las líneas alrededor de los brazos y piernas de la criatura, usando la marea para mantenerse circulando. Tifón se sacudió, rugió y tiró de las cadenas, derribando a algunos cíclopes de sus monturas; pero eran demasiadas cadenas. El inmenso peso del batallón de cíclopes empezó a derribar a Tifón. Poseidón lanzó su tridente y empaló al monstruo en la garganta. Sangre dorada, el Icor inmortal, manaba de la herida, haciendo una cascada tan grande como un rascacielos. El tridente voló de vuelta a la mano de Poseidón.

Los otros dioses atacaron con renovada fuerza. Ares se acercó y apuñaló a Tifón en la nariz. Artemisa disparó al ojo del monstruo una docena de flechas plateadas. Apolo lanzó una deslumbrante descarga de flechas y el taparrabos del monstruo se encendió en llamas. Y Zeus siguió golpeando al gigante con rayos, hasta que final, lentamente, el agua subió, envolviendo a Tifón como un capullo, y él comenzó a hundirse bajo el peso de las cadenas. Tifón gritó en agonía, cayendo con tal fuerza que las olas empaparon la costa de Jersey, salpicaron edificios de cinco pisos y el puente George Washington - y descendió por el túnel especial que mi padre abrió para él en el fondo del río - un tobogán sin fin que lo llevaría directo al Tártaro. La cabeza del gigante se hundió en un remolino, y se había ido.

-¡BAH!- Exclamó Cronos. Agitó su espada a través del humo, despedazando la imagen.

-Vienen en camino- dije -Perdiste-

-Todavía no he empezado.-

Avanzó a una velocidad cegadora. Grover - como el valiente y estúpido sátiro que era - trató de protegerme, pero Cronos lo hizo un lado como a un muñeco de trapo.

Di un paso lateral y atacé bajo la guardia de Cronos. Fue un buen truco. Desafortunadamente, Luke lo conocía. Contraatacó mi golpe y me desarmó usando uno de los primeros movimientos que me enseñó. Mi espada rebotó por el piso y cayó por la grieta abierta.

-¡ALTO!- Annabeth salió de la nada.

Cronos se volvió para encararla y atacó con Backbiter, pero de alguna manera Annabeth atrapó el golpe con el puño de la daga. Fue un movimiento que solo el más rápido y experimentado peleador habría logrado. No me pregunten donde encontró ella la fuerza, pero hizo una palanca, sus hojas cruzadas, y por un momento ella se plantó cara a cara con el Señor de los Titanes, inmovilizándolo.

-Luke- dijo ella, apretando los dientes. -Ahora te entiendo. Tienes que confiar en mí.-

Cronos rugió indignado. -¡Luke Castellan está muerto! ¡Su cuerpo arderá cuando yo asuma mi verdadera forma!-

Traté de moverme, pero mi cuerpo estaba congelado otra vez. ¿Cómo pudo Annabeth, golpeada y medio muerta de cansancio, tener fuerzas para pelear con un Titán como Cronos? Cronos empujó hacia ella, tratando de liberar su espada, pero ella lo retuvo, sus brazos temblando mientras él dirigía la espada al cuello de Annabeth.

-Tu madre- gruñó Annabeth -Ella vio tu destino.-

-¡Servir a Cronos!- rugió el titán -¡Este es mi destino!-

-No- insistió Annabeth. Sus ojos lloraban, pero no sabía si era de tristeza o dolor. -Ese no es el fin, Luke. La profecía: ella vio lo que harías. ¡Se aplica a ti!-

-¡Te aplastaré, niña!- vociferó Cronos.

-No lo harás- dijo Annabeth -Lo prometiste. Estas conteniendo a Cronos incluso ahora.-

-¡MENTIRAS!- Cronos empujó de nuevo, y esta vez Annabeth perdió el equilibrio. Con su mano libre, Cronos la golpeó en la cara, y ella cayó de espaldas.

Reuní toda mi fuerza. Logré levantarme, pero era como sostener el peso del cielo de nuevo. Cronos se acercó sobre Annabeth, su espada en alto.

Escurría sangre de la comisura de su boca. Ella gimió, -Familia, Luke. Lo prometiste.-

Di un doloroso paso al frente. Grover estaba de nuevo de pie, junto al trono de Hera, pero se veía que también se esforzaba por moverse. Antes de que cualquiera de nosotros pudiera acercarse más a Annabeth, Cronos retrocedió. Miró el cuchillo en la mano de Annabeth, la sangre en su rostro.

-Lo prometiste.-

Entonces jadeó como si no pudiera respirar. -Annabeth...- Pero no era la voz del Titán. Era la de Luke. Tropezó como si no pudiera controlar su cuerpo. -Estás sangrando...-

-Mi cuchillo- Annabeth trató de levantar su daga, pero resbaló de su mano. Su brazo estaba doblado en un ángulo curioso. Me miró, implorando, -Percy, por favor...-

Pude moverme de nuevo. Me lancé hacia adelante y tomé su cuchillo. Golpeé a Backbiter fuera de la mano de Luke, y ésta giro hacia el fuego. Luke apenas me puso atención. Avanzó hacia Annabeth, pero yo me interpose entre ellos.

-No la toques- dije.

La ira apareció en su rostro. La voz de Cronos gruñó: -Jackson... -

¿Fue mi imaginación, o todo su cuerpo brillaba, volviéndose dorado?

Jadeó de nuevo. La voz de Luke: -Él está cambiando. Ayúdame. Está...está casi listo. Ya no necesita mi cuerpo. Por favor...-

-¡NO!- masculló Cronos. Miró alrededor buscando su espada, pero ésta estaba en el fuego, resplandeciendo entre los carbones.

Se dirigió hacia la espada. Traté de detenerlo, pero me empujó a un lado, aterricé junto a Annabeth y me golpeé la cabeza en la base del trono de Atenea.

-El cuchillo, Percy- murmuró Annabeth. Su voz era baja. -Héroe...hoja maldita...-

Cuando pude reenfocar la vista, vi a Cronos tomando su espada. Gritó de dolor y la soltó. Sus manos estaban humeantes y quemadas. El fuego del hogar había crecido intensamente rojo, como si la guadaña no fuera compatible con él. Vi una imagen de Hestia entre las cenizas, frunciendo el ceño ante Cronos con desaprobación.

Luke se volteó y cayó, crispando sus manos arruinadas. -Por favor, Percy...-

Me esforcé en ponerme de pie. Avancé hacia él con el cuchillo. Debería matarlo. Ese era el plan. Luke parecía saber lo que yo estaba pensando. Se humedeció los labios.

-No puedes...no puedes hacerlo tú mismo. Él romperá mi control. Se defenderá. Solo mi mano. Yo sé dónde. Puedo...puedo mantenerlo controlado.-

Luke definitivamente estaba brillando ahora, su piel comenzaba a despedir humo.

Levanté el cuchillo para atacar. Entonces miré a Annabeth, a Grover meciéndola en sus brazos, tratando de cubrirla. Y finalmente entendí lo que ella había tratado de decirme. *No eres el héroe, Percy.* Rachel me había dicho. *Eso afectará lo que hagas.*

-Por favor- gruñó Luke. -No hay tiempo.-

Si Cronos adquiría su verdadera forma, nada podría detenerlo. Haría que Tifón se viera como un juego de jardín infantil.

La línea de la gran profecía resonó en mi cabeza: *"El alma del héroe, la hoja maldita desgarrará"*. Todo mi mundo se volteó, y le di el cuchillo a Luke.

Grover exclamó. -¿Percy? ¿Estás...um...-

Loco. Demente. Chiflado. Probablemente.

Pero solo miré mientras Luke tomaba la empuñadura.

Me quedé frente a él...indefenso.

Soltó las correas laterales de su armadura, exponiendo un pequeño punto de su piel justo bajo su brazo izquierdo, un sitio que sería muy difícil de golpear. Con dificultad, se apuñaló a sí mismo.

No fue un corte profundo, pero Luke aulló. Sus ojos resplandecieron como lava. El salón de los tronos se sacudió, derribándome. Un aura de energía envolvió a Luke, brillando más y más. Cerré los ojos y sentí una fuerza como de explosión nuclear ampollar mi piel y partir mis labios.

Hubo silencio por un largo tiempo.

Cuando abrí los ojos, vi a Luke tirado en el hogar. En el piso alrededor de él había un círculo ennegrecido de cenizas. La guadaña de Cronos se había derretido y el metal líquido burbujeaba entre los carbones del fuego, que ahora brillaba como la fragua de un herrero.

El lado izquierdo del cuerpo de Luke estaba ensangrentado. Sus ojos estaban abiertos -ojos azules, como solían ser. Su aliento era un rápido temblor.

-Buena...hoja.- gimió.

Me arrodillé junto a él. Annabeth se incorporó con la ayuda de Grover. Ambos tenían lágrimas en los ojos.

Luke miró a Annabeth. -Lo sabías. Casi te maté, pero lo sabías...-

-Sshh- La voz de ella temblaba -Fuiste un héroe al final, Luke. Irás a los Elíseos.-

Él sacudió la cabeza débilmente. -Pienso...renacer. Intentarlo tres veces. Las Islas de los Bienaventurados.-

Annabeth sorbió. -Siempre te lo pusiste demasiado difícil.-

Luke levantó su mano quemada. Annabeth tocó las puntas de sus dedos.

-¿Tú...- Luke tosió y sus labios se tiñeron de rojo -...me amabas?-

Annabeth se secó las lágrimas. -Hubo un tiempo en que pensé...bueno, pensé...-Ella me miró, como si estuviera asimilando el hecho de que yo todavía estaba ahí. Y me di cuenta que yo hacía lo mismo. El mundo había colapsado y lo único que en realidad me importaba era que ella estaba viva.

-Fuiste como un hermano para mi, Luke.- dijo ella suavemente -Pero no te amaba.-

Él asintió, como si esperara eso. Gesticuló de dolor.

-Podemos conseguir ambrosía- dijo Grover -Podemos...-

-Grover- Luke dijo ahogadamente -Eres el sátiro más valiente que he conocido. Pero no. No hay curación...- tosió de nuevo.

Él sujeto mi manga, y pude sentir el calor de su piel como fuego. -Ethan. Yo. Todos los no reconocidos. No dejes...no dejes que suceda otra vez.-

En sus ojos vi la ira, pero también la súplica.

-No lo haré- le dije -Lo prometo.

Luke asintió, y su mano se puso flácida.

Los dioses llegaron pocos minutos después con su parafernalia completa de guerra, retumbando como un trueno en la sala de los tronos y esperando una batalla.

Lo que encontraron fue a Annabeth, Grover y a mí, de pie junto al cuerpo roto de un semidiós, a la tenue y cálida luz del fuego.

-Percy- dijo mi padre, el asombro en su voz. -¿Que...que es esto?-

Me volví y encaré a los Olímpicos.

-Necesitamos una mortaja- anuncié, mi voz quebrándose -Una mortaja para el hijo de Hermes.-

Veinte

Ganamos fabulosos premios.

Las tres Moiras en persona se llevaron el cuerpo de Luke.

No había visto a las ancianas señoras en años, desde que las había visto cortar un hilo de vida en un carrito de frutas a la orilla de una carretera cuando yo tenía doce. Me asustaron entonces, y me asustaron ahora - tres fantasmales abuelas con bolsas de agujas de tejer e hilos.

Una de ellas me miró, y aunque no dijo nada, mi vida literalmente pasó frente a mis ojos. De pronto tenía veinte años. Luego era un hombre de mediana edad. Después me volví viejo y decrepito. Toda la fuerza dejó mi cuerpo, y vi mi propia lápida y una tumba abierta, un ataúd bajando hacia el suelo. Todo esto pasó en menos de un segundo.

Está hecho, dijo.

La Moira tomó el recorte de hilo azul - y supe que era el mismo que vi hacía cuatro años, la línea de vida que las vi cortar. Había pensado que era mi vida. Ahora entendía que era la de Luke. Ellas me habían mostrado la vida que debía ser sacrificada para arreglar las cosas. Se acercaron al cuerpo de Luke, ahora envuelto en una mortaja blanca y verde y comenzaron a llevárselo fuera del salón de los tronos.

-Esperen- dijo Hermes.

El dios de los mensajeros estaba vestido con su clásico atuendo de Túnica griega blanca, sandalias y casco. Las alas de su casco aleteaban mientras caminaba. Las serpientes George y Martha se enroscaban alrededor de su caduceo, murmurando, *Luke, pobre Luke*.

Pensé en May Castellan, sola en su cocina, horneando galletas y preparando sándwiches para un hijo que nunca volvería a casa. Hermes descubrió el rostro de Luke y besó su frente. Murmuró unas palabras en griego antiguo - una bendición final.

-Adiós- suspiró. Entonces asintió y permitió que las Moiras se llevaran el cuerpo de su hijo.

Mientras ellas se iban, pensé en la Gran Profecía. Las líneas ahora tenían sentido para mí. *"El alma del héroe, la hoja maldita desgarrará"*. El héroe era Luke. La hoja maldita era el cuchillo que él había dado a Annabeth hacia mucho - maldita porque Luke había roto su promesa y traicionado a sus amigos. *"Una simple elección, sus días terminará"*. Mi elección, darle a Luke el cuchillo y creer, como Annabeth, que él era capaz de arreglar las cosas. *"El Olimpo preservar o arrasar"*. Al sacrificarse él mismo, había salvado el Olimpo.

Rachel tenía razón. Al final, en realidad yo no era el héroe. Era Luke.

Y entendí algo más: cuando Luke había descendido al Río Estigio, había tenido que enfocarse en algo importante que lo atara a su vida mortal. De otro modo se hubiera desintegrado. Yo había visto a Annabeth, y tenía la sensación de que él también. Él había visto aquella escena que Hestia me mostró - él mismo en los buenos días con Thalía y Annabeth, cuando prometió que serían una familia. Lastimar a Annabeth en la batalla lo

había sacudido como para recordar esa promesa. Eso había permitido a su consciencia mortal tomar el control otra vez, y derrotar a Cronos. Su punto débil - su talón de Aquiles - nos había salvado a todos.

Junto a mí, las rodillas de Annabeth temblaban. La sujeté, pero ella gritó de dolor, y me día cuenta que la había agarrado de su brazo roto.

-Oh, dioses- dije -Annabeth, lo siento-

-Está bien- dijo, y se desmayó en mis brazos.

-¡Necesita ayuda!- grité.

-Yo me encargo- Apolo se adelantó. Su feroz armadura era tan brillante que era difícil mirarlo, y sus lentes Ray-Ban y perfecta sonrisa lo hacían parecer un modelo masculino de armaduras de batalla. -Dios de la medicina, a tu servicio.-

Pasó su mano sobre el rostro de Annabeth y recitó un encantamiento. Inmediatamente los raspones desaparecieron. Sus cortadas y cicatrices se desvanecieron. Su brazo se enderezó y ella suspiró en su sueño.

Apolo sonrió -Estará bien en unos minutos. Tiempo suficiente para que componga un poema acerca de nuestra victoria: "Apolo y sus amigos salvan el Olimpo". Bueno, ¿Eh?-

-Gracias, Apolo- dije -Yo, um, le dejaré manejar la poesía.-

Las siguientes horas fueron como un borrón. Recordé la promesa a mi madre. Zeus ni siquiera parpadeó cuando le hice mi extraña petición. Chasqueó sus dedos y me informó que la cima del Empire State estaba ahora encendida de azul. La mayoría de los mortales debían estarse preguntando que significaba eso, pero mi mamá lo entendería: *Sobreviví, el Olimpo esta a salvo.*

Los dioses se encargaron de reparar el salón de los tronos, lo que sucedió sorprendentemente rápido con doce seres superpoderosos trabajando. Grover y yo nos encargamos de los heridos, y una vez que el puente del cielo fue reformado, nos encontramos con nuestros amigos que habían sobrevivido. Los cíclopes habían salvado a Thalía de la estatua derrumbada. Ella estaba en muletas, pero por lo demás se encontraba bien. Connor y Travis Stoll la había librado solo con heridas menores. Me aseguraron que no habían saqueado mucho la ciudad. Me contaron que mis padres estaban bien aunque no eran admitidos en el Monte Olimpo. La señorita O'Leary había desenterrado a Quirón de debajo de los escombros y lo había llevado al campamento. Los Stoll se veían bastante preocupados por el viejo centauro, pero al menos estaba vivo. Katie Gardner reportó que había visto a Rachel huir del edificio Empire State al final de la batalla. Rachel se veía ilesa, pero nadie sabía adonde se había ido, lo que todavía me preocupaba.

Nico di Angelo llegó al Olimpo y fue recibido como un héroe, su padre justo detrás de él, dejando de lado el hecho de que Hades solo se supone que visitara el Olimpo durante el solsticio de invierno. El dios de los muertos se veía sorprendido cuando sus parientes le palmearon la espalda. Dudo que alguna vez haya tenido una bienvenida tan entusiasta.

Clarisse entró, todavía temblando por el tiempo que pasó en el bloque de hielo, y Ares gritó: -¡Ahí esta mi niña!-

El dios de la guerra le revolvió el cabello, palmeándole la espalda, llamándola la mejor guerrera que hubiera visto. -¿Ese drakón muerto? ¡ESO es de lo que hablo!-

Ella se veía bastante abrumada. Todo lo que pudo hacer fue asentir y parpadear, como si temiera que él fuera a golpearla, pero eventualmente sonrió.

Hera y Hefesto se me acercaron, y aunque Hefesto estaba un poco gruñón por mi salto sobre su trono, pensaba que yo "había hecho un buen trabajo, la mayor parte".

Hera resopló con desdén. -Supongo que ahora no los destruiré, a ti y a ésa pequeña niña.-

-Annabeth salvó al Olimpo- le dije -Ella convenció a Luke de detener a Cronos.-

Ella se dio la vuelta en una rabieta, pero supuse que nuestras vidas estarían a salvo, al menos por un tiempo.

La cabeza de Dioniso aún estaba envuelta en un vendaje. Me miró, hizo una inclinación y dijo: -Bueno, Percy Jackson, veo que Pólux lo logró, así que supongo que no eres completamente inepto. Todo gracias a mi entrenamiento, supongo.-

-Um, sí, Señor- dije.

El señor D. asintió. -Y gracias a mi valentía, Zeus ha recortado mi prueba en ese miserable campamento a la mitad. Ahora solo me faltan 50 años en vez de cien.-

-¿Cincuenta años, eh?- Traté de imaginarme soportando a Dioniso hasta que yo fuera un anciano, suponiendo que viviera tanto.

-No te emociones, Jackson- dijo, y noté que decía mi nombre correctamente -Aún planeo hacer tu vida miserable.-

No pude evitar sonreír. -Naturalmente-

-Solo para que nos entendamos- Se dio la vuelta y comenzó a reparar su trono de vides, que había sido consumido por el fuego.

Grover se paró a mi lado. Por momentos se echaba a llorar. -Tantos espíritus de la naturaleza muertos, Percy. Tantos.-

Puse mi brazo alrededor de sus hombros y le pasé un trapo para que se sonara la nariz.

-Hiciste un buen trabajo, G. Nos recuperaremos de esto. Plantaremos nuevos árboles. Limpiaremos los parques. Tus amigos reencarnarán en un mundo mejor.-

Él sorbió tristemente. -Yo...supongo. Pero fue suficientemente difícil congregarlos antes. Aún soy un exiliado. Apenas si pude lograr que alguien me escuchara acerca de Pan. ¿Como me volverán a escuchar? Los llevé a una masacre.-

-Te escucharán- le prometí. -Porque te preocupas por ellos. Te preocupas por lo salvaje más que nadie.-

Grover trató de sonreír. -Gracias, Percy. Espero...Espero que sepas que estoy realmente orgulloso de ser tu amigo.-

Palmeé su brazo. -Luke tenía razón en una cosa, G. Eres el sátiro más valiente que he conocido.-

Se ruborizó, pero antes de que pudiera decir nada, un cuerno marino sonó. El ejército de Poseidón marchaba hacia la sala de los tronos.

-¡Percy!- gritó Tyson. Se abalanzó hacia mí con los brazos abiertos. Afortunadamente se había encogido a su tamaño normal, así que su abrazo fue como ser golpeado por un tractor y no por la granja entera.

-¡No estás muerto!- dijo.

-¡Sí!- admití -Sorprendente, ¿Eh?-

Palnoteó y rió feliz. -Yo tampoco estoy muerto. ¡Sí! Encadenamos a Tifón. ¡Fue divertido!-

Detrás de él otros cincuenta cíclopes armados rieron y asintieron y chocaron sus manos unos con otros.

-Tyson nos dirigió.- dijo uno -¡Él es valiente!-

-¡El más valiente de los cíclopes!- exclamó otro.

Tyson se ruborizó. -No fue nada.-

-¡Te vi!- le dije -¡Estuviste increíble!-

Pensé que el pobre Grover se iba a desmayar. Le temía a los cíclopes. Pero hizo nervios de acero y dijo. -Sí, um... ¡Tres hurras por Tyson!-

¡YAAAAAARRRRRR! Rugieron los cíclopes.

-Por favor no me coman.- murmuró Grover, pero no creo que nadie lo haya oído.

El cuerno resonó de nuevo. Los cíclopes se apartaron, y mi padre entró al salón de los tronos con su armadura de batalla, su tridente brillando en sus manos.

-¡Tyson!- rugió -Bien hecho, hijo mío. Y Percy...- Su rostro se volvió serio. Agitó su dedo, y por un segundo temí que fuera a volatilizarme. -Incluso te perdono que te hayas sentado en mi trono. ¡Salvaste al Olimpo!-

Extendió sus brazos y me estrechó. Me di cuenta, un poco avergonzado, que en realidad nunca antes había abrazado a mi papá. Era cálido - como cualquier humano - Y olía como a playa salada y aire fresco de mar. Cuando me soltó, me sonreía amablemente. Me sentí muy bien, admitiré que lloré un poco. Supongo que hasta ese momento no me había permitido darme cuenta de cuán aterrorizado había estado los últimos días.

-Papá...-

-Sshh- dijo -Ningún héroe está por encima del miedo, Percy. Y tú te has elevado por encima de todos los héroes. Ni siquiera Hércules...-

-¡POSEIDÓN!- rugió una voz.

Zeus había tomado su asiento. Miraba a través del salón hacia mi papá mientras los otros dioses se reunían y tomaban sus asientos. Incluso Hades estaba presente, sentado en una sencilla silla de piedra para visitas al pie del fuego. Nico se sentó en el piso con las piernas cruzadas junto a su papá.

-¿Y bien, Poseidón? ¿Eres tan orgulloso para unirme a nosotros en el consejo, hermano mío?-

Pensé que Poseidón se iba a molestar, pero solo me miró y guiño un ojo. -Será un honor, Señor Zeus.-

Supongo que los milagros suceden. Poseidón tomó asiento en su silla de pescar, y el Consejo Olímpico comenzó.

Mientras Zeus estaba hablando - Algún largo discurso acerca de la valentía de los dioses, etc. -Annabeth caminó y se paró junto a mí. Se veía bien para alguien que recientemente se había desmayado.

-¿La “señora mucho”?- musitó.

-Nadie planea matarnos, hasta ahora.-

-Primera vez en el día.-

Me reí, pero Grover me dio un codazo porque Hera nos echaba una fea mirada.

-Y por mis hermanos,- dijo Zeus -estamos agradecidos...- se aclaró la garganta como si las palabras fueran difíciles de sacar. -...erm, agradecidos por la ayuda de Hades.-

El señor de los muertos asintió. Tenía una mirada de suficiencia en el rostro, pero supongo que se había ganado el derecho. Palmeó los hombros de su hijo, y Nico se vio más feliz de lo que nunca lo había visto.

-Y, por supuesto,- continuó Zeus, que se veía como si sus pantalones se chamuscaran, -debemos...um...agradecer a Poseidón.-

-Lo siento, hermano,- dijo Poseidón -¿Que fue eso?-

-Debemos agradecer a Poseidón.- gruñó Zeus -Sin el cual...hubiera sido difícil...-

-¿Difícil?- preguntó Poseidón inocentemente.

-Imposible- dijo Zeus -Imposible derrotar a Tifón.-

Los dioses murmuraron en aceptación y chocaron sus armas en aprobación.

-Lo que nos deja,- dijo Zeus -solo con el asunto de agradecer a nuestros jóvenes semidioses, que defendieron el Olimpo tan bien...Aún si hay algunas abolladuras en mi trono.-

Llamó primero a Thalía al frente, siendo que era su hija, y le prometió ayudarla a llenar las filas de las cazadoras.

Artemisa sonrió. -Lo has hecho bien, mi lugarteniente. Me has hecho sentir orgullosa, y todas aquellas cazadoras que perecieron a mi servicio nunca serán olvidadas. Ellas alcanzarán los Elíseos, estoy segura.-

La diosa miró a Hades.

Él se encogió de hombros -Probablemente-

Artemisa se le quedó un momento más.

-Está bien- gruñó Hades -Modernizaré el proceso de aplicación-

Thalía sonrió orgullosa. -Gracias, mi Señora- Hizo una reverencia a los dioses, incluso a Hades, y cojeó hasta acercarse junto a Artemisa.

-¡Tyson, hijo de Poseidón!- llamó Zeus. Tyson lucía nervioso, pero fue a pararse en medio del consejo, y Zeus carraspeó.

-¿No se pierde las comidas, eh?- murmuró Zeus. -Tyson, por tu valentía en la guerra, y por liderar a los cíclopes, serás nombrado general de los ejércitos del Olimpo. De ahora en adelante dirigirás a tus hermanos en la guerra cuando sea que los dioses lo requieran. Y tendrás una nueva...um... ¿Que clase de arma te gustaría? ¿Una espada? ¿Un hacha?-

-¡Un garrote!- dijo Tyson, mostrando su porra rota.

-Muy bien- dijo Zeus -Te concederemos un nuevo, er, garrote. El mejor garrote que se pueda encontrar.-

-¡Hurra!- gritó Tyson, y todos los cíclopes lo felicitaron y palmearon en la espalda cuando se reunió con ellos.

-¡Grover Underwood de los sátiros!- llamó Dioniso.

Grover se adelantó nervioso.

-¡Oh, deja de mascar tu camiseta!- lo reprendió Dioniso -Honestamente, no voy a destrozarte. Por tu valentía y sacrificio, blah, blah, blah, y desde que hay una desafortunada vacante, los dioses han acordado nombrarte miembro del Consejo de los Sabios Ungulados.-

Grover se desplomó en el acto.

-Oh, grandioso- suspiró Dioniso, mientras varias náyades se acercaban a ayudar a Grover. -Bueno, cuando despierte, alguien dígame que ya no será más un exiliado, y que todos los sátiros, náyades, driadas y otros espíritus de la naturaleza de ahora en adelante lo tratarán como Señor de lo Salvaje, con todos los derechos, privilegios y honores, blah, blah, blah. Ahora, por favor, llévenselo antes de que despierte y empiece a arrastrarse.-

-COOOOOOIIIIIIIDAAAAA- gimió Grover, y los espíritus de la naturaleza se lo llevaron.

Supuse que estaría bien. Despertaría como Señor de lo Salvaje con un montón de hermosas driadas encargándose de él. La vida podía ser peor.

Atenea llamó -Annabeth Chase, mi propia hija.-

Annabeth apretó mi brazo, luego caminó hacia adelante y se arrodilló al pie de su madre.

Atenea sonrió. -Tú, hija mía, has excedido mis expectativas. Usaste tu ingenio, tu fuerza y tu coraje para defender esta ciudad, y nuestros asientos de poder. Ha sido llamada nuestra atención al hecho de que el Olimpo está...bueno, destruido. El Señor de los titanes causó demasiados daños que hay que reparar. Podríamos reconstruirlo con magia, por supuesto, y dejarlo justo como estaba. Pero los dioses sentimos que la ciudad puede ser mejorada. Tomaremos esto como una oportunidad. Y tú, hija mía, diseñarás esas mejoras.-

Annabeth levantó la vista, consternada. -¿Mi...Mi Señora?-

Atenea puso una sonrisa torcida. -¿Tú eres arquitecto, no es así? Has estudiado las técnicas del mismo Dédalo. ¿Quien mejor para rediseñar el Olimpo y hacer de él un monumento que perdure por otro eón?-

-Quieres decir... ¿Que puedo diseñar lo que quiera?-

-Lo que tu corazón decida,- dijo la diosa -Haznos una ciudad para todas las eras.-

-Mientras que la llenes de estatuas mías,- añadió Apolo.

-Y mías- accedió Afrodita.

-¡Hey, y mías!- dijo Ares -Grandes estatuas con enormes y crueles espadas y...-

-¡Esta bien!- interrumpió Atenea -Ya lo entendió. Ponte de pie, hija mía, Arquitecto oficial del Olimpo.-

Annabeth se levantó en trance y caminó de vuelta hacia mí.

-Mucho que hacer- le dije, sonriendo.

Por una vez ella se quedó sin palabras. -Yo...tengo que empezar a planear...conseguir papel, y, um, lápices...-

-¡PERCY JACKSON!- anunció Poseidón. Mi nombre resonó en la cámara.

Todas las pláticas cesaron. La sala estaba silenciosa excepto por el crepitar del fuego en el hogar. Todos los ojos estaban sobre mí - todos los dioses, los semidioses, los cíclopes, los espíritus. Caminé hasta el centro del salón de los tronos. Hestia me sonrió tranquilizadamente. Ella estaba en la forma de una niña ahora, y se veía feliz y contenta de estar sentada junto a su fuego otra vez. Su sonrisa me dio valor para seguir caminando. Primero hice una reverencia a Zeus. Después me arrodillé a los pies de mi padre.

-Levántate, hijo mío- dijo Poseidón.

Me incorporé inseguro.

-Un gran héroe debe ser recompensado- dijo Poseidón -¿Hay alguien aquí que pueda negar que mi hijo lo merece?-

Esperaba que alguien objetara. Los dioses nunca estaban de acuerdo en nada, y a muchos de ellos yo aun no les agradaba, pero ni uno solo protestó.

-El consejo está de acuerdo- dijo Zeus. -Percy Jackson, recibirás un regalo de los dioses.-

Dudé -¿Cualquier regalo?-

Zeus asintió con seriedad. -Sé lo que pedirás. El más grande regalo de todos. Sí, si lo deseas, será tuyo. Los dioses no han otorgado este regalo a un héroe mortal en muchos siglos, pero, Percy Jackson - si lo deseas - serás convertido en un dios. Inmortal. Eterno. Servirás como lugarteniente de tu padre por todos los tiempos.-

Lo miré, desconcertado. -Um... ¿Un dios?-

Zeus puso los ojos en blanco. -Un dios despistado, aparentemente. Pero sí. Con el consenso del consejo entero, puedo hacerte inmortal. Luego tendré que soportarte por siempre.-

-Mmmh- Ares musitó -Eso significa que podré hacerlo papilla tan seguido como quiera, y él simplemente regresará por más. Me gusta la idea.-

-Yo también lo apoyo.- dijo Atenea, aunque estaba viendo a Annabeth.

Miré hacia atrás. Annabeth trataba de no encontrar mis ojos. Su rostro estaba pálido. Recordé dos años atrás, cuando creí que ella iba a someterse a Artemisa y volverse una cazadora. Yo había estado al borde de un ataque de pánico, pensando que la perdía. Ahora, ella se veía casi de la misma forma.

Pensé en las tres Moiras, y la manera en que mi vida pasó ante mí. Podía evitar todo eso. No envejecer, no morir, ningún cuerpo a la tumba. Podía ser un adolescente por siempre, en mi mejor condición, poderoso e inmortal, sirviendo a mi padre. Podía tener poder y vida eterna.

¿Quién podría rehusarse?

Pero miré a Annabeth de nuevo. Pensé en mis amigos del campamento: Charles Beckendorf, Michael Yew, Silena Beauregard, y tantos otros que ahora estaban muertos. Pensé en Ethan Nakamura y Luke.

Y supe lo que tenía que hacer.

-No- dije.

El Consejo estaba en silencio. Los dioses gesticulaban unos a otros como si hubieran oído mal.

-¿No?- dijo Zeus -¿Estás...despreciando nuestra generosa oferta?-

Había un peligroso tono en su voz, como una tormenta a punto de estallar.

-Me siento honrado y todo.- dije -No me malinterpreten. Es solo...tengo mucha vida que vivir. Odiaría declinar en mis mejores años.-

Los dioses me fulminaron con la mirada, pero Annabeth tenía las manos sobre su boca. Sus ojos brillaban, con esa expresión de "hazlo".

-Pero aún quiero un regalo- dije -¿Prometen cumplir mi deseo?-

Zeus reflexionó acerca de esto. -Si está en nuestro poder.-

-Lo está- dije -Y ni siquiera es difícil. Pero necesito que lo prometan por el Río Estigio.-

-¿Que?- exclamó Dioniso -¿No confías en nosotros?-

-Una vez alguien me dijo, -les conté, mirando a Hades -"Siempre debes pedir un juramento solemne".-

Hades sonrió -Culpable.-

-¡Muy bien!- gruñó Zeus -En nombre del Consejo, juramos por el Río Estigio cumplir tu razonable petición mientras que esté en nuestro poder.-

Los otros dioses murmuraron en asentimiento. Un trueno resonó, sacudiendo la sala de los tronos. El pacto estaba hecho.

-De ahora en adelante, quiero que reconozcan apropiadamente a los hijos de los dioses. - dije -Todos los hijos...de todos los dioses.-

Los dioses se movieron incómodos.

-Percy- dijo mi padre -¿Exactamente a que te refieres?-

-Cronos no hubiera podido ascender si no hubiera habido tantos semidioses que se sentían abandonados por sus padres.- dije -Se sentían enojados, resentidos y despreciados, y tenían una buena razón.-

Las reales fosas nasales de Zeus se dilataron. -Te atreves a acusarnos...-

-No mas hijos indeterminados.- dije -Quiero que prometan que reclamarán a sus hijos - todos sus hijos semidioses - para cuando cumplan trece años. No volverán a vagar solos por el mundo a la clemencia de los monstruos. Quiero que los reclamen y los traigan al campamento para que sean debidamente entrenados, y sobrevivan.-

-Ahora, espera un momento.- dijo Apolo, pero yo estaba haciendo una lista.

-Y los dioses menores- dije -Némesis, Hécate, Morfeo, Jano, Hebe...Todos ellos merecen una amnistía y un lugar en el campamento mestizo. Sus hijos no deben ser ignorados. Calipso y los otros parientes pacíficos de los titanes deben ser perdonados también. Y Hades...-

-¿Estás llamándome dios menor?- masculló Hades.

-No, mi Señor- dije rápidamente -Pero sus hijos no deben ser dejados fuera. Deben tener una cabaña en el campamento. Nico lo ha probado. Ningún semidiós no reclamado será amontonado en la cabaña de Hermes nunca más, preguntándose quienes son sus padres. Tendrán sus propias cabañas, para todos los dioses. Y no mas "Pacto de los tres Grandes". Eso no funcionó de todos modos. Deben dejar de tratar de librarse de los semidioses poderosos. Mejor vamos a entrenarlos y aceptarlos. Todos los hijos de los dioses serán recibidos y tratados con respeto. Ése es mi deseo.-

Zeus resopló. -¿Eso es todo?-

-Percy- dijo Poseidón- Pides mucho. Presupones mucho.-

-Los ato a su juramento- dije -A todos ustedes.-

Recibí muchas miradas feroces. Extrañamente, fue Atenea quien habló: -El chico tiene razón. No fue sabio ignorar a nuestros hijos. Demostró ser una debilidad estratégica en esta guerra y casi costó nuestra destrucción. Percy Jackson, he tenido mis dudas acerca de ti, pero quizás...- Ella miró a Annabeth, y luego habló como si las palabras tuvieran un sabor amargo -...Quizás estaba equivocada. Yo voto porque aceptemos el plan del muchacho.-

-Hmmp- dijo Zeus -Hacer lo que dijo un simple niño. Pero supongo...-

-Todos a favor- dijo Hermes.

Todos los dioses levantaron la mano.

-Um, gracias.- dije.

Me volví, pero antes de que me fuera Poseidón exclamó: -¡Guardia de honor!-

Inmediatamente los cíclopes se adelantaron y formaron dos filas desde los tronos hasta la puerta - un corredor para que yo pasara. Se pusieron atentos.

-Todos saluden a Perseus Jackson- dijo Tyson -Héroe del Olimpo... ¡Y mi hermano mayor!-

Veintiuno

Blackjack es secuestrado.

Annabeth y yo íbamos de salida cuando vi a Hermes a un lado del patio de palacio. Estaba mirando un mensaje iris en la bruma de una fuente.

Observé a Annabeth - Te alcanzo en el elevador.-

-¿Estás seguro?- Luego estudió mi rostro. -Sí, estás seguro.-

Hermes no pareció notar que me acerqué. Las imágenes del mensaje iris iba tan rápido que difícilmente las pude entender. Noticieros mortales de todo el país aparecían: escenas de la destrucción de Tifón, los restos de nuestra batalla habían quedado por todo Manhattan, el presidente dando una conferencia de prensa, el Alcalde de New York, algunos vehículos del ejército rodando por la Avenida de las Américas.

-Sorprendente- Murmuró Hermes. Se volvió hacia mí. -Tres mil años, y nunca se acaba el poder de la Niebla...y la ignorancia mortal.-

-Gracias, supongo.-

-Oh, tú no. Aunque, supongo que debería considerarlo, declinar la inmortalidad.-

-Fue la decisión correcta.-

Hermes me miró con curiosidad, luego regresó su atención al mensaje iris. -Míralos. Ya decidieron que Tifón fue una extraña serie de tormentas. No lo deseo. No se imaginan como es que todas las estatuas de la parte baja de Manhattan fueron removidas de sus pedestales y hechas pedazos. Siguen mostrando una imagen de Susan B. Anthony estrangulando a Frederick Douglass. Pero me imagino que ya encontrarán una explicación lógica para eso.-

-¿Que tan mal está la ciudad?-

Hermes sonrió. -Sorpresivamente, no tan mal. Los mortales están sacudidos, por supuesto. Pero esto es New York. Nunca había visto a un montón de humanos tan resistentes. Imagino que volverán a la normalidad en unas pocas semanas; y por supuesto, yo estaré ayudando.-

-¿Usted?-

-Soy el mensajero de los dioses. Es mi trabajo monitorear lo que los mortales dicen, y si es necesario, ayudarlos a darse cuenta de lo que pasa. Yo los tranquilizo. Créeme, ellos le achacarán esto a un tremendo terremoto o a una llamarada solar, cualquier cosa, antes que la verdad.-

Él sonaba amargado. George y Martha se enroscaban alrededor de su caduceo, pero estaban en silencio, lo que me hizo pensar que Hermes estaba realmente enojado. Probablemente debí quedarme callado, pero dije:

-Le debo una disculpa.-

Hermes me miró cauteloso. -¿Y eso por que?-

-Pensé que usted era un mal padre. -Admití -Pensé que abandonaba a Luke porque sabía de su futuro y no hizo nada para detenerlo.-

-Yo sabía su futuro.- dijo Hermes miserablemente.

-Pero usted sabía más que solo las cosas malas - que él se volvería malo. Usted entendió lo que él haría al final. Sabía que tomaría la decisión correcta. Pero no podía decírselo, ¿Verdad?-

Hermes miró a la fuente. -Nadie puede entrometerse con el destino, Percy, ni siquiera un dios. Si le hubiera advertido de lo que venía, o tratado de influenciar sus decisiones, yo hubiera hecho que las cosas estuvieran aún peor. Permanecer en silencio, alejarme de él...fue lo más difícil que he hecho nunca.-

-Debió dejarlo que encontrara su propio camino,- dije -y jugar su parte en la salvación del Olimpo.-

Hermes suspiró. -No debí molestarme con Annabeth. Cuando Luke la visitó en San Francisco...bueno, yo sabía que ella tenía un papel que desempeñar en su destino. Vi todo eso. Yo pensé que tal vez ella podría hacer lo que yo no y salvarlo. Cuando ella se rehusó a irse con él, apenas pude contener mi ira. Debí saberlo mejor. En realidad estaba furioso conmigo mismo.-

-Annabeth lo salvó- dije -Luke murió como un héroe. Se sacrificó a si mismo para matar a Cronos.-

-Aprecio tus palabras, Percy. Pero no puedes matar a un Titán.-

-Entonces...-

-No lo sé- Hermes gruñó -Ninguno de nosotros lo sabe. Hecho polvo. Disipado en el viento. Con suerte se haya esparcido tanto que nunca sea capaz de formar una consciencia de nuevo, mucho menos un cuerpo. Pero no lo des equivocadamente por muerto, Percy.-

Mi estomago dio una voltereta que me causó nauseas. -¿Que hay de los otros Titanes?-

-Escondidos- dijo Hermes. -Prometeo envió a Zeus un mensaje con un montón de excusas por apoyar a Cronos. "Solo trataba de minimizar los daños, blah, blah, blah." Mantendrá la cabeza gacha unos cuantos siglos si es listo. Krios huyó, y el Monte Othrys ha quedado en ruinas. Océano ha regresado a las profundidades del mar cuando quedó claro que Cronos había perdido. Mientras tanto, mi hijo Luke está muerto. Murió creyendo que yo no me preocupaba por él. Nunca me lo perdonaré.-

Hermes balanceó su caduceo entre la niebla. La imagen iris desapareció.

-Hace mucho tiempo- dije -Usted me contó que lo mas difícil de ser un dios era no poder ayudar a sus hijos. También me dijo que no se rendiría con su familia, no importa lo tentado que estuviera.-

-¿Y ahora sabes que soy un hipócrita?-

-No, usted tenía razón. Luke lo amaba. Al final, él cumplió su destino. Pienso que se dio cuenta de por que usted no podía ayudarlo. Luke recordó lo que era importante.-

-Muy tarde para él y para mí.-

-Tiene otros hijos. Honre a Luke reconociéndolos a ellos. Todos los dioses pueden hacer eso.-

Los hombros de Hermes se hundieron. -Ellos lo intentarán, Percy. Oh, todos trataremos de cumplir nuestra promesa. Y quizás por un tiempo las cosas mejoren. Pero los dioses nunca han sido buenos cumpliendo sus juramentos. Tú naciste debido a una promesa rota, ¿eh? Eventualmente se volverán olvidadizos. Siempre lo hacemos.-

-Pueden cambiar-

Hermes se rió. -Después de tres mil años, ¿Piensas que los dioses cambiarán su naturaleza?-

-Sí- dije -Lo pienso.-

Hermes pareció sorprendido por eso. -Tú crees... ¿Crees que Luke en verdad me amaba? ¿Después de todo lo que pasó?-

-Estoy seguro.-

Hermes contempló la fuente. -Te daré una lista de mis hijos. Hay un chico en Wisconsin. Dos niñas en Los Ángeles. Unos cuantos más. ¿Verás que lleguen al campamento?

-Lo prometo- dije -Y no lo olvidaré.-

George y Martha circularon alrededor del caduceo. Sabía que las serpientes no pueden sonreír, pero ellas parecían intentarlo.

-Percy Jackson- dijo Hermes -Tú podrías enseñarnos una cosa o dos.-

Otro dios me esperaba a la salida del Olimpo. Atenea estaba de pie en medio del camino con sus brazos cruzados y una expresión en el rostro que me hizo pensar "Uh- oh". Había cambiado su armadura por unos vaqueros y una blusa blanca, pero no se veía ni un poco menos bélica. Sus ojos grises brillaban.

-Bien, Percy- dijo -Permanecerás como mortal.-

-Um, Sí, señora.-

-Debo saber tus razones.-

-Quiero ser un muchacho normal. Quiero crecer. Tener, ya sabe, experiencias escolares normales.-

-¿Y mi hija?-

-No pude dejarla- admití -O a Grover,- añadí rápidamente. -O a...-

-Evítamelo- Atenea se acercó a mí y pude sentir su aura de poder, haciendo cosquillar mi piel. -Una vez te advertí, Percy Jackson, que por salvar a un amigo podías destruir el mundo. Quizás yo estaba equivocada. Pareces haber salvado tanto a tus amigos como al mundo. Pero piensa muy cuidadosamente como vas a proceder desde ahora. Te he dado el beneficio de la duda. No lo eches a perder.-

Solo para dejar claro su punto, ella se volvió una columna de flamas, chamuscando el frente de mi playera.

Annabeth me esperaba junto al elevador. -¿Por qué hueles a quemado?-

-Larga historia- dije. Juntos hicimos el camino hacia abajo, al nivel de la calle. Ninguno de nosotros dijo una palabra. La música era horrible - Neil Diamond o algo así. Debí hacer de esto parte de mi petición a los dioses: Mejor música en el elevador.

Cuando llegamos al recibidor, encontré a mi mamá y a Paul discutiendo con el tipo calvo de seguridad, que ya había regresado a su puesto.

-Se lo estoy diciendo- gritaba mi mamá -¡Tenemos que subir! Mi hijo...- Entonces me vio y sus ojos se abrieron. -¡Percy!-

Me dio un abrazo que me sacó el aire.

-Vimos el edificio resplandeciendo en azul- dijo -Pero luego no bajaste. ¡Te fuiste hace horas!-

-Se estaba poniendo un poco nerviosa- dijo Paul discretamente.

-Estoy bien- le aseguré, mientras mi mamá abrazaba a Annabeth. -Ahora todo está bien.-

-Señor Blofis, -dijo Annabeth -ese fue un trabajo grandioso con la espada.-

Paul se sonrojó. -Parecía lo que tenía que hacer. Pero Percy, este es realmente...Quiero decir, ¿Esta historia del piso seiscientos?-

-El Olimpo- dije -Sip-

Paul miró al techo con expresión soñadora. -Me gustaría verlo.-

-Paul- le regañó mi mamá -No es para mortales. De cualquier modo, lo importante es que estamos a salvo. Todos.-

Estaba a punto de relajarme. Todo se sentía perfecto. Annabeth y yo estábamos bien. Mi mamá y Paul habían sobrevivido. El Olimpo estaba salvado.

Pero la vida de un semidiós nunca es fácil. Justo entonces Nico llegó corriendo de la calle, y su cara me dijo que algo estaba mal.

-Es Rachel- dijo -Corrí tras ella desde la calle 32.-

Annabeth frunció el ceño. -¿Que hizo esta vez?-

-Es a donde va- dijo Nico -Le dije que podía morir si lo intentaba, pero ella insistió. Tomó a Blackjack y...-

-¿Se llevó mi Pegaso?- reclamé.

Nico asintió. -Se dirigía a la Colina Mestiza. Dijo que iba al campamento.-

Veintidós

Soy botado.

Nadie se roba mi Pegaso. Ni siquiera Rachel. No estaba seguro de si estaba más enojado, sorprendido o preocupado.

-¿Que estaba pensando?- dijo Annabeth mientras corríamos por el río. Desafortunadamente, yo tenía una buena idea, y eso me llenaba de temor.

El tráfico estaba horrible. Todo mundo estaba en las calles curioseando en la zona de guerra. Sirenas de policía sonaban en cada cuadra. No había posibilidad de tomar un taxi, y los pegasos ya habían volado. Podíamos haber buscado a algún Poni Fiestero, pero habían desaparecido junto con la mayoría de la cerveza de raíz de la ciudad. Así que corrimos, empujando entre la multitud de mortales deslumbrados que estorbaban en las aceras.

-Nunca pasará las defensas- dijo Annabeth -Peleus se la comerá-

No había considerado eso. La Niebla no engañaba a Rachel como a la mayoría de las personas. Ella sería capaz de encontrar el campamento sin problemas, pero esperaba que los límites mágicos simplemente la detuvieran afuera como un campo de fuerza. No se me había ocurrido que Peleus podía atacarla.

-Tenemos que apresurarnos- Miré a Nico -No supondré que tú podrías invocar algunos caballos esqueleto.-

Él jadeaba mientras corría. -Muy cansado...no podría invocar un hueso de perro.-

Finalmente llegamos al embarcadero en la costa, y solté un fuerte silbido. No me gustó hacerlo. Aún con el dólar de arena que le di al Río Este para limpiarse mágicamente, el agua aquí estaba bastante infecta. No quería hacer enfermar a ningún animal marino, pero ellos vinieron a mi llamado.

Tres líneas onduladas aparecieron en el agua gris, y una manada de hipocampos salió a la superficie. Ellos relincharon inconformes, sacudiendo el cieno del río de sus melenas. Eran hermosas criaturas, con colas de pez multicolor, y cabezas y patas delanteras de esturiones blancos. El hipocampo del frente era mucho más grande que los otros - una montura a la medida de un cíclope.

-¡Rainbow!- ¿Cómo te va, amigo?-

Él relinchó una queja.

-Si, lo siento,- dije -pero es una emergencia. Tenemos que llegar al campamento.-

Resopló.

-¿Tyson?- dije -¡Tyson está bien! Siento que no esté aquí. Ahora es un gran general en el ejército de cíclopes.-

¡NEEEEEIGGGGGH!

-Si, estoy seguro que te seguirá trayendo manzanas. Ahora, acerca de ese viaje...-

De inmediato, Annabeth, Nico y yo nos deslizábamos por el Río Este más veloces que en esquíes acuáticos. Pasamos debajo del puente Throgs Neck y avanzamos hacia el estrecho de Long Island.

Pareció una eternidad hasta que al fin vimos la playa del campamento. Agradecemos a los hipocampos y vadeamos hacia la costa, solo para encontrarnos con Argos esperando por nosotros. Estaba de pie en la arena, con los brazos cruzados, sus cien ojos observándonos.

-¿Ella está aquí?- pregunté.

Asintió tristemente.

-¿Todo está bien?- dijo Annabeth.

Argos sacudió la cabeza.

Lo seguimos de vuelta sobre un rastro. Era surrealista estar de vuelta en el campamento, porque todo lucía muy pacífico: sin edificio ardiendo, ni peleadores heridos. Las cabañas

reflejaban la luz del sol. y los campos brillaban con el rocío. Pero el lugar estaba en su mayor parte vacío. Arriba, en la Casa Grande, algo estaba definitivamente mal. Luz verde salía por todas las ventanas, justo como en mi sueño acerca de May Castellan. Niebla - del tipo mágico- se arremolinaba alrededor del patio. Quirón estaba en una cama tamaño caballo junto a la cancha de Voleibol, un montón de sátiros de pie junto a él. Blackjack se paseaba nerviosamente por el pasto.

¡No me culpe, jefe! suplicó cuando me vio. *¡Esa extraña chica me forzó a hacerlo!*

Rachel Elizabeth Dare estaba de pie sobre los escalones del porche. Tenía los brazos extendidos como si esperara que alguien dentro de la casa le lanzara una pelota.

-¿Que está haciendo?- preguntó Annabeth. ¿Como pasó las barreras?-

-Voló- dijo uno de los sátiros, mirando acusadoramente a Blackjack. -Pasó al dragón, pasó las barreras mágicas.-

-¡Rachel!- la llamé, pero los sátiros me detuvieron cuando quise acercarme.

-Percy, no- me advirtió Quirón. Hizo un gesto de dolor cuando trató de moverse. Su brazo izquierdo estaba en cabestrillo, sus patas traseras estaban entablilladas y su cabeza vendada. -No puedes interrumpir.-

-¡Pensé que le habías explicado las cosas!-

-Lo hice. Y la invité aquí.-

Lo miré con incredulidad. -¡Dijiste que nunca más dejarías a alguien intentarlo! ¡Dijiste...!-

-Sé lo que dije, Percy. Pero estaba equivocado. Rachel tuvo una visión acerca de la maldición de Hades. Ella cree que podría haberse levantado ahora. Me convenció de que ella se merece una oportunidad.-

-¿Y si la maldición no se ha levantado? ¡Si Hades no ha permitido eso todavía, ella se volverá local!-

La Niebla rodeó a Rachel. Ella temblaba como si fuera a darle un ataque.

-¡Hey!- grité -¡Detente!-

Corrí hacia ella, ignorando a los sátiros. Estaba a unos tres metros y golpeé algo como una pelota de playa invisible. Reboté y caí al césped. Rachel abrió los ojos y se volvió. Se veía como sonámbula -como si pudiera verme, pero solo en un sueño.

-Todo está bien- Su voz sonaba lejana. -Esto es por lo que vine.-

-¡Serás destruida!-

Ella sacudió la cabeza. -Aquí es donde pertenezco, Percy. Y finalmente entiendo por qué.-

Eso sonaba muy parecido a lo que May Castellan había dicho. Tenía que detenerla, pero ni siquiera podía ponerme de pie. La casa retumbó. La puerta se abrió y una luz verde salió de ella. Reconocí el cálido y mohoso olor de las serpientes.

La Niebla se enroscó como cientos de serpientes de humo, reptando por las columnas del porche, enredándose alrededor de la casa. Entonces la Oráculo apareció en la puerta. La reseca momia avanzó hacia adelante con su vestido multicolor. Se veía aún peor de lo usual, lo que ya es decir mucho. Su cabello se caía a mechones. Su piel curtida estaba cuarteada como los asientos de un autobús gastado. Sus ojos vidriosos miraban al vacío, pero tuve el escalofriante presentimiento de que estaban dirigidos hacia Rachel.

Rachel extendió los brazos. No se veía asustada.

-Has estado esperando mucho tiempo.- dijo Rachel -Pero ahora estoy aquí.-

El sol resplandeció aún más brillante. Un hombre apareció sobre el porche, flotando en el aire -un tipo rubio con una toga blanca, con lentes de sol y una sonrisa pedante.

-Apolo- dije.

Me guiñó un ojo pero puso un dedo sobre sus labios.

-Rachel Elizabeth Dare- dijo -Tienes el don de la profecía. Pero eso es también una maldición. ¿Estás segura de que quieres esto?-

Rachel asintió. -Es mi destino-

-¿Aceptas los riesgos?-

-Los acepto-

-Entonces procedamos.- dijo el dios.

Rachel cerró los ojos. -Acepto este papel. Me comprometo con Apolo, dios de los Oráculos. Abro mis ojos al futuro y abrazo el pasado. Acepto al espíritu de Delfos, Voz de los dioses, Narrador de acertijos, Vidente del destino.-

No sabía de donde estaba sacando las palabras, pero fluyeron a través de ella mientras la Niebla se espesaba. Una columna de humo verde, como una inmensa pitón, salió en espirales de la boca de la momia y se deslizó por los escalones, enrollándose afectuosamente en los pies de Rachel. La momia Oráculo se desmoronó hasta que no hubo nada más que una pila de polvo en un viejo vestido desteñido. La niebla envolvió a Rachel en una columna. Por un momento no pude verla. Luego el humo se aclaró.

Rachel se desplomó y asumió la posición fetal. Annabeth, Nico y yo corrimos hacia ella, pero Apolo dijo, -¡Alto! Esta es la parte más delicada.-

-¿Que está pasando?- exigí -¿A qué se refiere?-

Apolo observó a Rachel con interés. -Si el espíritu se queda, o no.-

-¿Y si no?- preguntó Annabeth.

-Cinco palabras- dijo Apolo, contando con sus dedos. -Eso sería realmente muy malo.-

Ignorando la advertencia de Apolo, corrí y me arrodillé junto a Rachel. El olor del ático se había ido. La Niebla se hundió en el suelo y la luz verde se desvaneció. Pero Rachel aún estaba pálida. Apenas respiraba. Entonces sus ojos se abrieron de golpe. Ella me enfocó con dificultad.

-Percy-

-¿Estás bien?-

Ella trató de sentarse. -OW- Presionó sus manos sobre sus sienes.

-Rachel- dijo Nico -El aura de tu vida casi se desvaneció por completo. Pude verte morir.-

-Estoy bien- murmuró. -Por favor, ayúdenme. Las visiones...desorientan un poco.-

-¿Segura que estás bien?- pregunté.

Apolo bajó del porche. -Damas y caballeros, déjenme presentarles al nuevo Oráculo de Delfos.-

-Está bromeando- dijo Annabeth.

Rachel esbozó una débil sonrisa. -También es algo sorprendente para mí, pero éste es mi destino. Lo vi cuando estaba en New York. Supe por qué había nacido con el don de la verdadera visión. Estaba destinada a convertirme en la Oráculo.-

Parpadeé -¿Quieres decir que ahora puedes predecir el futuro?-

-No todo el tiempo- dijo ella -Pero hay visiones, palabras, imágenes en mi mente. Cuando alguien me hace una pregunta, yo...Oh, no.-

-Está comenzando.- anunció Apolo.

Rachel se dobló como si alguien la hubiera golpeado. Luego se puso derecha y sus ojos brillaron verdes como las serpientes.

Cuando habló, su voz sonaba triplicada -como si tres Rachels hablaran a la vez:

"Siete mestizos responderán al llamado.

Por la tormenta o el fuego, el mundo caerá.

Una promesa que mantener con un aliento final,

Y enemigos portando armas a las puertas de la Muerte."

Con la última palabra, Rachel se desplomó, Nico y yo la atrapamos y llevamos hacia el porche. Su piel estaba afiebrada.

-Estoy bien- dijo, su voz volviendo a la normalidad.

-¿Que fue eso?- pregunté.

Ella sacudió la cabeza, confusa. -¿Que fue qué?-

-Creo- dijo Apolo -que acabamos de escuchar la siguiente Gran Profecía.-

-¿Que significa?- exigí saber.

Rachel frunció el ceño. -Ni siquiera recuerdo qué dije.-

-No- musitó Apolo. -El espíritu solo hablará a través de ti ocasionalmente. El resto del tiempo, nuestra Rachel será tal como siempre ha sido. No tiene sentido aislarla, incluso si acaba de hacer la siguiente gran predicción para el futuro del mundo.-

-¿Que?- dije -Pero...-

-Percy- dijo Apolo -Yo no me preocuparía mucho. La última Gran Profecía acerca de ti tomó casi setenta años en completarse. Esta tal vez ni siquiera suceda en tu vida.-

Pensé en las líneas que Rachel había dicho con esa escalofriante voz: acerca de tormenta y fuego a las puertas de la Muerte. -Quizás- dije -Pero no sonaba muy bien.-

-No- dijo Apolo animadamente -Ciertamente que no. ¡Ella va a ser una maravillosa Oráculo!-

Era difícil dejar el tema, pero Apolo insistió en que Rachel necesitaba descansar, y ella se veía bastante desorientada.

-Lo siento, Percy- dijo -Cuando estábamos en el Olimpo, no te expliqué todo, pero el llamado me aterraba. No pensé que lo entenderías.-

-Y aún no lo entiendo- admití -Pero supongo que me alegro por ti.-

Rachel sonrió. -Alegre quizás no es la palabra correcta. Ver el futuro no es fácil, pero es mi destino. Solo espero que mi familia...-

No terminó su pensamiento.

-¿Aún irás a la Academia Clarion?- pregunté.

-Le hice una promesa a mi padre. Supongo que trataré de ser una chica normal durante el año escolar, pero...-

-Pero ahora necesitas descansar- la regañó Apolo -Quirón, no creo que el ático sea un lugar apropiado para nuestra nueva Oráculo, ¿No te parece?-

-No, ciertamente. Quirón se veía mucho mejor ahora que Apolo había hecho algo de magia medicinal con él. -Rachel puede utilizar una habitación de huéspedes en la Casa Grande por ahora, hasta que hayamos pensado mejor la cuestión.-

-Estoy pensando en una cueva en las colinas- murmuró Apolo -Con antorchas y una gran cortina púrpura sobre la entrada...realmente misterioso. Pero por dentro, todo acojinado con un cuarto de juegos y uno de esos sistemas de teatro en casa.-

Quirón se aclaró la garganta ruidosamente.

-¿Que?- preguntó Apolo.

Rachel me besó en la mejilla. -Adiós, Percy.- murmuró -Y no necesito ver el futuro para decirte que hacer ahora, ¿Verdad?-

Sus ojos se veían más penetrantes que antes.

Me ruboricé. -No-

-Bien- dijo ella. Se dio la vuelta y siguió a Apolo hacia la Gran Casa.

El resto del día fue tan extraño como al principio. Los campistas llegaban de New York en coche, Pegaso y carro. Nos encargamos de los heridos. Los muertos recibieron los ritos funerarios apropiados en el fuego del campamento. El sudario de Silena era color rosa intenso, pero bordado con una lanza eléctrica. Las cabañas de Ares y Afrodita la aclamaban ambas como heroína, y confeccionaron el sudario juntas. Nadie mencionó la palabra *espía*. Esa palabra ardió hasta las cenizas mientras el humo del perfume de diseñador se elevaba hacia el cielo.

Incluso Ethan Nakamura recibió un sudario -seda negra con un emblema de espadas cruzadas bajo un juego de balanzas. Cuando su mortaja fue alcanzada por las llamas, esperé que Ethan supiera que él había hecho la diferencia al final. Había pagado mucho más que un ojo, pero los dioses menores finalmente tendrían el respeto que merecen.

La cena en el pabellón fue discreta. La única luminaria fue Enebro, la ninfa de los bosques, que gritó "¡Grover!" y le dio a su novio un abrazo-placaje, haciendo que todo mundo se animara. Se fueron hacia la playa a dar un paseo a la luz de la luna, y me sentí feliz por ellos, aunque la escena me recordó a Silena y a Beckendorf, lo que me entristeció.

La señorita O'Leary retozó alrededor, feliz, comiéndose las sobras de las mesas. Nico se sentó en la mesa principal con Quirón y el Señor D., y nadie pareció pensar que eso estuviera fuera de lugar. Todos palmeaban a Nico en la espalda, haciéndole cumplidos acerca de su estilo de pelea. Hasta los niños de Ares parecían pensar que él era genial. Hey, aparécete con un ejército de guerreros no-muertos para salvar el día, y de pronto serás el mejor amigo de todos.

Lentamente, la multitud de la cena se fue dispersando. Algunos se fueron a la fogata del campamento para entonar canciones, Otros se fueron a la cama. Me senté solo a la mesa de Poseidón y miré la luz de la luna en el estrecho de Long Island. Podía ver a Grover y a Enebro en la playa, tomados de las manos y platicando. Era apacible.

-Hey- Annabeth se deslizó junto a mí en el banco. -Feliz cumpleaños.-

Estaba sujetando un pastel deforme con cobertura azul.

La miré. -¿Que?-

-Es 18 de Agosto- dijo -Tu cumpleaños, ¿Verdad?-

Estaba desconcertado. Ni siquiera se me había ocurrido, pero ella tenía razón. Había cumplido dieciséis esa mañana -la misma mañana en que tomé la decisión de darle a Luke el cuchillo. La profecía se había cumplido según la agenda, y ni siquiera había pensado en el hecho de que era mi cumpleaños.

-Pide un deseo.- dijo.

-¿Lo horneaste tú misma?- pregunté.

-Tyson ayudó-

-Eso explica por qué se ve como un ladrillo de chocolate.- dije -Con cemento azul extra.-

Annabeth se rió.

Pensé por un segundo, y luego apagué la vela.

Lo cortamos a la mitad y compartimos, comiendo con los dedos. Annabeth se sentó junto a mí, y miramos el océano. Grillos y monstruos hacían ruido en los bosques, pero por lo demás estaba silencioso.

-Salvaste al mundo- dijo ella.

-Salvamos al mundo.-

-Y Rachel es la nueva Oráculo, lo que significa que no tendrá citas con nadie.-

-No suenas decepcionada- noté.

Annabeth se encogió de hombros -Oh, no me importa.-

-Uh-huh-

Ella levantó una ceja -¿Tienes algo que decirme, sesos de alga?-

-Probablemente me patees el trasero.-

-Sabes que te patearé el trasero.-

Limpí el pastel de mis manos. -Cuando estaba en el Río Estigio, volviéndome invulnerable...Nico dijo que debía concentrarme en una cosa que me mantuviera anclado al mundo, que me hiciera querer permanecer mortal.-

Annabeth posó la vista en el horizonte. -¿Si?-

-Luego, en el Olimpo,- dije -cuando ellos querían hacerme un dios y eso, me quedé pensando...-

-Oh, lo querías entonces.-

-Bueno, quizás un poco. Pero no lo hice, porque pensé...No quería que las cosas fueran iguales por toda la eternidad, porque las cosas siempre pueden ser mejores. Y estaba pensando...- Mi garganta se sentía realmente seca.

-¿En alguien en particular?- preguntó Annabeth, su voz era suave.

La miré y vi que trataba de no sonreír.

-Te ríes de mí.- me quejé.

-¡No es cierto!-

-No estás haciendo esto nada fácil.-

Entonces ella se rió de verdad, y puso sus manos alrededor de mi cuello. -Yo nunca, nunca, voy a hacerte las cosas fáciles, sesos de alga. Acostúmbrate.-

Cuando ella me besó, sentí que mi cerebro se derretía y escurría por mi cuerpo.

Podría haber estado así para siempre, excepto que una voz detrás de nosotros gruñó:

-¡Vaya, ya era hora!-

De pronto el pabellón se llenó de antorchas y campistas. Clarisse venía al frente mientras el grupo de entrometidos nos cargaban a ambos sobre sus hombros.

-¡Oh, vamos! ¿Que no hay privacidad?-

-¡Los tórtolos necesitan refrescarse!- dijo Clarisse con regocijo.

-¡Al lago de las canoas!- gritó Connor Stoll.

Con una gran ovación, nos llevaron colina abajo, pero nos mantuvieron lo suficientemente cerca para tomarnos de las manos. Annabeth se reía, y yo no pude evitar reír también, aunque mi cara estaba completamente roja.

Nos tomamos de las manos hasta el momento en que nos botaron al agua. Luego tuve la última risa. Hice una burbuja de aire en el fondo del lago. Nuestros amigos se quedaron esperando que saliéramos, pero hey, cuando eres hijo de Poseidón, no tienes que apresurarte.

Y fue, por mucho, el mejor beso submarino de todos los tiempos.

Veintitrés

Decimos adiós, más o menos.

El campamento se alargó ese verano. Duró dos semanas más, justo hasta el principio del nuevo curso escolar, y tengo que admitir que fueron las dos mejores semanas de mi vida.

Por supuesto, Annabeth me mataría si dijera algo distinto, pero había muchas otras cosas grandiosas por hacer. Grover se había hecho cargo de los buscadores sátiros y los había enviado alrededor del mundo a encontrar semidioses no reconocidos. Hasta ahora, los dioses habían cumplido su palabra. Nuevos semidioses surgían por todas partes - no solo en América, sino en otros países también.

-Apenas nos damos abasto- admitió Grover una tarde que tomábamos un descanso en el lago de las canoas. -Vamos a necesitar un presupuesto para viajes mas grande, y me vendrían bien unos cientos más de sátiros.-

-Si, pero los sátiros que tienes están trabajando durísimo.- le dije -Pienso que los asustas.-

Grover se ruborizó. -Eso es una tontería. Yo no asusto.-

-Eres un Señor de lo Salvaje, hombre. El elegido de Pan. Un miembro del Consejo de...-

-¡Alto!- protestó Grover -Eres tan malo como Enebro. Creo que ella quiere que me postule para presidente también.-

Él masticaba una lata mientras observábamos el espacio de las nuevas cabañas en construcción. La forma de "U" pronto sería un rectángulo completo, y los semidioses realmente se habían tomado la nueva tarea con gusto.

Nico tenía algunos constructores no-muertos trabajando en la cabaña de Hades. Aún cuando él iba a ser el único chico en ella iba a lucir de veras genial: muros de obsidiana sólida con una calavera sobre la puerta y antorchas que ardían con fuego verde las 24 horas del día. Junto a ésa estaban las cabañas de Iris, Némesis, Hécate y varias otras que no reconocí. Seguían añadiendo nuevas cabañas a los modelos cada día. Eso iba muy bien, Annabeth y Quirón estaban hablando de agregar una nueva ala completa de cabañas para que pudieran tener cuartos suficientes.

La cabaña de Hermes estaba mucho menos poblada ahora, porque la mayoría de los niños no reclamados había recibido señales de sus padres divinos. Sucedió casi cada noche, y cada noche más semidioses llegaban al límite de la propiedad guiados por sátiros, usualmente con desagradables monstruos persiguiéndolos, pero casi todos ellos lo lograban.

-Será muy diferente el próximo verano- dije -Quirón espera que tengamos el doble de campistas.-

-Si- Grover aceptó -pero será el mismo viejo lugar.-

Suspiró contento.

Miré mientras Tyson guiaba a un grupo de constructores cíclopes. Estaba poniendo en su sitio enormes piedras para la cabaña de Hécate, y yo sabía que era un trabajo delicado. Cada piedra estaba grabada con escrituras mágicas, y si ellos tiraban una, podía o explotar o convertir a todos en un kilómetro en árboles. Me imaginé que a nadie más que a Grover le gustaría eso.

-Viajaré mucho- Me advirtió Grover -Entre proteger a la naturaleza y encontrar mestizos. No podré verte mucho.-

-No cambiará nada- dije -Sigues siendo mi mejor amigo.-

Él sonrió -Excepto por Annabeth-

-Eso es diferente-

-Si- accedió -Seguro que lo es.-

Ya avanzada la tarde, estaba dando un último paseo por la playa cuando una voz familiar dijo: -Buen día para pescar.-

Mi papá, Poseidón, estaba parado con el agua hasta las rodillas en la marea, usando sus típicas bermudas, una gorra y una en verdad sutil camisa rosa y verde Tommy Bahama. Tenía una caña de pescar para mar abierto en las manos, y cuando la tensó la línea se extendió casi la mitad de la distancia del estrecho de Long Island.

-Hey, papá- dije -¿Que te trae por aquí?-

Él me guiñó un ojo. -No pudimos hablar en privado en el Olimpo. Quería agradecerte.-

-¿Agradecerme? Tú viniste al rescate.-

-Si, y mi palacio fue destruido en el proceso, pero sabes...los palacios pueden ser reconstruidos. Recibí muchas cartas de agradecimiento de los otros dioses. Hasta Ares escribió una, creo que Hera lo obligó. Es muy gratificante. Así que, gracias. Supongo que hasta los dioses pueden aprender nuevos trucos.-

El estrecho comenzó a burbujear. Al final de la línea de mi papá, una enorme y verde serpiente marina brotó del agua. Se sacudió y peleó, pero Poseidón solo suspiró. Sujetando su caña con una mano, sacó su cuchillo y cortó la línea. El monstruo se hundió bajo la superficie.

-No era de buen tamaño para comer- se quejó -Tengo que soltar a los pequeños o los guardianes estarán sobre mí.-

-¿Pequeños?-

Hizo una mueca. -Lo están haciendo muy bien con esas nuevas cabañas, por cierto. Supongo que esto significa que puedo reclamar a todos esos otros hijos e hijas míos y enviarte algunos hermanos el próximo verano.-

-Ha-ha-

Poseidón recogió su línea vacía.

Cambié mi peso al otro pie. -Um, estabas bromeando, ¿Verdad?-

Poseidón me hizo uno de esos guiños de broma personal, y seguí sin saber si hablaba en serio o no. -Te veré pronto, Percy. Y recuerda, conoce qué pez es lo suficientemente grande para sacarlo, ¿Eh?-

Con eso él se disolvió en la brisa marina, dejando su caña de pescar en la arena.

Esa noche era la última en el campamento -la ceremonia de la cuentas. La cabaña de Hefesto había diseñado la de este año. Mostraba el edificio Empire State, y grabados con pequeñas letras griegas, en espiral alrededor de la imagen, estaban los nombres de todos los héroes que habían muerto defendiendo el Olimpo. Eran muchos nombres, pero era un honor usar la cuenta. La puse en mi collar del campamento -cuatro cuentas ahora. Me sentía como un veterano. Pensé en la primera fogata del campamento a la que había asistido, cuando tenía doce, y como me había sentido en casa.

Eso al menos no había cambiado.

-¡Nunca olviden este verano!- nos dijo Quirón. Él había sanado notablemente bien, pero aún trotaba frente al fuego con una ligera cojera. -Hemos descubierto la valentía, la amistad y el coraje este verano. Hemos mantenido el honor del campamento.-

Me sonrió, y todos aplaudieron. Mientras miraba el fuego, vi a una pequeña niña en un vestido café atendiendo las flamas. Me sonrió con sus brillantes ojos rojos. Nadie más pareció notarla, pero me di cuenta que quizás ella lo prefería así.

-Y ahora- dijo Quirón -¡Temprano a la cama! Recuerden, deben desocupar sus cabañas para mañana al mediodía a menos que hayan hecho arreglos para quedarse con nosotros todo el año. Las arpias de la limpieza se comerán a cualquier rezagado, ¡Y odiaría terminar el verano con una nota amarga!-

A la mañana siguiente, Annabeth y yo estábamos en la cima de la colina mestiza. Mirábamos los autobuses y camionetas yéndose, llevando a la mayoría de los campistas de vuelta al mundo real. Algunos cuantos veteranos se habían quedado atrás, y unos pocos de los nuevos miembros, pero yo iba a ir a la escuela Goode para mi segundo año - la primera vez en mi vida que iba a hacer dos años en la misma escuela.

-Adiós- nos dijo Rachel mientras se echaba su bolsa al hombro. Se veía bastante nerviosa, pero había cumplido la promesa a su padre y asistiría a la Academia Clarion en New Hampshire. Sería hasta el próximo verano que tuviéramos a nuestra Oráculo de vuelta.

-Lo harás bien- Annabeth la abrazó. Gracioso, ella parecía llevarse bien con Rachel estos días.

Rachel se mordió el labio. -Espero que tengas razón. Estoy un poco preocupada. ¿Que tal si alguien me pregunta algo en el próximo examen de matemáticas y empiezo a escupir una profecía en medio de la clase de geometría? "El teorema de Pitágoras será problema..." dioses, eso sería embarazoso.-

Annabeth se rió, y para alivio mío, Rachel sonrió.

-Bueno- dijo -Ustedes dos sean buenos uno con el otro- Quizás lo imaginé, pero ella me miró como si yo fuera alguna clase de busca-problemas. Antes de que pudiera protestar, Rachel nos deseó lo mejor y corrió colina abajo a tomar su transporte.

Annabeth, gracias a los dioses, se quedaría en New York. Había obtenido permiso de sus padres para asistir a una escuela provisional en la ciudad y así pudiera estar cerca del Olimpo y supervisar la reconstrucción.

-¿Y cerca de mí?- pregunté.

-Vaya, alguien tiene un gran sentido de su propia importancia.- Pero había enlazado sus dedos entre los míos. Recordé lo que me había dicho en New York, acerca de construir algo permanente, y pensé que -solo tal vez- estábamos en un buen comienzo.

El dragón guardián Peleus se enroscó contento alrededor del árbol de pino, debajo del Vellochino de oro, y empezó a roncar, resoplando vapor con cada exhalación.

-¿Has estado pensando en la profecía de Rachel?- le pregunté a Annabeth.

Ella frunció el ceño.- ¿Como lo supiste?-

-Porque te conozco-

Me empujó con su hombro. -Está bien, así que tengo: "*Siete semidioses responderán el llamado*". Me pregunto quienes serán. Vamos a tener muchas caras nuevas el próximo verano.-

-Sip- admití -Y todas esas cosas acerca del mundo cayendo en tormenta o fuego.-

Ella apretó sus labios. -Y enemigos a las puertas de la Muerte. No lo sé, Percy, pero no me gusta. Pienso...bueno, tal vez tengamos algo de paz para variar.-

-No sería el campamento mestizo si fuera pacífico.- dije.

-Supongo que tienes razón...O quizás la profecía no suceda durante años.-

-Podría ser un problema para otra generación de semidioses.- accedí -Entonces podemos largarnos y disfrutar.-

Ella asintió, aunque todavía se veía inquieta. No la culpaba, pero era difícil sentirse muy apesadumbrado en un agradable día, con ella junto a mí, sabiendo que en realidad no estaba diciendo adiós. Teníamos mucho tiempo.

-¿Una carrera hacia el camino?- dije.

-Vas a perder en serio- Descendió por la colina mestiza y yo corrí tras ella.

Por una vez, no miré atrás.

FIN.

